



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



LA CONFIGURACIÓN DEL YO EN LOS DIARIOS *DE MONTECRISTI A CABO HAITIANO* Y *DE CABO HAITIANO A DOS RÍOS* (1895) DE JOSÉ MARTÍ

Tesis que para obtener el título de
Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas

presenta

Catherine Cosette Chi Güemez

Asesora: Luz América Viveros Anaya

Ciudad de México, 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres,
Rosa María y Jesús,
por su amor, paciencia y apoyo.

Y a todos los que resisten y luchan
desde la dignidad y el amor,
por su luz.

La muerte no es verdad cuando se ha cumplido la obra de la vida: trueca en polvo el cráneo pensador, pero viven perpetuamente y fructifican los pensamientos que en él se elaboraron.

José Martí

AGRADECIMIENTOS

A mi padre, porque al nombrarme sembró una curiosidad por lo literario que sigue creciendo. A mi madre, por su apoyo incondicional y por ser la mejor compañera de viaje. A mis hermanos y a mi tía, por enseñarme a querer y por todo su cariño. Y a mis sobrinos, por darme esperanza.

A los amigos que he hecho en esta gran ciudad, tan bondadosos, por permitirme descubrirla a su lado y por los afectos que hemos ido construyendo en el camino.

A Luz América, por tanto. Por el sencillo y a la vez significativo gesto de incluir a Martí en un programa de clase que no lo contemplaba inicialmente y por sus generosísimas lecturas, comentarios, sugerencias, reflexiones y sonrisas.

A los doctores Belem Clark de Lara y Rafael Olea Franco por cada uno de los aprendizajes que me ha regalado la experiencia de trabajar con ellos, en la UNAM y en El Colegio de México. Y a Dulce, por todo lo que de ella he aprendido, de cerca, sobre edición crítica.

A mis lectores, Armando Velázquez, Elizabeth Gómez, Luz América Viveros, Jorge Muñoz y Rafael Olea Franco, por sus fecundas observaciones.

Al Dr. Jorge Fonet, de Casa de las Américas, por su entusiasmo y generosidad bibliográfica. Y a los estudiosos martianos de Nuestra América de quienes tanto aprendí en Cuba y Costa Rica: Carmen Suárez de León, Osmar Sánchez Aguilera, Gerardo Hernández, Ibrahim Hidalgo Paz, David Leyva González y Mario Alberto Nájera.

A los doctores Margarita Patiño, Emma Vázquez, Enrique Rivera y Gabriela Jiménez, porque de ellos aprendí a cuidarme emocional y físicamente.

Ya lo dijo Martí, en una carta de 1877: "... ¡desventurado el que no sabe agradecer!"

ÍNDICE

<u>PREÁMBULO</u>	11
<u>CAPÍTULO I. EL DESPERTAR DEL YO: HISTORICIDAD Y ESPECIFICIDADES DEL DIARIO</u>	16
1. Historicidad.....	16
1.1. La confesión y el yo.....	18
1.2. La idea del tiempo y el despertar del yo.....	19
1.3. De lo íntimo al espacio de lo público.....	20
1.4. El diario en Nuestra América.....	23
2. El diario como espacio de libertad: especificidades y lecturas.....	28
2.1. Definiendo el diario.....	30
2.2. Escribiendo la vida.....	32
2.2.1. ¿Referencialidad o ficción?	34
2.3. ¿Íntimo, personal, privado... público?	35
2.4. El problema del género.....	39
2.5. Tipologías y clasificaciones.....	42
2.5.1. Diarios personales, diarios íntimos.....	44
2.5.2. Diarios de viajes.....	45
2.5.3. Diarios de campaña.....	47
2.6. El tiempo del diario.....	50
2.6.1. La datación.....	50
2.6.2. El pasado de la inmediatez.....	51
2.7. La escritura del diario.....	53
2.8. El yo en el diario.....	57
2.9. Narración de la experiencia.....	59
2.9.1. Selección de lo narrado.....	61
2.10. El diario y la muerte.....	62
3. Conclusiones.....	64
<u>CAPÍTULO II. DIARIOS (1895), EL TEXTO EN SU CONTEXTO</u>	66
1. Cuba camino de su independencia.....	67
1.1. Panorama de antecedentes.....	67
1.2. El proyecto independentista.....	70
1.3. Martí, patriota.....	74
1.4. De Montecristi a Dos Ríos: la escritura del viaje y la escritura de la guerra.....	77
1.5. De cara al sol.....	84
1.6. Epílogos.....	85
2. Diarios, intimidad y conflicto.....	89
2.1. Marco discursivo.....	89
2.2. Martí y la escritura diaria.....	96

2.3. Historia de dos diarios: de los manuscritos a las ediciones.....	100
2.4. Recepción.....	106
3. Conclusiones.....	114
<u>CAPÍTULO III. JOSÉ MARTÍ: POETA EN ACTOS, POETA DE SUS PROPIOS ACTOS.....</u>	<u>116</u>
1. <i>Diarios</i> (1895): elementos constitutivos.....	117
1.1. Sobre la dedicatoria y el nombre.....	118
1.1.1. La dedicatoria.....	118
1.1.2. Firma y nombre propio.....	120
1.2. La vida en el corazón de su fluir: a propósito del momento de escritura.....	124
1.2.1. El presente de la escritura.....	125
1.2.2. El ritmo de escritura.....	129
1.2.2.1. Ritmo y entradas.....	129
1.2.2.2. Ritmo y estilo.....	134
2. La enunciación del yo.....	137
2.1. Como yo.....	138
2.1.1. El yo y su acción.....	142
2.1.2. La acción del yo.....	147
2.1.3. Un yo que posee, recibe, experimenta.....	155
2.2. Como nosotros.....	164
2.2.1. El yo en el nosotros.....	165
2.2.2. La acción colectiva.....	167
2.2.2.1. La vivencia compartida de lo cotidiano.....	172
2.2.3. Lo individual en lo colectivo.....	171
3. Conclusiones. Poeta en actos y poeta en versos.....	179
<u>CONSIDERACIONES FINALES.....</u>	<u>183</u>
<u>APÉNDICE. EDICIONES DE LOS <i>DIARIOS</i>.....</u>	<u>190</u>
<u>BIBLIOHEMEROGRAFÍA.....</u>	<u>193</u>

PREÁMBULO

Dejar de escribir no es posible—sin autores no hay libros—sin libros no hay ciencias—sin amor propio nadie escribe—aunque mucho se haya escrito, siempre hay algo sobre qué escribir. [...]

¡Propio o ajeno, viejo o nuevo, lo que se trabaja por la milésima vez, siempre tiene algo que interesa!

S. Rodríguez

Para el filósofo, educador y ensayista venezolano Simón Rodríguez —mentor de Simón Bolívar—, escribir implicaba un posicionamiento político y social que, como tal, constituía una necesidad. Con las palabras del epígrafe que abre este preámbulo —fragmento del “Galeato” de la primera edición de su obra magna, *Sociedades americanas en 1828. Cómo son y cómo podrían ser en los siglos venideros*—, defendía esa necesidad de replantearse, aunque fuera por milésima vez, los problemas ajenos y propios, viejos y nuevos.

De alguna forma, el estudio de la literatura conlleva implícitamente un posicionamiento similar. En el caso del autor que nos ocupa en el presente trabajo, la inmensa y variada bibliografía que rodea tanto su persona, como su obra y sus ideas, constituye, más que un freno, un incentivo para seguir descubriendo lo que tanto (y a tantos) ha interesado y sigue generando estudios y análisis. Y es que nombrar a José Martí es nombrar poesía, nombrar lucha, nombrar nuestra América libre.¹ Su figura, así como su obra, es monumental. En ésta se conjuntan el poeta, el libertador, el prosista, el periodista, el pensador, el abogado, el

¹ *Nuestra América* es una manera de designar a América Latina originada en el famoso ensayo que José Martí, con ese título, publicó por primera vez en *La Revista Ilustrada de Nueva York* el 1 de enero de 1891 y que apareció el 30 de enero del mismo año en *El Partido Liberal* de México (cf. Cintio Vitier, “Presentación”, en J. Martí, *Nuestra América*, p. 11).

maestro, el contador, el traductor, el orador, el activista político, el editor, el cónsul, el militar... el hombre.

La Habana lo vio nacer un 28 de enero de 1853² y le bastaron cuarenta y dos años de lucha, poesía y pensamiento para llegar a ser una de las figuras más importantes de nuestra América; cuarenta y dos años de una prolífica obra que incluye cartas, folletines, dramas líricos, artículos y crónicas periodísticas, poemarios, relatos para niños, diarios, una novela y ensayos sobre política, educación, historia, economía, ciencias sociales, crítica artística y literaria.

Sin perder de vista esa vida de escritura, acción y compromiso, en las siguientes páginas me centraré en el estudio de los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*,³ escritos entre 1894 y 1895, en el último periodo de la vida del poeta, partiendo de la idea de que stos diarios pueden y deben ser reconocidos dentro del corpus martiano como importantes en sí mismos, con un valor estético y literario intrínseco y no sólo como un conjunto de textos periféricos que permitan explicar, entender y ahondar en los procesos de pensamiento político o literario del autor. En ese sentido, el presente trabajo de investigación es un intento por reconocer el papel central de los *Diarios* (1895) en el amplio marco de la producción literaria martiana.

Entender el género *diario* como un objeto de estudio literario, como lo hacemos hoy día, es parte de un proceso histórico que de alguna forma se manifiesta en la fuerza que han adquirido los estudios de las así denominadas *escrituras del yo*. En lo personal, veo en este tipo de textos no sólo un espacio de libertad para la expresión del yo, sino también un espacio de libertad literaria, estilística o creativa. En fin: un espacio de libertad para la *construcción* de una imagen del yo, una cotidianeidad específica y una visión de mundo.

² Para una cronología minuciosamente detallada de los acontecimientos de la vida de Martí, *vid.* el estudio realizado por el historiador cubano Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí. 1853-1895. Cronología*.

³ Aunque entre ambos diarios existe continuidad temporal, los distingo mutuamente por tratarse de dos manuscritos materialmente independientes: el primero se integra de cincuenta y seis hojas sueltas y el segundo fue escrito en un cuaderno compuesto por veintiocho pliegos.

Así, el presente trabajo es en gran medida posible gracias a las relativamente recientes teorías desarrolladas en torno a los diarios, su historicidad,⁴ sus definiciones, el problema de su constitución genérica, sus tipologías y clasificaciones, su relación con la referencialidad y la ficción, con lo privado y lo público, y la manera en que en éste se construye el tiempo, el yo y la narración de la experiencia.

Sin el trabajo de autores como Georges Gusdorf, Karl Joadrim Weintraub y Paul de Man en torno a la escritura autobiográfica en general; de José María Pozuelo Yvancos, Sylvia Molloy, Catherine Aristizábal y Luz América Viveros Anaya con relación a las escrituras autobiográficas en Nuestra América; o de Philippe Lejeune, Hans Rudolf Picard, Manuel Hierro Gutiérrez y Manuel Granell en torno a la escritura diarística en particular, realizar un análisis de este tipo sería emprender un camino a ciegas.

En el escenario de lo que ha sido escrito sobre los diarios de Martí, desde distintas perspectivas y por importantes intelectuales de Nuestra América y el mundo, lo que aporta el presente proyecto de investigación es el análisis de algo que sólo había sido descrito: la manera en que se construye el yo en los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* (1895), a la luz de la historicidad y especificidades de un género que se mueve entre el espacio de lo privado y el de lo público.

Un análisis como el que se está planteando es relevante porque estos textos diarísticos en particular han sido abordados en estudios breves y diseminados que apenas llegan a mencionar la forma en la que el autor se *autofigura* en ellos, y no desde una perspectiva de análisis literario centrado específicamente en desentrañar los mecanismos mediante los cuales se lleva a cabo.

Para ello, esta tesis se divide en tres capítulos. En el primero, se comenzará por comentar la historicidad del diario como género que transitó del espacio de lo privado hacia el de lo público y de lo literario a finales del siglo XVIII, así como algunas lecturas y especificidades

⁴ Utilizo el término “historicidad” y no “historia” en primera instancia porque no es mi objetivo escribir la historia del diario como género discursivo, sino ponerlo en diálogo con su cualidad de temporalmente mutable.

del mismo: desde definiciones y tipologías, hasta la problematización de algunos temas como las vinculaciones conflictivas de la escritura de la vida y de la experiencia con la referencialidad y la ficción, las maneras en las que se imprime el tiempo en los textos por medio de la datación y, desde luego, la presencia del *yo*.

El objetivo de este primer capítulo no puede distar más de la monografía: no se pretende hacer otra historia del diario como género, ni brindar definiciones y conceptos solamente; se busca poner en diálogo tanto la historicidad como las especificidades –que en el fondo se corresponden con autores y formas de lectura– con el *texto* martiano para así problematizar la correspondencia (o falta de ésta) entre los elementos aparentemente “propios” de un diario con lo que los *Diarios* martianos realmente nos brindan. Lo anterior permitiría tener mejores herramientas para explicar su relación con la forma en la que el *yo* se revela en el texto.

En el segundo capítulo, se buscará ubicar los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* en su contexto, en tres niveles: el histórico (los antecedentes y el complejo proceso de tensiones ideológicas y contiendas bélicas intermitentes que desencadenó la guerra de Independencia de 1895), el personal (la participación de Martí en esta contienda bélica, importantísima por ser el trasfondo de la escritura de los diarios) y el discursivo, que a su vez se divide en dos niveles más: el marco discursivo del corpus (el surgimiento de la escritura de diarios en Cuba en el siglo XIX) y el lugar que ocupa la escritura diarística en la obra martiana.

Lo expuesto en el segundo capítulo resulta fundamental para la lectura que propongo de los *Diarios* (1895), ya que considerar el marco discursivo y el personal del autor permite no sólo una mejor comprensión de los temas y las situaciones narradas en cada uno de los *Diarios* (particularmente del segundo), sino que además permite dilucidar la forma en la que éstos se insertan en un contexto escritural más amplio, moviéndose entre un espacio de lo personal y un espacio de lo público (de lo históricamente relevante).

Por último, en el tercer capítulo se identificarán los elementos discursivos empleados por José Martí para autofigurarse en los *Diarios* (1895) a partir de tres perspectivas: la de los

elementos textuales constitutivos de los mismos –en particular, la presencia de una dedicatoria en el caso del *De Montecristi a Cabo Haitiano* y la ausencia de firma en ambos– ; la de la manifestación de la experiencia vital concreta del autor en el mundo, visible en la identificación del *momento* y el *ritmo* de escritura; y la de la enunciación explícita del yo como individuo y como parte de un colectivo.

La razón de la división que planteo para el análisis de la configuración del yo en los *Diarios* reside en una propuesta de que este yo que se construye o se revela en la escritura a partir de la experiencia vital de su autor, pese a que tiene su expresión más evidente en la enunciación del *yo soy, yo pienso o yo hago* (en singular o en plural). Finalmente, lo que aquí interesa no es buscar de forma psicologista al Martí empírico, histórico y “real” en el texto, sino develar las distintas maneras en las que el yo que *está en el texto* lo habita.

Así, a continuación se inicia un camino que va de lo general a lo particular; del pasado remoto e inaugural de la expresión verbal de la experiencia humana, al nacimiento de un género que da cuenta de un proceso de cambio en la manera de ver el mundo y de la forma en que el individuo se ve a sí mismo; de un contexto histórico particular aunque extenso –en la Cuba del siglo XIX–, al papel primordial que jugó José Martí en la revolución por la Independencia de su Patria; de los elementos que casi periféricamente dan cuenta de una intención y un contexto situacional específico de su autor, a lo que éste revela y proyecta de sí cuando escribe yo, cuando se sabe parte de un *nosotros*.

CAPÍTULO I

EL DESPERTAR DEL YO: HISTORICIDAD Y ESPECIFICIDADES DEL DIARIO

*Hoy sé que narrar la vida es simplemente vivir.
Nosotros somos hombres-relato.*

Ph. Lejeune

Práctica textual de lo cotidiano y género discursivo. En este capítulo se presentarán algunos antecedentes del diario en el mundo occidental, tanto europeo como latinoamericano, así como las condiciones tecnológicas, culturales e ideológicas que propiciaron su popularización. Además, se mostrarán algunas de las especificidades de este género discursivo, como su definición, su relación con la referencialidad y la ficción, su lugar en los campos de lo público y lo privado, su estatuto genérico, sus tipologías y clasificaciones, y algunas particularidades de su estilo. Asimismo, se plantearán las formas en las que se expresan el tiempo, el yo, la narración de la experiencia y la muerte en los diarios.

1. HISTORICIDAD

La intuición general sobre el surgimiento del diario nos remite a la necesidad humana de contar historias, de relatar la experiencia. Sin embargo, según Lejeune, el diario nace también de las necesidades del comercio y la administración, ya que de la datación de inventarios,

registros y libros de cuentas pudo surgir la inspiración para otro tipo de diarios menos financieros y más personales.¹

En la antigua Roma, la mayoría de los jefes de familia mantenía dos tipos de diarios: un libro de cuentas (*codexi, tabulae* o *accepti et expensi*) y otro de crónicas (*commentaria*), en el que se anotaban los eventos menores del hogar. Pese a que nunca ha sido encontrado uno de estos “diarios”, debido en parte a que el medio en el que se encontraban era efímero –se escribía y sobrescribía sobre tablas de cera– se sabe que no tenían nada de privado.²

En la plaza pública de la antigüedad grecolatina, el ágora, se reveló y cristalizó por primera vez la conciencia autobiográfica del hombre y de su vida. La expresión del yo era un acto performativo, cívico y político con carácter verbal, en el que se apelaba a un compromiso público con el resto de los ciudadanos y a una memoria colectiva.³ En la expresión de un yo se reconocía un *nosotros*.

Ahora bien, el diario como lo conocemos y, en general, las escrituras personales sin fines de publicación, requirieron del progreso de la cultura material del papel, inicialmente importado de Italia y producido de forma industrial en Francia en el siglo XIV,⁴ para su propio desarrollo.⁵ A partir de la popularización de este material, la cotidianeidad comenzó a ser registrada y, con ello, a permanecer. Esta transformación tecnológica marcó un cambio en la manera de entender los sucesos de lo cotidiano y también la forma de concebir los acontecimientos de la vida propia: la permanencia y potencial trascendencia de la escritura poco a poco dejó de ser un privilegio de unos cuantos –aunque a la fecha, lamentablemente, todavía no haya dejado de serlo del todo–.

¹ Ph. Lejeune, en su ensayo “Counting and managing”, desarrolla este fenómeno más extensamente (*cf. On Diary*, pp. 51-60).

² “¿Qué contenían? La única idea al respecto viene de una obra de ficción, el *Satiricón* de Petronio [...] todo lo que contenía eran eventos colectivos que habían ocurrido en su vasto dominio: un incendio, una ejecución capital, un caso de extravío sexual, nacimientos, noticias económicas o financieras” (*ibid.*, p. 53). Todas las traducciones son mías, a menos que se señale lo contrario.

³ Mijaíl Bajtín *apud* José María Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, pp. 51-52.

⁴ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 57.

⁵ Jeremy D. Popkin, “Philippe Lejeune, explorer of the diary”, en Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 6.

1.1 LA CONFESIÓN Y EL YO

La relación entre la expresión del yo y las prácticas religiosas se remite, en el caso del diario, al siglo III, cuando los primeros cristianos revivieron los ejercicios espirituales de los estoicos para sus propios propósitos, añadiendo, con la idea de la culpabilidad, un tono más represivo. Lejeune sitúa en ese momento los primeros atisbos de la práctica de mantener un diario, pese a que no ha sido conservado ninguno de ese periodo.⁶

El surgimiento de la introspección ha sido relacionado con la práctica de la confesión, que históricamente parte con el cristianismo, por historiadores como el francés Georges Gusdorf, y el profesor e historiador alemán Karl Joadrim Weintraub. Gusdorf destaca dos elementos importantes de la retórica de la confesión que podrían ya considerarse gérmenes del principio de auto justificación ante los demás que encontramos posteriormente en las escrituras del yo: la apelación a un *otro* para presentarle la verdad sobre *lo que se es* y un carácter reivindicativo de la verdad sobre la propia imagen.⁷ Weintraub, en cambio, señala que es justamente en las *Confesiones* de San Agustín donde comienza a ser visible un autor que, al sentir “una honda necesidad de entender el sentido de su ser y de su vida”, proyecta una visión del yo “de extraordinaria potencia”.⁸

Hay que tomar en cuenta que, hasta finales de la Edad Media, la idea de privacidad era incompatible con la escritura.⁹ Por ello, la técnica del “diario” se encontraba restringida a las comunidades religiosas y no era más que un registro de los pecados que no podía mantenerse en privado y que, además, era borrado después de cada confesión de las tablas de cera en que

⁶ “La idea de escribir los propios pecados en preparación para la confesión y para prevenir realizar actos de los cuales un sujeto podría sentirse avergonzado de contar a otras personas, viene de San Antonio, en el siglo IV. Sin embargo, en ningún caso estas notas podían permanecer como privadas, ni podían ser guardadas por mucho tiempo, debido a que el medio propicio todavía no estaba disponible. Hasta el siglo XV, los escritos «ordinarios» eran anotados en tabletas de cera de difícil manejo” (cf. *Ibid.*, pp. 61-78).

⁷ Vid. Georges Gusdorf, “Condiciones y límites de la autobiografía”, en *La autobiografía y sus problemas teóricos*, pp. 10-11.

⁸ Karl Joadrim Weintraub, *La formación de la individualidad*, pp. 19, 62.

⁹ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 56.

era escrito. Estos exámenes de conciencia eran bastante distintos de lo que posteriormente, en el siglo XVI, sería el diario espiritual.¹⁰

Para Lejeune, el primer ejemplo de escritura totalmente privada es precisamente el de un diario espiritual: el de Ignacio de Loyola, religioso y santo español, creador de la Compañía de Jesús, que fue escrito entre 1544 y 1545. Este diario no contiene ideas, reflexiones o información, sino que en él su autor se dedica a dar una especie de “reporte del clima” espiritual para uso completamente personal.¹¹

1.2 LA IDEA DEL TIEMPO Y EL DESPERTAR DEL YO

Además de la cultura material (el papel) y de la cultura de la individualidad como factores indispensables para el desarrollo del diario, otro elemento importante a tener en cuenta es la idea del tiempo. Se necesitó, como plantea Lejeune, una conciencia colectiva del tiempo como algo lineal y mensurable, la que llegó con el desarrollo de relojes y calendarios al comienzo de la temprana edad moderna.¹²

El acto de mantener un diario está, para Lejeune, claramente relacionado con una revolución en la idea del tiempo: la práctica de mantener un diario *personal* surgió en Europa entre finales de la Edad Media y el siglo XVIII, a la vez que se popularizaba el reloj mecánico y comenzaban a aparecer, por un lado, el calendario almanaque anual –que empezó a tener un espacio para la escritura hasta la segunda mitad del siglo XVIII–, y por el otro, la agenda – que hasta el siglo XVIII era un texto que decía qué hacer en el mismo día cada año–.¹³

Estos nuevos objetos y artefactos daban la impresión de que el tiempo podía ser medido y que esa medición podía ser compartida por todos. El tiempo usado, gastado, perdido, se hizo evidente, y comenzó a adquirir importancia la idea de *productividad*. La idea del tiempo

¹⁰ *Ibid.*, p. 55.

¹¹ *Ibid.*, p. 71.

¹² *Ibid.*, p. 7.

¹³ *Ibid.*, pp. 58-59, 103. Para profundizar en el tema de la historia de la idea del tiempo, *vid.* David Saul Landes, *Revolution in time*.

es, pues, un hecho histórico y cultural y fue sólo hasta la segunda mitad del siglo XVIII cuando la relación de la humanidad occidental con el tiempo vivido comenzó a tomar la forma que actualmente conocemos –aunque sigue cambiando a gran velocidad–.

Tomando en cuenta los factores expuestos, se puede entender que el diario no empezara a florecer sino hasta finales del siglo XVIII –Lejeune incluso afirma que a mediados de ese siglo todavía no existía el término de *diario personal*–,¹⁴ coincidiendo así con la época del romanticismo y, por supuesto, siendo contemporáneo de la autobiografía moderna.

En el siglo XVIII, los principios individualistas y la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* desencadenaron, por un lado, el aumento de la alfabetización y la expansión de los hábitos de lectura y escritura en ciertas regiones y clases sociales. Por el otro, el interés psicológico en la relación del sujeto consigo mismo y con los demás, propio de ese siglo, permitió que saliera a flote la “subjetividad descubierta en las relaciones íntimas pequeño-familiares”, en palabras de Jürgen Habermas,¹⁵ mediante el intercambio epistolar y los diarios íntimos, discursos para él característicos del siglo ilustrado. La Ilustración fue, pues, el momento en el que el gesto de la exhibición de un *yo* mediante el discurso escrito se convirtió en un género con su propio horizonte de expectativas.¹⁶

1.3 DE LO ÍNTIMO AL ESPACIO DE LO PÚBLICO

A principios del siglo XIX, ningún diario personal había sido publicado todavía en Francia y, según Lejeune, “era impensable que un diario apareciera impreso”.¹⁷ Los autores de diarios difícilmente tenían acceso a los diarios de otras personas ya que, en primer lugar, eran textos mantenidos en la intimidad, *en secreto*.

¹⁴ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 94.

¹⁵ J. Habermas *apud* Manuel Hierro, “La comunicación callada de la literatura”, *Mediatika*, núm. 7 (1999), p. 111.

¹⁶ J. M. Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, p. 9.

¹⁷ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 97.

Justamente desde inicios de aquel siglo se extendió la producción a escala industrial de folletos encuadernados o engrapados, cuadernos escolares, libros de contabilidad comerciales y libros en blanco para usos misceláneos, lo que permitió la expansión de la escritura cotidiana y personal. Sin embargo, escribir un diario, como escribir una carta, era un acto que requería no sólo saber escribir –facultad que no todos tenían–, sino también disponer de papel, una pluma, tinta y tintero: se trataba todavía de una ocupación exclusiva de espacios cómodos y cerrados.¹⁸ Aunque parezca algo muy elemental, es un factor importante, ya que el hecho de que fuera necesario escribir en espacios interiores¹⁹ y que los diarios se mantuvieran en *secreto*, incluso de la propia familia, parecen dos caras de la misma moneda: el diario era un discurso íntimo que se movía en el espacio de lo privado.

Sin embargo, a mediados del siglo XIX, comenzó a emerger una imagen pública del diario en Francia.²⁰ El antecedente, para Lejeune, pudo ser la práctica bien establecida de publicar diarios de viaje.²¹ Para el sociólogo francés Alain Girard, por otra parte, fue la publicación póstuma del diario de Henri-Frédéric Amiel, escrito entre 1839 y 1881 y publicado en 1884, la que contribuyó “a difundir la moda del «diario» y especialmente a operar el cambio de esta escritura «para sí» en una escritura para el público, y la transformación del diario en un verdadero género literario”.²²

La publicación póstuma del diario de Amiel, lejos de ser una excepción, fue la regla, según la investigación realizada por Lejeune sobre la forma que fueron publicados los diarios en Francia durante el siglo XIX.²³ Esta publicación póstuma respondía a dos propósitos: el deseo de cultivar la memoria del fallecido y, sobre todo, el deseo de instruir y edificar a los vivos.²⁴

¹⁸ *Ibid.*, p. 123.

¹⁹ Una interesante excepción que confirma que esto era la regla es Pierre-Hyacinthe Azaïs (1766-1845), quien “inventó” la escritura en espacios exteriores por medio de un artefacto –una especie de caja portátil– que le permitía escribir hasta caminando. Lo que buscaba este autor era la autenticidad, tanto del lugar como del momento: su invención era en el fondo la búsqueda de la *instantaneidad* en la escritura del diario (*ibid.*, p. 122).

²⁰ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 93.

²¹ *Ibid.*, p. 126.

²² A. Girard *apud* M. Hierro, *op. cit.*, p. 109-110. Hasta donde pude investigar, la primera edición mexicana del diario de Amiel se publicó en 1918 por Cultura bajo el título *El tesoro de Amiel: selección del Diario íntimo*.

²³ Para su investigación, Lejeune decidió abarcar hasta 1914.

²⁴ Ph. Lejeune, *On Diary*, pp. 130, 137.

Para entender cuándo emergió la idea pública del diario, la literatura en torno al diario es otra pista importante. Un buen ejemplo es el caso del filósofo y pedagogo francés Marc-Antoine Jullien (1775-1848), quien a inicios del siglo XIX publicó sus reglas generales para mantener un diario en el breve folleto *Biomètre ou Mémorial horaire* (1813), que formaba parte de un tríptico junto con dos folletos más.²⁵

Jullien sostuvo que la escritura de un diario permitía manejar mejor el uso del tiempo y mantener un registro de ello, además de que era una herramienta para el crecimiento personal y moral. Este autor sugería que los adultos enviaran sus diarios a algún amigo cada tres o cinco meses y que no escribieran en primera persona, sino en tercera. Para Lejeune, este sistema revela una fobia genuina por el secreto y la intimidad,²⁶ ya que para que el diario cumpliera su función era necesario compartirlo, es decir, de alguna manera, hacerlo público o, al menos, desligarlo de cualquier potencial intimidad.

Pese a que Jullien nunca tuvo demasiada influencia,²⁷ el gesto de la publicación de esta obra nos indica que la escritura del diario estaba comenzando a ser pensada desde el círculo intelectual francés de inicios del siglo XIX. Además, este autor no fue el único interesado en el diario como herramienta de crecimiento personal: existe, al menos en Francia, una antología de textos del siglo XIX, cuyos autores son sobre todo especialistas de la educación, con respecto a los beneficios y los peligros de la práctica de escritura del diario.²⁸ El trabajo de ver si una antología semejante podría ser recuperada en la tradición de Nuestra América está todavía pendiente,²⁹ pese a lo cual es necesario considerar la gran popularidad de los libros europeos y franceses en algunos países del continente.

²⁵ *Ibid.*, p. 102.

²⁶ *Ibid.*, p. 107.

²⁷ Según Ph. Lejeune, no existen testimonios de usuarios de este sistema (*ibid.*, pp. 110, 112).

²⁸ *Ibid.*, p. 41.

²⁹ Realicé una búsqueda en la Hemeroteca Nacional Digital de México de los términos “diario personal” y “diario íntimo”, en todos los periódicos de todos los países disponibles, en el rango de fechas de inicios de 1800 a finales de 1899, sin ningún resultado. Desde luego, una búsqueda tan poco profunda no permite concluir nada, pero sí permite entrever que los diarios íntimos y personales no eran objeto de interés público. El resultado de la misma búsqueda, pero con el término “diario de viaje” es diametralmente opuesto: se pueden encontrar desde fragmentos de diarios, la mención de éstos como parte de la bibliografía de un autor, hasta la publicación del diario de viajes del emperador Maximiliano.

El diario, pues, llegó a moverse en el espacio de lo público como parte de su devenir histórico. Esta publicidad lo acercó a otros discursos narrativos con mayor tradición en el ámbito de lo público; en particular, con la novela. Así, el diario se convirtió en una estrategia narrativa empleada por algunos autores de finales del siglo XIX para la construcción de discursos novelísticos.

La famosa novela italiana de Edmundo de Amicis, muy traducida en México,³⁰ *Corazón, diario de un niño*, por ejemplo, fue publicada en 1886. El hecho de que el diario (como la epístola) se convirtiera en un recurso estructural en un género que formaba parte del centro del campo literario,³¹ fue quizás el más amplio motor de popularización del mismo, ya que los autores de diarios contaron no sólo con otros ejemplos de diario, sino además con una escritura refinada y plenamente literaria del mismo.

1.4 EL DIARIO EN NUESTRA AMÉRICA

Teníamos –bien o mal– construida una imagen de nación. Faltaba construir –por qué no, también literariamente– una imagen de individuo. Ése es el campo que habrá de negociarse hacia finales del siglo XIX.

L. A. Viveros Anaya

Todavía existe en los países de Nuestra América un vacío en cuanto a los estudios de los diarios como prácticas de lo cotidiano y como discursos. Me gustaría destacar en este sentido las obras *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX* de Catherine Aristizábal, en la que el diario, junto con las memorias y las autobiografías, es entendido como un

³⁰ En 1888 ya se estaba reproduciendo en el periódico *La Familia* una versión castellana por Hermenegildo Giner de los Ríos (Edmundo de Amicis, “Corazón. Diario de un niño”, *La Familia*. Año VI, núm. 14, 8 de noviembre de 1888, p. 1).

³¹ El concepto de *campo literario* fue propuesto y desarrollado por Pierre Bourdieu, para quien es “el espacio social en que se hallan *situados* los que producen las obras y su valor” y es “un campo de fuerzas que actúan sobre todos los que entran en ese espacio y de maneras diferentes según la posición que ellos ocupan en él [...] a la vez que un campo de luchas que procuran transformar ese campo de fuerzas” (P. Bourdieu, “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, *Criterios*, núm. 25-28, enero 1989-diciembre 1990, p. 21).

autodocumento³² relevante para el conocimiento de la historia del siglo XIX en Nuestra América; *Acto de presencia* de Sylvia Molloy, en la que la autora describe cómo operó lo que ella denomina “el sujeto autobiográfico hispanoamericano” y sus formas de autofiguración; y *El surgimiento del espacio autobiográfico en México* de Luz América Viveros Anaya, en la que se analiza la forma en que se construye en México y Argentina un espacio propicio –y propio– para la escritura, publicación y lectura de los discursos autobiográficos.

Según Aristizábal, la escritura íntima llegó a tener mucha menor presencia que la pública en la autoescritura de Nuestra América a lo largo de ese siglo.³³ Para esta autora, una de las características principales del diario decimonónico en Nuestra América es la hibridez, la mezcla de varios géneros *autodocumentales* en uno solo: los autores de diarios solían mezclar esta forma, más privada, con la de la memoria, que tiende más a lo público, de tal manera que podía suceder que un autor mantuviera un diario considerando sus anotaciones como memorias de sus acciones y de los acontecimientos externos.

Para entender este movimiento entre los espacios de lo público y lo privado resulta fundamental partir del hecho de que, como señala Molloy, el sujeto autobiográfico hispanoamericano de la primera mitad del siglo XIX fue testigo del nacimiento de las literaturas nacionales y a menudo partícipe de las luchas por la Independencia o los procesos de consolidación de los estados nacionales, por lo que percibió la empresa autobiográfica – que apenas se iba estableciendo como discurso– como una tarea didáctica en la que se tenía que presentar a una figura ejemplar, cuya vida podía resultar útil a sus compatriotas.³⁴

³² La categoría de “autodocumento” fue acuñada por un grupo de investigadores europeos para designar fuentes en las que un autor se explicita a sí mismo por voluntad propia. Este término responde a su vez a la categoría de “egodocumento”, acuñada por el historiador holandés Jacob Presser a mediados de los años cincuenta del siglo XX y adaptada por Winfried Schulze, que designa fuentes personales en los cuales el autor escribe explícitamente acerca de sí mismo, de sus propios asuntos y sentimientos, aunque sea también de forma involuntaria u obligatoria (C. Aristizábal, *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX*, p. 8).

³³ *Ibid.*, p. 63.

³⁴ S. Molloy, *Acto de presencia*, pp. 113-114.

Con todo lo anterior, no resulta extraño que los autobiógrafos del siglo XIX, según el estudio realizado por Molloy, tendieran más a registrar que a evocar y a adoptar a una postura marcadamente testimonial.³⁵ Era el tiempo de la narración de los hechos, entendidos éstos como “lo que *se hace y queda*” en la sucesión de los eventos, es decir, el “acto que repercute en sus consecuencias, que está presente en los actos posteriores, en los restantes actos [...] de la historia”,³⁶ en palabras de Manuel Granell.

En este contexto se escribieron en Nuestra América numerosas memorias de funcionarios que justifican “su actuación militar, política o administrativa en momentos determinantes de la historia”, sin una finalidad propiamente literaria.³⁷ Ocurrió entonces, a mi parecer, un movimiento parecido al sucedido después de la Revolución Francesa: el espíritu público se impuso en esferas de la vida normalmente consideradas como privadas, debido quizás a la preponderancia de la nueva nación sobre el individuo.³⁸

En la Francia post-revolucionaria, se esperaba que los individuos llevaran a cabo una revolución interior y privada capaz de reflejar la revolución nacional, lo que condujo a una intensa politización de la vida privada que se manifestó en aspectos tan mundanos como las vestimentas, las decoraciones o el uso de determinadas palabras.³⁹ Se llegó al punto de considerar que la expresión de los intereses privados en el terreno público y político era contrarrevolucionaria, lo que a su vez condujo, a juicio de la historiadora Lynn Hunt, a la impersonalidad en las memorias de figuras políticas, para quienes la vida pública ocupaba toda su atención, por lo que dejaban la vida privada en la sombra.⁴⁰ Sin embargo, esa

³⁵ *Ibid.*, pp. 20, 116.

³⁶ M. Granell distingue en “El diario íntimo” entre “hecho” y “suceso” de la siguiente manera: “el suceso nace y muere en sí mismo, se pierde en el avatar temporal, falta de significación y de enlaces. El hecho cobra sentido a la luz de sus secuencias, se ilumina inteligiblemente, se estructura con los demás y se vincula al conjunto” (“El diario íntimo” en M. Granell y Antonio Dorta, *Antología de diarios íntimos*, p. XIX).

³⁷ L. A. Viveros Anaya, *El surgimiento del espacio autobiográfico en México*, p. 95.

³⁸ Con la Revolución Francesa la diferencia entre lo público y lo privado comenzó a ser tomada muy en serio: lo privado y lo íntimo implicaban un peligro de conspiración que se pretendía evitar, propiciando un matiz público en todos los aspectos de la vida (cf. L. Hunt, “La vida privada durante la Revolución Francesa”, en G. Duby, *Historia de la vida privada*, v. 4, pp. 23-24).

³⁹ *Ibid.*, p. 26.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 24, 41-42.

insistencia obsesiva de mantener los asuntos privados fuera de la esfera pública no tardó en crear un efecto paradójico, como señala Hunt: el de borrar las fronteras entre lo público y lo privado, con lo cual “el carácter privado asumió un significado público, es decir, político”.⁴¹

Sucede entonces que discursos antes considerados privados comienzan a moverse en la esfera de lo público, mediante su publicación. El hecho de que un diario se mantuviera en forma de manuscrito o fuera publicado (en vida o póstumamente, provocando grandes polémicas o en silencio) es un detalle importante para la historia del género en Nuestra América, ya que “especificar las condiciones de producción y recepción de cada texto permitiría reconstruir y explicar la manera en que lo autobiográfico irrumpió, consolidó o transformó un espacio propio que lo reconociera”,⁴² como indica Viveros con respecto a la autobiografía.

De ahí la importancia de no sólo plantear el problema de lo privado y lo público en los diarios y en las escrituras del yo, sino de enfrentarlo en la investigación de las obras concretas, intentando indagar en la historia de producción y recepción y así enriquecer el análisis de la construcción de la imagen personal o la configuración del yo.

Con este contexto, se facilita comprender que otro tipo de diarios –y no los personales, ni los íntimos– tuviera un gran auge a lo largo del siglo XIX: los diarios de viaje. Este subgénero, del que se hablará más adelante con mayor profundidad, se encontró más ligado al espacio de lo público, debido a que ponía en diálogo la identidad nacional con la otredad, funcionando, según Aristizábal, como un mecanismo de divulgación de lo propio y lo ajeno: el viajero se retrata “como un embajador permanente, preocupado por la sola defensa de su patria en el rango de las naciones civilizadas, guiado en todos sus actos por la trascendencia patriótica”.⁴³

Antes del siglo XIX, los diarios de viaje se caracterizaban por describir los accidentes topográficos del terreno recorrido y por la observación del entorno desde una visión

⁴¹ *Ibid.*, p. 24.

⁴² L. A. Viveros Anaya, *op. cit.*, pp. 93-94.

⁴³ C. Aristizábal, *op. cit.*, pp. 78-79.

imparcial. Sin embargo, tuvieron lentas variaciones, estudiadas por Carolina Depetris en *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*, que a su vez permitieron que se trasladara a un espacio que hoy identificamos como literario.⁴⁴

Ahora bien, en el caso específico de Argentina, por ejemplo, el prestigio de la autobiografía y el cultivo de las escrituras autorreferenciales –como diarios, memorias, autobiografías, relatos de viaje y columnas de charlas– se dieron mucho antes que en el resto de Nuestra América.⁴⁵ Viveros remite esta emergencia a la primera mitad del siglo XIX, en la que se produjo un despliegue de textos de militares y políticos que narraban las experiencias vitales de sus autores en lo que respecta a la construcción de la patria, aludiendo sólo tangencialmente a su vida privada.⁴⁶

En esos primeros discursos, las memorias se ligaban a los sucesos de Independencia, y la autobiografía fue entendida por sus autores como “el vehículo propagandístico para poner a salvo su honra, justificar su actuación política y establecer una verdad histórica que, casi siempre fue de autoexaltación”.⁴⁷ Como se ha visto a lo largo de este capítulo, la relación entre las escrituras del yo y las conmociones políticas y sociales no es exclusiva de este país sudamericano, ya que en toda Nuestra América permitió explicar textos que oscilaban entre el afán de registrar acontecimientos importantes y la voluntad de irlos ordenando “desde una perspectiva trascendente”.⁴⁸

En resumen, la construcción de los marcos discursivos de las escrituras autobiográficas en Nuestra América se dio, en términos generales, a lo largo del siglo XIX y, en especial, “en el puente de los siglos XIX y XX”.⁴⁹ Sin embargo, es muy importante tener en cuenta que el

⁴⁴ Poco a poco, los autores de diarios de viaje comenzaron a detenerse en el desarrollo de los sucesos vividos y a centrarse en la función poética del texto, mientras se acentuaba el valor narrativo del acontecimiento del viaje. El diarista empezó a observarse a sí mismo en el escenario del viaje con una visión matizada por valores y juicios, asumiéndose como narrador y personaje. (Cf. L. A. Viveros Anaya, *op. cit.*, pp. 168-169).

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 90, 149.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 152.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 153.

⁴⁸ Adolfo Prieto *apud* L. A. Viveros Anaya, *op. cit.*, p. 153.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 142.

desarrollo de las escrituras del yo no ocurrió de manera homogénea en los diferentes países de Nuestra América.

2. EL DIARIO COMO ESPACIO DE LIBERTAD:

ESPECIFICIDADES Y LECTURAS

La teoría y crítica literarias de los discursos autofigurativos han prestado mucha menos atención al diario que a la autobiografía. Históricamente, incluso ha llegado a ser considerado como un género hipócrita, cobarde, inútil o estéril, poco saludable, peligroso y, por si fuera poco, de femenino –entendido este término al mismo nivel negativo que el resto de los calificativos–,⁵⁰ por autores como Ernest Renan, Bernard Lahire, Jules Romains, Maurice Blanchot, Georges Duhamel, Henri-Frédéric Amiel, Goethe y Béatrice Didier, como muestra claramente Lejeune en su ensayo “The Diary on Trial”.⁵¹

Como señala el profesor e investigador francés, el diario personal ha sido tratado como una enfermedad o, más bien, como un síntoma. Se ha estudiado en términos de la caracterología –disciplina que estudia el carácter de los seres humanos–, desde el psicoanálisis, o evaluado en el nombre de alguna otra idea de la personalidad.⁵²

Existen diferentes hipótesis sobre los motivos de la poca atención académica y crítica que han recibido los diarios hasta hace poco tiempo. Para el investigador español Manuel Hierro, la causa nace “en la propia historia y evolución de la escritura diarística, que en principio es una práctica secreta”.⁵³ Para la profesora e investigadora canadiense Julie Rak, se debe a la

⁵⁰ ¿Qué están diciendo los críticos cuando, para demeritar un género, lo caracterizan como “femenino”? La escritura de lo íntimo se ha relacionado históricamente como una práctica femenina, en parte, debido a que el espacio de lo privado fue –y quizás sigue siendo en algunos lugares– el único espacio permitido para las mujeres. Al ser la mujer un sujeto desprovisto de ‘vida pública’, se le ha negado la capacidad, por lo tanto, de convertirse en sujeto autobiográfico. Sidonie Smith en *A Poetics of Women’s Autobiography* (1987) indaga en los orígenes de la autobiografía y denuncia que desde sus comienzos en el Renacimiento el sujeto autobiográfico fue concebido como un sujeto masculino.

⁵¹ Ph. Lejeune, *On Diary*, pp. 147-167 y, en especial, p. 149.

⁵² Algunos de los autores que se han centrado en esta perspectiva son Michelle Leleu, Béatrice Didier y Georges Gusdorf (*ibid.*, p. 152).

⁵³ M. Hierro, “La comunicación callada de la literatura”, *Mediatika*, núm. 7 (1999), p. 109.

situación ambivalente de los diarios, que no son escritos con un gran público en mente, pero sí se encuentran dirigidos a una audiencia, por lo que no pueden ser leídos como documentos transparentes y objetivos.⁵⁴ Lejeune, por otra parte, aborda el problema desde una perspectiva más histórica, al señalar que hasta finales del siglo XIX (década de 1880) el diario no era visto todavía como un género literario, sino que era considerado una herramienta educativa y los críticos los leían desde la psicología o la moral.⁵⁵

No fue sino hasta la segunda mitad del siglo pasado cuando el diario comenzó a llamar la atención de la teoría y la crítica literarias. Su cualidad de literario o no literario en relación con su privacidad o publicidad fue entonces el centro de la discusión. En este contexto, Hans Rudolf Picard mantuvo en 1981 que el “auténtico diario” necesariamente es una “obra no literaria” debido a que, como es redactado para el uso exclusivo de quien lo escribe, carece de lo que, para él, es “la condición más universal de toda la Literatura: el ámbito público de la comunicación”.⁵⁶ Esta idea sigue siendo debatida hasta nuestros días.

Ahora bien, en el ámbito hispánico el interés ha sido todavía más escaso. Las aportaciones teóricas, críticas e históricas sobre el diario en español son exiguas, siendo quizás una de las primeras el estudio realizado por Manuel Granell,⁵⁷ en el que el autor, con una marcada visión psicológica, diferencia los diarios de las memorias y las autobiografías a partir de factores como el punto de vista, el medio psíquico al que recurren (recuerdos o impresiones) y la materia objetiva con que trabajan (hechos o sucesos).

Sin embargo, esta carencia de estudios sobre el diario no se limita a los críticos españoles: Nuestra América es también un ejemplo de esta escasez crítica. En lo personal he encontrado sobre todo estudios críticos realizados en México, Uruguay y Brasil.⁵⁸ Además, se han

⁵⁴ J. Rak, “Dialogue with the future”, en Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 23.

⁵⁵ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 155-156.

⁵⁶ H. R. Picard, “El diario como género entre lo íntimo y lo público”, *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*. Vol. IV (1981), p. 116.

⁵⁷ M. Granell, “El diario íntimo” en *Antología de Diarios íntimos*, pp. XI-XLII.

⁵⁸ En México destacan la ya mencionada *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura* de la argentina Carolina Depetris, en la que su autora refiere tangencialmente a los diarios de corte cartográfico, y la reciente tesis de licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas titulada “*Un puñado de arena en una mano angustiada*”. *El diario íntimo en el sistema literario y su carácter de auto-figuración*, de Graciela

realizado estudios sobre el diario en Nuestra América desde otros espacios, como es el caso de la investigación de Catherine Aristizábal, miembro de la Red Europea de Investigaciones sobre Centroamérica, que investigó, escribió y publicó su libro en Alemania.

Considero importante abordar y problematizar el diario como objeto de estudio literario por tratarse de un género con un complejo desarrollo histórico que da cuenta a su vez de múltiples procesos de transformación de la visión social del individuo, del tiempo, de la escritura y, desde luego, de lo literario. El diario es, así, un espacio de libertad no sólo literaria, estilística o creativa: es un espacio de libertad para la *expresión* de un yo, de la cotidianidad, de la visión de mundo en el sentido más primigenio; pero es también un espacio de libertad para la *construcción y conformación* de una imagen del yo, de la cotidianidad y de una visión de mundo.

2.1 DEFINIENDO EL DIARIO

Así como no existe una sola forma del diario, tampoco existe una sola definición e, incluso, algunas de ellas pueden llegar a contradecirse. La dificultad para definir el diario reside en que cada uno, como señala Manuel Hierro, “es el reflejo de una personalidad única”, por lo que “no es posible encontrar dos diarios idénticos” y “cualquier definición que se esboce no se podrá aplicar a todos y cada uno de los *diarios íntimos* hasta ahora escritos”.⁵⁹

Debido a esta dificultad de definición, quisiera partir de la que otorga Philippe Lejeune, por su sencillez y amplitud: una serie de trazos datados (*série de traces datées*).⁶⁰ Para este

Koestinger Chapela; en Uruguay, la *Revista de la Biblioteca Nacional* dedicó un número a las escrituras del yo, conteniendo varios artículos dedicados a los diarios; en Brasil, por otra parte, destaca la tesis de doctorado en Letras de Sergio da Silva Barcellos, *Escritas do eu, refugio do outro. Identidade e alteridade na escrita diarística*. Vid. BIBLIOHEMEROGRAFÍA.

⁵⁹ M. Hierro, *op. cit.*, p. 113.

⁶⁰ Ph. Lejeune ha empleado esta definición en reiteradas ocasiones y, en particular, a lo largo de varios de los ensayos que forman la antología *On Diary* (cf. los ensayos “Spiritual Journals in France from the Sixteenth to the Eighteenth centuries” y “The continuous and the discontinuous” en *On Diary* y el artículo “Da autobiografia ao diário, da Universidade à associação: itinerários de uma pesquisa”, *Letras de Hoje*. Vol. 48, núm. 4, octubre-diciembre 2013, p. 542).

autor, lo que define al diario como discurso es justamente el hecho de contener entradas datadas, además de que se dirige, ya sea a un *yo futuro* que lo volverá a leer, o a un lector incierto del futuro.⁶¹

Otra definición es la que ofrece Manuel Hierro, autor de *En pos de sí mismo: los Diarios íntimos y Cuadernillos de apuntes de Manuel Azaña* (1999): una “forma de expresión literaria (...) en la que se perfila o desvela la constitución compleja de la identidad personal, en interrogación y diálogo constante con el presente y sus contextos discursivos”, en la que “el día es el eje de referencia y medida temporal de las experiencias”.⁶² De la definición de Hierro destaco la concepción del diario como una *expresión literaria* cualidad que ha sido discutida por tratarse de un discurso que se ha movido, desde su aparición hasta nuestros tiempos, en la –relativa– periferia del campo literario.⁶³

Para los objetivos de la presente investigación, elijo trabajar con la definición propuesta por Hierro y decido comprender el diario también como una expresión literaria. Sin embargo, prefiero hablar de que se *revela* y *construye* (y no “perfila” o “desvela”) la constitución compleja de la identidad personal. Utilizo el verbo “revelar” en el sentido fotográfico, es decir: la identidad personal se hace visible en su medio –en este caso, el de la escritura sobre papel–; y el de “construir” con matices, debido a que considero que esta construcción no es necesariamente ni absolutamente consciente. Evado en cambio el verbo “perfilear”, que en una de sus acepciones puede referir a “completar o rematar con esmero algo”, porque el diario (específicamente aquel que no fue editado por su autor para su publicación) difícilmente se puede entender como algo completo o rematado.

Mi propuesta de definición del diario sería entonces, partiendo de la de Hierro: una forma de expresión literaria en la que se revela y se construye, por medio de una escritura datada y

⁶¹ J. Rak, *op. cit.*, pp. 23-24.

⁶² M. Hierro, *op. cit.*, pp. 105, 118.

⁶³ Se volverá a este punto en el apartado siguiente, en el que se analiza el problema del diario como género literario.

de una enunciación en primera persona, la identidad personal de su autor, en diálogo constante con su presente y sus contextos discursivos.

2.2 ESCRIBIENDO LA VIDA

Otro factor importante a tomar en cuenta al momento de definir el diario es que se trata, además de un discurso, de una práctica y una experiencia de vida y de escritura. Philippe Lejeune, al teorizar sobre el diario, insiste particularmente en este punto.⁶⁴ Para él, el diario es una práctica antes de ser un género literario; es un comportamiento, un modo de vida del que el texto es apenas un rastro, un producto a menudo oscuro, que refleja la vida de forma muy distinta a la manera en la que lo harían las autobiografías o las memorias.

A propósito de lo anterior, me gustaría proponer la escritura del *yo* como un gesto o acto significativo en sí mismo: el hecho de que un sujeto decida escribir su vida no es gratuito, automático ni natural a todos los seres humanos –a diferencia de narrar oralmente los sucesos de la vida–. Por eso, es un *gesto* –entendido en su acepción de “acto o hecho que implica un significado o una intencionalidad”–⁶⁵ que debe ser entendido a partir de la indagación de los porqués y los para qué, que se abordarán más adelante en este mismo capítulo.

Este gesto o acto significativo se vuelve explícito cuando en la escritura de un diario se da lo que Paul de Man llama un “momento autorreflexivo”, que Laura Scarano explica de la siguiente forma:

El yo narrador, inscripto en su tensión constructiva, se refleja *en el acto de su propia escritura*. La justificación, la necesidad de auto-análisis, la confesión, el secreto, la explicación de sus móviles vitales, en suma esta pulsión de autoconocimiento aflora casi siempre entretejida por la memoria que rememora el pasado.⁶⁶

⁶⁴ Cf. Ph. Lejeune, “El pacto autobiográfico, veinticinco años después”, en *Autobiografía en España, un balance*, p. 170; Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 31, 153.

⁶⁵ Según el Diccionario de la Real Academia Española (consultado en línea el 10 de enero de 2018).

⁶⁶ L. Scarano, “El sujeto autobiográfico”, *Orbis Tertius*. Vol. 2, núm. 4 (1997), p. 7. El subrayado es mío.

La cita anterior es fundamental en esta disertación, ya que pone sobre la mesa que el *yo* puede reflejarse en el *acto* mismo de su escritura, a lo que añadiría que puede revelarse —y/o construirse— en la *escritura* misma, es decir, en el producto final del acto de escribir —ya sea una autobiografía, un diario, cartas, memorias, etc.

Dentro de la delicada relación entre el texto y la vida que está presente en el diario como experiencia de vida y escritura, quisiera destacar dos de las conclusiones a las que llegó Lejeune como resultado de un estudio que realizó durante 1987 y 1988: primero, que existía una variedad impresionante de formas y funciones del diario; y segundo, que un gran número de personas mantienen un diario durante momentos de crisis o de periodos significativos.⁶⁷

Estas dos conclusiones me son útiles para plantear, por una parte, la dificultad de definir y describir al diario en términos generales y, por otra, la relación entre el diario y la vida: ¿por qué escribir en ciertos periodos de la misma y no en otros? ¿Por qué para algunas personas los diarios son una práctica cotidiana de toda la vida y para otras una herramienta de expresión en momentos de crisis o periodos de particular importancia? Ambas preguntas, en el fondo, dirigen a: ¿por qué se escriben diarios?

Mi intuición es que un diario se puede escribir para que algo del momento, del acontecimiento o de la vida permanezca; como ayuda para la memoria; como modo de comunicación con el mundo —en el caso de que sí se permita a otros leerlo—; o como un intento de dar un “orden” a las cosas de la vida, los pensamientos y la escritura (“clasificar los pensamientos y [...] recoger las ideas que [han podido tenerse] en el día”, en palabras de la escritora colombiana Soledad Acosta).⁶⁸ Un diario que se escribe desde la intimidad es una oportunidad de ver y entender el mundo mediante la escritura.

⁶⁷ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 34. Este estudio constó de un cuestionario de dieciséis preguntas sobre el diario.

⁶⁸ S. Acosta de Samper *apud* D. Michaud-Mastoras, “En las fronteras del pensamiento individual y colectivo: una lectura del diario íntimo y de la revista *La Mujer* de Soledad Acosta de Samper”, p. 2.

2.2.1 ¿REFERENCIALIDAD O FICCIÓN?

El problema de la ficción y la referencialidad no es exclusivo del diario, sino que ha sido una constante en muchas aproximaciones a las escrituras del yo: desde la visión utilitarista de los textos como documentos de testimonio histórico,⁶⁹ hasta la idea de que cualquier referencia sería una mera ilusión.

Para Lejeune, por ejemplo, el diario no presenta fronteras porosas con la ficción, a diferencia de la autobiografía.⁷⁰ Pero esta afirmación en sí misma es problemática: ¿Cuál es entonces la relación del diario con la ficción? ¿Es ésta posible? De inicio, podría pensarse que lo que define al diario como no ficcional es que lo que en él se describe y narra puede ser comprobado, con excepción, desde luego, de los procesos íntimos, que no pueden ser verificados más allá de las palabras, ya que en esos casos se trata de “un proceso «interior» del que sólo las palabras pueden dar testimonio”.⁷¹ Sin embargo, más importante que la potencial comprobación de los elementos referenciales del texto es el *pacto* bajo el cual se cobija, que es el de la no-ficción.⁷²

Estas reflexiones nos conducen al concepto de la ilusión referencial, planteado por Jacques Derrida, para quien el borde entre la vida y el texto no es una línea clara y divisible, sino que atraviesa el cuerpo y el corpus del autor, de tal manera que la fijación de la identidad sería entonces una construcción que, a su vez, proyecta una ilusión referencial.⁷³ Paul de Man, siguiendo esta línea, considera que la base referencial, en el caso de la autobiografía, es meramente una ilusión, una especulación en la que, cuando un autor dice *yo* en el texto, en

⁶⁹ Las escrituras del yo han sido estudiadas como documentos desde la historia social y la historia cotidiana (egodocumentos o autodocumentos son términos acuñados desde la sociología justamente para dar cuenta de este fenómeno) debido a su capacidad para transmitir información sobre “las personas en la historia”: la propia vida, las formas de vidas colectivas, la mentalidad, los modos de socialización, los valores y las características de determinados grupos sociales (C. Aristizábal, *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX*, p. 9).

⁷⁰ Ph. Lejeune, “Da autobiografía ao diario”, *Letras de Hoje*, p. 542.

⁷¹ Paul de Man *apud* J. M. Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, p. 97.

⁷² *Pacto autobiográfico* es un concepto acuñado por Philippe Lejeune en 1975 que éste define como “la afirmación en el texto de esta identidad [autor-narrador-personaje], que nos envía en última instancia al nombre del autor sobre la portada” (*El pacto autobiográfico y otros textos*, p. 64).

⁷³ L. Scarano, *op. cit.*, p. 1.

realidad dice *otro*, por lo que conceptualizar lo autobiográfico como producto mimético de un referente sería, para este autor, un error básico.⁷⁴

A mi parecer, hacerlo con el diario sería igualmente peligroso: pese a que la cercanía con el acontecimiento, sentimiento o sensación descrito o narrado sea mayor, la mimesis absoluta, la total referencialidad, es un imposible: todo ser humano reconfigura estos sucesos a partir de su subjetividad para así convertirlos en experiencias, las cuales son, a final de cuentas, las que se expresan cuando se cuenta la propia historia.

2.3 ¿ÍNTIMO, PERSONAL, PRIVADO... PÚBLICO?

El problema de lo privado y lo público, con todos sus matices, ha sido importante en la historia de la lectura y la crítica de los diarios, debido a que, como se vio, éstos surgieron desde un espacio privado e incluso íntimo; y se proyectaron lentamente hacia el espacio de lo público a lo largo del siglo XIX.

Me gustaría dejar en claro qué es lo que estoy entendiendo por personal, íntimo, privado y público en cuanto a los diarios. En principio, no estoy proponiendo que existan “tipos” de diarios a partir de estas categorías, sino que las retomo como características no necesariamente excluyentes, como gestos de escritura, vinculados a modos de circulación, que marcan a su vez distintos pactos de lectura.

Dicho lo anterior, entiendo un diario personal como aquel que en su tema y contenido se centra en la vida de su autor; mientras que un diario de carácter privado sería aquel que, como señala Lejeune, es escrito para su propio autor y nadie más.⁷⁵ Un diario íntimo, por otra parte, sería aquel diario *secreto* “que nos avergonzaría hallar publicado”, en palabras de José Emilio Pacheco;⁷⁶ mientras que uno de carácter público sería aquel que desde su misma concepción

⁷⁴ Cf. P. de Man, “La autobiografía como (des)figuración”, en *La autobiografía y sus problemas teóricos*, pp. 113-118.

⁷⁵ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 324.

⁷⁶ J. E. Pacheco, “*Mi diario (1892-1939)*, Federico Gamboa y el desfile salvaje”, *Letras Libres* (febrero de 1999), pp. 16-21.

fue pensado con una función (política, social, literaria) pública y, por lo tanto, para su publicación.

Así, un diario personal puede ser privado o público; un diario privado puede ser a su vez personal o íntimo; un diario íntimo es necesariamente privado y potencialmente personal; y un diario público puede o no ser personal. La relación del diarista con su diario varía en cada caso y rara vez nos permite acceder a ella: a un diario íntimo, a finales del siglo XVIII e inicios del XIX, se le escribía como a un amigo y confidente, mientras que un escritor decimonónico de un diario de viajes con tintes memorialísticos difícilmente creaba un lazo emocional con éste, por lo que era escrito más bien con un tono más impersonal y objetivo.

Alain Girard consideró, al respecto de la sinceridad, que un diario íntimo *sincero* es un diario que no es publicado hasta la muerte de su autor, ya que la sinceridad es un factor que sólo se puede dar en la intimidad.⁷⁷ Esta postura es debatible —¿de verdad es imposible la sinceridad en discursos que se mueven en el ámbito de lo público?— y, a mi parecer, debe ser matizada, sobre todo porque la “sinceridad” es un elemento que los lectores no podemos “medir” en los textos, ya que sólo el autor —y acaso ni siquiera él— puede saber qué tan sincero o no fue al escribir.

Manuel Hierro, por otra parte, señala que “históricamente se han considerado diarios íntimos todos aquellos escritos que no están destinados a la publicación hasta la muerte del autor, con independencia del grado de introspección que puedan contener”.⁷⁸ Esta clasificación apela a la *publicación* como factor externo al texto, al que se opone el “grado de introspección” del mismo, es decir, un factor interno al texto.

De lo anterior se puede deducir que el factor externo por excelencia para determinar la intimidad de un diario es el de la *publicación*, que puede ser con o sin el conocimiento y consentimiento de su autor, mientras que uno de los factores internos al texto que ayudan a

⁷⁷ M. Hierro, “La comunicación callada de la literatura”, p. 110.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 114. Volveré al tema de la relación de la muerte y la escritura de diarios más adelante en este mismo capítulo.

determinar su intimidad es el foco en el contenido, ya sea de introspección o de mera crónica de acontecimientos, con todos los matices posibles entre ambos puntos.

Sobre la publicación de diarios, Lejeune señala que se privilegia la de “textos de escritores o personalidades prominentes”, y que son éstos los que se investigan, dejando de lado una gran masa de diarios privados que fueron escritos sin intención de publicación. Por esta situación desigual, es complicado tener certezas en torno al diario como género a partir solamente de los elementos publicados, ya que difícilmente son representativos del conjunto, del *diario* como género de escritura cotidiana.

Es por ello que Lejeune se ha dedicado los últimos años a la recopilación, lectura y crítica de diarios no publicados de autores no conocidos. Para el teórico francés, ésa es la manera de conocer *auténticamente* la escritura del diario. Para mí, esta discrepancia entre estudiar sólo los diarios publicados o estudiar todos los diarios, incluyendo los privados, es una excusa para repensar cómo el estatus de privado, público o publicable afecta la manera en la que nos aproximamos a los textos.

Consideremos, para empezar, que un diario puede ser escrito 1) por una persona sin notoriedad pública de ningún tipo, 2) por una persona que se vuelve conocida a partir de su diario (pensemos en Ana Frank), 3) por una persona conocida públicamente que, sin embargo, no tiene intención de publicarlo, 4) por una persona conocida públicamente que busca publicarlo en vida o 5) por una persona conocida que indica que se debe publicar póstumamente.

Podría pensarse, a simple vista, que no hay mucha diferencia en este sentido entre los diarios y las novelas, los poemas o cualquier género literario, pero sí que la hay: en primera, porque generalmente no pensamos en el diario personal como un género literario, por lo que un diario personal de “una persona cualquiera” que tenga un gran mérito estilístico muy difícilmente será publicado, a diferencia de una novela que, por el mismo mérito, gane un concurso y llegue a ser publicada.

Cuando se trata del diario personal, su privacidad o publicidad puede depender de muy diversos factores, pero quizá uno de los más poderosos sea el de la notoriedad de la figura pública de su autor, de tal forma que tanto su *intentio* como su *notoriedad pública* marcan el pacto de lectura de cada diario.

Por otra parte, el hecho de que la vida de un individuo sea no sólo testimonio de lo personal, sino también de lo social, es algo que ocupa a los historiadores –a los de la vida cotidiana quizás más que a los demás–. Esta función de registro en los diarios puede o no ser parte de la *intentio* (hay diarios cuyos autores no tuvieron conciencia del valor testimonial de lo que estaban escribiendo), además de que no todos los escritores de diarios –por no decir que muy probablemente casi ninguno– conocen las prácticas historiográficas que recopilan documentos personales para escribir historia.

Sin embargo, esto no impide que cualquier autor de diario piense que su escrito en el futuro pueda tener algún sentido: como dice Lejeune, “el diario es una apuesta por el futuro”.⁷⁹ En este futuro apenas previsto, el diario puede tener un sentido también para la familia, para los amigos y conocidos del autor e, incluso, para su Patria –sobre todo en el contexto decimonónico–, para la Historia... el matiz, nuevamente, lo da la *notoriedad* de su autor.

Una diferencia entre los diarios escritos por personas “comunes” y aquellos escritos por personas con notoriedad pública es el nivel de dificultad con el que se enfrenta el lector para contar con un contexto que permita iluminar el contenido de los mismos. Dice Lejeune que “es por esto que los diarios de escritores o figuras bien conocidas son frecuentemente preferidos como objeto de estudio, sus obras o vidas permiten que el texto tenga más sentido”.⁸⁰

Dicho todo lo anterior, me gustaría centrarme en los diarios que son escritos, justamente, por individuos que, por una razón u otra, son o fueron figuras conocidas y, más

⁷⁹ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 324.

⁸⁰ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 31.

específicamente, en el caso de escritores que escriben diarios, como es el caso de Martí. Cabría preguntarnos: ¿Existe una oposición entre la escritura del diario y la de la gran obra o, para éstos, el diario forma parte de su obra? ¿Escriben con el conocimiento de que en algún momento se van a publicar? ¿Esta oposición respondería a una doble realidad, una pública y otra íntima? A mi parecer, cada una de estas preguntas se puede responder sólo a partir de la especificidad de cada diario y de cada autor.

Ahora bien, cuando se piensa en un diario publicado, normalmente se piensa en un libro. Del manuscrito –en caso de que lo haya– a la transcripción mecanográfica, hay ya una pérdida de información sobre la materialidad del mismo (el papel utilizado, la caligrafía de su autor, los elementos decorativos); y de la transcripción a la publicación se pasa, la mayoría de las veces, por un proceso de edición que puede seguir criterios de unificación, corrección y hasta recorte de pasajes reiterativos.

Ni siquiera una transcripción fiel al manuscrito y una edición crítica del mismo permiten la experiencia de acceder a la información que brinda el diario como objeto;⁸¹ aunque, desde luego, son de gran ayuda para la comprensión del texto final –mero producto de una práctica de vida, como diría Lejeune–.

2.4 EL PROBLEMA DEL GÉNERO

Hasta el momento se han expuesto distintas perspectivas en torno a la cualidad literaria del diario, por su potencial privacidad o publicidad, y su posibilidad de ser una comunicación de su autor consigo mismo o una comunicación con los demás. En el fondo, estos planteamientos pueden ser entendidos también como un debate sobre si los diarios son o no un género literario.

⁸¹ Siguiendo esta reflexión, Ph. Lejeune realizó una exposición de 250 diarios originales, tanto de “celebridades” como de personas desconocidas, en la Biblioteca Municipal de Lyon en 1997. Se construyó un escenario narrativo en el cual se contaba la historia de un diario de la primera a la última página y en el que los diarios servían para ilustrar el análisis (“Da autobiografía ao diario”, *Letras de Hoje*, p. 542).

Para Georges Gusdorf, las nociones de “literatura” y de “género literario” representan conceptos posteriores al ejercicio de la escritura del yo.⁸² Quizás por eso para ciertos autores, como Hans Rudolf Picard, el “auténtico diario” por definición no es una obra literaria y, para convertirse en literatura, debe entrar en el campo literario mediante su publicación. Manuel Hierro sigue esta idea de Picard al señalar que el diario, como género –que a su parecer tiene a la *expresión literaria* como elemento definitorio–, se convierte en obra abierta cuando se edita y se pone a disposición de un público y de los críticos. Este paso, mediante el cual el diario sale de la privacidad, es para el crítico español el momento en que:

su contenido recupera la voz y la palabra, es decir, descubre la experiencia individual de un sujeto que por medio del lenguaje se representa a sí mismo y al mundo que le rodea. Es de esta manera por la que el *diario íntimo*, con independencia de sus características y funciones, o su condición personal y secreta, queda inscrito en el marco de la literatura.⁸³

El diario, para este autor, comienza a ser literatura sólo cuando abandona su condición de privado y se expone en la esfera de lo público. Sin embargo, este planteamiento sigue sin resolver el problema del *género*.

Es importante considerar que, como señala Paul de Man, el concepto de género designa una función estética y una función histórica,⁸⁴ por lo que ningún género puede ser entendido sin su naturaleza histórica y cultural, de la que parte su horizonte normativo. Además, como indica Tzvetan Todorov, la existencia de los géneros se encuentra marcada por el discurso existente en torno a los mismos.⁸⁵ Es por esto que cada periodo de la historia y cada cultura tienen su concepción de la escritura de diarios y sus expectativas de éstos como género.⁸⁶

Para Béatrice Didier, autora de *Le journal intime* (1976), la constitución del diario como un género literario ocurrió de forma progresiva y, además, no implica que responda como discurso a una poética bien definida. Por su parte Jean Rousset afirma que los diarios y, en

⁸² G. Gusdorf *apud* M. Hierro, *op. cit.*, pp. 112-113.

⁸³ M. Hierro, *op. cit.*, p. 104.

⁸⁴ P. de Man, “La autobiografía como (des)figuración”, en *La autobiografía y sus problemas teóricos*, p. 113.

⁸⁵ T. Todorov, *Teoría de los géneros literarios*, p. 36.

⁸⁶ *Vid.* J. M. Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, p. 21; y S. Molloy, *Acto de presencia*, p. 186.

particular, el diario íntimo, se encuentran mal integrados al sistema de géneros literarios justamente porque no cuentan con modelos codificados.⁸⁷

Cuando hablamos del diario nos adentramos a un tipo de escritura que difícilmente se acopla a cajones cerrados y, debido a que no podemos hablar de las características del diario, de todo diario, se vuelve necesario apostar, como señala Hierro, a categorías genéricas flexibles y abiertas a la evolución.⁸⁸

Antonio García Berrio y Javier Huerta Calvo señalan al respecto en *Los géneros literarios: sistema e historia* que:

el texto queda instalado en su serie histórica o genérica, bajo el precedente de textos anteriores de su misma familia, a los que se asemeja parcial o totalmente o de los que se separa en forma llamativa. Según esto, la individualidad radical de ciertos textos está en función de su especificidad textual, la cual sólo nos es perceptible en la medida en que, situado el texto en su serie genérica, puede ser valorado de forma comparativa.⁸⁹

En otras palabras, “sólo el tiempo histórico puede demostrarnos que un modelo ha llegado efectivamente a erigirse en género”.⁹⁰ El profesor estadounidense John Paul Eakin agrega al respecto que todo discurso es una construcción que muta en el curso de la historia, debido a que pertenece “a unas cadenas de prácticas sociales, sometidas a cambios constantes, en las cuales se articula la vida del individuo”.⁹¹

Ahora bien, volviendo al problema de la literariedad del diario, el formalista ruso Jury Tynjanov, en el capítulo “Sobre la evolución literaria” (1927), consideró que el diario ocupa un lugar fronterizo en el desarrollo de los géneros:

La existencia de un hecho como *hecho literario* depende de su cualidad diferencial (es decir de su correlación, sea con la serie literaria, sea con una serie extraliteraria); en otros términos, depende de su función. Lo que es “hecho literario” para una época, será un fenómeno lingüístico dependiente de la vida social para otra y viceversa, según el sistema literario con

⁸⁷ B. Didier *apud* M. Hierro, *op. cit.*, p. 112.

⁸⁸ M. Hierro, *op. cit.*, p. 109.

⁸⁹ A. García Berrio y J. Huerta Calvo, *Los géneros literarios: sistema e historia*, p. 88.

⁹⁰ Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso*, p. 150.

⁹¹ J. P. Eakin, “Foreword”, en Ph. Lejeune, *On Autobiography*, p. 32.

referencia al cual se sitúa este hecho. [...] Lo testimonia el carácter literario de memorias y de diarios en un sistema literario y de su carácter extraliterario en otro.⁹²

Lo que en una época puede no ser un género literario, puede serlo en otra, a tal grado que un texto escrito en una época puede ser publicado y apreciado literariamente mucho tiempo después. La diferencia radica en la manera en la que culturalmente decidimos acercarnos al texto. Lo mismo ocurre con el problema de la literariedad, que en sí mismo es complejo y excede a los objetivos de este trabajo.⁹³

Para mí, como para Lejeune, *literature never stops*.⁹⁴

2.5 TIPOLOGÍAS Y CLASIFICACIONES

Philippe Lejeune, en el ensayo “The practice of the private journal: chronicle of and investigation (1986-1998)” propone una tipología de los diarios haciendo una distinción entre aquellos que hacen crónica de los eventos, diarios espirituales y lo que él llama “diarios verdaderamente personales”.⁹⁵ En otro artículo, en cambio, señala que un diario puede ser personal o analítico, entendiendo por analítico aquel que posee “un acercamiento que explica situaciones de tal modo que pueden ser entendidos por uno mismo después, o por un lector externo”; y por personal el que tiene “un acercamiento datado que pone en primer plano los impulsos del alma y crea un diálogo con ellos”.⁹⁶

Otra clasificación del diario es la propuesta por García Berrio y Huerta Calvo en *Los géneros literarios: sistema e historia*, según la cual el diario sería un subgénero de tipo subjetivo (aquel en el que predomina la primera persona), enmarcado en los géneros didáctico-ensayísticos, “formas literarias que tradicionalmente se han excluido del ámbito de

⁹² J. Tinianov, “Sobre la evolución literaria”, en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, pp. 92-93.

⁹³ Gabriela Koestiger Chapela profundiza en este aspecto problemático en el segundo capítulo de su tesis de licenciatura, “*Un puñado de arena en una mano angustiada*”. *El diario íntimo en el sistema literario y su carácter de auto-figuración* (pp. 47-70).

⁹⁴ Ph. Lejeune, en “The «Journal de Jeune Fille»” retoma la siguiente anécdota: “Some, worried, ask, «But for you, where does literature stop?» For me, it never stops...” (*On Diary*, p. 141).

⁹⁵ *Ibid.*, p. 42.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 71.

las Poéticas por tratarse de materia doctrinal y no ficcional”.⁹⁷ Esta relación que se establece entre el diario y los géneros didácticos y ensayísticos se da porque ambos se encuentran en la periferia de las Poéticas, pero además algo de la historia del discurso queda en esta clasificación, pues, como ya se vio, los diarios, durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, eran vistos como recursos para el aprendizaje y “mejoramiento” personal.

Otro planteamiento interesante es el de M. Granell, quien propone que, si se conceptúan los géneros

no por su forma, sino de acuerdo con la dirección en la mirada del autor, dichos géneros se ordenarán mansamente en dos series radicalmente distintas. La mirada orientada al mundo, a los demás hombres, la mirada que se olvida de sí misma, determina inevitablemente una manera objetiva de narrar. El cuento, el teatro, la novela, la epopeya, la historia, etcétera, son substancialmente sendas expresiones de este punto de vista extravertido. Mas el escritor también puede volver la mirada sobre sí mismo, también puede tomar por objeto de su quehacer su propia vida e intimidad. Este segundo punto ordena toda una serie de géneros literarios, entre los cuales aparecen las Memorias, las Confesiones, las Autobiografías, los Diarios, etcétera.⁹⁸

A pesar de lo problemático que puede ser hablar de “una manera objetiva de narrar” y de la rigidez del planteamiento general –existen cuentos y novelas que ficcionalizan una mirada orientada hacia sí mismo y la vida e intimidad propias–, me interesa destacar que hace visible una de las diferencias que más constantemente se rompen en la escritura del diario: la de “la mirada” o el interés del autor, por un lado, en acontecimientos externos y, por el otro, en sus sentimientos, sensaciones y reflexiones íntimas.

En la comunicación de la vida misma, es decir, en la forma en que pensamos y organizamos nuestro devenir, estas miradas difícilmente pueden separarse: en la narración de un evento del cual un sujeto fue partícipe, la mirada del autor –para continuar con la imagen de Granell– no deja de estar cargada de elementos íntimos, así como lo que ocurre (y describe o narra) en su intimidad responde o se relaciona en parte –casi siempre, de alguna manera– a una realidad externa al sujeto.

⁹⁷ A. García Berrio, *op. cit.*, p. 220.

⁹⁸ M. Granell, “El diario íntimo”, en *Antología de Diarios íntimos*, p. 111.

Ahora bien, según la historiadora Catherine Aristizábal, es posible distinguir distintos tipos de diarios, como el diario íntimo, el diario personal, el diario de viaje y el de campaña, siendo los últimos tres los más empleados en Nuestra América en el periodo del siglo XIX. A continuación, debido a su pertinencia para el presente estudio, se hablará un poco más extensivamente de estos tipos de diario.

2.5.1 DIARIOS PERSONALES, DIARIOS ÍNTIMOS

Para los efectos de esta investigación, las categorías de *personal* e *íntimo* no son equivalentes: entiendo como diarios personales el conjunto de diarios escritos en primera persona, por voluntad propia, que se centran, en tema y contenido, en la vida y la experiencia de su autor. Un diario personal, siguiendo a Aristizábal, puede ser público, es decir, concebido para ser compartido por medios de la vía pública (periódico, edición en forma de libro, lectura en voz alta), o no (es decir, puede ser privado), conjugar estos dos aspectos (escribiendo, a nivel de contenido, sobre la esfera pública desde el espacio de lo privado, por ejemplo) o incluso puede ser ya plenamente íntimo.⁹⁹

Los diarios íntimos serían, por otra parte, textos de carácter *secreto* en los que sus autores dedican sus anotaciones a “su vida personal, sus sentimientos, sus actividades diarias, la vida familiar y hogareña, su intimidad”,¹⁰⁰ en palabras de Aristizábal.

Manuel Hierro define el diario íntimo como

aquella narración en prosa de un sujeto real que por mediación del lenguaje se construye en el texto, al tomar su propia existencia cotidiana como sustancia y espacio de escritura, permitiéndole interrogarse sobre sí mismo y por el que puede acceder al conocimiento de sí.¹⁰¹

Esta definición, que no pretende ser prescriptiva, destaca sobre todo la forma del diario (narración en prosa). Además, da por sentada la identidad entre autor y narrador: un diario es la narración de un sujeto real o, más bien, la narración que un sujeto real (“empírico”, en

⁹⁹ C. Aristizábal, *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX*, p. 63.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 63-64.

¹⁰¹ M. Hierro, *op. cit.* p. 114.

términos de Nora Catelli)¹⁰² hace de su propia existencia cotidiana. Sin embargo, lo que hace *íntimo* a un diario según esta definición es que lo que se construye en el texto es el mismo sujeto que, por medio del lenguaje, se interroga y accede al conocimiento de *sí*.

Hierro destaca también que una singularidad del diario íntimo es que los acontecimientos son consignados no en sí mismos, sino que “son una oportunidad para el autor de reflexionar sobre sí mismo, de capturar el reflejo del mundo exterior en su conciencia, de provocar un sentimiento o un pensamiento, de iluminar un aspecto de su ser, considerado al final del análisis como la única realidad”.¹⁰³

Es importante recordar que el diario personal ha sido un género adoptado por la ficción novelada desde el mismo siglo XIX,¹⁰⁴ lo que a su vez no sólo fortaleció la popularización de la práctica escritural del diario, sino que además permitió que el gran público lector adoptara o intentara semejar las formas y los contenidos de la novela en forma de diario. Este fenómeno también ocurre con los diarios de viajes.

2.5.2 DIARIOS DE VIAJES

A simple vista, el diario de viaje no requiere de grandes y complejas definiciones: es aquel diario (escritura realizada diariamente o sobre cada día) escrito durante un desplazamiento o una serie de desplazamientos espaciales de su autor en los que, como establece la

¹⁰² Decido utilizar el concepto de “autor empírico” en lugar del de “autor real” empleado por Ph. Lejeune, siguiendo la crítica realizada por N. Catelli, en la que señala a Lejeune que la inclusión de la categoría de autor real en la lógica del género autobiográfico presenta problemas al dejarlo fuera del texto y apostar todo al delgado margen de la firma que legaliza su presencia como índice textual de una realidad extratextual (*vid.* L. Scarano, “El sujeto autobiográfico”, pp. 5-6).

¹⁰³ A. Girard *apud* M. Hierro, *op. cit.*, p. 112.

¹⁰⁴ La introducción de la forma del diario en el género novelístico se produjo en el siglo XVIII. Según H. Porter Abbott, estudioso de lo que en inglés se llamó *diary novel*, la primera novela diario es *Chant de Schwarzbouurg* o *Les aventures du jeune d’Olban* (1777) de Ramond de Carbonnière, aunque, como señala el teórico literario español Luis Beltrán Almería, antes ya habían aparecido novelas “que contenían diarios o fragmentos de diarios, quizá, como opina H. Porter Abbott, para aumentar el sentido de realidad interior”. Los ejemplos que cita el español son las novelas *Pamela o la virtud recompensada* (1740), de Samuel Richardson; *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe y el *Werther* (1774) de Goethe (L. Beltrán Almería, “Novela y diario”, en *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo*, p. 10).

investigadora argentina Beatriz Colombi, “el que escribe es el que viaja”.¹⁰⁵ El interés de estos textos se centra en la narración y descripción de lo experimentado por su autor como novedoso a lo largo del viaje.

Ahora bien, los diarios de viaje configuran también una imagen de la persona cuya vida se está relatando. El viaje, en palabras de Alain Corín, “hace vibrar el yo, enriquecerlo con una nueva experiencia del espacio y de las gentes, vivida al margen del marco habitual”,¹⁰⁶ y eso se refleja en la manera en la que el sujeto se autorrepresenta “en contraposición con la alteridad cultural y se convierte en mediador cultural”¹⁰⁷ desde un imaginario moderno, como señala Viveros.

En este tipo de diarios tiende a plasmarse con claridad la relación del escritor con el espacio. Como en el relato de viajes, el espacio vivido se traduce y traslada al texto¹⁰⁸ y se manifiesta por medio de “las constelaciones semánticas que lo ordenan” como los nombres, la memoria y la toponimia que guían los pasos del viajero.¹⁰⁹

Podría decirse que el diario de viaje es un relato de viajes delimitado en la escritura diaria o de cada día. La investigadora argentina Sofía Carrizo Rueda define el relato de viaje como la “categoría en la que se inscriben memorias que proporcionan una serie de informaciones sobre un recorrido por ciertos territorios”, aquel en que “cierto itinerario presuntamente recorrido se erige por sí mismo en incuestionable sujeto principal”¹¹⁰ de la narración.

Luz América Viveros propone algunos recursos y estrategias discursivas propias al relato de viaje que retomo a continuación para evidenciar la cercanía entre este tipo de relatos y los diarios de viaje: las huellas de desplazamiento entre destinos, la estructuración episódica, la configuración del espacio de enunciación, la perspectiva de los espacios, la propensión a la digresión, los dispositivos de autorrepresentación y las marcas de la memoria.¹¹¹

¹⁰⁵ B. Colombi, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, p. 14.

¹⁰⁶ A. Corín, “El secreto del individuo”, en G. Duby, *Historia de la vida privada*, v. 4, p. 441.

¹⁰⁷ L. A. Viveros Anaya, *El surgimiento del espacio autobiográfico en México*, p. 63.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 67.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 75.

¹¹⁰ Sofía Carrizo Rueda *apud* L. A. Viveros Anaya, *op. cit.*, p. 64.

¹¹¹ L. A. Viveros Anaya, *op. cit.*, p. 63.

Las marcas de desplazamiento entre destinos son quizá el rasgo más básico en los relatos y diarios de viaje, debido al tema y situación de vida que comparten. De hecho, este elemento es el que hace de un diario, un diario de viaje. La estructuración episódica, por otra parte, se presenta de forma particular en un diario de viaje debido a la organización por fechas. Sin embargo, los traslados y el movimiento espacial pueden generar rupturas o “episodios” dentro de una misma entrada, ya que el momento en que se escribe puede variar.

La configuración del espacio de enunciación es otro factor importante tanto en los relatos de viaje como en los diarios. El sujeto, el *yo* que viaja y escribe, se construye en gran medida, en este tipo de discursos, en diálogo con el espacio de enunciación: sólo a partir del lugar de enunciación del sujeto se vuelve también comprensible la perspectiva que el sujeto tiene de los espacios, elemento que puede presentarse en menor o mayor medida.

Las últimas tres estrategias discursivas que Viveros marca como propias del relato de viaje son curiosamente estrategias propias del diario, no ya de viaje, sino en general: la propensión a la digresión, los dispositivos de autorrepresentación y las marcas de la memoria. Profundizaré por ello sobre este punto más adelante en este mismo capítulo, en el apartado “La escritura del diario”.

2.5.3 DIARIOS DE CAMPAÑA

Los diarios de campaña, parte de la así llamada “literatura de campaña”,¹¹² son quizás el tipo de diario menos estudiado desde la literatura. Los análisis que se han realizado, según C. Aristizábal, se han centrado sobre todo en los diarios de personajes históricos importantes o han sido utilizados como fuente testimonial para obtener datos sobre las guerras y las estrategias militares de un periodo en particular.

¹¹² Este término se debe al crítico cubano Ambrosio Fornet, quien en 1967 reunió “aquellos escritos que tuvieron como forjadores narrativos y protagonistas históricos a los luchadores por la independencia nacional cubana” que tenían en común “la fijación de la memoria histórica y el valor revolucionario”, como título de una serie integrada en la Colección Cocuyo de Arte y Literatura, para la Editorial Nacional de Cuba (Carmen Ochando Aymerich, *La memoria en el espejo. Aproximación a la escritura testimonial*, p. 57).

Para Aristizábal, esta falta de interés por parte de la crítica en este tipo de escrituras se puede deber a que éstas orientan su foco de atención hacia “la memoria de las circunstancias inmediatas, hacia los sucesos en fuga, hacia los personajes protagonistas y actores, hacia los testigos vivos de la historia”,¹¹³ por lo que se les ha considerado textos “con carencias estilísticas para los estudios literarios y con limitada información para los análisis históricos, culturales y sociales”.¹¹⁴

En cuanto al diario de campaña en particular, Aristizábal lo define como “aquel que se redactó diariamente durante las luchas militares, escrito generalmente por soldados, [con] el objetivo de llevar un registro personal de sus acciones, de las actividades de su tropa, de los enfrentamientos militares con otras compañías”. En ellos, los soldados “detallan también sobre el estado de ánimo de la tropa, sus sentimientos, aspectos como del alimento diario y los lugares donde hacían campaña”.¹¹⁵

Otra definición es la de Carmen Ochando Aymerich, para quien el diario de campaña es “un tipo de escritura que transcurre, como acción, casi en el mismo tiempo que los acontecimientos relatados [...], es una relación histórica de lo que ha ido sucediendo por días, es decir, una experiencia escrita del tiempo [que] sitúa al lector ante un pacto comunicativo particular, sometido a la regularidad del calendario”.¹¹⁶

Un elemento común problemático en ambas definiciones es el temporal: en estos diarios, como en otros, es difícil que se logre o que se pueda comprobar una escritura *diaria*, casi contemporánea a los acontecimientos relatados. El elemento estilístico, por otra parte, también tiende a ser un problema común, del que los autores suelen tomar conciencia a partir de una modesta apelación a la indulgencia del lector ante la insuficiencia del estilo, en

¹¹³ *Id.*

¹¹⁴ C. Aristizábal, *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX*, p. 81.

¹¹⁵ *Id.*

¹¹⁶ C. Ochando Aymerich, “El último silencio. (En torno a la *Literatura de campaña*)”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*. Vol. 18 (1995), p. 70.

especial en autores cuyo hábito de escritura no es muy frecuente.¹¹⁷ Sin embargo, esta escasa elaboración estilística tiende a

[...] recompensar al lector, por la falta o el poco estilo de sus diarios, con la narración de verdades y la construcción de personajes con liderazgo militar, sentimientos de lealtad hacia la patria, la familia y los compañeros de tropa; características que ellos mismos construyen de sí mismo y de otros protagonistas en sus textos.¹¹⁸

De la anterior cita habría que matizar la expresión “narración de verdades”, ya que lo que se manifiesta en este tipo de diarios es más bien la verdad personal de quien narra su experiencia, lo que a su vez es muy importante porque aproxima este género al del testimonio. Además, como sucede en las crónicas de conquista de nuestro continente, el diario de campaña es una excelente oportunidad para fijar esta “verdad personal” como potencial verdad objetiva, documental (que es como fueron leídos estos diarios durante mucho tiempo).

Recapitulando, algunos de los rasgos comunes de los diarios de campaña serían entonces la motivación de los autores de dejar documentada, en primer lugar, su asistencia a la guerra; en segundo, la correcta actuación militar durante periodos de guerra; y en tercero y quizás el más destacado, su configuración como buenos patriotas.¹¹⁹ Lo que los separa, según Ochando Aymerich, de los diarios íntimos es “la voluntad épica y exterior” en comparación con “la evocación de la vida cotidiana e interior, situada en los contornos del hogar, y frente a la introspección y la expresión de los sentimientos” propios de los diarios íntimos.

Los diarios de campaña suponen además “el encuentro del hombre con los espacios exteriores y su razón de ser, fundamentada en el desarrollo de las acciones de los héroes en el campo de batalla” que responde “a un carácter social y colectivo de voluntad nacional”.¹²⁰ Sin embargo, como ocurre en general con los diarios, el de campaña puede no limitarse a la narración épica de acciones heroicas en las luchas militares, sino que puede ocurrir, como en

¹¹⁷ C. Aristizábal, *op. cit.*, p. 86.

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 86-87.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 82.

¹²⁰ C. Ochando Aymerich, “El último silencio. (En torno a la *Literatura de campaña*)”, p. 72.

el del general independentista cubano Máximo Gómez,¹²¹ que estas anotaciones se combinen con las de los sentimientos íntimos y personales de su autor.

2.6 EL TIEMPO DEL DIARIO

The diary (...) sculpts life as it happens and takes up the challenge of time.

Ph. Lejeune

Como ya se vio al principio de este capítulo, la relación de los individuos con el tiempo vivido sólo empezó a parecerse a la que tenemos actualmente hacia la segunda mitad del siglo XVIII.¹²² Esta nueva concepción del tiempo es fundamental para entender la construcción de los diarios, por lo que en este apartado quiero desarrollar brevemente tres puntos: 1) la datación, 2) el pasado de la inmediatez y 3) el momento de escritura.

2.6.1 LA DATACIÓN

En cuanto a la importancia de la datación como elemento constructivo propio de este género discursivo, es fundamental no obviar la diferencia entre a) datar la fecha en la que *ocurren* las situaciones narradas o los sentimientos expresados y b) datar la fecha en que *se escribe*. La primera opción es visible, por ejemplo, en las crónicas o en los libros de cuentas, ya que en éstos la única fecha que importa es la del evento reportado. La segunda opción, por otro lado, la podemos encontrar en la carta, en donde la fecha de escritura es crucial y puede no corresponderse con el día de los sucesos narrados.¹²³

Como señala Lejeune, colocar la fecha en la parte superior de la página para indicar el momento de escritura es un gesto esencial, idealmente no simulado, que separa al enunciador de su narración.¹²⁴ Pero, ¿qué implicaciones tiene hacer esta diferenciación? Pensemos, como

¹²¹ Vid. M. Gómez, *Diario de campaña del mayor general Máximo Gómez*.

¹²² Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 80.

¹²³ *Ibid.*, p. 81.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 80.

Lejeune en su ensayo “On today’s date”, en el sujeto que escribe cartas y el que escribe diarios. El primero, como parte de un diálogo con otro, anota en su carta la fecha en la que la escribió y envía su texto, para nunca volver a ver esa fecha en una serie que incluya los previos y los subsecuentes. En cambio, un escritor de diarios “puede ver todas las fechas al mismo tiempo como parte de una serie y de un mismo medio físico”.¹²⁵ El diálogo, dice Lejeune, es con el tiempo mismo: escribir algo sobre cada día –como “tema”, aunque no sea escrito en ese mismo día–, o cada día –como “momento”, aunque no se hable necesariamente sobre el día en que se escribe–.

Así, para el autor francés, la fecha se movió de la tercera persona de la carta a la primera persona en los diarios personales, aunque él mismo se ha declarado incapaz de indicar una fecha para este movimiento, debido a que es gradual: “nuevas prácticas van siendo agregadas a las antiguas sin desplazarlas”.¹²⁶

La investigadora francesa Brigitte Galtier señala que “en el diario, las fechas no son tanto para informar a un destinatario, sino para hacer detectables los espacios entre las entradas: en pocas palabras, el ritmo”.¹²⁷ Esta aseveración, desde luego, puede y debe ser debatida a partir de los casos específicos, pero de ella rescato la idea del ritmo, que desarrollaré en el análisis de los diarios martianos.

El ritmo de un diario es un elemento de gran amplitud, siendo la misma datación uno de los elementos que lo pueden conformar, además de la extensión del texto de escritura medida espacialmente en líneas o en páginas.

2.6.2 EL PASADO DE LA INMEDIATEZ

Al diario, a diferencia de la autobiografía y de algunos relatos de viaje, le hace falta la *perspectiva retrospectiva de la narración* –siguiendo el esquema de la autobiografía de

¹²⁵ *Ibid.*, p. 84.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 85.

¹²⁷ B. Galtier *apud* Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 88.

Lejeune—. ¹²⁸ Más bien, ésta se presenta con un matiz de cercanía con el pasado reciente que no logra lo que Béatrice Didier denomina una “distancia histórica”. ¹²⁹

Es decir, pese a que en el diario se habla del pasado, se trata de un pasado tan próximo a la escritura que puede resultar más productivo hablar de un tiempo de la inmediatez que de un acto de rememoración retrospectiva. En la mayoría de los diarios se trata de un pasado que se toca con el presente.

En el fondo, dice Hierro, el escritor de diarios pretende captar y reconstruir los momentos y acontecimientos por él vividos en el pasado inmediato, es decir, “anhela restituir con la escritura el discurrir de un presente desvanecido o a punto de desvanecerse”. ¹³⁰ Así, el diario permite la expresión no sólo del pasado inmediato, sino también del presente: de las sensaciones presentes (que inmediatamente se van haciendo pasadas), las emociones presentes (quizá un poco menos efímeras), los pensamientos presentes. Este tiempo aparentemente simultáneo es incluso, en palabras de Hierro, “el dispositivo central que marca y rige el funcionamiento del diario”. ¹³¹ Pero no lo marca y rige sólo por explicitarse en el uso de los verbos en presente (situación que se da más bien extrañamente) sino, a mi parecer, por lo que llamo momento de escritura.

La primera persona en el diario existe, a nivel epistémico, en el presente de su enunciación —anotación— al mismo tiempo que hace de la enunciación su presente vivido y eso es lo que yo nombro con la categoría de momento de escritura, ¹³² que otorga al lector la impresión de encontrarse donde el autor, temporal y espacialmente.

¹²⁸ El esquema de la autobiografía propuesto por Ph. Lejeune no se expone en el cuerpo del texto por no resultar del todo pertinente, pero se puede consultar en la obra *El pacto autobiográfico y otros estudios*, p. 51.

¹²⁹ M. Hierro, “La comunicación callada de la literatura”, p. 116.

¹³⁰ M. Hierro, *op. cit.*, p. 116.

¹³¹ *Ibid.*, p. 115.

¹³² En mi revisión en torno al tema, que jamás será lo suficientemente exhaustiva, sólo encontré a otro autor que hiciera referencia al “momento de escritura”: Manuel Hierro, en su ensayo “La comunicación callada de la literatura...”. M. Hierro señala, a su vez, que para Manuel Granell y Alain Girard, en “El diario íntimo” (1963) y *Le journal intime* (1963) respectivamente, conceden a este momento en que el yo se escribe un valor fundamental que constituye una característica congénita al diario respecto a los otros géneros literarios escritos en primera persona (M. Hierro, *op. cit.*, p. 110).

A continuación desarrollaré brevemente las marcas textuales y discursivas que entiendo como propias del momento de escritura. Acabo de mencionar algunas, las más evidentes y visuales: los espacios que, en un diario, pueden llegar a fragmentar una misma entrada; y los saltos abruptos entre la narración de un suceso a la narración, descripción o expresión de un sentimiento o pensamiento que no tenga nada que ver con lo narrado anteriormente.

Las interrupciones son otra marca “evidente” del momento de escritura: una entrada puede quedar incompleta e, incluso, puede dejar fragmentos de la misma sin terminar. Esta marca puede hacerse patente con el uso de tres puntos o simplemente, al momento de leer, con la sensación de que algo falta para cerrar lo que está siendo expresado. A mi parecer, estas marcas textuales nos hablan de un momento de escritura en cuanto a la práctica puntual de cada diario. Un espacio, un salto abrupto o una interrupción pueden indicar que la escritura no fue continua y que, entre fragmento y fragmento, el momento de escritura ha cambiado, con toda la carga personal, emocional y situacional que ese cambio temporal puede tener.

Por otra parte, Philippe Lejeune acuñó una categoría que, a mi parecer, ilustra perfectamente cómo se puede dar una marca del momento de escritura a nivel discursivo, la del “proceso armónico”, que consiste “en tejer el texto del diario (narrativa de acciones, de pensamientos) junto con notas sobre el contexto (sensaciones o incidentes que son contemporáneos al tiempo de escritura)”.¹³³ Este “proceso armónico” da la impresión del momento y permite al lector una doble mirada del día narrado en la entrada: una retrospectiva y una contemporánea al momento de escritura.

2.7 LA ESCRITURA DEL DIARIO

Cuando, previamente en este mismo capítulo, se mencionó la definición de diario de Lejeune, parecía que el único factor que engloba a *todos* los diarios es la *fecha*, pero, ¿qué otros

¹³³ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 127.

criterios de contenido o de forma pueden ser también comunes en la escritura del diario? En este breve apartado, se intentará dar respuesta a esta pregunta.

En un diario puede predominar la mirada hacia adentro –el drama personal de un sujeto– o hacia afuera –los acontecimientos de los que es testigo–; puede o no ser escrito imitando la forma de una carta (al diario-objeto-receptor, a uno mismo, a otros, al futuro); puede o no tener una visión retrospectiva, prospectiva o apegada al instante; puede o no tender a lo factual y tangible o a lo abstracto...¹³⁴

Así, pese a que hablar de las características y de la estética¹³⁵ de “El diario” y no de “un diario” es una labor más que peligrosa, a continuación intentaré abordar algunos de los elementos que han sido identificados como propios de la escritura del mismo: la fragmentariedad y discontinuidad, la repetición y la alusión.¹³⁶

El diario es, para Lejeune, “un arte del fragmento”.¹³⁷ Para este autor y para Peter Boerner, la fragmentariedad es una característica intrínseca y natural al diario.¹³⁸ Por su parte, Manuel Hierro afirma que “es en la escritura fragmentada del diario donde se fija el contorno de cada episodio vital”.¹³⁹ Para entender esta característica, partamos del hecho de que un diario se construye a partir de una serie de “entradas” o “notas” escritas bajo una fecha, separadas entre ellas, siendo cada una, según Lejeune, “un microorganismo atrapado en un conjunto discontinuo: entre dos entradas, un espacio en blanco”.¹⁴⁰

El espacio en blanco y ciertas pausas en el discurso van generando una impresión de lo fragmentario, sobre todo cuando van acompañados de un cambio más o menos brusco en el

¹³⁴ Para Peter Boerner, la tendencia a lo factual y tangible es, sin embargo, uno de los cinco rasgos que identifican al diario moderno (*apud* M. Hierro, *op. cit.*, nota 14, p. 112).

¹³⁵ Para Ph. Lejeune, el diario es “una fuerza de oposición y renovación que reta los modelos estéticos clásicos introduciendo fragmentación, repetición” (*On Diary*, p. 209).

¹³⁶ Estos elementos son, en gran medida, los responsables de que, como señala Lejeune, el diario no inspire el respeto que normalmente los editores y estudiosos tienen por los textos al reescribirlos y “mejorarlos” para facilitar y hacer más amena su lectura (Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 227).

¹³⁷ *Ibid.*, p. 325.

¹³⁸ P. Boerner *apud* M. Hierro, *op. cit.*, nota 14, p. 112.

¹³⁹ M. Hierro, *op. cit.*, p. 118.

¹⁴⁰ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 178.

tono de la narración, descripción o reflexión –rupturas que podrían marcar, a mi parecer, un cambio en el momento de escritura, como planteé en el apartado anterior–.

Ahora bien, en cuanto a esta discontinuidad, es importante tener en cuenta que un diario puede en sí mismo variar por periodos o incluso por entradas: algunos pueden ser más explícitos y otros más implícitos en cuanto al registro de vivencias y sensaciones, algunos pueden ser más introspectivos que otros, algunos pueden ser muy rigurosos en su registro diario y en otros se puede no escribir en absoluto en algunas fechas. Todas estas discontinuidades responden a la experiencia vital del autor al mismo tiempo que, a nivel de la lectura, modifican la imagen de este mismo.

La repetición es otro de los elementos señalados como comunes del diario, sobre todo del íntimo y del privado. Para Manuel Hierro, el diario es reiterativo porque “su «relato» se ordena en la repetición e igualdad que le imponen los días”.¹⁴¹ Sin embargo, la “igualdad de los días” –esa “locura de la repetición que es la vida misma”, según Lejeune¹⁴² no es el único factor que contribuye a que la escritura del diario sea repetitiva: en el caso de los diarios que se escriben con la intención de registrar un acontecimiento específico –como lo son los de viaje, de campaña, de vacaciones, de investigación, de retiros espirituales...–,¹⁴³ la repetición puede presentarse aunque los días registrados no hayan sido monótonos. En este último caso, la reiteración respondería más a la forma en la que se estructuran lingüística y narrativamente el pensamiento y los acontecimientos.

La alusión, por último, es la “evocación de alguien o algo no mencionados por medio de una referencia cultural, histórica, mitológica, etcétera”,¹⁴⁴ según el Diccionario de la Lengua Española. La alusión puede entenderse como un silencio, algo que el autor calla u omite. En los diarios, este elemento retórico se da mediante las menciones que no son explicadas al lector y, por lo mismo, de difícil comprensión.

¹⁴¹ M. Hierro, *op. cit.*, p. 119.

¹⁴² Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 170.

¹⁴³ Debo esta enumeración a Lejeune, quien los enlista en “How do diaries end?” (*ibid.*, p. 189).

¹⁴⁴ Según el Diccionario de la Real Academia Española (consultado en línea el 23 de enero de 2018).

La presencia de lo implícito es, pues, una característica importante de los diarios. Como señala Lejeune: “Muy pocos escritores de diarios comienzan introduciéndose y brindando información sobre sus antecedentes, recursos, o personalidad y apariencia. Para ellos, no es necesario decir estas cosas. Un siglo después, porque nadie conoce este contexto, será difícil entender el texto”.¹⁴⁵

Lo anterior puede ser aplicado a todo tipo de diario mientras éste sea concebido como privado. Un diario escrito por una figura pública con la intención de ser leído por autoridades oficiales o de ser publicado, muy probablemente contendrá menos implícitos, menos alusiones, llenará los potenciales huecos que pueden quedar en la narración, intentará dejar en claro los detalles.

Esto ocurre debido a que en el caso de diarios privados, el autor tiene en su memoria toda la información necesaria para completar los silencios. La alusión en sí misma tiene la capacidad de despertar en su autor, como dice Lejeune, toda una “galaxia invisible de otros recuerdos en suspenso”.¹⁴⁶

Sin embargo, para el lector externo, casi siempre estas referencias se pierden. Para Lejeune, esta “asombrosa” característica distintiva del diario permite que “ningún lector externo pueda leerlo de la misma manera que el autor, incluso cuando el propósito de su lectura sea descubrir su contenido privado”.¹⁴⁷ Esto ocurre, en parte, debido a que la escritura personal actúa como un signo mnemotécnico para la persona que lo escribe.¹⁴⁸

Concluyo este breve apartado con la noción de que la lectura de los diarios exige ser cuidadosa y sensible a patrones y variaciones, justamente por la manera en que son escritos: esta existencia de patrones y sus respectivas variaciones nos hablan no sólo de la vida y de la escritura, sino del autor mismo.

¹⁴⁵ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 132.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 181.

¹⁴⁷ *Id.*

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 170.

2.8 EL YO EN EL DIARIO

El yo es uno de los conceptos más problemáticos y controvertidos de los estudios en torno a las escrituras autorreferenciales y, por lo mismo, ha sido trabajado desde distintas perspectivas: desde la antropológica (Gusdorf, “Condiciones y límites de la autobiografía”), hasta la literaria (Lejeune, *El pacto autobiográfico* y De Man, “La autobiografía como desfiguración”), pasando por la filosófica hermenéutica (Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica* y Ricoeur, *Sí mismo como otro*), ontológica (Olney, “Some versions of Memory/Some Versions of Bios: The Ontology of Autobiography”), lingüística (Benveniste, *Problemas de lingüística general*) y psicológica (Eakin, *Fictions in Autobiography. Studies in the Art of Self-Invention*).

El yo es, pues, un problema central y amplio. Definirlo es en sí mismo difícil, como se puede apreciar con la noción propuesta por Émile Benveniste:

Todo hombre se plantea en su individualidad en tanto que yo en relación con tú y él. [...] Así, en toda lengua y en todo momento, el que habla se apropia el yo, ese yo que, en el inventario de formas de la lengua, no es sino un dato léxico como cualquier otro, pero que, puesto en acción por el discurso, inserta en él la presencia de la persona sin la cual no hay lenguaje posible.¹⁴⁹

Para Benveniste, “el que habla se apropia del yo”, es decir, lo llena de sentido con el uso discursivo. Este yo se encuentra, según lo propuesto, relacionado siempre con un tú y un él, pero ¿cuál es el tú al cual se opone el yo del diario? Puede serlo, como ya se vio, un yo futuro, un ser cercano o el porvenir. José María Pozuelo Yvancos señala que el fenómeno de escribir desde el yo hacia un tú se ha dado por siglos y se debe, entre otras cosas, al “pudor ante la autoexhibición, que se ve mitigado por la elección de un receptor personal, un tú concreto, al que, en forma de carta privada, se exponen los hechos de una vida”.¹⁵⁰

Ahora bien, ¿cuál es la tercera persona, el él, del discurso diarístico? ¿Ante la oposición de qué él / ella / ellos / ellas se conforma el yo? Esta pregunta, importantísima para determinar

¹⁴⁹ É. Benveniste, “El lenguaje y la experiencia humana”, en *Problemas de lingüística general II*, p. 70.

¹⁵⁰ J. M. Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, p. 62.

la manera en la que se construye el *yo*, puede responderse quizás sólo con la especificidad de cada diario, por lo que permanecerá abierta de momento y hasta el capítulo tercero, en el que se retomará para el análisis del corpus.

Volviendo a Benveniste, otra propuesta interesante es que el *yo* no es posible sin un individuo que lo enuncie, al mismo tiempo que el *yo* es capaz en sí mismo de insertar la presencia de su enunciador en el discurso. El segundo punto es justamente el que permite que identifiquemos a un sujeto específico, con su historia de vida única, a una entidad lingüística.

En el fondo, este problema se da por la cercanía del concepto de *yo* con el de identidad. Para Paul Ricoeur, la identidad responde a las preguntas ¿quién ha hecho esta acción? y ¿quién es su agente, su autor?, designando a un autor histórico o empírico con su nombre propio y, con él, la historia de una vida. Para este teórico, “*la propia identidad del quién no es más que una identidad narrativa*”¹⁵¹ y con esta afirmación se acerca a la visión de Benveniste, ya que la narración, a su vez, sólo se puede dar en y por el lenguaje.

La importancia de la narración de la vida propia como factor constructivo de la identidad que puede ser correlato de un *yo* recae en que, como señala el mismo Ricoeur, “la historia de una vida es refigurada constantemente por todas las historias verídicas o de ficción que un sujeto cuenta sobre sí mismo. Esta refiguración hace de la propia vida un tejido de historias narradas”.¹⁵²

Y es entonces cuando no sólo la vida incide en el texto: el texto incide en la vida. Al *yo* empírico (el que se corresponde con el autor biográfico) se le añade, en palabras de la investigadora argentina Laura Scarano, “un Yo creado en la experiencia de la escritura, un *yo* textualizado (objeto-tema de la autobiografía) desde la perspectiva narrativa de otro Yo narrador, sujeto de la enunciación”.¹⁵³

¹⁵¹ P. Ricoeur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, p. 997. Las cursivas son del autor.

¹⁵² *Ibid.*, p. 998.

¹⁵³ L. Scarano, “El sujeto autobiográfico”, p. 2.

Ese *yo* que se crea en la escritura es el *yo* autobiográfico. Para Pozuelo Yvancos, éste sólo existe en la escritura que se hace pública,¹⁵⁴ pero a mi parecer se puede rastrear más bien desde el gesto inaugural de la escritura de la vida propia, en esa experiencia de escritura de la que habla Scarano, esa intención de “fijar” un *yo* en la vida narrada.

La distancia entre el *yo* empírico y el autobiográfico es, según Scarano, primariamente lingüística: “¿Quién habla? Yo” difiere de “¿De quién hablo? De mí”.¹⁵⁵ El *yo* se duplica en el tipo de escrituras que aquí conciernen en sujeto de la enunciación y en objeto del enunciado, agente del discurso y núcleo de la historia. Esta dualidad, más que generar polos en el análisis del *yo*, permite verlo de forma más completa en su complejidad, con la capacidad de distinguir al sujeto biográfico y empírico que escribe y a la imagen de sí que revela en su escritura.

2.9 NARRACIÓN DE LA EXPERIENCIA

La experiencia es la materia prima de toda creación, la cual elabora los elementos tomados de la realidad vivida.

G. Gusdorf

Para escribir la vida, una serie de hechos aparentemente “reales” y “objetivos” tienen que ser experimentados por un sujeto de una forma concreta. Para Weintraub, la realidad externa forma parte de la experiencia, pero “se ve modificada por la propia vida interior”, con lo que se “conforma nuestra particular experiencia personal” y “el hecho externo se traduce en experiencia consciente”.¹⁵⁶

En un diario, simplificando mucho, suceden dos cosas: un sujeto reflexiona sobre su vida o narra su experiencia vital. Pero, ¿qué es la experiencia? Para Wilhelm Dilthey, la

¹⁵⁴ J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, p. 52.

¹⁵⁵ L. Scarano, *op. cit.*, p. 5.

¹⁵⁶ K. J. Weintraub, “Autobiografía y conciencia histórica”, *La autobiografía y sus problemas teóricos*, p. 19.

experiencia individual “constituye la base directa de la comprensión para definir el sentido de [una] vida singular”.¹⁵⁷ Ricoeur, por su parte, señala que:

La persona, entendida como personaje de relato, no es una identidad distinta de *sus* experiencias. Muy al contrario: comparte el régimen de la identidad dinámica propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada. Es la identidad de la historia la que hace la identidad del personaje.¹⁵⁸

Para comprender el sentido de una vida es necesario conocer su experiencia en el mundo, la cual no se puede desligar del individuo que la experimenta. Por ello, sólo el mismo sujeto puede dar cuenta de su experiencia vital: persona y experiencia, como dice Ricoeur, no son identidades distintas, sino que comparten esa identidad de la historia narrada, es decir, la identidad narrativa.

La experiencia va más allá de lo comprobable o no comprobable: no es un hecho, ni un acontecimiento, ni una situación; es la proyección subjetiva de lo vivido –sentido, conocido, presenciado– por un sujeto. Por ello, la distancia entre el momento de escritura y la narración de la experiencia es importante y distintiva en el diario, en el que, a diferencia de la autobiografía, el olvido y la deformación de las experiencias se reduce por la cercanía entre la experiencia y la escritura.

¹⁵⁷ W. Dilthey, *El mundo histórico*, p. 273.

¹⁵⁸ P. Ricoeur, *Sí mismo como otro*, p. 147.

2.9.1 SELECCIÓN DE LO NARRADO

¿Qué quiere decir esa mirada interior que descubre la faz verdadera de lo que somos? Porque en realidad somos también nuestra propia mirada... En el dinámico y mutable universo de la intimidad, los momentos que aparecen bajo ese punto de «sucesiva presencia» que podríamos llamar el «yo», se entremezclan con lo que se va «presentando» en la memoria.

E. Lledó

En los diarios, la espontaneidad y la referencialidad son una apariencia, una construcción discursiva que, aunque dé testimonio de un acontecimiento, es producto del punto de vista de un sujeto, de una selección inevitable de lo narrado, lo descrito y lo reflexionado: “incluso bajo el vértigo de la inmediatez subyace una operación seleccionadora”, en palabras de Luz América Viveros.¹⁵⁹

Para Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, autores del *Diccionario de psicoanálisis*, “lo que se elabora retroactivamente no es lo vivido en general, sino electivamente lo que, en el momento de ser vivido, no pudo integrarse plenamente en un contexto significativo”,¹⁶⁰ de tal forma que las experiencias se reelaboran a partir de los acontecimientos nucleares que dan significación al conjunto.

La escritura del diario implica una selección de lo que su autor recupera de su experiencia vital, partiendo de la noción básica de que “no se puede contar una historia exhaustivamente, de principio a fin”, en palabras de Luz Aurora Pimentel.¹⁶¹ Así, el diarista narra los acontecimientos que le parecen relevantes, reflexiona en torno a situaciones que le preocupan, describe del mundo aquello que por alguna razón u otra llamó particularmente su atención.¹⁶² En este proceso de selección implícito en la escritura del diario, la memoria juega un papel primordial.

¹⁵⁹ L. A. Viveros, “Dimensiones autobiográficas del episodio huertista”, en R. Olea Franco, *Los hados de febrero: visiones artísticas de la Decena Trágica*, p. 200.

¹⁶⁰ J Laplanche y J. B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, p. 281.

¹⁶¹ L. A. Pimentel, *El relato en perspectiva*, p. 44.

¹⁶² K. Weintraub señala que “cada anotación en el diario tiene el valor en sí mismo de ser el reflejo de un momento breve de determinadas situaciones vitales a las que se les atribuye una importancia primordial” (“Autobiografía y conciencia histórica”, *op. cit.*, p. 21).

En el caso de los diarios que cubren un evento específico de la vida de sus autores (crisis personales, viajes, lecturas, guerras, etcétera) ocurre algo particular: la selección de lo reflexionado, descrito y narrado se centra casi necesariamente en todo aquello que tenga alguna relación con el evento de interés, generando un foco de atención muy claro para el lector. Sin embargo, este fenómeno permite observar quizá con todavía mayor claridad aquellos “otros focos” que, sin ser parte del interés principal del diario como unidad temática-narrativa a nivel textual, sí lo son del sujeto empírico que lo escribe.

Pero esta selección no implica sólo lo que termina plasmado en el texto: también implica lo que se queda “fuera” del mismo, los silencios (más conscientes) y los olvidos (más inconscientes). Para Pozuelo Yvancos, en las escrituras autobiográficas “los olvidos pueden ocupar un lugar tan destacado como los recuerdos, pues son como su envés y caminan, recuerdos y olvidos, reclamándose mutuamente”.¹⁶³

Lo que el autor de diarios omite y olvida, se escapa de cualquier posible análisis del texto desde una perspectiva literaria –aunque seguramente puede resultar de interés para una perspectiva psicológica– y se queda en el nivel de la referencialidad y lo comprobable en el texto. Sin embargo, la diferencia entre omisión por olvido y por ocultamiento sí puede entenderse como una clave para el análisis de la autfiguración: en el atisbo de una decisión consciente de dejar de lado cierta información, los lectores nos acercamos un poco más a la imagen que el autor quiere dejar de sí y la que no.

En este sentido, la selección de lo narrado es un elemento clave de la develación del *yo*.

2.10 EL DIARIO Y LA MUERTE

El inicio de un diario, dice Lejeune, “es siempre la decisión de *empezar* a escribir”.¹⁶⁴ Pero, ¿cómo termina un diario? Este mismo autor intentó responder a esta pregunta en su

¹⁶³ J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, p. 71.

¹⁶⁴ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 170.

esclarecedor ensayo “How do diaries end?”. En resumen, las posibilidades son dos, dependiendo del tipo de diario: por una parte, en los diarios escritos para cubrir una situación específica, el fin natural de éstos llegaría con el fin de la situación misma; por otra, en los diarios íntimos y personales, escritos a lo largo de una vida, el final definitivo sólo puede llegar con la muerte de su autor.

El segundo caso es el que nos lleva a plantear la relación del diario con la muerte. Si cuando se detiene la escritura y el diario termina, es porque la vida también terminó, el autor de un diario íntimo o personal llevado a lo largo de una vida no puede saber cuál será la última entrada de su diario, incluso aunque se encuentre en alguna situación de alto riesgo o gravemente enfermo.

El desconocimiento, por parte del autor, de cuándo o dónde llega a su fin su diario, de la mano de la vida, nos conduce como lectores a una sensación de autenticidad en la forma en que se escribe, la selección de los acontecimientos y sentimientos narrados y descritos y, por supuesto, la manera en que se construye el *yo* en el discurso, preocupación central de este trabajo. Esta sensación tiene mucho de real, ya que, a diferencia de la autobiografía, el autor del diario interrumpido por su muerte –como fue el caso de Martí–, al no tener conciencia de cuándo termina el texto, no puede *cerrar* la construcción de su imagen.

Es por ello que cada secuencia, cada fragmento de cada día narrado, es trascendente y nos dice algo no sólo sobre la construcción del *yo* por parte de su autor, sino también sobre la manera en que este se concibe y entiende a sí mismo. La lectura de un diario escrito sin el conocimiento de su fin se vuelve, como señala Lejeune, trágica, lo que hay que tener muy presente para el análisis de nuestro corpus.

3. CONCLUSIONES

El diario es un discurso complejo, tanto históricamente como en su misma estructura textual y temática. Durante el siglo XIX comenzó a surgir como una práctica cotidiana y a afianzarse como género en el mundo occidental, pese a que narraciones de la propia experiencia de vida se venían dando desde tiempo atrás. Surgió de la mano de una serie de factores propios de la vida política y social (la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* del siglo XVIII), cultural y artística (la exaltación de la libertad del sujeto y sus sentimientos propia del romanticismo) y material (los avances tecnológicos que modificaron la relación del hombre con el tiempo y facilitaron la masificación de la escritura).

Como se ha visto a lo largo de este capítulo, el diario es un género ecléctico y heterogéneo; un discurso que toma (y ha tomado históricamente) préstamos de otros discursos y se configura a partir de ellos; un texto que se encuentra tan cercano a su autor, a su vida y experiencias, que puede presentar múltiples matices e infinitas variaciones. Esta heterogeneidad postula al diario como un espacio de libertad –para Lejeune, uno de los espacios de libertad más importantes de la modernidad–.¹⁶⁵

Es un espacio de libertad porque, por medio del texto, el sujeto puede estar en soledad consigo mismo, prestarse atención, desarrollar su creatividad, cuestionar situaciones cotidianas, enfrentarse a la muerte. Un espacio de libertad debido a que no existe una sola manera de escribirlo y a que lo único realmente necesario para que un texto sea un diario es la datación.

Su relativa novedad en el campo literario es todavía visible en las maneras de aproximarse a su lectura: mediante el presupuesto de referencialidad o de ficción, de literariedad o a-literariedad, etcétera. Sin embargo, concuerdo con Lejeune: “debemos ser capaces de

¹⁶⁵ J. D. Popkin, “Philippe Lejeune, explorer of the diary”, en Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 12.

imaginar otra cultura del diario, un acercamiento paciente y empático al texto manuscrito, un acercamiento en el que una pieza de escritura personal obtiene una lectura personal”.¹⁶⁶

¹⁶⁶ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 154.

CAPÍTULO II

DIARIOS (1895), EL TEXTO EN SU CONTEXTO

Los *Diarios* de José Martí son quizá los más representativos del género diarístico del siglo XIX en Cuba. En este capítulo me propongo situarlos en su contexto histórico, personal y discursivo, en ese orden. Para lograrlo, expondré brevemente los procesos históricos que experimentó Cuba durante el siglo XIX —en especial aquellos ligados a la Independencia de la isla—, los acontecimientos más importantes de la vida de José Martí durante los años próximos a 1895 y, por último, el marco discursivo y posterior recepción de ambos diarios.

Si consideramos que la ubicación temporal y espacial de la producción de un texto es un dato principal para la reconstrucción de este marco, ya que “permite interpretar lo que el texto cifró y por qué lo hizo de esa forma”,¹ el bosquejo histórico será de utilidad para la comprensión de las acciones políticas en las que participó Martí durante los últimos años de su vida y para dilucidar con mayor claridad el marco referencial y discursivo del corpus. En cuanto a este último, intentaré situar los *Diarios* mediante cuatro puntos: el contexto discursivo de su producción, la historia de los textos desde los manuscritos hasta las primeras publicaciones, un breve repaso de las ediciones y la exposición de su recepción.

¹ Luz América Viveros Anaya, *El surgimiento del espacio autobiográfico...*, p. 57.

1. CUBA CAMINO DE SU INDEPENDENCIA

La independencia es condición de esencia de la vida: todo sea libre, sin más esclavitud que la de la lógica en la vida literaria y en la vida real la del deber.

J. Martí

A pesar de que Alexander von Humboldt consideró, como retoma el historiador cubano Óscar Zanetti, que la élite de la Cuba colonial era de “las mejores informadas y más politizadas de la América española”,² no hubo en ésta un equivalente a las gestas independentistas que se dieron en Nuestra América durante el primer cuarto del siglo XIX. La Independencia de la isla se dio de manera compleja y particular. A continuación, me propongo exponer a muy grandes rasgos este proceso histórico para enmarcar la participación de Martí en el mismo.

1.1. PANORAMA DE ANTECEDENTES

Cuba experimentó, desde la primera mitad del siglo XIX, una importante expansión económica, ligada a la industria azucarera,³ que a su vez prosperó gracias a la esclavitud. La opresión sobre la población esclava, de la que se beneficiaban comerciantes y funcionarios coloniales, originó rebeliones que llegaron a colapsar las zonas de plantación, pese a que la mayoría de éstas terminaron en la represión y ejecución de los esclavos.⁴

Mientras tanto, la institución colonial condenaba a los nacidos en Cuba a una posición subordinada ante aquellos que venían de España, como ocurrió también en otras partes de Nuestra América. Estos antagonismos (esclavo-esclavista, criollo-español), aunados a las variadas influencias internacionales (el liberalismo español, la democracia estadounidense, las doctrinas de la Revolución Francesa, las corrientes de pensamiento independentista en

² O. Zanetti, *Historia mínima de Cuba*, p. 126.

³ Un estudio de referencia obligada sobre los contrastes agrarios, históricos y sociales de los cultivos de tabaco y azúcar en Cuba es *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), del etnólogo cubano Fernando Ortiz. En éste, el autor señala que “el tabaco y el azúcar son los personajes más importantes de la historia de Cuba” (p. 12).

⁴ O. Zanetti, *op. cit.*, pp. 101, 121, 117.

Nuestra América), dieron lugar a una complicada situación política, repleta de disímiles corrientes y movimientos que fueron variando a lo largo del siglo.⁵ Los más destacados, según Zanetti, fueron el independentismo, el reformismo y el anexionismo.

Las primeras conspiraciones por la independencia de la isla se remiten a la primera década del XIX, “en momentos en que todavía algunas de las colonias continentales donde la rebelión se había hecho fuerte no habían roto abiertamente sus vínculos con España”,⁶ y a éstas siguieron varias más,⁷ a las que en términos generales se opuso la élite, que se manifestaba en contra de las guerras que sacudían la entonces América española, plenamente consciente de que la esclavitud no sobreviviría a una guerra independentista.

Durante la primera mitad del siglo, los procesos de independencia de las diferentes naciones de Nuestra América actuaron como catalizadores de las conspiraciones en la isla: a medida que países como México o Gran Colombia iban alcanzando sus independencias, se acrecentaban los intereses de las nacientes patrias independientes por desarticular la importante base contraofensiva española que era Cuba.⁸

En el Congreso Anfictiónico celebrado en Panamá en 1826, Estados Unidos se pronunció al respecto, objetando categóricamente el proyecto bolivariano de apoyar la independencia de Cuba y Puerto Rico; y Gran Bretaña respaldó además el estatus colonial en las islas, de tal forma que “hacia 1830 las esperanzas cubanas de independencia se habían esfumado”.⁹ Sin embargo, el independentismo temprano que se vivió a principios del siglo XIX en Cuba contribuyó, a juicio de Zanetti, a la gestación nacional.

El reformismo, por otro lado, fue un movimiento político surgido desde la oligarquía

⁵ *Ibid.*, p. 125-126.

⁶ *Ibid.*, p. 126.

⁷ Como la antiesclavista –aunque no independentista– brutalmente aplastada en 1812, en la que participaron negros, mulatos libres y esclavos, e inspirada, al parecer de Zanetti, por la Revolución Haitiana (*ibid.*, p. 126-127).

⁸ Desde Gran Colombia, con el apoyo del mismo Simón Bolívar, surgió el apoyo para la conspiración de los “Rayos y soles de Bolívar”, descubierta en 1823, una de las más resonantes. Desde México, por otro lado, surgió la conspiración de la “Gran Legión del Águila Negra” (*ibid.*, pp. 128-131). Sobre la relación de Simón Bolívar con el proceso de independencia en Cuba, *vid.* F. Pérez Guzmán, *Bolívar y la independencia en Cuba*.

⁹ O. Zanetti, *op. cit.*, p. 130.

criolla que, además de tener el poder sobre las tierras y ser promotora de la vida cultural, era premiada por la Corona por su lealtad ante los movimientos independentistas continentales. Este grupo optó por defender sus privilegios a costa de aceptar las estructuras coloniales que lo condenaban a posiciones subordinadas y a conformarse con “modificar las políticas y los procedimientos sin apenas tocar los fundamentos del régimen colonial”.¹⁰

Este movimiento fue retomado posteriormente por un grupo de jóvenes intelectuales que respondían más bien a un “liberalismo de tintes románticos, alimentado de las experiencias republicanas de Estados Unidos, Francia e Hispanoamérica”.¹¹ Ya que tenían poco peso institucional y se encontraban ajenos a las estructuras del poder, estos nuevos reformistas se enfocaron en la crítica y en la enseñanza, teniendo una noción más clara de conciencia nacional. Una distinción entre la identidad cubana y lo español comenzaba a generarse, aunque en la noción de identidad cubana de estos reformistas no tenían cabida los negros.¹²

Por último, el tercer movimiento político de importancia durante el siglo XIX en Cuba fue el anexionismo, que surgió de la frustración que supuso para los reformistas la exclusión formal de la isla del sistema político español en 1837.¹³ La mejor opción, en oposición a España, era la anexión a Estados Unidos, una potencia cercana con una economía creciente, que parecía garantizar la supervivencia de la plantación esclavista, simplificar las relaciones comerciales y conceder a los cubanos –blancos y de la élite– representación política y las libertades que España les negaba; además de que el tránsito de la situación colonial a la anexión podría realizarse “sin provocar convulsiones o trastornos que alterasen el orden

¹⁰ *Ibid.*, pp. 120-121, 131.

¹¹ *Ibid.*, p. 135.

¹² O. Zanetti señala al respecto que este grupo de nuevos reformistas consideraba el “blanqueamiento” como “una condición indispensable para la afirmación nacional” (*ibid.*, p. 136-139). Sin embargo, pese a que la élite criolla impulsó un proyecto nación que no incluía a los esclavos –que constituían más de la mitad de la población–, la cultura permitió que desde las artes se fuera gestando una identidad que fuera síntesis de lo español, lo africano y lo criollo, al mismo tiempo que reflejaba las inquietudes intelectuales y el dinamismo de la sociedad. La literatura, la pintura, la música, fueron todas medio por el cual se expresaron y ensayaron distintos proyectos artísticos e ideológicos (*cf. ibid.*, pp. 139-146).

¹³ Muchos de los nuevos anexionistas habían sostenido firmemente el reformismo liberal años antes (*ibid.*, pp. 146-147).

social”.¹⁴

En un inicio, Estados Unidos estuvo dispuesto a asimilar a Cuba. Sin embargo, el gobierno de Madrid rechazó la oferta de compra por 100 millones de dólares propuesta en 1848 y, posteriormente, las autoridades estadounidenses terminaron desestimando el proyecto.¹⁵ Sin embargo, la situación política cubana no dejó de ser de interés para el país norteamericano.

Tres hechos históricos específicos pueden dar cuenta de lo señalado con anterioridad: la acción militar anexionista organizada por el general venezolano Narciso López en 1850 –que salió desde los Estados Unidos y falló por falta de apoyo local al llegar a Cuba–; la nueva oferta de compra de Cuba por 130 millones de dólares, a cargo de la administración del presidente estadounidense Franklin Pierce en 1852 –igualmente fallida–; y la discusión pública llevada a cabo en el periódico *Manufacturer* a partir de la publicación del artículo titulado “Do We Want Cuba?”, el 6 de marzo de 1889.¹⁶

1.2 EL PROYECTO INDEPENDENTISTA

Este largo periodo de enfrentamientos y frustraciones evidenció que los problemas económicos, sociales y políticos no podrían solucionarse bajo el colonialismo español y, al mismo tiempo, que iba madurando una conciencia nacional que, aunque seguía sin ser compartida por la mayoría, motivaba la búsqueda de la independencia de Cuba.

La gesta independentista se inició formalmente con medio siglo de retraso respecto al resto de Nuestra América, por lo que se desplegó de manera solitaria y durante largos años de combate. Los antagonismos y los prejuicios étnicos dividían a la población hasta el punto de llegar a ser “un obstáculo esencial”.¹⁷ Sin embargo, para los criollos independentistas era

¹⁴ *Ibid.*, p. 147.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 148-149.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 150-151; Emilio Bejel, “Martí, los Estados Unidos y el «hombre afeminado»” en *Confluencia*. Vol. 27, núm. 1 (octubre de 2011), p. 47. Para profundizar en torno a los intereses y acciones anexionistas de Estados Unidos sobre Cuba a lo largo del siglo XIX *vid.* Emilio Roig de Leuchsenring, *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* y Ramiro Guerra y Sánchez, *En el camino de la independencia*.

¹⁷ *Ibid.*, p. 158.

claro que el pueblo, incluyendo a los negros y mulatos, sólo se lanzaría a la lucha “si el programa de independencia comportaba respuestas a los problemas de la esclavitud y la discriminación racial”.¹⁸

La victoria del Norte en la Guerra Civil de los Estados Unidos fue en este sentido una coyuntura internacional favorable al proyecto independentista, a lo que se sumó el triunfo de la revolución liberal de 1868 en España, que dio lugar a una etapa de inestabilidad política en la metrópoli y condujo a la aplicación en Cuba de algunas medidas democratizadoras, como la libertad de prensa.¹⁹ Para ese verano, la conspiración independentista parecía haber madurado lo suficiente para un levantamiento, pero la fecha para llevarlo a cabo suscitó discrepancias y, ante la noticia de que la conspiración había sido descubierta, Carlos Manuel de Céspedes, jefe de los conspiradores en la zona de Manzanillo, se levantó en armas en Demajagua el 10 de octubre de 1868,²⁰ dando por iniciada la lucha conocida como la Guerra de los Diez Años.

Aunque la acción de Céspedes tomó por sorpresa al resto de los conspiradores, los de la zona oriental secundaron el movimiento. Desde allí, la insurrección se generalizó y se extendió por más de la mitad del país.

La Agencia General, que representaba a la revolución independentista en el exterior, se dedicó mientras tanto a buscar el reconocimiento de la República cubana y a enviar recursos y expediciones para robustecer a las fuerzas libertadoras.²¹ El armamento obtenido del exterior permitió a los mambises –nombre con el que se conocía a los combatientes independentistas cubanos– organizar su ejército y realizar algunas campañas exitosas.

Sin embargo, estas operaciones no fueron más allá del ámbito regional y, pese a que la Constitución propuesta por las fuerzas insurrectas²² había establecido una unidad de mando,

¹⁸ *Id.*

¹⁹ *Ibid.*, pp. 162-163.

²⁰ Además, Céspedes redactó un manifiesto para dar a conocer los propósitos de su levantamiento y ganar la simpatía de los hacendados y propietarios de toda la isla, para lo cual asumía varios postulados del reformismo, como la abolición gradual e indemnizada de la esclavitud (*ibid.*, pp. 159-161).

²¹ *Ibid.*, p. 162.

²² Con la intención de evitar el caudillismo, a esas alturas ya presente en las otras naciones independientes

ésta no se dio tan firmemente en la práctica: las discrepancias entre el presidente –cargo para el que fue elegido Céspedes– y la Cámara no permitieron la aplicación de una estrategia, por lo que la Cámara depuso a Céspedes de su cargo en 1873.²³ Estos conflictos, exacerbados por los sentimientos regionalistas, quebrantaron el esfuerzo bélico en la isla para finales de 1876; situación a la que se sumó la paralización de la Agencia General, debida a las pugnas en el seno de la población cubana en Estados Unidos.²⁴

El Convenio de Zanjón tuvo, en este contexto, la función de dar fin a la Guerra de Diez Años. Este documento no garantizaba la independencia de Cuba ni la abolición de la esclavitud, pero sí proclamaba, estratégicamente, un perdón generalizado a los mambises que entregaran las armas y el reconocimiento legal de libertad para todos los esclavos que sirvieran bajo la bandera española, entre otras medidas de aparente pacificación.²⁵

El general Antonio Maceo, que se encontraba al mando de las fuerzas libertadoras orientales, presentó un absoluto rechazo a dicho convenio e hizo saber que sus hombres no aceptaban una paz sin independencia ni abolición de la esclavitud.²⁶ Sin embargo, el Convenio de Zanjón se hizo efectivo en 1878.

Durante la guerra, los problemas de la sociedad cubana se agravaron. La devastación llegó a límites abrumadores: muchos ingenios desaparecieron, se mermó la ganadería y colapsó la producción cafetalera.²⁷ En las ciudades, no pasó mucho tiempo antes de que estallaran las primeras huelgas en demanda de mejores salarios, ideas difundidas por la naciente prensa obrera de influencia anarquista.²⁸

Por otra parte, tras la Guerra de los Diez Años, “el significado de lo cubano alcanzó una

de Nuestra América, la Constitución (Guáimaro, Camagüey, 1869) planteó que el mando militar y el presidencial se subordinarían a la Cámara de representantes, órgano supremo de la República en armas (*ibid.*, p. 164).

²³ *Ibid.*, p. 165.

²⁴ *Ibid.*, p. 166.

²⁵ *Ibid.*, pp. 167-171.

²⁶ *Ibid.*, p. 168.

²⁷ *Ibid.*, p. 169.

²⁸ *Ibid.*, p. 173.

nueva dimensión”²⁹ y la esencia de lo nacional comenzó a expresarse con mayor complejidad. Lo popular y las manifestaciones de matriz africana pugnaban por ser reconocidos como parte de la identidad cubana. En la literatura se expresó el sentido de cubanía con los combatientes y escritores Enrique José Varona –quien en 1895 asumiría a petición de Martí la redacción del periódico *Patria* en Nueva York– y Manuel Sanguily.³⁰

Tras el fracaso de la primera contienda independentista, España quedó en posición de arbitrar el curso de los acontecimientos en Cuba, y la isla adquirió representación en las cortes, abriendo a las élites criollas posibilidades de participación en las funciones de gobierno.³¹ Además, la extensión hacia Cuba, en 1881, de la Constitución española de 1876 concedió a los cubanos libertades de reunión, asociación y publicación sin censura previa, que a su vez permitieron que se mantuviera viva la discusión pública –en las calles, en los liceos y sociedades y en la prensa– de los problemas centrales de la sociedad.³²

Quizá por ello, “aún no se habían apagado los ecos de la guerra cuando ésta volvía a estallar”, ahora dirigida desde Nueva York bajo el liderazgo del general Calixto García. La Guerra Chiquita, como se la conoció, llevó a cientos de combatientes a los campos, pero por su falta de coordinación y recursos bélicos no tardó en ser sofocada por los españoles.

En estos tiempos, el independentismo requería de una reformulación en sus pautas organizativas y en sus proyecciones programáticas y fundamentos sociales. Para Zanetti, “el encargado de esa colosal tarea sería José Martí”.³³

²⁹ *Ibid.*, p. 176.

³⁰ *Id.*

³¹ Surgieron así partidos como el Liberal, después Autonomista –cuya propuesta fue reconocer la soberanía española y rechazar la violencia independentista, aunque aspirando a la mayor autonomía posible “dentro de la unidad nacional”– y el de la Unión Constitucional –cuyo objetivo central era defender la integridad nacional y la asimilación de Cuba dentro del estado español (*ibid.*, pp. 177-178).

³² *Ibid.*, pp. 178-179.

³³ *Ibid.*, p. 180.

1.3 MARTÍ, PATRIOTA

Martí, gracias a sus largos años de exilio y a sus viajes por el continente americano, fue un conocedor profundo tanto de las experiencias del propio independentismo cubano, como de más de medio siglo de experiencia republicana en Nuestra América y de las tendencias del desarrollo de Estados Unidos.³⁴ Su gran capacidad de análisis crítico le permitió comprender, además, que:

La creación de la República cubana no solo demandaba liquidar el régimen colonial español y contener la expansión estadounidense, sino superar, ante todo, las profundas divisiones que fragmentaban a la sociedad insular. Factores de raza –blancos y negros–, origen –españoles y cubanos– y condición económica obstaculizaban la articulación de un verdadero movimiento nacional en Cuba y debilitaban al independentismo, en cuyas propias filas eran perceptibles contradicciones.³⁵

Por ello, buscar la unión fue la clave de la estrategia martiana para lograr la libertad de Cuba, como lo expresó el mismo Martí en su famoso ensayo “Nuestra América”: “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos”.³⁶

El año de 1880 fue clave, ya que significó para él el inicio de una fuerte actividad en el Comité Revolucionario Cubano, centro organizador y coordinador del movimiento insurreccional, al principio como primer vocal y posteriormente como presidente.³⁷ Desde entonces y hasta 1894, el Comité fungió como vínculo entre el movimiento de los revolucionarios cubanos en los Estados Unidos y los centros de emigrados en otros países como Costa Rica, Panamá, Jamaica, México, Haití y República Dominicana.

La propuesta política de Martí se centró en la democracia, que era tanto meta como medio necesario de la revolución de independencia. Con esos fines –y el de oponerse al anexionismo–³⁸ fue constituido el Partido Revolucionario Cubano (PRC) en 1892 por los

³⁴ Martí fue un conocedor profundo de la sociedad estadounidense, cuya naturaleza democrática y dinámica progresista admiraba. Sin embargo, atestiguó también el desarrollo de los apetitos imperiales de Washington (*ibid.*, pp. 180-181).

³⁵ *Ibid.*, p. 181.

³⁶ J. Martí, *Nuestra América*, p. 15.

³⁷ Ibrahím Hidalgo Paz, *José Martí 1853-1895*, pp. 87, 89.

³⁸ *Ibid.*, p. 97.

cubanos residentes en los Estados Unidos, cuyo papel resultó primordial para la labor organizativa de la guerra de independencia. Para 1894, Martí era el encargado de tal labor y, como tal, sus responsabilidades incluían las participaciones públicas –discursos en fábricas y asociaciones– impulsadas con el fin de obtener fondos para la compra de armas y el envío de las mismas a la isla (lo que no siempre logró concretarse),³⁹ así como mantener comunicación constante tanto con los otros dirigentes para coordinar el alzamiento en la isla con el arribo de las expediciones procedentes del extranjero, como con potenciales simpatizantes de la causa en los Estados Unidos⁴⁰ y en otros países.

En junio de ese año, Martí viajó a San José, Costa Rica, Colón, Panamá y Kingston, Jamaica, con el objetivo de dar a conocer la guerra por venir y obtener contribuciones para la causa revolucionaria provenientes de compatriotas cubanos y otros hispanoamericanos residentes en esos países. Desde ese último escribió el 25 de junio para el general dominicano Máximo Gómez “una detallada comunicación sobre los últimos trabajos realizados”, en la que concluía que nada impedía el inicio de la acción y le pedía expresamente al General que lo mandara en alguna de las expediciones.⁴¹ Partió de Jamaica a Nueva York acompañado del hijo de Gómez y después emprendió un viaje a México a mediados de julio.⁴²

En nuestro país solicitó, pese a que su salud no era óptima, una entrevista con el presidente Porfirio Díaz, “para tratar acerca de la significación y alcance continental de la independencia de Cuba”, en palabras del historiador cubano Ibrahim Hidalgo.⁴³ Fue citado para tal entrevista el 26 de julio, pero no asistió debido a que se encontraba en Veracruz reunido con un grupo de militantes y colaboradores.

³⁹ Tal fue el caso de un envío de doscientos fusiles y cuarenta y ocho mil balas a Camagüey, que fue capturado por las autoridades españolas el 3 de abril (*ibid.*, p. 187).

⁴⁰ Para ello y en su papel de Delegado del Partido, Martí acudió a clubes, talleres y asociaciones de Estados Unidos para hablar del proyecto de Independencia a lo largo de todo el año de 1894. Sólo en abril y en mayo visitó a la asamblea de afiliados de los presidentes de clubes neoyorquinos, a los obreros de la fábrica de E. H. Gato, al club de San Carlos, a una “inmensa multitud” congregada en un mitin del Liceo Cubano y, entre otros eventos, a los reunidos en el mitin de Engel’s House en Jacksonville (*ibid.*, pp. 181-192).

⁴¹ *Ibid.*, pp. 193-195.

⁴² En su estancia en México visitó a su amigo Manuel Mercado, que ocupaba el cargo de subsecretario de Gobernación, y se reunió con Justo Sierra, Juan de Dios Peza y Manuel Gutiérrez Nájera (*ibid.*, p. 194-195).

⁴³ *Ibid.*, pp. 196-197.

A finales de 1894 la contribución de los emigrados había permitido preparar el envío de una expedición de tres barcos bien armados a Cuba –el llamado Plan de La Fernandina, concebido por Martí–. Estos barcos, sin embargo, nunca llegaron a su destino, ya que fueron incautados por las autoridades estadounidenses entre finales de ese año e inicios del siguiente como producto de la traición del coronel de la Guerra de Diez Años, Fernando López de Queralta,⁴⁴ a pesar de lo cual los independentistas lograron recuperar el armamento que se encontraba a bordo de las embarcaciones.

Mientras tanto, la situación en la isla era delicada: en ciertas zonas, como Santiago de Cuba y Camagüey, “elementos indecisos o contrarios a la guerra” pretendían aplazarla indefinidamente. Además, el movimiento independentista en la isla se encontraba detenido por lo que Ibrahim Hidalgo denomina “un círculo de espera”: los independentistas en Cuba dependían de los líderes que se encontraban en el extranjero, mientras que éstos esperaban por los primeros.⁴⁵

Para contrarrestar esta situación, Martí redactó y firmó, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, el Plan de Alzamiento, junto con el coronel José María (Mayía) Rodríguez, acreditado representante del general Gómez, en la primera semana de diciembre.⁴⁶ La orden para el alzamiento de los conspiradores en Cuba, sin embargo, se dio hasta finales de enero del próximo año.⁴⁷

Así dio inicio la Revolución de 1895, el 24 de febrero.⁴⁸ Sólo diez días antes Martí había iniciado la escritura del diario “De Montecristi a Cabo Haitiano”.

⁴⁴ O. Zanetti, *Historia mínima de Cuba*, pp. 182.

⁴⁵ En palabras de Martí a Juan Gualberto Gómez, encargado de coordinar la actividad revolucionaria en Cuba: “Ustedes dependen de nosotros para *comenzar* –y Gómez espera por ustedes. De ustedes es, pues, la resolución” (J. Martí *apud* I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, p. 100).

⁴⁶ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, p. 206.

⁴⁷ Esta decisión parece comprensible: “desde el año anterior se habían venido produciendo alzamientos fuera del control del PRC, claro indicio de que la impaciencia aguijoneaba a los independentistas en la isla. Los aires allí soplaban a favor del levantamiento” (O. Zanetti, *op. cit.*, pp. 182-183).

⁴⁸ *Ibid.*, p. 183.

1.4 DE MONTECRISTI A DOS RÍOS: LA ESCRITURA DEL VIAJE Y LA ESCRITURA DE LA GUERRA

¿Y quedará perdida una sola memoria de aquellos tiempos ilustres, una palabra sola de aquellos días en que habló el espíritu puro y encendido, un puñado siquiera de aquellos restos que quisiéramos revivir con el calor de nuestras propias entrañas?

J. Martí

Como señala la investigadora cubana Mayra Beatriz Martínez en la introducción a la edición anotada de los *Diarios de campaña*, denominar de esa manera a “un centenar de pequeñas páginas de apuntes íntimos, rellenas con letra cambiante, menuda y difícil” constituye una “simplicidad demasiado incongruente”.⁴⁹ Sin embargo, ése es el nombre que se les asignó desde el momento en que se les agrupó en una misma publicación, como se verá en este mismo capítulo.

Al hablar de *Diarios de campaña* se hace referencia a dos textos redactados por Martí en el periodo del 14 de febrero de 1895 al 17 de mayo del mismo año: el diario “De Montecristi a Cabo Haitiano” (14 de febrero a 8 de abril) y el “De Cabo Haitiano a Dos Ríos” (9 de abril a 17 de mayo). Yo he decidido para esta investigación denominarlos, cuando necesite referirme a ellos de manera conjunta, simplemente *Diarios*, en un intento de honrar su heterogeneidad.

Lo anterior se debe a que, aunque concuerdo con Martínez cuando señala que ambos diarios “pueden juzgarse articulados en la misma épica narrativa: el registro de sus avatares caribeños en pos de su incorporación a la guerra necesaria”,⁵⁰ considero también que la escritura de éstos merece, en principio, una diferenciación que responda a la variación del contexto situacional de cada uno (en el primero, una serie de viajes –por República Dominicana, Haití y Gran Inagua– para llegar a Cuba, y en el segundo, el último viaje desde Haití hasta tierra cubana y la participación de Martí en la contienda revolucionaria).

⁴⁹ M. B. Martínez, “El camino de las aguas”, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 7.

⁵⁰ M. B. Martínez, “Nota editorial”, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 11.

El día que Martí inició la escritura del primer diario, en la vivienda del médico cubano Nicolás Ramírez en Santiago, República Dominicana, sus movimientos y los de los revolucionarios estaban siendo vigilados por espías a sueldo del gobierno español,⁵¹ que había mantenido la alerta después del fracaso del Plan de La Fernandina. Desde luego, los independentistas estaban muy conscientes de este hecho y el propio Martí valoraba la posibilidad de emprender un viaje a la capital para distraer a dichos “agentes”.⁵²

El 24 de febrero, día del inicio de la guerra de independencia cubana, Martí llegó a Montecristi, donde recibió dos días después la noticia del levantamiento armado. Pese al deseo del Delegado de que lo mandaran en una expedición a la isla —expresado desde mediados del año anterior al general Gómez—, los jefes acordaron que regresara a Nueva York para continuar los trabajos con la emigración y para organizar una gran expedición para viajar a Cuba; disposición que el poeta acató luego de una larga discusión.⁵³

Sin embargo, la noticia publicada el 9 de marzo en el periódico dominicano *Listín Diario* —que a su vez había sido reproducida por *The New York Herald*— cambió los planes: en ésta se decía que Martí se encontraba ya en Cuba junto con el general Gómez. Tras valorar la repercusión de la noticia, Martí le anunció a Gómez: “Después de esto, no hay razón que pueda detenerme. Voy a Cuba con usted”,⁵⁴ argumentando además que su presencia en el campo insurrecto constituía “una necesidad política”, razonamiento que sus futuros compañeros de expedición tuvieron que aceptar,⁵⁵ aunque con la idea de que, una vez en Cuba, el Delegado debería volver en seguida al extranjero para preparar otra expedición.

Al respecto, Martí escribió desde Montecristi a Tomás Estrada Palma el 16 de marzo lo siguiente:

Yo creo que al fin, pondré el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella, se me echará, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno ni a ajustar, como hubiera sido mi oficio, las diferencias ya visibles entre los que no entienden que para defender la libertad se

⁵¹ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, p. 208.

⁵² *Ibid.*, p. 209.

⁵³ Rolando Rodríguez, *Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente*, p. 23.

⁵⁴ J. Martí *apud* R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 24.

⁵⁵ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, p. 211.

debe comenzar abdicando de ella, –y los que a la misma libertad entregan, y vuelven la espalda, si no les viene en beneficio propio. Entre las realidades funestas, y las rebeldías imprudentes, me hubiera puesto yo, como me he puesto afuera: que no se me permitirá. ¿Qué rogarle desde ahora, sino que con el peso de sus declaraciones y de su respeto, contribuya desde ahí, y pronto, y de modo resonante, y del más eficaz y solemne que le ocurra, a impedir que en Cuba se prohíba, como se quiere ya prohibir, toda organización de la guerra que ya lleve en sí una república, que no sea la sumisión absoluta a la regla militar, a la que de antemano y por naturaleza se opone el país, y que detendría –o acaso cerraría totalmente el paso de las armas libertadoras?⁵⁶

Para el 25 de marzo –día en que Martí y Gómez redactaron y firmaron *Manifiesto de Montecristi*, que proclamaba los propósitos de la revolución–,⁵⁷ la salida hacia la isla parecía inminente, por lo que Martí dedicó un buen tiempo a escribir cartas de despedida dirigidas a su madre, a Carmen y María Mantilla y a Gonzalo de Quesada, entre otros.

Sin embargo, enfrentaron dificultades para conseguir una embarcación que los llevara a Cuba, hasta que M. B. Barbes, el cónsul de Haití en Gran Inagua, Bahamas, presentó a Martí con Heinrich J. Th. Löwe, capitán del carguero alemán *Nordstrand* y simpatizante de la causa cubana, quien aceptó tomarlos como pasajeros semi-clandestinos.⁵⁸

Iniciaron el viaje el 5 de abril, provistos de pasaportes con nombres falsos facilitados por el cónsul de Haití y, tras muchos esfuerzos para evitar primero a un buque inglés que los perseguía y luego a un cañonero también inglés que buscaba apresarlos, llegaron el 11 de abril a La Playita, cerca de Cajobabo, en el extremo sudoriental de Cuba. Sobre el momento en el que abandonó la embarcación y pisó su tierra amada, Martí escribió en su diario “Salto. Dicha grande”.⁵⁹ Esa noche durmieron en el suelo, cerca de un bohío, mientras los agentes en Nueva York todavía los creían en sus costas.⁶⁰

La contienda que así iniciaba, a diferencia de la de 1868, se encontraba centralizada,

⁵⁶ J. Martí, “A Tomás Estrada Palma”, en *Obras completas*, t. 4, pp. 86-87.

⁵⁷ En este texto se resume el pensamiento martiano sobre política y guerra y, en él se postuló que la república que emergería se constituiría “con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción” no condujera a “parcialidades o a la tiranía” (J. Martí, “Manifiesto de Montecristi”, en *Obras completas*, t. 4, pp. 93-101).

⁵⁸ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 21.

⁵⁹ J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 66. En adelante se citará siempre por esta edición señalando entre paréntesis, luego de la cita correspondiente, de la siguiente manera: (*De Montecristi*, página) o (*De Cabo Haitiano*, página).

⁶⁰ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 40.

contaba con una dirigencia de extracción popular y con una mejor preparación. Además, las proyecciones de esta insurrección independentista, expresadas en el *Manifiesto de Montecristi*, “iban bastante más allá de la separación de España, pues apuntaban a una remodelación profunda y a la democratización de la sociedad cubana”, por lo que “más que una guerra, la nueva gesta independentista constituía realmente una revolución”.⁶¹

Pocos días después del arribo a Cuba, el 15 de abril, Martí comenzó a escribir su primera carta desde tierra insurrecta a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada, en la que expresó lo siguiente: “Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida”.⁶² Ese día relató en su diario además que Gómez había acordado, en consejo de Jefes, nombrarlo Mayor General del Ejército Libertador.⁶³

El 24 de ese mismo mes, Martí y Gómez fueron testigos de un combate entre los mambises –dirigidos por el general José Maceo– y las fuerzas españolas en Arroyo Hondo. Gómez decidió no participar en la contienda debido a que “no podía establecer de qué lado estaban las fuerzas propias”;⁶⁴ Martí, por otra parte, describiría posteriormente, en la entrada del 25 de abril, sus impresiones del combate.⁶⁵

En los días siguientes, Martí y Gómez se dedicaron a la redacción de circulares y comunicaciones dirigidas a los jefes mambises –previendo por parte de los peninsulares una nueva estrategia como la del Pacto de Zanjón–, en las que se les pedía que se castigara como a los traidores a la Patria a cualquier persona que presentara “proposiciones de rendición, cesación de hostilidades o arreglo” que no fuera “el reconocimiento de la independencia absoluta de Cuba”.⁶⁶

El 1 de mayo se publicó en el periódico *Patria* el documento “El Partido Revolucionario

⁶¹ O. Zanetti, *op. cit.*, pp. 183-184.

⁶² J. Martí, “A Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra”, en *Obras completas*, t. 4, pp. 124-125.

⁶³ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, pp. 215-216.

⁶⁴ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 44.

⁶⁵ *Vid.* J. Martí, *Diarios*, pp. 78-80.

⁶⁶ En otras circulares establecían la política de la guerra insurgente; pedían que el pueblo libre de la zona de Baracoa eligiera un representante para acordar la forma del gobierno; y llamaban a los propietarios, cubanos o españoles, a cooperar para el triunfo de la guerra por la emancipación de Cuba (R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 45).

Cubano a Cuba”, redactado por José Martí y Máximo Gómez en Montecristi el 25 de marzo de ese mismo año.⁶⁷ Al día siguiente, el corresponsal del periódico *The New York Herald*, Georges Eugente Bryson, entrevistó a Martí en la finca Leonor, después de lo cual, el Delegado comenzó a redactar una carta-manifiesto firmada conjuntamente con el general Gómez para que fuera publicada por dicho diario estadounidense.⁶⁸

Pocos días después, el 5 de mayo, se reunieron –por fin– Antonio Maceo, Máximo Gómez y José Martí en el demolido ingenio de La Mejorana, cerca de Santiago de Cuba.⁶⁹ Ibrahim Hidalgo Paz conjetura que en la entrevista se trataron tres temas fundamentales: “el momento oportuno de realizar la invasión a Occidente; la distribución de los mandos del ejército; y, por último, las características del gobierno que debía formarse y el modo de elegir los delegados a la asamblea que se efectuaría para constituirlo”.⁷⁰

Rolando Rodríguez agrega que ese día debió discutirse además el tema de la salida de Martí del campo insurrecto y Horatio Seymour Rubens afirma que el Delegado aceptó su partida con una condición: la de antes haber presenciado uno o dos combates.⁷¹ La profesora e investigadora cubana Denia García Ronda asocia esta posibilidad con un cambio en el tono y el ritmo del diario:

Es probable que después de la entrevista de La Mejorana, Martí supiera o sospechara que tendría que abandonar nuevamente el suelo patrio para ir a dirigir la emigración, y que esta sea la causa de un matiz de cambio en la expresión escrita: las anotaciones se hacen más largas, se utilizan menos los recursos que producen un ritmo rápido, hay más reflexiones.⁷²

El punto más problemático fue el de las características del gobierno. Maceo defendía para la República un mando esencialmente militar –en parte porque no deseaba la presencia de una

⁶⁷ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, p. 211.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 219-220.

⁶⁹ Martí había buscado con ansias concertar esta reunión desde su arribo a Cuba, pero sus intentos previos habían resultado infructuosos, debido a que el general Maceo argumentaba encontrarse “en operaciones urgentes” (*ibid.*, pp. 218-219). Al parecer de R. Rodríguez, Maceo “no sólo no hablaba de reunirse con ellos, sino que, en realidad, parecía eludirlos” (*op. cit.*, p. 49).

⁷⁰ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, pp. 220-221.

⁷¹ H. Seymour Rubens *apud* R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 55.

⁷² D. García Ronda, “Diario de campaña de José Martí: pensamiento y forma”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, núm. 2 (1987), p. 174.

Cámara, como la del 68, que hiciera infructuosa la lucha—,⁷³ mientras que Martí sostenía que ésta debía fundarse sobre una sólida base institucional, cuyo cimiento reposara en una Asamblea de Representantes. Ante estas opiniones encontradas, optaron por aplazar la determinación para una futura Asamblea Constituyente.⁷⁴

Ese día, Martí relató en su diario lo acontecido aquella mañana en la casa de La Mejorana, donde decidieron además que, para extender las acciones bélicas por todo el país, Maceo consolidaría el dominio de la región oriental, mientras que Gómez y Martí marcharían a Camagüey, donde los esperaban para desencadenar la insurrección.

Mientras marchaba hacia Camagüey, Martí escribía “con renglones torcidos y pequeñas arañas más que letras [...] sobre cualquier pedazo de papel que llevara en su bolsillo [...] las palabras que a manera de recordatorio luego se transformarían en ideas más elaboradas de su *Diario*”,⁷⁵ lo que nos habla de la importancia de conocer los factores materiales de la escritura martiana en esos días.

El 18 de mayo comenzó además la redacción de la carta a Manuel Mercado que sería conocida por la posteridad como su testamento político,⁷⁶ y en la que expresó: “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.⁷⁷

Un día después, el 19 de mayo de 1895, Martí cayó muerto en combate en Dos Ríos. En

⁷³ A. Maceo, en una carta a Manuel Sanguily, expresó que se había incurrido “de nuevo en la tontería de querer darle forma democrática de una república ya constituida, cuando tenemos el enemigo enfrente, y no somos dueños del terreno que pisamos” (*apud* R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 53).

⁷⁴ No fue esta la primera vez que los líderes de la revolución de 1895 discrepaban en torno a este asunto: ya en 1884, cuando Martí buscaba tomar parte del empeño revolucionario que iniciaban Gómez y Maceo, se había dado una disputa similar. Estos últimos trazaban un plan basado en la centralización del mando de la revolución en un jefe, para evitar la situación de la Guerra de los Diez Años, a lo que Martí respondió en una larga misiva dirigida a Gómez que “no podía contribuir a llevar a Cuba a un régimen de despotismo personal” (*ibid.*, pp. 28-29).

⁷⁵ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 55.

⁷⁶ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, p. 224.

⁷⁷ J. Martí, “A Manuel Mercado”, en *Obras completas*, t. 4, p. 167.

torno a este suceso ha corrido mucha tinta y las múltiples versiones de los acontecimientos han llegado a ser incluso contradictorias,⁷⁸ como bien lo señala Rolando Rodríguez, autor del estudio *Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente*,⁷⁹ centrado en los acontecimientos que enmarcaron la muerte de Martí.

Ese día el coronel español José Ximénez de Sandoval, al mando de una columna de más de seiscientos hombres, se encaminó hacia Dos Ríos al recibir informes sobre la presencia de fuerzas cubanas en esa zona. En su camino, la extrema vanguardia hizo prisionero al campesino canario Carlos Chacón, quien en un inicio negó vínculos con los mambises pero, “al encontrársele un papel en que Martí había anotado algunos efectos”⁸⁰ que debía comprar, confesó que actuaba como mensajero en busca de las mercancías y guió a Ximénez de Sandoval y sus hombres hacia donde se hallaban Martí y Gómez.

Al comienzo del inevitable combate entre los españoles y las fuerzas de Gómez, este último ordenó a Martí que permaneciera a la retaguardia; sin embargo, el poeta continuó la marcha al lado del general Bartolomé Masó y dos de sus ayudantes, sin percatarse de que se aproximaba a una escuadra española oculta por la alta hierba, que los emboscó al tenerlos cerca.

El Delegado del Partido Revolucionario Cubano y Mayor del Ejército Libertador cayó allí mismo de su caballo, herido por tres disparos que pusieron fin a su vida. Ese día, Gómez escribió en su diario –del que se hablará más adelante–: “Esta pérdida sensible del amigo, del compañero y del patriota; la flojera y poco brío de la gente, todo eso abrumó mi espíritu a tal término, que dejando algunos tiradores sobre un enemigo que ya de seguro no podía derrotar,

⁷⁸ Las causas de tales diferencias residen en la variedad misma de la construcción de los testimonios: desde los de los participantes en el combate que, sin haber estado presentes en la zona más próxima al hecho, han aportado su propia leyenda; hasta los de quienes aseguraron haber escuchado la narración de los labios de los protagonistas; y “los de aquellos que solo supieron de los acontecimientos por terceros y con unos u otros documentos, o excluyendo unos para dar paso a otros, han elaborado versiones que recogen lo cierto y lo falso, lo real y lo imaginado” (R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 11).

⁷⁹ Este destacado y profundo estudio cuenta a la fecha con tres ediciones, siendo la última (que es la aquí citada) la más completa ya que integra en el cuerpo del texto otro libro del autor que había sido publicado en el año 2001 bajo el título *Martí: los documentos de Dos Ríos*.

⁸⁰ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 68.

me retiré con el alma entristecida. [...] Ya nos falta el mejor de los compañeros y el alma podemos decir del levantamiento!...”⁸¹

1.5 DE CARA AL SOL

*No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
¡yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!*

J. Martí.

Hay hombres cuyos últimos gestos de vida no pueden escapar a la interpretación. Así la decisión martiana de no volver a la seguridad de la retaguardia en aquella batalla en Dos Ríos. Hay quien dirá que el poeta tomó egoístamente el riesgo del combate, sin importarle el papel central de su presencia para la constitución de Cuba como una república independiente; que caminó hacia su muerte como quien se decide por el gesto romántico –y, para muchos, cobarde– del suicidio; que su muerte fue “la caída de un lírico [...] que no pudo soportar las vicisitudes del combate político”,⁸² etcétera.

Aunque quizá éste no es lugar para afirmarlo, para mí ese último gesto vital es una marca manifiesta de congruencia entre el pensamiento y la acción cuando se trata de la lucha por la dignidad de seres humanos.

Lo cierto es que sólo un día antes, en su última carta a Manuel Mercado, Martí decía que “cuanto he hecho hasta hoy y *haré*, es para eso [para lograr la independencia de Cuba]”,⁸³ y que si hubiera querido suicidarse hubiera avanzado solo.

Las conjeturas de Rolando Rodríguez al respecto me parecen las más coherentes: Martí ya había expresado que quería participar en la guerra para que su palabra siguiera teniendo autoridad en el extranjero, se rehusaba a mantenerse en un espacio de comodidad hablando a

⁸¹ M. Gómez *apud* Daniel Mesa Gancedo, “La escritura diarística en Cuba durante el siglo XIX”, *Casa de las Américas*, núm. 277 (octubre-diciembre 2014), p. 36.

⁸² R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 12.

⁸³ J. Martí, “A Manuel Mercado”, en *Obras completas*, t. 4, p. 167. El subrayado es mío.

los demás de riesgos que él mismo no había tomado, de sacrificios que él mismo no había experimentado.⁸⁴ Tal vez en Dos Ríos quiso avanzar “porque consideraba que una vez en medio de la batalla ya no era la palabra sino el ejemplo el que debía movilizar”.⁸⁵

1.6 EPÍLOGOS

En la confusión del combate, los mambises no lograron recuperar el cuerpo del poeta y Delegado luego de su caída.

Fue una patrulla española la que encontró el cadáver más tarde ese mismo día y, por los papeles y el dinero en sus ropas,⁸⁶ supusieron que se trataba de una persona relevante, por lo que dieron aviso a Ximénez de Sandoval y éste ordenó el traslado del cuerpo para que el capitán Enrique Satué –que conocía a Martí desde su estancia en Santo Domingo– lo identificara. En cuanto se comprobó que se trataba del cadáver del líder independentista, comenzaron las declaraciones triunfantes de que “con la muerte del cabecilla Martí, que era el alma de la insurrección” sería fácil “batir y disolver las partidas”, en las cuales parecía reinar “el desaliento y la desmoralización”.⁸⁷

Mientras Gómez suponía a Martí todavía con vida e intentaba, sin éxito, interceptar la columna española para rescatarlo, Ximénez de Sandoval ordenaba que el cadáver del Mayor General del Ejército Libertador fuera enterrado “en tierra viva y solo con el pantalón que había vestido”⁸⁸ en una fosa común del cementerio local, debajo del cuerpo de un militar

⁸⁴ Ya desde 1892 Martí tuvo que defender esta postura ante las agresiones publicadas por Enrique Collazo en una carta abierta fechada el 6 de enero, en la que le reprochaba el hecho de mandar a otros a pelear, mientras que él no lo hacía. Como respuesta, entre otras cosas, Martí escribió: “Creo, Sr. Collazo, que he dado a mi tierra, desde que conocí la dulzura de su amor, cuanto hombre puede dar. Creo que he puesto a sus pies muchas veces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa” (J. Martí, “Carta a Enrique Collazo, 12 de enero de 1892”, en *Epistolario de José Martí*, t. II, p. 19).

⁸⁵ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 83.

⁸⁶ Ximénez de Sandoval revelaría después que Martí llevaba en los bolsillos cartas –entre ellas el manuscrito de la carta inconclusa a Mercado y la que a él había dirigido la hija de Máximo Gómez– y correspondencia oficial (*ibid.*, p. 92).

⁸⁷ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 101.

⁸⁸ R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 96.

español. Gómez le seguía los pasos y, ante la dificultad de alcanzarlo, le envió un mensaje en el que preguntaba si Martí vivía y le pedía que, en caso de encontrarse muerto, le dijera en dónde se encontraban sus restos –mensaje que nunca obtuvo respuesta debido a que, según el coronel español, no lo recibió en primera instancia–.⁸⁹

A los españoles les resultaba conveniente que la caída de Martí fuera de conocimiento de todo el mundo, por lo que el día 22 se tomó la decisión de que su cadáver fuera embalsamado y conducido a Santiago de Cuba para ser enterrado “con el respeto que merece todo muerto”⁹⁰ y que no cupiera duda de su muerte. Así, pese a los múltiples intentos de rescate del cadáver por parte de los insurrectos, éste fue sepultado en el cementerio de Santa Ifigenia el día 27 de ese mismo mes.⁹¹

Contrario a lo que esperaban los españoles, la muerte de Martí no representó el término de la guerra, pues en esta ocasión “las raíces de la lucha eran demasiado profundas para que [...] se detuviese la refriega”.⁹² Así, en julio de ese año se reunieron los representantes elegidos por los distintos cuerpos del Ejército Liberador en Jimaguayú, Camagüey, para redactar una constitución que le otorgaba a la República en armas, como pretendía Martí, una expresión civil.⁹³

Entretanto se iniciaba la invasión mambí en el occidente de la isla,⁹⁴ con el doble propósito de que la guerra llegara a toda Cuba y, así, paralizara su economía, de tal forma que España no pudiera extraer de allí los recursos para combatirla. El gobierno español, anonadado por el éxito de los mambises, implementó una nueva estrategia: suprimir las bases de apoyo del Ejército Libertador, decretando que “toda la población de los campos se concentrase en poblados fortificados y ciudades, con la amenaza de ejecutar como rebelde a todo aquel que

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 97-98.

⁹⁰ J. Salcedo *apud* R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 102.

⁹¹ I. Hidalgo Paz, *op. cit.*, pp. 227-228.

⁹² R. Rodríguez, *op. cit.*, p. 114.

⁹³ O. Zanetti, *Historia mínima de Cuba*, p. 184.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 185.

desobedeciese esa orden”.⁹⁵

Esta “reconcentración” afectó directamente a la agricultura y aceleró la emigración de familias cubanas hacia los Estados Unidos, situación con la cual se dio a conocer lo que ocurría en la isla vecina y comenzaron a llegar quejas y reclamos de cubanos acaudalados a las más altas esferas de Washington, “urgiendo la adopción de una actitud más decidida ante el conflicto cubano”.⁹⁶

Aunque esta estrategia perjudicó a los mambises, el arribo de refuerzos para las fuerzas independentistas permitió que la difícil situación se compensara a lo largo del año de 1896.⁹⁷ Sin embargo, nuevamente se dieron desacuerdos internos en torno a la destrucción de instalaciones productivas, en este caso entre Gómez y el Consejo de Gobierno. Para zanjar estas diferencias, Maceo fue convocado en Camagüey, pero cayó en combate en la campaña habanera.

Pese a todo, y aunque el gobierno español se empeñaba en prolongar la guerra, la victoria cubana parecía el único desenlace posible. Estados Unidos, mientras tanto, mantenía una opinión pública cada vez más favorable a la independencia de Cuba, comenzando a presionar a España “para que introdujese reformas que detuviesen la carnicería en la isla vecina”.⁹⁸

Con el ascenso de un gobierno liberal en Madrid llegó la noticia del otorgamiento de la autonomía a Cuba, que apostaba por generar una escisión en las filas de los independentistas cubanos al mismo tiempo que pretendía frenar la amenazadora tendencia intervencionista estadounidense. El independentismo, sin embargo, se mantuvo intransigente, obligando a España a darse por vencida el 4 de julio de 1898.⁹⁹

Aunque Martí no pudo escribir el final de la guerra, Gómez sí dio su testimonio en su diario, en el que escribió, en agosto de 1898, “en este mismo punto, el 19, recibimos la grata

⁹⁵ Esta medida es considerada un auténtico genocidio, pues en un corto plazo de tiempo centenares de miles de personas tuvieron que abandonar sus fincas para refugiarse, apenas sin medios de vida, en los portales y parques de las poblaciones donde fueron víctimas fáciles del hambre y las enfermedades (*ibid.*, p. 186).

⁹⁶ *Ibid.*, p. 186-187.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 187.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 189.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 191.

noticia de la confirmación de la paz entre España y los Estados Unidos; y el reconocimiento de la independencia de Cuba. [...] Por fin Cuba es libre y toca a la Historia juzgarnos a todos”.¹⁰⁰ No obstante, la derrota de España no significó realmente la independencia de Cuba, ya que mediante el Tratado de París la isla fue decretada como ocupada a título provisional, aunque por término indefinido, por los Estados Unidos.

Así, en palabras de Zanetti, “la gesta que los cubanos habían iniciado como una guerra de liberación, con la intervención estadounidense derivaba en una operación de conquista”¹⁰¹ y el 1 de enero de 1899, cuando las fuerzas españolas se retiraron de la isla, en las fortalezas y edificios públicos no fue izada la bandera de Cuba, sino la estadounidense. Gómez escribiría en su diario, sólo una semana después, que “tristes se han ido ellos [los españoles] y tristes hemos quedado nosotros, porque un poder extranjero los ha sustituido”.¹⁰²

La República por la que lucharon los cubanos durante décadas seguía pendiente, mientras que cada grupo (anexionistas, independentistas...) reclamaba la figura de Martí como la representación de sus ideas de nación, en parte gracias a que había sido justamente él quien trabajó por unir a los diferentes grupos en la lucha por la independencia de España.¹⁰³

¹⁰⁰ M. Gómez *apud* D. Mesa Gancedo, “La escritura diarística en Cuba durante el siglo XIX”, p. 37.

¹⁰¹ O. Zanetti, *op. cit.*, p. 192.

¹⁰² M. Gómez *apud* D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, p. 37.

¹⁰³ M. Espinosa, “Reseña. Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early 20th-Century Cuba”, *Nations & Nationalism*. Vol. 13, núm. 1 (enero 2007), p. 176.

2. DIARIOS, INTIMIDAD Y CONFLICTO

2.1. MARCO DISCURSIVO

Esa guerra constituía el mayor hecho cultural del siglo XIX: su profundidad podía ser medida por su carácter de acto de fundación de una nación y, por tanto, de afirmación de todos sus valores culturales. Esa guerra encontró –creó– su literatura: la literatura de campaña.

V. Casaus

La emergencia del diario personal en la isla estuvo directamente relacionada con su marco situacional, el de las revoluciones independentistas. Por ello era tan importante plantear primero un contexto histórico específico para poder entender el marco discursivo de los diarios personales en la isla en el siglo XIX.

Así, aunque pareciera que los *Diarios* (1895) de José Martí son el ejemplo más representativo de la escritura diarística decimonónica cubana –sobre todo por la relevancia histórica, política y cultural de su autor–, sería ingenuo considerarlos textos aislados sin al menos intentar explorar un corpus más amplio, debido a que antes de 1895 existían ya otros diarios que relataban crónicas y testimonios de sucesos fundamentales en el largo proceso de formación de identidad nacional cubana.

Para el investigador español Daniel Mesa Gancedo, la tradición diarística de este territorio es amplia y revela una peculiar conexión entre intimidad y conflicto,¹⁰⁴ ya perceptible en lo que éste denomina “el primer texto [...] en esta eventual «prehistoria» del diario cubano”, el *Diario del rancheador Francisco Estévez*, primero en adscribirse al género desde su título. Para Mesa Gancedo, este diario, que relata las andanzas de un cazador de esclavos cimarrones entre 1837 y 1842, confirma que el género nace en Cuba con un conflictivo estatuto textual –ya que no fue *escrito por* Estévez, sino que fue dictado por éste a su hija de manera

¹⁰⁴ D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, p. 27.

retrospectiva una vez al mes— y como parte de un discurso no menos conflictivo: el debate abolicionista que ocupa buena parte de la segunda mitad del siglo XIX.

El investigador español propone que para finales de ese siglo en Cuba los diarios ligaban ya lo cotidiano con lo político y lo privado con lo público, entrelazando en el papel las experiencias personales y la lucha por la Independencia:

En medio de la guerra, en medio de un proceso de transformación radical del mundo, en el que toda ley anterior ha sido puesta entre paréntesis, en medio de la *epojé* histórica que supone toda revolución, la escritura cotidiana sigue y da cuenta de lo que el sujeto experimenta, y construye, así, un punto de vista que, aun siendo personal, aspira a convertirse justa y explícitamente en histórico.¹⁰⁵

El inicio de la Guerra de los Diez Años coincidió con el surgimiento en Cuba de lo que para Carmen Ochando Aymerich llegó a ser “una expresión literaria que [...] se dibujaba en papeles de barro por las mismas manos que empuñaban la espada”, cuyo contenido “se tamiza por la voluntad de ser nación, país y patria, y por la oposición a los valores procedentes de la metrópoli española”.¹⁰⁶ Así, la escritura de los diarios *personales* surgió específicamente de la mano de la Guerra de los Diez Años iniciada en 1868, a partir de la cual, en palabras de Mesa, “el nexo entre discurso privado y conflicto político-bélico en aras de la construcción de una identidad nacional es ya evidentísimo”.¹⁰⁷

Esta voluntad de cimentar una identidad nacional a partir del acto escritural permite al lector cuestionarse si este tipo de discursos comenzaron a operar desde los albores de la revolución independentista como mecanismos de adaptación y reconstrucción del intelectual perteneciente a lo que el crítico uruguayo Ángel Rama denominó *ciudad letrada*,¹⁰⁸ partiendo de que, en primer lugar, no todos los que participaron en las diversas guerras independentistas

¹⁰⁵ *Id.*

¹⁰⁶ C. Ochando Aymerich, “El último silencio. (En torno a la *Literatura de campaña*)”, *Anuario del Centro de Estudios Marianos*. Vol. 18 (1995), pp. 67-68.

¹⁰⁷ D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, p. 29.

¹⁰⁸ Para Rama, el problema capital de la *ciudad letrada* es el de su capacidad de adaptación en períodos de cambios sociales. El crítico uruguayo se pregunta cómo sobrevive este grupo cuyo poder reside en la escritura en momentos de mutaciones revolucionarias, así como la manera en la que se reconstruye y reinstaura sus bases. Dice: “El gran modelo de su comportamiento lo ofreció la revolución emancipadora de 1810, fijando un paradigma que con escasas variantes se repetiría en los sucesivos cambios revolucionarios que conoció el continente” (*La ciudad letrada*, p. 55).

sabían escribir; y, en segundo, no todos los que sí podían hacerlo escribieron necesariamente algún texto de carácter autobiográfico o testimonial (la carta, aunque puede tener ambas características, tiende a moverse más en el ámbito de la comunicación afectiva o práctica). Escribieron diarios quienes pudieron y desearon dejar constancia de su participación en hechos fundamentales para el devenir contemporáneo (como es el caso de la esclavitud en el *Diario* de Estévez) e histórico.

El abogado y político independentista Francisco Vicente Aguilera es un primer ejemplo de independentista que escribió un diario, que abarca desde 1871 hasta su muerte en 1877. Aunque el texto inicia con una narración en retrospectiva, eventualmente la narración alcanza la vida y la enunciación cambia al presente. A partir de ese momento, su autor detalla, entre otras cosas, algunas de sus “conversaciones con otros independentistas en Nueva York y cuestiones de organización del movimiento de exiliados”.¹⁰⁹

Otro diario, contemporáneo al de Aguilera –aunque significativamente más relevante– es el de Carlos Manuel de Céspedes, el primer presidente de la República en Armas (1869) y “primero de los diaristas conocidos cuya escritura cesó con la muerte violenta”.¹¹⁰ Según Mesa Gancedo, este texto es relativamente extenso, pese a que abarca sólo trece meses en total –desde 1872 hasta 1874–, lo que da cuenta de una escritura permanente. Además, es el primero que “se presenta inequívoca e íntegramente como un diario: se nombra como tal y se escribe al hilo de los días, en presente y en primera persona, en entradas breves y con numerosas abreviaturas”.¹¹¹

El diario de Céspedes también puede ser considerado el primer diario estrictamente “de guerra”, ya que relata la experiencia de su autor en las expediciones y en la vida de campamento durante la ya mencionada Guerra de Diez Años. Por otro lado, este diario destaca porque en él “las notas personales tienen ya un cierto peso en la escritura: se

¹⁰⁹ *Id.*

¹¹⁰ *Id.*

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 30-31.

consignan afecciones físicas, sueños, recuerdos de familia o aún más privados”,¹¹² mostrando por primera vez en un texto de este tipo el vínculo entre lo personal y lo nacional.

A partir este diario, el género en Cuba se configuró “como un conjunto de textos [...] con una orientación teleológica hacia la independencia”.¹¹³ Se estableció así un vínculo entre intimidad y guerra en textos que además manifestaban una condición itinerante (propia del diario de viajes), por una razón muy sencilla: el conflicto exigía el desplazamiento.¹¹⁴

El *Diario de campaña* (1868-1899) del general dominicano Máximo Gómez –nexo entre las dos guerras de independencia– fue el que confirmó la configuración del género. En éste, la narración en primera persona inicia de forma retrospectiva “con indicación de fechas al hilo del relato”, hasta que el pasado alcanza al presente y se centra en el relato de las campañas de la primera guerra.¹¹⁵

En palabras de Aristizábal, “Gómez presenta los infortunios personales a los que se debe enfrentar en el medio de la lucha militar por la independencia de Cuba”, proyectando un *yo* privado que se mezcla con el *yo* público y se autojustifica. Pese a que “las anotaciones militares son mayoritarias en el diario de Gómez”, éste no deja de expresar lo privado, así como “sus expectativas políticas en sus consignaciones cotidianas”.¹¹⁶

Por haber peleado al lado de Céspedes en la Guerra de Diez Años y al lado de Martí en la Revolución de 1895, podría decirse que el diario de Gómez une los de ambos. Los diarios de Gómez y Martí pueden ser leídos de forma paralela a partir del 10 de abril de 1895, día de su partida desde Haití hacia Cuba, coincidencia que abarca poco más de un mes, hasta la muerte del cubano. La lectura de ambos diarios permite dilucidar cómo, aunque las condiciones de escritura fueran prácticamente idénticas, “Martí da mucha más importancia a la escritura” y lo que Gómez describe en una oración, éste detalla en líneas y líneas.¹¹⁷

¹¹² *Id.*

¹¹³ *Ibid.*, p. 32.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 28.

¹¹⁵ *Ibid.*, pp. 32-33.

¹¹⁶ Catherine Aristizábal, *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX: fuentes personales y análisis histórico*, p. 85.

¹¹⁷ D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, pp. 34-35.

Los diarios de Céspedes, Gómez y Martí no inauguran estrictamente la *literatura de campaña* en un sentido más amplio, pero sí le dan un fuerte respaldo —e impulso, quizás— por tratarse de sujetos relevantes política, militar y culturalmente. Al respecto, me parece fundamental aclarar que así como un solo diario no puede ser leído y comprendido sin tomar en cuenta una tradición diarística más amplia, también sería importante, sobre todo en el caso de los diarios decimonónicos cubanos, ubicarlos como parte de una expresión literaria más amplia: la de la *literatura de campaña*.

Este término fue acuñado en 1967, ya en el contexto de la Cuba revolucionaria, como título de una colección de la Editorial Nacional de Cuba por el crítico literario cubano Ambrosio Fonet, quien lo definió como el “conjunto de textos narrativos que recogen las experiencias relacionadas con nuestras guerras de liberación”, agregando además que “esa literatura [...] se retoma en el contexto colonial como un intento de preservar la memoria épica de la nación y de vincular las hazañas del pasado —la Guerra de los Diez Años (1686-1876)— con los proyectos emancipadores del presente —la Guerra de Independencia (1895-1898)”.¹¹⁸

Otros investigadores, como el también cubano Jorge Fonet, hijo de Ambrosio Fonet, y la española Carmen Ochando Aymerich, retomaron más adelante el concepto de *literatura de campaña*. El primero agrega a la definición de su padre que “al hablar de literatura de campaña se invocan tanto diarios escritos casi al fragor del combate como igualmente memorias e incluso textos de ficción redactados luego de muchos años de los acontecimientos que narran”,¹¹⁹ ampliación del término que responde a la distancia misma que se impone entre el crítico y la producción de los textos.

Mientras tanto, Ochando Aymerich señala que

¹¹⁸ A. Fonet, *La coartada perpetua*, p. 7.

¹¹⁹ J. Fonet, “La literatura cubana del 98: paisaje después de la batalla”, *Cuadernos de Literatura*. Vol. 4, núm. 7-8 (enero-diciembre 1998), p. 80. Gracias a esta aclaración, obras como *Crónicas de la guerra* (1899-1909) del independentista español José Miró Argenter pueden ser consideradas también como literatura de campaña.

La literatura de campaña inaugura una manera de construir historia y de crear literatura que orienta su mirada hacia la memoria inmediata y circunstancial, hacia los sucesos en fuga y hacia los testigos y protagonistas vivos de los hechos. Como ha escrito Max Henríquez Ureña, «es la historia que se ha vivido o que se está viviendo, la del presente que se va, la del minuto en fuga».¹²⁰

Ya en tiempos de Martí, la expresión literaria en torno a temas de lucha social por la libertad era una realidad. Además, tenemos conocimiento de que Martí, leyó e incluso emitió una opinión sobre tres textos que podrían catalogarse como parte de la *literatura de campaña*. El primero es *Episodios de la Revolución cubana* (1890) de Manuel de la Cruz, que Martí elogió de la siguiente manera: “vi que entendía el carácter y adoraba el color, y que lo único que le sobraba era mérito”.¹²¹

El segundo son las memorias de la Guerra de los Diez Años escritas por el cubano Ramón Roa, *A pie y descalzo* (1890), que desataron una fuerte polémica entre los patriotas cubanos, incluido Martí, quien así se refirió a esta obra en su famoso discurso “Con todos y para el bien de todos”: “¡Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo de Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apeteecemos, y les digo: —«Mienten»”.¹²²

El tercero es la antología de *Los poetas de la guerra* (1893), cuyo prólogo fue escrito por el propio Martí, en el que señala:

¿Y quedará perdida una sola memoria de aquellos tiempos ilustres, una palabra sola de aquellos días en que habló el espíritu puro y encendido, un puñado siquiera de aquellos restos que quisiéramos revivir con el calor de nuestras propias entrañas? De la tierra, y de lo más escondido y hondo de ella, lo recogeremos todo, y lo pondremos donde se le conozca y reverencie; porque es sagrado, sea cosa o persona, cuanto recuerda a un país, y a la caediza y venal naturaleza humana, la época en que los hombres, desprendidos de sí, daban su vida por la ventura y el honor ajenos.¹²³

¹²⁰ C. Ochando Aymerich, *op. cit.*, p.68.

¹²¹ J. Martí, “Carta a Manuel de la Cruz. 3 de junio de 1890”, en *Epistolario de José Martí*, t. 1, p. 241.

¹²² J. Martí, “Con todos y para el bien de todos”, en *Discursos*, pp. 148-158. El Diccionario de la Real Academia Española define la “jutía” como “Mamífero roedor abundante en las Antillas, del tamaño de un conejo, pero más robusto, de pelaje espeso, suave y leonado, y más oscuro por el lomo” (consultado en línea el 26 de mayo de 2018).

¹²³ J. Martí, “Prólogo a *Los poetas de la guerra*”, en *Obras completas*, t. 5, p. 229.

De este último me gustaría destacar los conceptos de memoria, conocimiento y respeto del pasado y la lucha heroica como algo sagrado. Si éstas eran algunas de las nociones que giraban en la época en torno a lo escrito en el contexto de campaña, es comprensible que, como se verá a continuación, para la Guerra de 1895 la escritura de este tipo específico de diarios fuera tan extendida.

Así lo demuestra la siguiente enumeración de algunos de los diarios más destacados de la época, iniciados todos en 1895: *Mi diario de guerra: desde Baire hasta la intervención americana* (1895-1896, publicado en 1900) del general de las fuerzas insurrectas Bernabé Boza (1858-1908), el anónimo *Diario de campaña de un estudiante mambí* (1895-1898, publicado en 1945), el *Diario de campaña* (1896, publicado en 1954) del comandante del Ejército Libertador Luis Rodolfo Miranda (1878-1952), el *Diario del teniente Coronel Eduardo Rosell y Malpica* (1895-1897, publicado en 1949), y el *Diario de soldado* (1895-1898, publicado en 1972) del coronel del Ejército Libertador y amigo personal de Martí, Fermín Valdés Domínguez (1852-1910).

En este breve recuento de diarios –al que debería agregarse, por supuesto, los de Gómez y Martí– destacan los nombramientos militares que brindan a los sujetos centralidad en las contiendas independentistas y, por lo mismo, suman valor a su testimonio bélico; pero también llama la atención la presencia de un diario anónimo, escrito por un estudiante y que fue publicado cincuenta años después del inicio de su redacción.

Este caso, el del *Diario de campaña de un estudiante mambí*, puede guiarnos hacia la posibilidad de que la existencia de diarios de campaña de sujetos privilegiados con la demanda común de la independencia invitara a sujetos no tan privilegiados ni “relevantes” a buscar en la escritura diarística un espacio de memoria, testimonio y expresión de la vida misma, generando así un lugar para la tradición diarística cubana.¹²⁴

De esta forma, pese a que los ejemplos más conocidos y representativos del género en Cuba durante el siglo XIX fueron escritos, en su mayoría, por sujetos relevantes política e

¹²⁴ D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, p. 41.

históricamente, podría pensarse que al mismo tiempo se estaba desarrollando una práctica de la escritura privada a un nivel más amplio. Como se vio en el capítulo anterior, el estudio de este tipo de textos –desconocidos y alejados del centro del campo literario– puede dar muchas pistas sobre la escritura privada y cotidiana, en este caso de la Cuba del siglo XIX.

2.2. MARTÍ Y LA ESCRITURA DIARIA

Se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre.

J. Martí

Así como los *Diarios* (1895) de José Martí deben ser entendidos en un contexto amplio de prácticas discursivas, resulta importante situarlos en el marco de la escritura del autor. Martí no escribió diarios –entendidos de forma estricta– de manera sostenida a lo largo de su vida. Carmen Suárez de León, investigadora del Centro de Estudios Martianos, señala en su obra *Indagación de universos* (2015), que esto quizá se deba a que:

La vocación política de José Martí, su condición de conspirador en el destierro, de organizador de un partido y de una guerra, no lo hacen proclive a una escritura narcisista, recreada en su yo, o centrada en los accidentes de su biografía. Por definición, no puede ni hablar ni escribir de una manera ostensible, y ni siquiera discreta, porque expondría una intimidad entrelazada inextricablemente con una clandestinidad en la que, siempre perseguido por agentes españoles y norteamericanos, desarrollaba actividades políticas encaminadas a iniciar una lucha armada que implicaba a muchas personas y comprometía la realización de gestiones y planes de acción colectivos.¹²⁵

A pesar de lo anterior, los *Diarios* de campaña no fueron los únicos que escribió en su vida.¹²⁶ El primer diario del que tenemos noticia es el de su juventud, del que sabemos solamente por una mención que el mismo Martí hace en una carta de octubre de 1869 a su maestro Rafael María de Mendive, en la que le dice: “algún día verá Vd. mi Diario”.¹²⁷ Lamentablemente

¹²⁵ C. Suárez de León, *Indagación de universos. Los Cuadernos de apuntes de José Martí*, p. 26.

¹²⁶ El filólogo español Carlos Javier Morales, en cambio, sostiene que “Martí sólo escribió dos diarios, ambos consecutivos en sus fechas: sólo los separa el lugar de su escritura, el enfoque de la realidad vivida y las peculiaridades estilísticas que se derivan de esos enfoques” (“Los diarios de José Martí como fragmentos de todo inabarcable”, en *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo*, p. 177).

¹²⁷ J. Martí, *Obras completas. Edición crítica*, t. 1, p. 42.

este texto ha permanecido y permanecerá desconocido para los investigadores martianos debido a que, por ser voluntad de la viuda de Mendive, fue depositado en el ataúd de ésta cuando falleció, según nos señala el historiador español Manuel Isidro Méndez, primer biógrafo de Martí.¹²⁸

El primer diario conocido de Martí, un diario de viaje que relata sus andanzas desde La Habana hasta Zacapa, Guatemala,¹²⁹ fue escrito en 1877. Tanto éste como los diarios “de campaña” serían los únicos diarios en sentido estricto escritos por Martí.¹³⁰ Sin embargo, recientemente han entrado en el panorama de la escritura diarística martiana los 22 cuadernos que constituyen los así denominados *Cuadernos de apuntes*,¹³¹ una impresionante cantidad de notas, apuntes y borradores en libretas y hojas sueltas escritas entre 1871 y 1894 que incluyen “desde un nombre o una dirección hasta notas al vuelo, esquemas de trabajos, copias de otros autores, traducciones y versiones de poemas entre disímiles comentarios y observaciones”.¹³²

Para Suárez de León, quien además se encuentra al frente de la edición crítica de los *Cuadernos de apuntes*, éstos pueden ser entendidos, aunque conflictivamente, como diarios privados, ya que no están dirigidos a ningún destinatario en particular, sino que “son documentos obviamente escritos para consumo del autor”,¹³³ para su memoria, estudio y reflexión.¹³⁴

¹²⁸ M. I. Méndez, “Apéndice X”, en *Martí. Estudio crítico-biográfico*, p. 285.

¹²⁹ En el tomo 5 de las *Obras completas. Edición Crítica* del Centro de Estudios Martianos (2001) – correspondiente a los años 1877 y 1878–, podemos encontrar este diario dividido en diferentes entradas, que inician con los “Apuntes de viaje de La Habana a Progreso” (marzo de 1877), continúan en los textos “Jolbós” (marzo de 1877), “Isla de Mujeres” (marzo de 1877) y “Livingston” (marzo de 1877); y concluyen con el “Diario de Izabal a Zacapa” (26-29 de marzo de 1877).

¹³⁰ Aunque, según D. Mesa Gancedo, “al parecer, posteriormente Martí escribió un diario –de paradero desconocido– desde su partida de Nueva York, en enero de 1895, hasta la llegada a Montecristi” (*op. cit.*, p. 39).

¹³¹ Tomo 21 de las *Obras completas* editadas por la Imprenta Nacional de Cuba desde su primera edición en 1963 hasta sus posteriores reediciones.

¹³² C. Suárez de León, *op. cit.*, p. 9.

¹³³ *Ibid.*, p. 24.

¹³⁴ *Ibid.*, pp. 18-19.

Sin embargo, una dificultad para considerar los *Cuadernos* como diarios es la inconsistencia en el fechado de sus apuntes, por lo que tendrían que considerarse como diarios privados “de estructura muy flexible”,¹³⁵ con apuntes, fechados o no, que dan cuenta de cierta continuidad temporal, permitiendo así una lectura cronológica aproximada.¹³⁶

Sobre el destino de estos cuadernos, guardados en su mayoría por Manuel Mercado en México y por Carmen Miyares de Mantilla en Nueva York, Martí indicó, en su carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui del 1 de abril de 1895 –su famoso “testamento literario”–, que no fueran ordenados, ni se sacara de ellos “literaturas”: “todo eso está muerto, y no hay aquí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas”.¹³⁷ Sin embargo, pese a que no los consideró dignos de ser conocidos por el público lector, sí realizó un esfuerzo porque no se perdieran, al dejarlos en manos de alguien más cuando partió a la guerra, con lo que, como señala Suárez de León, “podría pensarse que está tomando previsión para en caso de que regrese con vida de la guerra, poder continuar en el punto en que quedan sus trabajos”.¹³⁸

Para Mesa Gancedo estos cuadernos son de vital importancia para entender la manera en la que Martí concebía la escritura de lo privado,¹³⁹ ya que en el primer cuaderno, de 1871, el poeta decía que “hablar de sí mismo es tarea estúpida y enojosa”,¹⁴⁰ mientras que para el segundo (sin fecha) bosquejaba un libro titulado *Yo*, que nunca llegó a escribir:

Para un libro: YO. // Yo tengo algo confusas mis ideas sobre mis propios sentimientos. A veces, me confieso que soy bueno. A veces, me golpeo con ira y me exaspero porque creo que brotan de mí malvados o egoístas pensamientos. // Es preciso que yo, puesto en mí, me vea por mí a mí mismo. Que me analice yo en quien soy: que yo me sepa a mí: que sobre la convicción de la absoluta independencia, con mi voluntad de naturaleza valerosa o débil, funde yo mi propio conocimiento, rompa yo toda otra idea de vanidad o de egoísmo. // Yo creo en la divinidad de mi esencia, toco y miro y creo en la miserabilidad de mi existencia. – Y sin embargo a veces,

¹³⁵ *Ibid.*, p. 19.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 24.

¹³⁷ J. Martí, “Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui”, en *Obras completas*, t. 20, p. 476.

¹³⁸ C. Suárez de León, *op. cit.*, p. 36.

¹³⁹ D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, p. 39.

¹⁴⁰ J. Martí, *Obras completas*, t. 21, p. 18.

involuntariamente, como que transijo con mi miserabilidad. ¿Qué soy yo? // Una absoluta convicción.¹⁴¹

La sola idea de un libro –escritura pública por excelencia– en el que se plasmara el *yo* martiano que, puesto en sí, se viera a sí mismo para analizarse y conocerse –sus ideas, sentimientos, conocimientos– nos habla de una potencial intención de proyectar la intimidad *de lo que se es* hacia el espacio de lo público para hacerla más comprensible para su autor. Sin embargo, el hecho de que de este libro no se escribiera más que lo proyectado en esta nota nos habla también de cómo esta idea pudo haber sido un simple arrebató, producto de tener “algo confusas mis ideas sobre mis propios sentimientos”.

Después de los diarios señalados llegan el *De Montecristi a Cabo Haitiano* y el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* (1895). En éstos se proyecta un Martí que se aferra a la escritura, quizá por conocer que ésta sería reflejo de una misión trascendental –compartida, según ya vimos, por otros participantes de la revolución por la independencia definitiva–. Para el investigador martiano Manuel Pedro González, estos diarios “no son íntimos, egocéntricos y narcisistas, a lo Amiel”, sino “espontáneos, familiares y sinceros”, descriptivas y realistas prolongaciones y complementos de la carta amistosa y familiar.¹⁴²

En éstos y en las cartas contemporáneas a su escritura es posible apreciar que Martí no cesó de escribir, incluso en las circunstancias más difíciles, a pesar de lo cual, en una carta a Carmen Miyares del 10 de abril de 1895, se manifiesta de forma bastante explícita *en contra* de la escritura de diarios:

[...] ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. Así lo mandan a la vez la honradez y la discreción. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino a lo que se pueda volver a hacer. No encontrarán, por supuesto, ni lo habrán de buscar, detalles de persona, ni de mis actos o los de los demás. Si míos, por míos los callo. Si ajenos, son ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiese celebrar, o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración, que me es grata, y a la censura, que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos, casi siempre determinados, o torcidos, por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible, sin saber a dónde va lo que se escribe, ni si se pierde en el

¹⁴¹ *Ibid.*, pp. 68-69.

¹⁴² M. P. González, *Indagaciones martianas*, p. 28.

viaje. Y luego, *un diario suele ser un espía*, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos.¹⁴³

Este fragmento de una carta destinada a Nueva York plantea los problemas de la escritura de un diario en un contexto personal (en cuanto a la traición cometida a la intimidad de las personas en él mencionadas), pero sobre todo en un contexto de conflicto bélico (delatar las acciones y a los participantes ante el bando enemigo). Sin embargo, también plantea sus ventajas, como ser testimonio para clarificar los sucesos en tiempos más serenos. Martí afirma tajantemente que no dejará nada escrito “ni antes ni después” de llegar a Cuba, pero sí lo hace: su primera entrada del diario De Montecristi a Cabo Haitiano está fechada el 14 de febrero de 1895 y para la fecha de escritura de esta carta ya había escrito el grueso de ambos diarios. Pareciera entonces que la opinión contra la escritura diarística expresada en esta carta funciona como una estrategia para distraer a cualquier potencial interceptor de la misma sobre el hecho de que se encontrara escribiendo un diario.¹⁴⁴

2.3. HISTORIA DE DOS DIARIOS: DE LOS MANUSCRITOS A LAS EDICIONES

Two major types of media can be used: the notebook and loose-leaf pages –in other words, the continuous and the discontinuous.

Ph. Lejeune

El destino de los *Diarios* luego de la muerte de Martí no fue compartido, sino que durante muchos años sus historias fueron independientes. El manuscrito del diario De Montecristi a Cabo Haitiano se integra de cincuenta y seis hojas sueltas “de semejante tamaño, pero de diversa apariencia –rayadas, cuadrículadas, lisas–”.¹⁴⁵ Inicia con una dedicatoria a Carmen y María Mantilla, a quienes indica que “por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para

¹⁴³ J. Martí, “A Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos”, en *Obras completas*, t. 20, p. 224. El subrayado es mío.

¹⁴⁴ Esta es también la opinión del investigador español D. Mesa Gancedo (*op. cit.*, pp. 39- 41).

¹⁴⁵ Aunque las hojas sueltas que conforman el manuscrito están escritas por ambos lados, fueron paginadas por una sola cara, “de manera que resulta doble el número de cuartillas escritas” (M. B. Martínez, “Nota editorial”, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 11).

Vds., con los que les mandé antes” (*De Montecristi*: 17). En esta misma dedicatoria, Martí aparentemente establece la intención de los mismos: “No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds” (*De Montecristi*: 17).

Según Martínez, parece ser que Carmen Miyares mantuvo oculto el paradero del manuscrito durante muchos años (a pesar de que sus hijas eran las verdaderas destinatarias),¹⁴⁶ hasta que lo envió en febrero de 1910 a Manuel Sanguily y Garrite, gracias a lo cual su hijo, Manuel Sanguily Aristi, lo descubriría tiempo después y lo prepararía para su publicación en 1932, bajo el título de *Páginas de un diario*.¹⁴⁷

A propósito, su editor refiere: “Hallé [...] este manuscrito sin rotular y hasta ahora inédito [...] // Esas cuartillas deshilvanadas y a ratos en desorden [...son], según señalaba y se irá apreciando, expresiones inconexas, –denunciadoras de existencia intranquila y sin sosiego– [...] pertenecientes a un Diario lamentablemente fraccionado”.¹⁴⁸ Así, Sanguily cumplió con la publicación del diario un deseo de Martí expresado a Carmen Miyares en la carta ya citada: que, en “tiempos más serenos”, sirviera “a la explicación de los hechos públicos”.¹⁴⁹

Este diario fue publicado posteriormente, en 1938, con el título de *Apuntes de viaje* en La Habana, por Publicaciones de la Secretaría de Educación y Dirección de Cultura. Después de esta edición, el diario no sería publicado nuevamente sino hasta 1972 en Santo Domingo, República Dominicana, por Ediciones Renovación, bajo el título *Apuntes de un viaje. Mi estadía en Santo Domingo*, que fue reeditado en 1992 por la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Por otro lado, en el caso del diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* contamos con una especie de borrador y una versión manuscrita definitiva. La pedagoga cubana Nuria Gregori, en su

¹⁴⁶ M. B. Martínez deduce lo anterior del intercambio epistolar que se produce entre Sanguily Aristi y María Mantilla –hija de Carmen y Manuel Mantilla– en torno a la publicación del volumen cuando él decide solicitar su permiso (*op. cit.*, p. 12).

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 11-12.

¹⁴⁸ M. Sanguily y Aristi *apud* M. B. Martínez, *op. cit.*, p. 11.

¹⁴⁹ J. Martí, “A Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos”, en *Obras completas*, t. 20, p. 224.

revisión y anotación del manuscrito de este diario, aclara que Martí llevaba consigo un pequeño diccionario *Thompson's Pocket Speller*, en el que “hizo las primeras anotaciones que después trasladaría a las hojas que conformaron su *Diario de campaña*”.¹⁵⁰ García Ronda se refiere a estas primeras anotaciones como “el borrador” y, a su parecer, no tenían “otro objetivo que la preservación escrita de determinados hechos para, como lo hizo efectivamente, transcribirlos más tarde”.¹⁵¹

En cuanto al manuscrito definitivo del diario, escrito alternadamente con tinta y lápiz en un sencillo cuaderno compuesto por veintiocho pliegos de 16 centímetros de alto por 11 de ancho, paginados consecutivamente por el mismo Martí y sin título ni dedicatoria alguna, alcanza, según la foliación de la libreta, 57 páginas.¹⁵² Gracias a esta paginación sabemos que faltan cuatro páginas, de la 28 a la 31, “que, es de presumir, corresponden a la [entrada] del 6 de mayo”,¹⁵³ el día siguiente a la reunión de La Mejorana.

Antes de la muerte de Martí, la custodia de este diario se encontraba a cargo de su ayudante, Ramón Arriaga, quien se lo entregaba al poeta cuando éste lo solicitaba.¹⁵⁴ Sin embargo, luego de la caída en combate en Dos Ríos, Arriaga entregó el manuscrito a Máximo Gómez –sin que le faltara un pliego–.¹⁵⁵

Este manuscrito fue descubierto en el archivo de Gómez justo cuando se preparaba la edición del *Diario de campaña del mayor general Máximo Gómez*, que se publicó en 1940 y donde fue incluido el documento martiano transcrito por primera vez, con el título “Diario de José Martí”,¹⁵⁶ aunque ya con el faltante de cuatro páginas que persiste hasta nuestros días. Tal inclusión fue justificada de la siguiente forma por los editores, con un marcado

¹⁵⁰ N. Gregori, “Apéndice”, en J. Martí, *Diario de campaña (De Cabo Haitiano a Dos Ríos)*, 1972, p. 63.

¹⁵¹ D. García Ronda, “Diario de campaña de José Martí: pensamiento y forma”, p. 163.

¹⁵² N. Gregori señala que son veintisiete hojas en su introducción, reproduciendo lo a su vez señalado por Gerardo Castellanos G. en la edición extraordinaria de 1940, mientras que M. B. Martínez señala que se trata veintiocho pliegos (cf. J. Martí, *Diario de campaña: de Cabo Haitiano a Dos Ríos*, 1978, p. 6).

¹⁵³ M. B. Martínez, *op. cit.*, p. 12.

¹⁵⁴ Información anecdótica que abona a la idea de que el diario no era íntimo, ya que de haber sido así, Martí no lo hubiera dejado bajo el cuidado de alguien más.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 58.

¹⁵⁶ M. B. Martínez, *op. cit.*, p. 11 y D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, pp. 12, 32.

lenguaje de raigambre religiosa: “marchaban los dos grandes hombres unidos en una misma comunión espiritual, confundidos los poderes energéticos de sus voluntades en una misma acción sobrehumana; el torrente de luz apostólica deslumbra y se unifica con los destellos de la espada redentora”.¹⁵⁷

Un año después, en 1941, fue publicado por primera vez de forma independiente con el título *Diario de José Martí. De Cabo Haitiano a Dos Ríos. (9 de abril a mayo 17 de 1895)* en Ceiba del Agua por el historiador Gerardo Gastellanos G., para ser distribuido gratuitamente en escuelas públicas y privadas y centros de cultura de la República.¹⁵⁸ Esta edición incluye una breve nota biográfica y dos facsímiles, correspondientes a las páginas 26 y 27 del diario.

Así, durante la primera mitad del siglo XX ambos diarios fueron leídos y estudiados por separado. Su inclusión en el tomo 19 de las *Obras completas* editadas por Gonzalo de Quesada en la década de los sesentas fue quizá un primer paso para una lectura continua, ya que en este tomo los diarios aparecen, uno detrás del otro, como “De Montecristi a Cabo Haitiano” y “De Cabo Haitiano a Dos Ríos”.¹⁵⁹

Sin embargo, una plena lectura continua no llegaría sino hasta finales del siglo. Mientras tanto, el diario De Cabo Haitiano a Dos Ríos seguía siendo editado y compilado: en 1965 Roberto Fernández Retamar lo incluyó en el primer tomo de *Páginas escogidas*, al lado de una selección de versos, *La Edad de Oro*, textos relativos a literatura, educación y pintura y correspondencia íntima; en 1972, el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba publicó en La Habana la primera edición facsimilar del *Diario de campaña (De Cabo Haitiano a Dos Ríos)*, con introducción, correcciones a las ediciones anteriores y notas de Nuria Gregori;¹⁶⁰ y una nueva edición facsimilar del *Diario de campaña* fue

¹⁵⁷ M. Gómez, *Diario de campaña del mayor general Máximo Gómez*, p. XVIII.

¹⁵⁸ La referencia a todas las ediciones de los *Diarios* están reunidas al final de esta tesis.

¹⁵⁹ M. B. Martínez, *op. cit.*, p. 11.

¹⁶⁰ Para esta edición se revisaron casi todas las ediciones del diario, comprobando “que no existen diferencias trascendentales de unas ediciones a otras. Muchas de las diferencias existentes se deben a errores tipográficos” (N. Gregori, “Correcciones a las ediciones del Diario de Campaña de José Martí. Introducción” en J. Martí, *Diario de campaña. De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, 1972, p. 6). Además, la edición destaca porque

realizada en 1978 por el Centro de Estudios Martianos¹⁶¹ –que sería posteriormente reproducida, aunque sin los facsímiles, apéndice ni bibliografía, por la Editorial de Ciencias Sociales en 1985–; y que serviría de base para una edición de 1998 realizada por el Fondo de Cultura Económica de México titulada *Diario de guerra*.

No fue sino hasta 1995 que ambos diarios fueron editados juntos por primera vez como parte de una breve compilación titulada *El presidio político en Cuba. Último diario y otros textos*, a cargo de Celina Manzoni. Esta edición llama la atención porque su criterio fue reunir textos testimoniales de Martí, que además coinciden con ser uno de los primeros y los últimos en la extensa obra martiana, como lo señala la compiladora en su estudio preliminar.

Un año después, en 1996, los dos diarios fueron compendiados como un todo en su primera edición crítica, titulada *Diarios de campaña*, por Casa Editora Abril. En esta edición se buscó respetar la ortografía y las abreviaturas, además de dar cuenta, en las notas, “de las tachaduras e inserciones al texto realizadas por Martí con posterioridad para permitir una apreciación más amplia de su proceso de elaboración formal”.¹⁶²

El volumen fue estructurado en cuatro unidades: 1) el diario de Montecristi a Cabo Haitiano, 2) las anotaciones efectuadas por Martí en las páginas del diccionario *Thompson's Pocket Speller*, 3) el cuaderno de apuntes de Cabo Haitiano a Dos Ríos y 4) un apéndice que abarca “una cuidadosa selección de cartas, circulares y manifiestos escritos por Martí entre el 19 de febrero y el 19 de mayo de 1895”. Incluyó, además, el testimonio del capitán del

incluye en un apéndice las primeras anotaciones, hechas a lápiz, que hiciera Martí en el pequeño diccionario de bolsillo *Thompsons's Pocket Speller* que llevaba con él, correspondientes a los días 9 al 14 de abril, y que después pasó al cuaderno de su diario sin grandes alteraciones (cf. J. Martí, “Apéndice”, en *Diario de campaña*, 1972, pp. 95-98).

¹⁶¹ Esta edición siguió el criterio de añadir y completar signos de puntuación y de no reflejar las tachaduras y primeras versiones del texto, que se pueden apreciar en el facsímil del original. Además, en esta edición la reproducción facsimilar es mucho más clara que la de 1972, por la calidad del papel y de la imagen, lo que facilita seguir la comparación entre el original y la transcripción, gracias también a que los renglones de esta última se corresponden con los de los folios originales (N. Gregori, “Presentación”, en *Diario de campaña: De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, 1978, pp. VII-VIII).

¹⁶² M. de la C. González Delgado, “«La huella de una voz de voces»: los *Diarios de campaña* de José Martí”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, Vol. 20 (1997), p. 264. Sin embargo, M. B. Martínez en la edición anotada de 2014 señala lo contrario, que en la de 1996 “se tomó la decisión de modernizar la ortografía y sustituir las abreviaturas martianas por palabras completas “para propiciar una lectura más diáfana y contemporánea” (vid. M. B. Martínez, “Nota editorial”, en J. Martí, *Diarios de campaña*, 2014, p. 12).

carguero alemán Nordstrand, un glosario de localismos, un glosario onomástico de personalidades representativas vinculadas con las guerras libertarias y un resumen cronológico del itinerario de José Martí de Nueva York a Dos Ríos.¹⁶³

Posteriormente, en 2007, el Centro de Estudios Martianos publicó una nueva edición crítica, que cuenta con la investigación, prólogo y anexos de Mayra Beatriz Martínez, y recientemente, en 2014 una edición anotada, con anexos y estudio, a cargo de la misma investigadora. En ambas ediciones, se tomó la decisión de modernizar la ortografía y sustituir las abreviaturas martianas por palabras completas “para propiciar una lectura más diáfana y contemporánea”.¹⁶⁴

En resumen, en este recuento de ediciones es posible percibir la manera compleja en que los *Diarios* han sido leídos. Por un lado, como textos separados e independientes, con errores debidos a la prisa, con criterios disímiles de corrección de los mismos y con un léxico que requiere ser anotado; y, por el otro, como textos cuya lectura ha sido impulsada por una cultura letrada posterior a la Revolución Cubana, que con tanto interés ha retomado la figura de Martí y ha impulsado el conocimiento de su obra y pensamiento.

En cuanto al primer aspecto, las ediciones facsímiles del segundo diario son valiosísimas (y se lamenta hondamente la ausencia de una edición facsímil del primero), ya que en ellas se hace evidente, además de las diferencias en la caligrafía y los espacios entre entradas, que Martí escribió, tachó, volvió a escribir y agregó encima de los renglones, lo que nos habla de que, aunque sean apuntes escritos con prisa, el autor cuidó su estilo y que el apunte fuera lo más completo posible. Las reproducciones de los originales posibilitan además apreciar minucias como la continuidad en el momento de escritura de día a día –en casos en los que parece que varias entradas fueron escritas en un mismo día–, lo que nos permite suponer que no siempre podía escribir cada día y que escribía cuando podía, no sólo lo correspondiente al día de escritura, sino también a los días pasados.¹⁶⁵

¹⁶³ M. de la C. González Delgado, *op. cit.*, pp. 265-266.

¹⁶⁴ M. B. Martínez, *op. cit.*, p. 12.

¹⁶⁵ El segundo folio del diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* es un muy buen ejemplo de esto.

2.4. RECEPCIÓN

Los productores más valorados, aquellos cuya imagen es más rica, pertenecen a la memoria colectiva, perpetuamente modificada.

D. Maingueneau

La convulsa historia de las luchas políticas y sociales en la Cuba del siglo XIX fue el espacio ideal para que el testimonio adquiriera gran importancia en los años venideros. Los diarios, como poderosos testimonios de los conflictos vividos, se convirtieron así en textos cuya transmisión resultaba fundamental.¹⁶⁶ Además, la relación de algunos diarios “con la fundación de una identidad colectiva que pasa por el sacrificio de sus autores”¹⁶⁷ permitió que llegaran a ser considerados casi textos sagrados, lo que ha orientado en buena medida su recepción y su comprensión.

Tal es el caso de los *Diarios* (1895) de José Martí, quien desde mucho antes de que comenzara su redacción era ya un autor profesional conocido y querido en Nuestra América y en Europa gracias a sus logros literarios,¹⁶⁸ que le permitieron destacar incluso antes de su muerte. Este hecho pudo haber influido de alguna forma en la escritura de estos textos –lo que sería difícil de comprobar–, pero en lo que definitivamente ha influido es en la recepción de los mismos.

El culto a José Martí como Apóstol de la Patria cubana no fue tan inmediato como podríamos pensar, ya que en Cuba era mucho menos conocido y celebrado que Máximo Gómez y Antonio Maceo. Aunque en su primera biografía novelada anónima, *Martí: novela histórica por un patriota* (1901), ya se le calificaba de “Apóstol”, por “su actividad revolucionaria en el exilio neoyorquino”,¹⁶⁹ no fue sino hacia la década de 1920 cuando una

¹⁶⁶ D. Mesa Gancedo, *op. cit.*, p. 30.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 27.

¹⁶⁸ Según Manuel Pedro González, “entre 1880 y 1895, la crítica hispanoamericana se preocupa exclusivamente de su genio literario y lo proclama el más grande prosista del Continente y el auténtico iniciador del modernismo” (*Indagaciones martianas*, p. 18).

¹⁶⁹ A. Esteban del Campo, *Literatura cubana: entre el viejo y el mar*, p. 103.

nueva generación de nacionalistas comenzó con el proceso de mitificación que popularizaría la figura de Martí como Apóstol.¹⁷⁰

Así, la primera publicación del *Diario de Montecristi* (1932) coincide con un periodo en el que la figura de su autor comenzó a ser utilizada política e ideológicamente, mediante el impulso de una nueva imagen de Martí, desvinculada del imperialismo y amiga del proletariado.¹⁷¹ Aunque el segundo diario, el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, fue publicado sólo ocho años después, el hecho de que inicialmente fueran leídos como textos separados e independientes por el público general y por los lectores académicos generó a su vez un estudio y una crítica que, con pocas excepciones y hasta hace relativamente poco tiempo, se centraban en uno o en otro texto, sin poner a dialogar sus especificidades.

En la década de los noventa se configuró un nuevo paradigma de lectura en torno a la obra de Martí, como señala el investigador cubano Osmar Sánchez Aguilera. Esta nueva perspectiva fue dejando atrás la lectura “bíblica” de la obra martiana y comenzó a optar por

los intersticios, las políticas «menores» y los puntos de fuga y tensión de esa obra [teniendo en cuenta] los procedimientos y estrategias que fue instrumentando el propio escritor mediante ese ejercicio distintivo suyo para favorecer el trazado de una imagen de sí que contribuyera a autorizarlo como líder entre los distintos actores de la causa independentista cubana.¹⁷²

Pese a que la recepción de la obra martiana podría requerir en sí misma un estudio, tomar en cuenta estas dos perspectivas como puntos entre los cuales existen numerosos matices, me permite abordar a continuación algunos de los estudios más destacados en torno a mi corpus, con el objetivo de brindar un panorama amplio de la manera en que éste ha sido leído y

¹⁷⁰ El culto martiano incluso llegó a la veneración, cuando en 1926 comenzaron a efectuarse las “Cenas martianas”, comidas rituales en las que se imitaba la última cena cristiana. Además, llegó a componerse un “Padrenuestro” martiano, “que se recitaba al término de algunos discursos patrióticos” (*id.*).

¹⁷¹ Al respecto, el investigador español señala que “Julio Antonio Mella, fundador de la Federación de Estudiantes Universitarios en 1923, cofundador del Partido Comunista Cubano, y de la Universidad Popular José Martí en 1926, publicaba un artículo en ese mismo año en el que animaba a la clase revolucionaria a describir una nueva imagen de Martí, para desvincularlo del imperialismo y presentarlo como amigo del proletariado y como el intelectual hispanoamericano del XIX que más «se asomó a ese gran paraíso del socialismo internacional». No obstante, hubo en Mella una continuación del lenguaje hagiográfico y de la caracterización mítica que había rodeado a otro tipo de discursos anteriores” (*ibid.*, p. 104).

¹⁷² O. Sánchez Aguilera, “Martí correspondido”, *Anuario del Centro de Estudios Marianos*. Vol. 22 (1999), p. 346.

analizado, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando, a grandes rasgos, los *Diarios* (1895) comenzaron a ser estudiados, algunas veces de forma apenas tangencial y, en otras, con mayor profundidad.

La obra del abogado cubano Guillermo de Zéndegui, *Ámbito de Martí* (1953), es quizá el primer ejemplo de un estudio que menciona e incorpora los *Diarios* en un trabajo más amplio, sin detenerse mucho en el análisis de los mismos. Este libro, de gran belleza editorial, hace algo que otros artículos seguirán reproduciendo más adelante: intercala fragmentos de ambos diarios con la narración de la vida de Martí durante su último año de vida para enriquecerla con la descripción subjetiva de la experiencia vital martiana.

En la obra de Zéndegui se destaca ya el interés martiano por la naturaleza,¹⁷³ tema que sería central en el artículo “Martí encuentra su paisaje” (1961) del literato y artista cubano Samuel Feijóo, en el que sigue el procedimiento de Zéndegui al intercalar con la narración de los hechos experimentados por Martí desde su llegada a Cuba en 1895, fragmentos del diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, cuyas páginas Feijóo describe como “deslumbradas y cifradoras, donde suenan voces siempre embriagadas por la naturaleza isleña”.¹⁷⁴

Por otra parte, el investigador Manuel Pedro González, en su obra *Indagaciones martianas* (1961), dedica un espacio a hablar del diario como forma de expresión martiana y destaca en los dos últimos diarios “un tácito presentimiento de muerte”,¹⁷⁵ así como el papel principal de la exaltación de la naturaleza cubana, que, a su parecer, no había obtenido suficiente atención hasta el momento.¹⁷⁶

El escritor y crítico literario argentino Ezequiel Martínez Estrada, por su parte, considera en su artículo “El diario de campaña de Martí como documento caracterológico” (1967), que el “Diario de Campaña” –término con el que se refiere a ambos diarios de forma unificadora–

¹⁷³ G. de Zéndegui, *Ámbito de Martí*, p. 219.

¹⁷⁴ S. Feijóo, “Martí encuentra su paisaje”, en *Azar de lecturas. Crítica*, p. 329.

¹⁷⁵ M. P. González, *op. cit.*, p. 29..

¹⁷⁶ E. Martínez Estrada, “El diario de campaña de Martí como documento caracterológico”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Año 3, núms. 1-4 (1963), p. 28.

es uno de “los documentos caracterológicos más valiosos de los que poseemos”¹⁷⁷ para juzgar la personalidad martiana. Los otros dos serían las cartas íntimas y las piezas doctrinarias, que en suma permitirían un estudio psicológico de Martí, ya que presentan tanto a la persona moral, como a la privada y al personaje histórico.¹⁷⁸ Además, aborda la expresión del paisaje y de la naturaleza en el Diario como la expresión de un estado de ánimo –gesto romántico– y lo compara con el de viaje de Guatemala, sugiriendo que el estado de ánimo y el estilo son los mismos en ambos.

En otro texto del mismo año pero posterior,¹⁷⁹ *Martí revolucionario* (1967), el mismo autor señala brevemente, siguiendo las ideas planteadas en su artículo, que “en este diario está el modo de ser de Martí, más que su modo de escribir, aunque el estilo sea de la calidad más conspicua y genuina. Lo que escribe y narra puede considerarse insignificante en comparación con lo que revela de sí”.¹⁸⁰

Por otra parte, Fina García Marruz describió, aunque no de forma central, la prosa poética en lo que denomina “el diario dominicano” –el primero, *De Montecristi a Cabo Haitiano*– en su ensayo “La prosa poética en Martí”, incluido en la obra *Temas martianos* (1969). La investigadora literaria cubana destacó de este diario la construcción de los retratos, así como la inserción de conversaciones, la primacía de lo auditivo y el uso de la puntuación.¹⁸¹

Con la fundación de los *Anuarios Martianos* (1969), los estudios y análisis más específicos en torno a los *Diarios* comenzaron a proliferar. De aquel primer número sobresalen respecto a este tema dos artículos: el del Claude Bochet-Huré, “Las últimas notas de viaje de José Martí”; y el de Manuel Pedro González, “Prontuario de temas martianos que reclaman dilucidación”.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 5.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 11.

¹⁷⁹ En el artículo publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Martínez Estrada aclara que lo desarrollado pertenece la obra en preparación *Martí revolucionario*, aunque muchas de las ideas planteadas en el mismo no llegaron a ser retomadas en el libro.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 370.

¹⁸¹ Cf. F. García Marruz, “La prosa poética en Martí”, en Cintio Vitier, *Temas martianos*, pp. 279-311.

Claude Bochet-Huré analiza en su artículo, desde una clara perspectiva estilística, algunos elementos constitutivos tanto de lo que él denomina *Apuntes* (el *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*), como del *Diario* (*De Cabo Haitiano a Dos Ríos*), que le parecen “un resumen destinado a nutrir más tarde una redacción definitiva”.¹⁸² Para el investigador francés, el uso de ornamentos de la prosa martiana, tales como la adjetivación, las metáforas, la aliteración y el uso de colores, entre otros,¹⁸³ revela “una indiscutible «voluntad de estilo» por parte del autor”.¹⁸⁴

Del artículo del investigador español Manuel Pedro González me gustaría subrayar su propuesta de que los diarios de Martí fueron “concebidos y escritos como extensión y complemento de la carta amistosa” y “forman parte de su epistolario y deben estudiarse junto con éste, por más que revistan cierta autonomía”,¹⁸⁵ planteamiento que considero que apunta a una relación fundamental para la obra martiana del año 1895 (la de las cartas y los diarios), pese a que cae, me parece, en un exceso, debido a que, de inicio, me cuesta entender la noción de una autonomía textual a medias.

Otro artículo interesante en cuanto al estudio del segundo diario es el que publicó Víctor Casaus en el primer volumen del *Anuario del Centro de Estudios Martianos* (1978), titulado “El *Diario* de José Martí: rescate y vigencia de nuestra literatura de campaña”, en el que el escritor y periodista cubano parte del diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* para acentuar la necesidad del rescate, la difusión y la valoración crítica de la literatura de campaña cubana, capaz de crear “vínculos excepcionalmente vitales y artísticamente fecundos con la realidad”.¹⁸⁶ De este trabajo me gustaría subrayar, además, la propuesta de insertar el diario

¹⁸² C. Bochet-Huré, “Las últimas notas de viaje de José Martí”, *Anuario Martiano*. Vol. 1 (1969), p. 10.

¹⁸³ Otros recursos analizados por Bochet-Huré son la “tendencia a invertir la expresión lógica de los pasos mentales”, la manera en que se da voz, directa o indirectamente, a los personajes; la puntuación y el ritmo de la frase –entre otras formas, mediante el uso de construcciones binarias–; y las descripciones y el paisaje (*ibid.*, pp. 9-32).

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 29.

¹⁸⁵ M. P. González, “Prontuario de temas martianos que reclaman dilucidación”, *Anuario Martiano*. Vol. 1 (1969), p. 112.

¹⁸⁶ V. Casaus, “El *Diario* de José Martí: rescate y vigencia de nuestra literatura de campaña”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*. Vol. 1 (1978), p. 193.

martiano en el marco discursivo de una violencia “capaz de subvertir un orden”¹⁸⁷ que fundó su expresión en la literatura de campaña.

El investigador cubano James Joel, por otro lado, es de los pocos críticos que plantean una lectura unificada de los dos diarios en su artículo “Aproximación al *Diario de campaña* de José Martí” (1981), aunque reconoce sus diferencias en la forma de la narración y el peso de ciertos contenidos, aproximándose al documento en su conjunto tanto “desde el punto de vista de su arquitectura o del juego de sus partes” como “de la *ley* interna que lo rige y lo articula con la realidad”.¹⁸⁸ En cuanto al problema del estatuto íntimo, privado, personal o público de los *Diarios*, Joel señala que “al ser Martí, en tanto que cabeza dirigente del movimiento revolucionario, representación o muestra de propósitos, conflictos, capacidades e insuficiencias de su pueblo”, éstos dejan de ser documentos de naturaleza íntima “para convertirse en análisis o exploración del sector revolucionario de la sociedad cubana, y aun de esta en su conjunto”.¹⁸⁹

Ahora bien, un ensayo fundamental para el estudio del diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* es el realizado por Denia García Ronda, “Diario de campaña de José Martí: pensamiento y forma” (1987),¹⁹⁰ en el que, contrario a lo señalado por Joel, destaca la presencia de lo íntimo, así como una voluntad de estilo que se refuerza con una voluntad de comunicación y que lo separa del “típico” diario de guerra. Además, quizá el planteamiento más interesante de García Ronda es que “el *Diario*... de Martí sí tenía un potencial destinatario”,¹⁹¹ que, más que eso, sería un objetivo —el mismo que su autor señaló para los poemas mambises que prologó en *Los poetas de la guerra* en 1893—: ayudar a recordar “a un país y a la caediza y venal naturaleza humana, la época en que los hombres, desprendidos de sí, daban su vida por la ventura y el honor ajenos”.¹⁹²

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 194.

¹⁸⁸ J. Joel, “Aproximación al *Diario de campaña* de José Martí”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*. Vol. 4 (1981), pp. 199-200.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 195.

¹⁹⁰ D. García Ronda, “Diario de campaña de José Martí: pensamiento y forma”, pp. 155-175.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 162.

¹⁹² J. Martí *apud* D. García Ronda, *op. cit.*, p. 162.

Por otra parte, a raíz del estudio realizado por Nuria Gregori que ya citamos en el apartado de las ediciones de los diarios, García Ronda profundiza en los rasgos diferenciales existentes entre los apuntes que Martí realizara en un inicio en el diccionario que llevaba consigo y las entradas del manuscrito definitivo. Algunos de estos rasgos son la intención estilística en la puntuación y el cambio de ciertas palabras por otras.¹⁹³

Para García Ronda, el estilo en el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* se ajusta, entre otras cosas, a los siguientes cuatro elementos: a la realidad dinámica que Martí describe y de la que es partícipe, al hecho de estar descubriendo un mundo que sólo conocía referencialmente, al objetivo testimonial de los apuntes, y a la escasez de tiempo y materiales; condiciones todas que influyen, aunque no determinan, el estilo del diario.¹⁹⁴

Otro ensayo de gran interés para la presente investigación es el titulado “El *Diario de campaña* de José Martí como discurso descolonizador y canto de vida” (1993) de Ada María Teja, centrado solamente, como se puede adivinar, en el segundo diario. Para la autora, este texto escapa a las clasificaciones de documento militar o de diario íntimo y público, ya que al mismo tiempo que es un diario de campaña, es también una crónica de hechos históricos y del gozo por la naturaleza.¹⁹⁵ De este trabajo me gustaría destacar la propuesta de que, en la praxis de la escritura del *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos* se presenta un “yo poético” que se traslada al “nosotros”, que “se abre en polifonía”¹⁹⁶ desde la propia enunciación y desde el gesto de dar una voz digna a los que hasta entonces no la tenían.

Por otra parte, en su artículo “Identidad y alteridad en los textos autobiográficos de José Martí” (1999), al investigador español Francisco Ernesto Puertas Moya le interesa, entre otras cosas, reseñar cómo en las anotaciones de los *Diarios de campaña* “se pretendía dar asentamiento fundamentalmente a las sensaciones fugaces generadas por los otros”,¹⁹⁷

¹⁹³ D. García Ronda, *op. cit.*, pp. 163-164.

¹⁹⁴ *Ibid.*, pp. 165-166.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 206.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 215.

¹⁹⁷ F. E. Puertas Moya, “Identidad y alteridad en los textos autobiográficos de José Martí”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*. Vol. 22 (1999), p. 272.

partiendo de la idea de que “la percepción martiana del mundo es una forma de asumir al *otro* como una parte de sí”.¹⁹⁸

Entrado ya en el presente siglo, el trabajo “José Martí: aportes antropológicos de un viaje a Santo Domingo en el siglo XIX” (2004), de José G. Guerrero, presenta una propuesta que podría ser rebatible por autores como Ada María Teja. En éste, el autor resalta “los temas de interés antropológicos” recogidos por Martí en sus *Apuntes de un viaje* (1973), tales como el habla, la arquitectura, la alimentación, las creencias, los entretenimientos, la identidad y la relación entre dominicanos y haitianos. Esta propuesta puede discutirse sobre todo porque sitúa el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* en el marco de “la tradición etnográfica viajera de cronistas, soldados y misioneros de América por cuyas descripciones supo Europa que existían otras culturas”,¹⁹⁹ tradición a la que el diario no necesariamente se adscribe.

Otro artículo reciente y sugestivo es el realizado por Carlos Javier Morales, “Los diarios de José Martí como fragmentos de un todo inabarcable” (2011), en el que concluye que los dos *Diarios* que escribió Martí durante los cuatro últimos meses de su vida constituyen una colección de fragmentos que procede de “la sabia convicción de que la realidad total, y también la realidad total de su patria, es inapresable por un texto”.²⁰⁰

Morales propone que los *Diarios* ofrecen un conjunto de fragmentos que no pretenden “mostrar una imagen acabada del mundo o del poeta”, sino una visión provisional del mundo, “en un continuo *hacerse y transformarse* al hilo de los hechos que va viviendo y anotando”,²⁰¹ lo que no reduce la cualidad literaria de los mismos, ya que éstos, más allá de su condición fragmentaria, a través de una *intencionalidad literaria* perceptible en la existencia de un borrador y un texto más “definitivo” de algunas jornadas del segundo diario, “nos darán al final, y de un modo secreto, subrepticio, el retrato más penetrante del alma y

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 267.

¹⁹⁹ J. G. Guerrero, “José Martí: aportes antropológicos de un viaje a Santo Domingo en el siglo XIX”, *Ciencia y Sociedad*. Vol. 29, núm. 4 (octubre-diciembre 2004), p. 632.

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 185.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 176.

de la sensibilidad de su autor”.²⁰² A esta intencionalidad literaria se suma además un propósito épico: el de dejar memoria del “heroísmo colectivo de los fundadores de la patria”, con lo que el relato adquiere una autenticidad histórica que se suma a la autenticidad poética.²⁰³

Otro punto que aborda Morales y que me interesa rescatar por ser un tema importante para esta tesis, es el de la expresión de un proyecto político-vital en los *Diarios*, el cual apenas resulta anotado y recogido. La propuesta del español es que lo anterior ocurre porque “ese mismo proyecto político cubano e hispanoamericano [...] sólo se hace *realidad viva y vivida* precisamente en los *Diarios*”,²⁰⁴ que “nos cuentan cómo se hizo realidad el proyecto de toda la vida de Martí, que coincide con el proyecto de la nación cubana”.²⁰⁵

3. CONCLUSIONES

Para tener una comprensión más amplia de la escritura y la configuración del yo en los *Diarios* (1895) es necesario tener en cuenta el contexto situacional y el marco discursivo en el que éstos fueron escritos: el largo y complejo proceso de la independencia de Cuba parecía llegar por fin a su conclusión, por un lado y, por el otro, la palabra y la memoria se encontraron para fundar la expresión de su tiempo mediante la literatura de campaña, que a su vez abrió camino a la manifestación de un yo que iba de la mano de la configuración de la nación.

Martí no sólo vivió esos momentos, sino que participó activamente en ellos. Conocedor de la historia reciente de su patria, de las difíciles experiencias de las nacientes repúblicas de los otros países de Nuestra América, y de las ambiciones imperialistas estadounidenses, el

²⁰² *Ibid.*, pp. 176-178.

²⁰³ *Ibid.*, p. 182.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 177.

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 185.

poeta decidió ser más que poeta –ése era su destino– y colaboró en los preparativos para la Guerra de 1895 desde Nueva York y, posteriormente, desde el campo de batalla.

En sus últimos meses de vida, en el año de 1895, dedicados a la recolecta de fondos en República Dominicana y Haití y a la vida en campaña en Cuba, Martí optó por la escritura de dos diarios, el *De Montecristi a Cabo Haitiano* y el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, en lugar de la de versos o crónicas. Sin embargo, como se vio en este capítulo, estos diarios no fueron los únicos que escribió en su vida, por lo que un estudio que englobe la escritura diarística martiana podría arrojar mucha información interesante y fundamental para la comprensión de esta ala de la obra martiana.

Además, la escritura de los diarios que aquí nos ocupan forma parte de un movimiento de escritura diarística que justo en esa época se extendía y popularizaba entre diferentes actores de la contienda y que a su vez pudo verse influenciado por el hecho de que personajes centrales de las luchas independentistas, como Céspedes y Gómez, llevaran un diario, y por la importancia que desde la década anterior se había venido dando a la literatura de campaña.

Al morir Martí en batalla, el 19 de mayo de 1895, la guerra continuó hasta que finalmente España se dio por vencida en 1898, dando paso no a la anhelada libertad, sino al inicio de la intervención estadounidense en la isla. Tuvieron que pasar décadas antes de que los *Diarios* fueran rescatados y preparados para su publicación, de manera independiente el uno del otro. Eso afectó la forma en que han sido leídos y estudiados, incluso hasta nuestros días.

Como se pudo constatar, el estudio de estos diarios ha sido constante a partir de la segunda mitad del siglo XX y de ellos se han escrito textos ensayísticos, académicos y de difusión fundamentales para contar con una visión amplia de su escritura. Sin embargo, de la configuración del yo en este corpus no se han dicho más que frases aisladas que, por ser profundamente sugerentes, invitan a un análisis más profundo.

CAPÍTULO III

JOSÉ MARTÍ: POETA EN ACTOS, POETA DE SUS PROPIOS ACTOS¹

Pero otros sufrían como yo, otros sufrían más que yo. Y yo no he venido aquí a cantar el poema íntimo de mi lucha y mis horas de Dios. Yo no soy aquí más que un grillo que no se rompe entre otros mil que no se han roto tampoco. Yo no soy aquí más que una gota de sangre caliente en un montón de sangre coagulada.

J. Martí, “El presidio político en Cuba”

En términos generales, la autofiguración supone un proceso “de ponerse en orden uno mismo, que implica selección, pero implica también autodefinición de cara al otro, de ordenar su identidad” para plasmar “la imagen que quiere prevalezca como la verdadera imagen”.² Sin embargo –como ya se vio en el capítulo I–, en los diarios este proceso presenta sus particularidades, además de las que cada diario específico puede presentar a su vez.

En la escritura diaria o en la escritura de cada día, ese “ponerse en orden”, seleccionar y ordenar la identidad propia para “autodefinirse” –o autofigurarse– tiende a transitar entre un potencial objetivo consciente de la construcción de una “verdadera imagen” de sí y una escritura ligada a su momento. En este capítulo intentaré ubicar estos matices en los *Diarios* (1895) martianos.

Si se contempla que el proceso de configuración del yo en un escrito autobiográfico presenta matices y gradaciones que van desde un autor empírico que construye un yo que

¹ En una carta de Martí dirigida a Manuel Mercado y fechada en Nueva York el 11 de agosto de 1882, el cubano dice temer el no poder mostrar que es poeta en actos, ya que la vida no le “ha dado hasta ahora ocasión suficiente” (José Martí, “Carta a Manuel Mercado”, en *Obras completas*, t. 20, p. 64). Coincidentemente, para Philippe Lejeune, los escritores de diarios son “poetas de sus propios actos” (Julie Rak, “Dialogue with the future: Philippe Lejeune’s method and theory of diary”, *apud* Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 19).

² José María Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, pp. 52-53.

espera que sea visto como verdadero, hasta un *yo* que *resulta* revelado y configurado en y por el texto mismo, desde su enunciación, desde su escritura misma y desde la selección de los temas que interesan y preocupan al yo empírico, se podría pensar que la autobiografía y la memoria tienden más al primer extremo, mientras que los diarios tenderían al segundo, no tanto por la proximidad entre la experiencia y el momento de escritura, como por las intenciones que tienden a motivarlos –aunque cada autor y cada texto tiene el potencial de escapar a cualquier generalización, por más documentada que ésta sea–.

El presente capítulo parte de la hipótesis de que en los *Diarios* (1895) martianos el *yo* se revela y resulta configurado en y por el texto. Para Ezequiel Martínez Estrada, estos textos no conforman “una confesión de cómo era, pensaba y sentía; más bien lo contrario”, es decir, revelan “su psicología nocturna o del subconsciente”.³

Considerando lo anterior, en la primera parte de este capítulo desarrollaré brevemente algunos de los elementos constitutivos de los *Diarios* –su dedicatoria, la ausencia de firma, las particularidades del fechado y la organización de las entradas–, con el objetivo de mostrar la manera en que estos elementos ofrecen al lector un primer acercamiento a la autofiguración del yo; en la segunda parte, analizaré las distintas formas de enunciación del yo –explícita e implícita, en forma de *yo* y como un *nosotros*–; y en la tercera expondré lo que considero otras estrategias que completan el panorama de la autofiguración en mi corpus, como la necesidad de escritura, la autofiguración en la selección de lo narrado y el estilo como proyección del yo.

1. *DIARIOS* (1895): ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

Los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* presentan diferencias no sólo en cuanto al contexto situacional de su escritura y a su estilo, sino también en algunos de sus elementos constitutivos, como las fechas y la organización de sus entradas.

³ E. Martínez Estrada, “El diario de campaña de Martí como documento caracterológico”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Año 3, núms. 1-4 (1963), p. 23.

Por ello, considero importante para este trabajo problematizar la manera en que ambos diarios se articulan y, al mismo tiempo, determinar cómo va cambiando la escritura de uno a otro.

Para lograrlo, indagaré, por un lado, las implicaciones de la dedicatoria inicial del primer diario y la ausencia de firma en ambos; y por el otro, la organización temporal de los *Diarios* (1895) y, con la ayuda del concepto de momento de escritura, detallaré las particularidades del fechado y de la conformación de las entradas.

1.1 SOBRE LA DEDICATORIA Y EL NOMBRE

1.1.1 LA DEDICATORIA

Como ya se adelantó, el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* inicia con una dedicatoria a Carmen y María Mantilla, hijas del matrimonio de Manuel Mantilla y Carmen Miyares: “— Mis niñas: // Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para ustedes, con los que les mandé antes. //—No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en ustedes” (*De Montecristi*: 17).⁴

Este paratexto liminar pone sobre la mesa del estudio de los *Diarios* el problema del público para el que éstos fueron escritos. Al preguntarnos, ¿para quién se escribe?, la pregunta de ¿para qué se escribe? llega de manera natural. En una lectura literal de esta dedicatoria, la intención de Martí al escribir sus diarios fue probar a un par de niñas amadas lo mucho que pensaba en ellas. Sin embargo y dado que la manera en que se analiza la autofiguración en estos textos parte de alguna manera de este paratexto inicial, considero importante problematizarla.

⁴ Recuérdese que siempre que se citen los *Diarios*, ya sea el *De Montecristi a Cabo Haitiano* o el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, será en la edición del 2014 del Centro de Estudios Martianos, anotada por Mayra Beatriz Martínez. En todos los casos de cita literal, se señalará la referencia inmediatamente después de ésta, entre paréntesis.

Como señala el teórico francés Philippe Lejeune a propósito de los inicios de los diarios, “de alguna forma u otra, [se] marca este nuevo territorio de escritura –con un nombre, un título, un epígrafe, un compromiso, una auto-presentación”⁵ y es esta marcación la que, a la vez implica un posicionamiento del autor respecto de su diario, da una pauta –un contrato– para su lectura. Por ello, resulta fundamental considerar que la intención afectiva de este paratexto inicial implica una autofiguración –la de un *yo* que se apega a sus afectos, pese a las angustiosas circunstancias–, de la que parte el lector al aproximarse a los *Diarios*.

Sin embargo, resulta complicado identificar la continuidad de este punto de partida en el resto de los *Diarios* (1895) en general y del *De Montecristi a Cabo Haitiano* en particular, a nivel intratextual: las Mantilla no vuelven a ser mencionadas y no existe una apelación directa a ningún tipo de lector. Las cartas personales que Martí escribió en este periodo, sobre todo las destinadas a la familia Mantilla Miyares,⁶ permiten en este sentido un valioso contraste: en éstas, la intención de comunicación afectiva es principal, constante y evidente, mientras que en los *Diarios*, esta intención se limita a la dedicatoria. A la luz de esta diferencia, se abre la posibilidad de que la dedicatoria sea un guiño para que el diario *pareciera* ser un apunte de índole afectivo y así quedara desposeído del interés estratégico-militar y político ante ojos extraños o espías.

Por otro lado, la dedicatoria permite cuestionar lo que el filósofo lituano Emmanuel Levinas señala y que podría aplicarse en las *escrituras del yo*: sin el dialogismo con otro, no puede realizarse una conciencia de sí.⁷ Así, aunque pareciera que la dedicatoria delimita los lectores inmediatos del primer diario, es importante no hacer extensiva esta delimitación al

⁵ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 187.

⁶ La correspondencia entre Martí y las Mantilla (Carmen Miyares, Carmen Mantilla y María Mantilla) está recopilada en un apartado individual en el tomo de las *Obras completas* dedicado al *Epistolario* (t. 20). En éste se puede apreciar que el periodo de intercambio epistolar entre la familia y Martí fue entre el 28 de mayo de 1894 y el 9 de mayo de 1895. Algunas de las cartas que el cubano recibió de estas destinatarias lo acompañaban cuando cayó en combate y fueron reproducidas por Rolando Rodríguez en el último capítulo de su libro *Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente* (vid. “Martí: los documentos de Dos Ríos”, en *Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente*, pp. 134-175).

⁷ Tal es la opinión de Levinas, para quien “el «yo» no es una autónoma conciencia de sí, sino que surge como una interrelación ética con el otro”, en palabras de J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, pp. 57-58.

segundo, ya que, como se vio en el capítulo pasado, ambos manuscritos tuvieron diferentes destinos después de la muerte de Martí y se puede suponer que el primero fue enviado a la familia Mantilla Miyares antes de que el segundo llegara a su fin con la muerte de su autor.

La existencia misma de dos diarios en lugar de uno sugiere que, pese a la inmediata continuidad temporal, los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* piden ser leídos tomando en cuenta sus especificidades (materialidad, paratextos, estructura y estilo). En cuanto a la dedicatoria del primero, quizá sea imposible saber si ésta fue escrita por Martí antes de iniciar con la redacción de la primera entrada del mismo o, por el contrario, al terminar el cuaderno en el que fue escrita, antes de comenzar con la redacción del segundo diario en hojas sueltas.

Otra pregunta que surge de la presencia de la dedicatoria en el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* es ¿por qué el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* no tiene una o algún paratexto similar? Una hipótesis es que Martí agregó la dedicatoria del primer diario al concluirse el cuaderno en el que éste estaba siendo escrito y, ya que el segundo diario no tuvo una conclusión consciente, decidida por su autor, éste no pudo agregarle una dedicatoria; otra, que la intención y el potencial público (o ausencia del mismo) del *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* son distintos del *De Montecristi a Cabo Haitiano*.

Aunque saberlo a ciencia cierta es imposible, un análisis cuidadoso de las claves de escritura de ambos diarios y de los contrastes entre éstos podría arrojar, a mi parecer, pistas sobre este problema.

1.1.2 FIRMA Y NOMBRE PROPIO

Para Ph. Lejeune, el nombre propio en la firma se erige en las escrituras autobiográficas como “la enunciación de la referencia”, marca textual de una identidad extratextual que es condición esencial para efectivizar el contrato autobiográfico.⁸ Es decir, en las escrituras del

⁸ Ph. Lejeune *apud* Laura Scarano, “El sujeto autobiográfico”, *Orbis Tertius*. Vol. 2, núm. 4 (1997), p. 6.

yo, al presentarse el nombre propio a nivel textual mediante la firma, ésta se convierte en una marca que remite a una referencia extratextual, la del sujeto empírico.

Esta idea es desarrollada brevemente también por la investigadora argentina Laura Scarano, para quien el nombre propio genera un efecto condensativo en la articulación del sujeto, al incluir información sobre la toponimia del yo en el relato de su vida (nacimiento, lugares, fechas y parentescos).⁹ Así, las firmas son una parte importante del pacto autobiográfico, no sólo en los diarios sino en todas las diversas escrituras del yo por afianzar la presencia del sujeto y fijarlo en su obra de modo explícito.

Por lo anterior, podría parecer problemático que ninguno de los *Diarios* (1895) martianos contenga la firma de su autor, aunque sea mediante el uso de iniciales. A nivel discursivo, resulta necesario preguntarnos si el hecho de que los *Diarios* no estén firmados sugiere que se trata de un texto cuya palabra se refugia en el anonimato de los “espacios reservados a la expresión fugaz”,¹⁰ en el ámbito de lo privado o si, en cambio, simplemente sitúa los textos en una práctica de escritura profundamente ligada a su campo situacional.

Como se vio en el capítulo anterior, tanto el gesto de escritura de los *Diarios* como su escritura misma se vieron de alguna forma u otra condicionados por la planeación de la guerra independentista cubana iniciada en 1895 y la llegada de su autor al campo insurrecto. En este contexto, una firma podía comprometer no solamente a Martí, sino a todo un proceso de liberación que tomó décadas consolidar. Si se considera lo anterior, no es tan disparatado aventurar que la ausencia de firma responda a una intención consciente del autor de protegerse y proteger también la causa independentista y a sus involucrados.

Sin embargo, lo interesante de este problema son las implicaciones que conlleva. José María Pozuelo Yvancos señala que la firma y el nombre del autor “afectan al modo de ser

⁹ *Ibid.*, p. 6.

¹⁰ Para Michel Foucault, “El nombre de autor funciona para caracterizar un cierto modo de ser del discurso: para un discurso el hecho de tener un nombre de autor, el hecho de poder decir ‘esto fue escrito por Fulano de Tal’, o ‘Fulano de Tal es el autor de esto’ indica que dicho discurso no es una palabra cotidiana, indiferente, una palabra que se va, que flota y pasa, una palabra que puede consumirse inmediatamente, sino que se trata de una palabra que debe recibirse de cierto modo y que debe recibir, en una cultura dada, un cierto estatuto” (M. Foucault, *¿Qué es un autor?*, pp. 24-25).

leídas las obras”,¹¹ por lo que la ausencia de la primera –que no del segundo, como se verá más adelante– produce un marco bajo el cual acercarnos a los textos y, sobre todo, al análisis de fenómenos específicos de los mismos, como lo es el de la configuración del yo, prestando atención a las especificidades de cada texto.

En el caso de los *Diarios* (1895) martianos, sería necesario volver a dejar en claro que se trata de dos textos manuscritos. Este factor permite el cotejo de la letra de su autor con otros textos del mismo (como las cartas y textos de estrategia bélica que escribió en ese mismo periodo) y, así, una identificación directa con el sujeto empírico detrás de la figura autoral.

El hecho de que se trate de diarios manuscritos afecta el modo de leerlos tanto como lo hace la firma, ya que la caligrafía puede ligarse tanto a un sujeto como una firma –y todavía más cuando hay testigos de la “propiedad” de la libreta y los folios que constituyen los diarios, como es este caso: al menos del *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* se puede decir que su existencia no era un secreto para los que acompañaron a Martí en sus últimos recorridos vitales.¹²

Para Pozuelo Yvancos, la firma “explica el yo –lo designa y avala– (siendo por ello el centro mismo del pacto de veracidad propuesto) y alcanza tanta importancia como el yo –en tanto es inseparable de él–”.¹³ Estos elementos inseparables –el yo y el nombre– sellan un pacto de lectura referencial en las escrituras autobiográficas.

Entonces, ¿qué pasa cuando no existe una firma, un nombre explícito al que refiera el yo? Nuevamente entra en escena la relevancia del sujeto empírico: si se trata de un sujeto desconocido y aparentemente “intrascendente” que no firma, se convierte en un anónimo y la trascendencia del texto descansaría en su contenido, en caso de que resulte de interés para algún grupo o momento histórico; si se trata, por otra parte, de un sujeto conocido, con un

¹¹ J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, p. 59.

¹² No sólo el *Diario* era custodiado por el ayudante de Martí, Ramón Garriaga, cuando el poeta no lo utilizaba, sino que disponía de él a vista de todos los presentes. Además, según rescata Rolando Rodríguez, Garriaga testimonió cuando Martí escribió en su diario lo sucedido en la Mejorana, lo que da pie a pensar que él y otros pudieron haber sido testigos de otros momentos en los que el Delegado escribiera en él e incluso pudieron haber leído su contenido (R. Rodríguez, *op. cit.*, pp. 57-58).

¹³ J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, p. 49

nombre autoral y con importancia en algún ámbito social, cultural, político o histórico, la ausencia de firma –aunque podría dificultar el estudio del texto– se compensa con el conocimiento previo del lector sobre esa “toponimia del yo” a la que refiere Scarano y, en algunos casos, sobre la caligrafía, el estilo y los tópicos frecuentes en el escritor, que facilitan la identificación de un texto como suyo.

Quizá en este sentido la dedicatoria del primer diario cumpla la función de la firma: al ser dedicado y enviado a la familia Mantilla –con la que Martí mantuvo correspondencia al mismo tiempo que redactaba el diario–, su procedencia y autoría no sería puesta en duda. Pero para los objetivos de este trabajo, me gustaría resaltar que esta ausencia de firma en los *Diarios* (1895) es un rasgo en sí mismo: el gesto de un yo que conoce el peso de su nombre y de sus textos (y por ello se oculta); un yo que, mientras escribe su diario, niega hacerlo ante los otros –como se vio en el capítulo anterior.

La discusión en torno a la firma apunta así al debate sobre qué tanto se dirige cada uno de los diarios hacia el ámbito de lo privado o hacia el de lo público. En el *De Montecristi a Cabo Haitiano*, la dedicatoria permite afirmar, al menos, que no se trata de un diario íntimo (entendiendo como íntimo aquel que no pretende ser leído por nadie más que por su autor), sino de un diario que sí espera tener un público, aunque éste sea de inicio limitado a un par de personas. El diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, por otra parte, no nos permite rastrear en la firma –ya que no la tiene– un gesto que proyecte el yo hacia su publicidad.¹⁴

Así, si el yo no se refugia ni construye sobre la base de la firma, ni llega a ésta para verse redondeado al final de los diarios, se vuelve todavía más imperioso acudir a otras estrategias autofigurativas para desentrañarlo.

¹⁴ En una carta a su madre fechada el 15 de mayo de 1894, Martí expresa: “Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, a donde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero al hombre vigilante... sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos”. Con esas palabras, más que decretar un destino, señala un proyecto vital, un camino, sus planes para los años que seguirían: ser el “hombre vigilante” al que “no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres” (J. Martí, “Carta a la madre”, en *Obras completas*, t. 20, p. 459).

1.2 LA VIDA EN EL CORAZÓN DE SU FLUIR: A PROPÓSITO DEL MOMENTO DE ESCRITURA

Para analizar las formas de autofiguración martiana en los *Diarios* (1895), quizá sea necesario partir de concebirlos no sólo como discursos *que dicen* el pasado inmediato de su autor, sino también como un acto presente *del decir mismo*, como prácticas discursivas y como acontecimientos que implican a su autor en el discurso. Para el teórico y crítico literario español José María Pozuelo Yvancos, el yo no puede concebirse como una instancia separada de su momento de producción.¹⁵

Reconocer que el momento de escritura –lo que S. Molloy denomina “el presente de escritura” y Pozuelo Yvancos “el tiempo de la escritura”– no es simultáneo al de los acontecimientos descritos o narrados, es reconocer que, en palabras de Pozuelo, “el tiempo de la escritura impone una distancia, una separación tal vez de la inmediatez o presencia de la voz”,¹⁶ de tal manera que el pasado –presumiblemente cercano, en el caso de la escritura de diarios– es rescatado y reconstruido, mediante la memoria, desde el presente del momento de escritura.

Aunque perseguir el conocimiento y la reconstrucción plena de ese presente de escritura es un imposible, me parece que, en algunos textos, no se oculta por completo al lector, sino que puede ser rastreado en ciertos rasgos y arrojar información sobre cuándo y desde dónde recuerda y narra el autor empírico, más allá de lo constatable.¹⁷ Siguiendo esta idea, propongo dos elementos configurativos de los diarios martianos que pueden dar cuenta, en mayor o menor medida, de su momento de escritura (y que quizá puedan servir para el análisis del momento de escritura en otros diarios): 1. El presente de la escritura y 2. el ritmo de escritura.

¹⁵ J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, 45.

¹⁶ *Ibid.*, p. 74.

¹⁷ S. Molloy, *Acto de presencia*, p. 186.

1.2.1 EL PRESENTE DE LA ESCRITURA

Destaco el uso de los tiempos verbales como un segundo elemento que puede dar cuenta del momento de escritura retomando la teoría del tiempo de la narración de Genette, para quien:

habría que distinguir pues, desde el punto de vista de la simple posición temporal, cuatro tipos de narración: *ulterior* (posición clásica del relato en pasado y sin duda con mucho la más frecuente), *anterior* (relato predictivo, por lo general en futuro, pero que nada impide narrar en presente, como el sueño de Jocabel en *Moyse sauvé*), *simultáneo* (relato en presente contemporáneo a la acción) e *intercalado* (entre los momentos de la acción).¹⁸

El primer tipo de narración coincidiría con una narración en pretérito, el segundo con una narración en futuro y el tercero con una narración en presente. El cuarto y último es quizá el más complejo y el que más se ha relacionado con los relatos en forma epistolar o de diario, en parte porque no coincide con un tiempo verbal determinado y tiende a transitar entre el uso de verbos en pasado y en presente.¹⁹ Ya que éste hace evidente el movimiento entre un pasado y un presente, me centraré en la narración simultánea para matizar el concepto de momento de escritura, en el entendido de que esa narración presente se manifiesta más claramente cuando se le contrasta con una conjugación en pasado inmediata previa o posteriormente.

En la narración simultánea, el relato se sitúa en un presente contemporáneo a la acción, mientras que el momento de escritura es un elemento externo al texto que puede ser percibido en algunos momentos del mismo, incluyendo aquellos en los que el *yo* del discurso se sitúa temporalmente en su presente, de acción o de escritura.

Cuando el *yo* narra desde el presente contemporáneo a la acción, pueden ocurrir dos posibilidades: que el *yo* teja con la narrativa de acciones o pensamientos anotaciones sobre el contexto, tales como sensaciones o incidentes contemporáneos al tiempo de escritura –lo que Lejeune denomina “proceso armónico”–;²⁰ o que instale la escritura misma en el presente, es decir, que emplee un verbo del campo semántico de la escritura con una

¹⁸ G. Genette, *Narrative Discourse*, p. 217.

¹⁹ L. A. Pimentel, *El relato en perspectiva*, p. 158.

²⁰ Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 127.

conjugación en presente, convirtiendo el acto de la narración en el contenido de ésta. La diferencia entre ambas posibilidades es más una cuestión de matices: del “pasa algo”, “hacen algo”, o “hago algo” al “mientras pasa algo o hago algo, escribo”, que puede ser también un “mientras escribo, pasa, o hacen, o hago algo”.

A finales del primer diario, el *De Montecristi a Cabo Haitiano*, en la entrada del 7 de abril, se presenta un caso del *yo* que describe acciones aparentemente contemporáneas a su escritura:

Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo. [...] De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de *Patrie*, –y el grito de una frutera que vende “¡caïmite!” Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo: “*le bon Dieu*”, – y un bastón que se va apoyando en la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el crucero de las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: “Es preciso desterrar de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad salvaje que exigen a los pobres campesinos, como el ángel a Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios: el gobierno de este país negro, de mujeres trabajadoras y de hombres vírgenes, no debe matar a la infeliz mujer que mató ayer a su hija, como Abraham iba a matar a Isaac, sin acabar, “con el rayo de la luz”, al *papá-boco*, al sacerdote falso que se les entra en el corazón con el prestigio de la medicina y el poder sagrado de la lengua de los padres. Hasta que la civilización no aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará”. Y el viejo sigue hablando, en soberbio francés, y puntúa el discurso con los bastonazos que da sobre las piedras. [...] Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y untoso. [...] Del libro a que vuelvo, en mi mesa de escribir, caen al suelo dos tarjetas, cogidas por un lazo blanco: la mínima, de ella, dice “*M’elle, Elise Etienne*”, Cap Haïtien: la de él, la grande, dice: “*Mr. Edmond Férére*:- Francés”. –Es domingo de Ramos (*De Montecristi*: 59-60).

En esta entrada, Martí no sólo se posiciona espacialmente –en la “silla de escribir, de espaldas al cancel” de su “cuarto escondido”–, sino que describe *en presente* los estímulos que a él llegan, tanto auditivos (gente que pasa, nombres, gritos, música) como visuales (el movimiento del fustán, las piedras de la calle, un bastón apoyado en la acera), construyendo –con estrategias típicas de la crónica periodística de la época– una especie de cuadro de aquel domingo de Ramos del Cabo, un cuadro que congela el presente desde el cual escribía su autor y que muestra algunas de las sensaciones contemporáneas a ese momento de escritura.

Sin embargo, no hay que perder de vista que esa impresión congelada de un momento contemporáneo a la escritura es una construcción narrativa, un artificio claramente

perceptible en el diálogo del viejo elocuente que reproduce el narrador. La reproducción escrita de un diálogo es, en sí misma y necesariamente, posterior a la emisión del diálogo mismo –aunque sea por segundos–, a lo que se suma la dificultad de traducir de un francés haitiano al español simultáneamente.

Por otro lado, tenemos un ejemplo muy claro del segundo caso –cuando la escritura misma es acción instalada en el presente– en la entrada del 14 de febrero del primer diario: “Del viaje, ahora que escribo, mientras mis compañeros se sanean, en la casa pura de Nicolás Ramírez, sólo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles, –unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer, –unas cuantas frases” (*De Montecristi*: 18).²¹ En la cita anterior, Martí escribe desde la memoria y capta “la vida en el corazón de su fluir”²² y nos la presenta mientras ésta se desarrolla: se sitúa en el espacio, instala explícitamente la escritura en el presente y brinda al lector el contexto del momento de escritura.

En el segundo diario, el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, también se presenta un caso de este tipo, en la entrada del 14 de mayo:

Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en que voy, impere acaso, por la desorganización e incomunicación que en mi aislamiento no puedo vencer, aunque, a campo libre, la revolución entraría naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo (*De Cabo Haitiano*: 105).

En esta entrada, el *yo* se configura en el acto de la escritura de la circular que dirige a los jefes y oficiales del Ejército, mientras la zozobra y la amargura lo acompañan. Se pregunta qué tan útil sería a Cuba su desistimiento, refiriéndose a la posibilidad de cesar en su cargo de Delegado y ceder la dirección de la revolución de Independencia, uno de los temas que se trataron en la reunión de La Mejorana. En su reflexión, parece orillarse hacia la necesidad de desistir por un bien mayor: el de su libertad de aconsejar con poder moral.

²¹ Se ha respetado el particular uso de guiones largos del autor.

²² A. M. Teja, *op. cit.*, p. 203.

Todo esto lo comparte desde un momento de escritura que se ubica en el presente: escribe y piensa; mientras piensa, escribe lo que piensa. La acción y la escritura son en este caso simultáneas, lo que permite vislumbrar la construcción de un *yo* inmerso en sus preocupaciones, incluso en medio de la narración de sucesos relacionados con la vida en campaña, como se puede notar al colocar la cita en su contexto inmediato:

Sale una guerrilla para La Venta, el caserío con la tienda de Rebentoso, y el fuerte de 25 hombres. Mandan, horas después, al Alcalde, el gallego José González, casado en el país, que dice que es Alcalde a la fuerza, y espera en el rancho de Miguel Pérez, el pardo que está aquí de cuidador, barbero. Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en que voy, impere acaso, por la desorganización e incomunicación que en mi aislamiento no puedo vencer, aunque, a campo libre, la revolución entraría naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo. –Rosalío va y viene, trayendo recados, leche, cubiertos, platos: ya es prefecto de Dos Ríos (De Cabo Haitiano: 105).

Al leer en su contexto inmediato el fragmento inicialmente seleccionado, se pueden observar dos niveles del momento de escritura: el del escribir simultáneo a la amarga reflexión del *yo* en torno al desistimiento y el del escribir mientras otras cosas, externas al *yo*, ocurren –como el ir y venir de Rosalío. Entre lo expositivo, irrumpe la preocupación personal y moral del autor, generando un contraste por el cambio de tono y de temática de un momento de la entrada a otro.

Aunque lo anterior podría ser un indicador de distintos momentos de escritura, en la edición facsimilar se puede percibir que la caligrafía de toda la entrada es consistente, lo que lejos de apoyar la hipótesis, da lugar a más dudas. En estos casos, en los que la escritura tiende a ser simultánea y casi automática, ésta pareciera reflejar algo más allá de ella misma: refleja la manera en la que funciona la *psique* de su autor, lo que, desde luego, también termina afectando la forma en que se configura el *yo* a nivel textual.

Así, el momento de escritura puede dar luz en torno a la configuración del *yo*, en la medida en que permite que el lector se aproxime al presente de escritura del mismo, a las acciones, pensamientos y sensaciones que dan marco a esa escritura. Ahora bien, el hecho de que este

elemento no sea tan frecuente en ambos *Diarios* (1895) también es significativo: habla de un *yo* que escribe de corrido, más preocupado por narrar y registrar lo que acontece en el pasado cercano o inmediato, que por situarse en su presente.

1.2.2 EL RITMO DE ESCRITURA

El ritmo de escritura –factor que para Lejeune debería ser central en el estudio de los diarios– es el segundo elemento que propongo para lograr la identificación del momento de escritura, tanto en los *Diarios* (1895) martianos, como en los diarios en un sentido más amplio.

Aunque para Lejeune el ritmo de un diario lo dan las fechas,²³ yo parto de la idea de que el ritmo en los diarios se da en dos dimensiones: por un lado, desde la estructura y la sucesión de las unidades del mismo, es decir, las entradas y su longitud –que al tiempo que reflejan un ritmo de escritura, marcan un ritmo de lectura–; y, por el otro, desde el estilo y el tono de fragmentos específicos al interior de cada entrada y, también, en cada una de éstas con respecto a las demás.

1.2.1.1 RITMO Y ENTRADAS

Al ser un elemento básico de la escritura diarística, la fecha dota de estructura, orden y sentido a la narración de los días. Como se vio en el primer capítulo, el autor de un diario puede escribir cada día (y fechar *la escritura*) o sobre cada día (y fechar *los acontecimientos* narrados y descritos). Sin embargo, más allá de esta concepción básica del tiempo en los diarios, hay que considerar que la datación también puede ser entendida como una marca que, al funcionar como un espacio entre las entradas, configura, al marcar pausas, un ritmo de lectura.

²³ Para Lejeune, un estudio de ese tipo tendría dos dimensiones: interna y externa. “La dimensión interna empezaría con el análisis del texto del diario en sí mismo, para establecer su morfología interna (temas y formas) y cómo los vínculos entre ellos se organizan: precisamente lo que uno hace en el análisis musical cuando se analiza una sonata o una fuga. Uno usaría una unidad de medida textual: la cantidad de la escritura, medida en líneas o en páginas. El estudio externo compararía entonces los resultados con otro parámetro: el tiempo, medido en días, semanas o meses. Las continuidades e irregularidades de la escritura se harían inmediatamente visibles” (cf. Ph. Lejeune, *On Diary*, p. 180).

El vínculo entre la organización de las entradas de los diarios por fechas y el ritmo en los mismos ha sido ya problematizado por Philippe Lejeune, quien señala que, a diferencia de las cartas, “en el diario, las fechas no son tanto para informar a un destinatario, sino para hacer detectables los espacios entre las entradas: en pocas palabras, el ritmo”.²⁴ Así, la datación ordena el texto al mismo tiempo que lo separa en distintas entradas, cuyo ritmo está, por un lado, en sus temas y formas y, por el otro, en la longitud: un diario con entradas largas, pausadas y descriptivas tiene un ritmo y un *tempo* narrativo²⁵ distinto del de un diario con entradas cortas, sintéticas y entrecortadas, de tal manera que en un mismo diario puede haber variaciones en el ritmo, lo que permite vislumbrar indirectamente un *modo* del momento de escritura.

En cuanto a los *Diarios* (1895) martianos, las fechas han sido quizá el factor que más ha generado problemas para sus diversos editores,²⁶ debido sobre todo a que el primero, el *De Montecristi a Cabo Haitiano*, no presenta una concordancia perfecta entre el orden temporal de la narración y el orden cronológico en el que ocurrieron los acontecimientos narrados: el fechado y la configuración de las entradas son dos de los múltiples elementos que varían entre los diarios, lo que hace imposible hablar en términos generales de ambos diarios como un conjunto en este aspecto.

Algunas de las irregularidades que presenta el conflictivo fechado del diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* son la repetición de una misma fecha en distintas entradas y una pausa prolongada de 23 días en la escritura –entre el 6 y el 29 de marzo–. La repetición de una misma fecha es quizá el fenómeno más frecuente a lo largo de este primer diario y un

²⁴ Ph. Lejeune, *op. cit.*, p. 88.

²⁵ Luz Aurora Pimentel define el *tempo* narrativo como “una relación proporcional entre la duración de los acontecimientos en el tiempo de la historia y el *espacio* que se les destina en el texto narrativo”, es decir “cuánto texto se destina a cuánto tiempo” (*El relato en perspectiva*, p. 48).

²⁶ Mayra Beatriz Martínez, en la edición anotada de los *Diarios de campaña* (2014), da cuenta de los problemas del fechado en los mismos, tanto intrínsecos como reflejados en ediciones anteriores. Martínez realizó un trabajo de “reconsideración del orden cronológico de los hechos –según cotejo con la ruta seguida y otras fuentes bibliográficas y el consecuente reordenamiento que hiciera de las páginas del diario de Monte Cristi a Cabo Haitiano” (nota 53, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 27).

excelente ejemplo son las cinco entradas continuas fechadas el 2 de marzo.²⁷ Sin embargo, este fenómeno también es visible en entradas discontinuas, como ocurre el día siguiente, 3 de marzo, que tiene siete entradas: tres fechadas el 3, dos fechadas el 2 –por equivocación de Martí, supone la editora– y dos más fechadas el 3.²⁸

Estos fenómenos son reflejo de un texto complejo con momentos de escritura problemáticos, disímiles y difíciles de reconstruir. Además, permiten suponer que en este diario Martí no siempre escribió cada día, sino sobre cada día, desde otro momento. Lo anterior implicaría una distancia entre la escritura y la experiencia que, en palabras de Sylvia Molloy, “afecta la actitud del autobiógrafo”, ya que “el yo escribe desde otro lugar”.²⁹ Sin embargo, para demostrar una hipótesis así y aventurar qué es lo que se reconstruye desde ahí, se requeriría un estudio mucho más profundo de la relación que se establece entre las fechas y el contenido y entre la organización cronológica y los temas desarrollados en las entradas.

Aunque la reconstrucción total del momento de escritura a partir de la datación y la organización de las entradas es un imposible, destaco este problema porque me parece que sí puede dar pistas al respecto. Para sostener esta idea, que tampoco desarrollaré extensivamente, me baso en el caso de las tres entradas breves fechadas el 3 de abril. La primera muestra un tono reflexivo, elevado y contundente, como se ve en la cita a continuación:

3 de Abril. La ingratitud es un pozo sin fondo, –y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretencioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera (*De Montecristi*: 53).

²⁷ De estas cinco entradas, la primera se divide a su vez en dos por medio de una línea (La editora no aclara si esa línea corresponde exactamente a otra línea en el original); las siguientes tres fueron fechadas como 2 de febrero y luego, sobre el “febrero”, Martí reescribe “Marzo”, y en la quinta y última Martí no hace esta corrección y lo deja fechado como 2 de febrero y la rectificación se realizó con posteridad y con caligrafía distinta a la martiana. Al respecto M. B. Martínez anota que “No parece caligrafía martiana: fundamentalmente la letra “M” inicial es distinta. Puede corresponder a la caligrafía de quien numeró las hojas e intituló la página que encabeza el bloque de hojas sueltas de esta primera parte del diario” (nota 103, *ibid.*, p. 37).

²⁸ J. Martí, *Diarios de campaña*, pp. 40-48.

²⁹ S. Molloy, *Acto de presencia*, p. 119

La segunda entrada, en cambio, se centra en una descripción breve de la naturaleza, ubicada en el presente de escritura del autor, marcado por las conjugaciones de los verbos:

Pasan volando por lo alto del cielo, como grandes cruces, los flamencos de alas negras y pechos rosados. Van en filas, a espacios iguales uno de otro, y las filas apartadas hacia atrás. De timón va una hilera corta. La escuadra avanza ondeando (*De Montecristi*: 54).

La tercera, por último, apela a un recuerdo:

En medio de la mar, recuerdo estos versos:
«Un rosal cría una rosa
Y una maceta un clavel.
Y un padre cría una hija
Sin saber para quién es.» (*De Montecristi*: 54).

El contraste de estas tres entradas breves, encabezadas todas con la misma fecha, puede tener dos lecturas: o Martí las escribió el mismo día, en diferentes momentos y bajo distintos impulsos, o la separación por entradas se debe a una intención de ordenarlas temáticamente. Para dilucidar, no la respuesta a esta cuestión, sino una hipótesis que pudiera ser fundamentada, se tendría que analizar con cuidado la estructura de cada entrada de todo este diario –e incluso contrastarla con el segundo– para comenzar a notar una tendencia en la escritura y organización de las mismas. Sin embargo, éste tampoco es el objetivo de esta investigación.³⁰

Por otra parte, en el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* todas las entradas, sin excepción, fueron escritas cronológicamente y sin repeticiones de fechas o divisiones internas. Como ya se mencionó en el capítulo anterior, la irregularidad más significativa en el fechado es la ausencia de la entrada del día 6 de mayo, cuyas páginas fueron sustraídas del mismo.³¹

Otra singularidad es la que se presenta en las entradas de los días 8 y 9 de mayo, escritas de forma continua, en línea seguida –siendo que, pese al poco espacio, la tendencia había sido marcar la separación entre entradas desde una nueva línea. Lo anterior podría indicar

³⁰ Me atrevo a decir, desde una lectura general que ha puesto mayor atención en otros elementos, que en este primer diario la organización de las entradas tiende a ser más temática o anecdótica, mientras que en el segundo diario la tendencia es la organización cronológica con saltos entre temas, descripciones y asuntos en una misma entrada y en un mismo párrafo.

³¹ *Vid.* Capítulo II, apartado 2.3, “Historia de dos diarios: de los manuscritos a las ediciones” de este trabajo.

que Martí redactó ambos días en un mismo momento de escritura, hipótesis que se podría fortalecer con el hecho de que la segunda fecha en cuestión fue introducida mediante una línea manuscrita que conecta con un número 9 al margen izquierdo de la página:

[8.-] Mucho vamos hablando de la necesidad de picar al enemigo aturdido, y sacarlo sin descanso a la pelea, –de cuajar con la pelea el ejército revolucionario desocupado,–de mudar campos como este, de 400 hombres, que cada día aumentan, y comen en paz y guardan 300 caballos, en fuerza más ordenada y activa, que "yo, con mis escopetas y mis dos armas de precisión, sé cómo armarme", dice Bandera: Bandera: que pasó allá abajo el día, en su hamaca solitaria, en el rancho fétido. 9. –Adiós, a Bandera, –a Moncada, –al fino Carvajal, que quisiera irse con nosotros, a los ranchos donde asoma la gente, saludando con los yareyes: "¡Dios los lleve con bien, mis hermanos!" (De Cabo Haitiano: 96).

El gesto de insertar desde el margen el número que indica la fecha en que ocurrió lo narrado podría ser un claro indicio de que Martí escribió el texto anterior de manera continua, narrando lo ocurrido el día 8 de mayo desde otro día, que podría ser el 9 u otro posterior. A partir de este gesto, podríamos fácilmente imaginar al autor inmerso en la narración de los hechos y olvidando que, por tratarse de un diario y no de un cuaderno de apuntes, la separación por fechas es importante; podríamos, después, imaginarlo recordándolo e indicando desde el margen dónde comenzaría el otro día.

Como he intentado dejar en claro en este apartado, estas difusas huellas del momento de escritura permiten que el lector atento sea capaz de ver a Martí *mientras escribe* y, así, configuran de forma indirecta el *yo* que se revela en el texto: un *yo* preocupado por dejar vestigios de su experiencia. En el primer diario prima la experiencia sobre la exactitud: las fechas se confunden, se repiten, se saltan; en el segundo, el fechado cobra mayor relevancia, quizá porque la experiencia se torna más colectiva y, en ese sentido, histórica (como se verá más adelante en este mismo capítulo).

Sin embargo, algo en común en el fechado de ambos *Diarios* es que, más allá de sólo enmarcar las entradas y señalar un ritmo de lectura y escritura, es –o puede ser– una de las formas en las que el *yo* establece una relación profunda entre su experiencia vital y un tiempo cronológico e histórico.

Cuando, por el contrario, consideramos que no existe una naturaleza humana, una forma consistente de ser hombre, sino, en su lugar, una multiplicidad de variantes a lo largo de la historia, cada hombre adquiere así una calidad única, y su expresión, en la medida en que es genuina, en la medida en que responde cabalmente a la autenticidad de quien se exprese, no podrá ser sino única a su vez, manifestación de un espíritu irrepetible. Esa manifestación única de un espíritu único es lo que hoy llamamos estilo.

R. Fernández Retamar

Por último, propongo que el ritmo –y con éste, el momento de escritura– puede ser percibido también en el estilo y el tono que se manejan en cada una de las entradas de los diarios, tanto de manera particular, como desde una perspectiva más amplia. Entiendo por estilo, siguiendo al filólogo español Rafael Lapesa, “la totalidad del elemento personal infundido en la obra literaria” y por tono, el “resultado de la postura espiritual que el autor adopta frente al asunto”.³²

Pese a que la noción de estilo se ha centrado tradicionalmente en la relación con la persona que escribe,³³ me interesa destacar también la propuesta del historiador y crítico literario suizo Jean Starobinski, autor de “El estilo de la autobiografía” (1970), para quien este elemento “se vincula al presente del acto de escribir”, de tal manera que “el valor autorreferencial del estilo remite pues al momento de la escritura, al «yo» actual”.³⁴

Para Starobinski, el estilo se presenta “en relación de *fidelidad a una realidad presente*” en la que “la expresión procede de la experiencia”,³⁵ de tal manera que la atención en este elemento de los textos aporta al análisis de los *Diarios* (1895) martianos una perspectiva más completa del momento de escritura. En este sentido, es relevante la diferenciación entre un

³² R. Lapesa, *Introducción a los estudios literarios*, p. 54.

³³ Es bien conocida la frase “el estilo es el hombre”, adjudicada a George Louis Leclerc, conde de Buffon (*Discurso sobre el estilo*, p. 29), idea que fue retomada todavía en el siglo XX por autores como Miguel de Unamuno, quien relacionó el estilo con la personalidad de su autor (cf. “Estilo del ensayo”, “Estilo y pluma” y “Hombre, persona e individuo”, en *Alrededor del estilo*).

³⁴ J. Starobinski, “El estilo de la autobiografía”, en *La relación crítica (psicoanálisis y literatura)*, p. 66.

³⁵ *Ibid.*, p. 68.

estilo conciso, agitado, preciso y sencillo, y otro prolijo, hiperbólico, vago y tranquilo;³⁶ del mismo modo que habría que diferenciar un tono solemne de uno familiar, festivo o burlesco.³⁷

Aunque la combinación de estilos y tonos en los *Diarios* (1895) es vasta e inabarcable para esta tesis,³⁸ me gustaría distinguir brevemente entre dos grandes estilos, que retomo de Lapesa: el cortado y el periódico. En el primero dominan las frases breves y nerviosas, mientras que en el segundo se emplean largas oraciones compuestas, con miras al efecto sonoro.³⁹

Un buen contraste entre ambos estilos se da en la primera entrada de cada uno de los diarios: la del *De Montecristi a Cabo Haitiano*, del 14 de febrero, abarca casi seis páginas y 135 líneas, divididas en cuatro párrafos de largo aliento, en los que Martí reflexiona sobre los usos de lengua,⁴⁰ describe los espacios y a los personajes que va conociendo en el camino –Eusebio, Don Jacinto, Nené, Mercedes– y da voz a los otros mediante la reproducción de diálogos que, a veces, dan cuenta del habla popular, entre otras cosas.⁴¹ En contraste, la

³⁶ Wilhelm Schneider propone, según Wellek y Warren, que “según las relaciones entre las palabras y el objeto, los estilos pueden dividirse en conceptual y sensorial, conciso y prolijo, o sustancial e hiperbólico, preciso y vago, tranquilo y agitado, bajo y elevado, sencillo y exornado; según las relaciones entre las palabras, en tenso y flojo, plástico y musical, suave y áspero, desvaído y vistoso; de acuerdo con las relaciones de las palabras con el sistema lingüístico total, en hablado y escrito, estereotipado y personal; y según la relación de las palabras con el autor, en objetivo y subjetivo” (cf. R. Wellek y Austin Warren, *Teoría literaria*, p. 213).

³⁷ Categorías retomadas de la propuesta de Rafael Lapesa, según quien se puede hablar de los tonos “solemne, majestuoso, patético, grave, familiar, festivo, burlesco, etcétera” (*op. cit.*, p. 54).

³⁸ Considero que el estudio de la descripción de estilos y tonos se puede hacer en cuatro niveles: 1) del diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* al *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*; 2) de una fecha a otra de un mismo diario, ya sea el primero o el segundo; 3) de una entrada a otra, tengan o no la misma fecha; 4) y al interior de una misma entrada.

³⁹ R. Lapesa, *op. cit.*, p. 54.

⁴⁰ Anota Martí: “La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera. Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país” (*Diarios de campaña*, pp. 19-20).

⁴¹ Un ejemplo muy claro sucede cuando da voz a Nené, la “madraza” de Villa Lobos: “«Utedes me dipensen», dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con rom y café, el arroz blanco y los huevos fritos: –«pero toito ei día e stao en ei conuco jalando ei machete»” (*ibid.*, p. 21). El crítico uruguayo Ángel Rama plantea que la irrupción del repertorio lexical “de la calle” en la escritura pública implicó un acto de desafío a la *ciudad letrada* –inaugurado por Joaquín Fernández de Lizardi en *El Periquillo Sarniento*– que a su vez apoyó la conformación, posterior a las guerras de Independencia, de lo nacional a partir de sus raíces populares (*La ciudad letrada*, pp. 58-59). Las culturas rurales, “golpeadas por las pautas civilizadoras urbanas comienzan a desintegrarse en todas partes y los intelectuales concurren a recoger las literaturas orales en trance de agotamiento”, de tal forma que la escritura “aparece cuando declina el esplendor de la oralidad de las comunidades rurales” (*ibid.*, 87).

primera entrada del *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, del 9 de abril, es apenas la siguiente línea: “-9 Abril. -Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos” (*De Cabo Haitiano*: 65).

Para la profesora francesa Claude Bochet-Huré, ésta es una de las diferencias más notables entre el primer diario (que ella denomina *Apuntes*) y el segundo: “la desaparición casi completa de los «versos» y la abundancia creciente de las frases nominales”, diferencia que se debe “a las condiciones nuevas, y difíciles, en las que Martí escribió su diario”.⁴² Así, cuando en los *Diarios* se presentan descripciones y narraciones más minuciosas y extendidas, es posible asociar lo escrito con un momento de escritura más sosegado: en las llegadas a un sitio, en los descansos del almuerzo, en la quietud de la noche, es cuando Martí toma aliento y vuelca sus sentidos a lo que le rodea y a sí mismo, a sus experiencias vitales. A modo de ejemplo, el siguiente fragmento de la entrada del 18 de abril:

La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea, y su coro le responde; aun se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de *paguá*, la palma corta y espinuda; vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los ruidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima: es la minada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas? Se nos olvidó la comida: comimos salchichón, y chocolate, y una lonja de *chopo* asado. -La ropa se secó a la fogata.- (*De Cabo Haitiano*: 71).

En las líneas citadas, ubicadas en un *presente de escritura* marcado por la conjugación de los verbos, Martí escribe desde la calma de una “noche bella”, con dulces aliteraciones que van formando imágenes desde lo auditivo de la musicalidad selvática que se despliega entre “ruidos estridentes”. El soldado y el independentista le pasan la palabra al poeta. El ritmo de la prisa y la nemotecnia da paso a un ritmo de quietud y expresión poética.

Aunque en sí mismos el estilo y el tono de los *Diarios* permiten un análisis completo y a profundidad, para la presente investigación me interesa solamente destacar su relación con el momento de escritura, con ese “presente del acto de escribir” del que habla Starobinski. Para el crítico suizo, si “sólo se puede evocar el pasado a partir del presente”, este último impone de alguna manera “su forma y su estilo”, que a su vez “descubre el proyecto,

⁴² C. Bochet-Huré, “Las últimas notas de viaje de José Martí”, *Anuario Martiano*. Vol. 1 (1969), p. 32.

orientado hacia el futuro, de una manera específica de descubrirse al otro”.⁴³ Es decir, citando al investigador cubano Manuel Pedro González, el estilo en Martí “entronca en su yo íntimo y a la vez lo expresa”,⁴⁴ por lo que atender las variaciones en el tono y en el estilo es un punto fundamental para enriquecer el análisis de la configuración del yo.

2. LA ENUNCIACIÓN DEL YO

La conciencia del yo en Martí es la conciencia de una fuerza que sintió revelársele profundamente y desde muy temprano. Esa confianza en sí mismo explica bien que podamos tomar de sus escritos cientos y cientos de frases, que denotan la seguridad que abrigaba en sus propias fuerzas, en su poder para hacerlas guía de su pensamiento y de su destino.

F. Lizaso.

La forma más evidente de autfiguración se presenta cuando en la narración se enuncia un yo. Sin embargo, antes de iniciar con el análisis de este fenómeno en los *Diarios* (1895), quisiera aclarar que, para los objetivos de este trabajo, la *configuración* y la *enunciación* del yo no serán considerados como fenómenos equivalentes: entiendo la primera como la operación textual de lo que otros han denominado autfiguración y considero que se puede presentar en diferentes niveles, desde la decisión de escribir –que ya dice algo del sujeto empírico detrás del yo–, hasta el nivel pragmático del discurso, pasando por la enunciación directa y explícita del yo, así como otros elementos como la selección de lo narrado (la mirada dirigida) y la proyección del yo en el estilo y el tono de la escritura.

Mientras tanto, la *enunciación del yo*, entendida aquí como el fenómeno específico en el que el narrador escribe yo, sería uno de los múltiples elementos que permiten un acercamiento a la configuración del yo en un sentido más amplio, aunque el más obvio y por ello, el de mayor peso en el análisis. Con lo anterior en mente, en este apartado se realizará un análisis

⁴³ J. Starobinski, *op. cit.*, p. 67.

⁴⁴ M. P. González, *Indagaciones martianas*, p. 193.

de la enunciación del yo en ambos *Diarios*, haciendo una diferenciación entre la enunciación en singular (yo) y en plural (nosotros).

2.1 COMO YO

Sin afán de caer en la repetición, considero necesario retomar en este punto que la correspondencia aparente entre el yo del texto y el sujeto empírico es toda una discusión teórica: mientras que para Benveniste yo es quien dice yo en una frase con sujeto,⁴⁵ para Lejeune es relevante diferenciar la persona gramatical y “la identidad de los individuos”, ya que en la segunda se reúnen narrador y personaje principal.⁴⁶

Tomando en cuenta esta distancia y el problema de la ausencia de una firma en la que se articulen persona y discurso, al analizar la enunciación explícita del yo, pretendo apuntar, no lo que Martí fue, sino la manera en que se revela en las acciones que declara haber llevado a cabo desde la primera persona, tanto cuando se manifiesta el yo explícitamente como cuando es la conjugación la que da cuenta de un yo elidido.

Sin embargo, quisiera partir con otra forma de la enunciación del yo que se muestra en el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*: la enunciación del nombre propio. Este fenómeno se presenta sólo en cuatro momentos del diario: el 18 de abril y el 5, 9 y 10 de mayo. En todos estos casos, el nombre forma parte de un diálogo de alguien más, pero la decisión de Martí, consciente o inconsciente, de transcribir y dejar constancia de lo que otros dicen de él, de su nombre, implica también una manera de autofigurarse, dando la ilusión de que se hace “desde afuera”.

La primera aparición del nombre de Martí en este diario se da al inicio de la entrada del 18 de abril: “A las 9 ½ salimos. Despedida en fila. –Gómez lee las promociones. –El Sargento *Puerto Rico* dice: «Yo muero donde muera el General Martí»” (*De Cabo Haitiano*: 71), introduciendo así su nombre, precedido de un título militar, en una expresión de profundo

⁴⁵ E. Benveniste *apud* J. M. Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, p. 22.

⁴⁶ L. A. Viveros Anaya, *El surgimiento del espacio autobiográfico en México*, p. 21.

cariño, respeto y admiración de un compañero de batalla (actitud que se revela constantemente en el segundo diario). Sin embargo, después de ese diálogo en voz de Gómez, el autor no hace ningún comentario más, por lo que los lectores no podemos conocer su reacción a tan emotivo momento.

El apellido del autor aparece por segunda vez en la entrada del 5 de mayo, día del encuentro en La Mejorana, del que ya se habló en el capítulo anterior. En esta entrada, Martí narra cómo él, Gómez y Maceo se retiraron a un cuarto a hablar:

No puedo desenredarle a Maceo la conversación: «¿pero U. se queda conmigo o se va con Gómez?» Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido —«lo quiero —me dice— menos de lo que lo quería»— por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los representantes que se reúnan a elegir gobierno (*De Cabo Haitiano*: 88).

Sin embargo y pese a la insistencia de Martí, Maceo se opuso:

No quiere que cada jefe de Operaciones mande el suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: «dentro de 15 días estarán con Uds. —y serán gentes que no me las pueda enredar allá el Doctor Martí».— En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiera, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar (*De Cabo Haitiano*: 88-89).

En esta entrada, Martí reproduce el momento en el que es nombrado por Maceo de forma casi despectiva y con un tono de claro reto. Justamente en este enfrentamiento de ideas se centra el conflicto de aquella reunión: mientras Maceo “hierre” y “repugna” a Martí, buscando imponer su decisión, éste se mantiene, rudo: “el Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado” (*De Cabo Haitiano*: 89). Después, Maceo parte a caballo con las fuerzas reunidas del Oriente de la isla, dejando a Martí, Gómez y los suyos dormitando “así, como echados, y con ideas tristes” (*De Cabo Haitiano*: 89).

La enunciación del nombre lleva un tono que deja al descubierto tensiones políticas y militares entre ambos líderes independentistas, que se puede establecer a partir de dos elementos: primero, el título que antecede al nombre, el de “Doctor”, que enfatiza que las habilidades y conocimientos de Martí no son los más adecuados para la toma de decisiones

en el campo de batalla, restándole autoridad; y segundo, el uso despectivo del verbo “enredar”, que refiere con seguridad a enredar a “las gentes” con sus celebrados discursos, con su don de palabra que tan útil era para la causa cuando se ponía a la disposición de adquirir fondos para la guerra.

Los siguientes dos ejemplos se relacionan también con el papel que el autor habría de cumplir en la Guerra de 1895. En éstos (9 y 10 de mayo), el autor también se muestra nombrado por otros y en ambos destaca la noción que tenían muchos de que él sería el Presidente de la naciente patria libre.⁴⁷ El siguiente es un fragmento de la entrada del 9 de mayo, en el que discuten los generales Gómez y Miró:

Me habla [Miró] de los esfuerzos de Gálvez, en la Habana, para rebajar la revolución: del grande odio con que Gálvez habla de mí, y de Juan Gualberto: "a Ud., a Ud. es a quien ellos le temen": "a voz en cuello decían que no vendría Ud., y eso es lo que los va ahora a confundir". [...] Un detalle: Presidente me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez. –Y al acercarse hoy uno: Presidente, y sonreír yo: «No me le digan a Martí Presidente: díganle General: él viene aquí como General: no me le digan Presidente». –«¿Y quién contiene el impulso de la gente, General; le dice Miró: eso les nace del corazón a todos.» –«Bueno: pero él no es Presidente todavía: es el Delegado.» –Callaba yo, y noté el embarazo y desagrado en todos, y en algunos como el agravio.– (*De Cabo Haitiano*: 99-100).

Pese a que el nombre propio del sujeto empírico detrás del diario aparece hasta la segunda parte de la anterior cita, me interesa la primera parte porque permite ver otra forma de inserción del *yo* en el discurso de los otros: el “usted”, que pone al *yo* en el papel del interlocutor. En el fragmento anterior, Miró, al referirse al odio que profesa el autonomista cubano José María Gálvez (que llegaría a ser Presidente del Gobierno Autónomo de la isla en 1898) hacia Martí, le menciona a este último el temor que Gálvez y su grupo le profesan, al tiempo que le comenta cómo se decía que no pisaría el campo de batalla.

En la reproducción de este diálogo, el *yo* se configura nuevamente como una figura relevante, pero no ya para los propios independentistas, sino también para los sectores que se oponían a la independencia absoluta como la salida más viable para conseguir la libertad

⁴⁷ Gómez no da cuenta en su *Diario de campaña* de la situación de que llamaran Presidente a Martí.

del pueblo cubano. Además, reafirma la importancia de su presencia en la isla, la cual –como se vio en el capítulo anterior– fue debatida y le había sido hasta negada por los otros líderes independentistas.

En cuanto a la segunda parte de la cita, Martí recibe con gusto y alegría el respeto, el entusiasmo y el cariño que le brindan las fuerzas combatientes, pero no así el nombramiento de Presidente, que se le concede desde su entrada al campo y que niega públicamente, según sus propias palabras. Hasta el momento había omitido este importante punto en sus entradas previas, siendo que para esta fecha llevaba ya cuatro semanas en Cuba, por lo que parece que en la cita anterior al autor le interesa resaltar el diálogo entre Gómez y Miró, ante el cual su reacción fue –según él mismo relata– callar en el momento y plasmarlo en su diario después, de lo que el texto mismo es vestigio.

En el anterior fragmento nuevamente al nombre lo acompaña un título: el de Presidente. Sin embargo, en esta ocasión no hay sarcasmo en el tono ni de Gómez ni de Miró: por un lado, el primero se muestra cauteloso y se limita a aclarar los hechos –Martí era Delegado del Partido y recientemente había sido nombrado General por él mismo–; mientras que Miró destaca otro hecho, tan real como el primero, que a Martí se le admiraba, respetaba y aclamaba con entusiasmo como Presidente por los participantes de la guerra, las “fuerzas todas”. De alguna forma, el *yo* se construye no desde afirmarse a sí mismo en tal o cual título, sino a partir lo que se afirma de él desde afuera.

Por último, en la entrada del día siguiente Martí vuelve a reproducir un diálogo de Gómez al respecto del polémico tema de la presidencia:

Y cuando Gómez dice: «Pues lo tienen a U. bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo»: –y en seguida, «porque yo no sé que [*sic*] le pasa a los presidentes, que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco, y Washington», –Bello, airado, se levanta, y da dos o tres trancos, y el machete le baila a la cintura: «Eso será a la voluntad del pueblo»: y murmura. «Porque nosotros, –me dijo otra vez, acodado a mi mesa con Pacheco, –hemos venido a la revolución para ser hombres, y no para que nadie nos ofenda en la dignidad de hombre» (*De Cabo Haitiano*: 101-102).

La opinión de Gómez parece radicalizarse: aunque el día anterior había dicho, según Martí, “no es Presidente todavía: es el Delegado”, ahora dice “Martí no será Presidente mientras yo esté vivo”. El nombre propio del autor se enuncia como sujeto de una oración copulativa en la que se afirma lo que Martí no será, gesto con el que Gómez —el que plasma Martí— lo define a partir de la negación del papel de este último, no sólo en la Revolución de Independencia, sino también en la Patria libre que de ella surgiría. El motivo de tal aseveración parece apelar a las experiencias de otras patrias liberadas: los presidentes se echan a perder.

Sin embargo, en ambas entradas el jefe militar encuentra un oponente a sus ideas: en la primera es Miró y en la segunda es Bello. Ambos responden con una idea muy similar: “¿quién contiene el impulso de la gente?”, pregunta Miró, mientras Bello afirma, categóricamente: “Eso será a la voluntad del pueblo”. En el gesto de reflejar estos desacuerdos, el *yo* también se va configurando desde una visión aparentemente externa al dar espacio a otras voces, visión que resulta enmarcada por la mirada propia.

Así, al plasmar su nombre propio en la voz de otros, Martí se muestra como una figura admirada, querida y respetada por sus compañeros de batalla, pero tan relevante como polémica para los líderes de la Guerra de 1895 —polémica que debe ser vista a la luz de lo ocurrido en la Guerra de Diez Años.

2.1.1 EL YO Y SU ACCIÓN

Quizá la forma más directa de la enunciación del *yo* se encuentra en la expresión misma de lo que el *yo* hace, siente y piensa. Sin embargo, no es lo mismo cuando el *yo* se enuncia explícitamente (*yo* hago, *yo* siento, *yo* pienso) que cuando éste se obvia en la conjugación verbal (*hago*, *siento*, *pienso*). La diferencia por sí misma existe, la sintaxis de nuestra lengua lo permite, y cada texto brinda sus claves para entenderla e interpretarla de manera específica.

Si consideramos ambos *Diarios* (1895), los casos de un yo explícito son cinco veces menos frecuentes que los de un yo elidido,⁴⁸ es decir, lo más común en ambos diarios es que el verbo sea conjugado en primera persona sin que lo preceda el pronombre personal correspondiente (como supondríamos que ocurre normalmente en el español): un aproximado del 15% de las apariciones corresponde a un yo explícito y la gran mayoría del 85% corresponde a un verbo conjugado en primera persona del singular.

Ahora bien, si se compara la presencia de ambas formas de la enunciación del yo, podría decirse que la explícita aparece con mucho mayor frecuencia –cinco veces mayor– en el primer diario, el *De Montecristi a Cabo Haitiano*, que en el de *Cabo Haitiano a Dos Ríos*, mientras que el yo elidido se presenta con similar frecuencia en cada diario individual.⁴⁹

Lo anterior podría revelar, entre otras cosas, un yo que refleja en la escritura sus actos sin necesidad de reforzarse en su identidad. Además, hay una diferencia sustancial entre los dos diarios, ya que, aunque en ambos el yo explícito es mucho menos frecuente que el conjugado, el *De Montecristi...* muestra, en comparación, una marcada tendencia hacia un yo que sí se refuerza en su identidad –y con ello, en sus ideas y en sus acciones en tanto individuales–, gesto que se diluye considerablemente en el *De Cabo Haitiano...* –en el que se da paso, como se verá más adelante, a una primera persona del plural.

El primer caso de un yo explícito que me interesa resaltar se da el 15 de febrero, en una entrada de larga extensión y subdividida internamente. En ella, Martí narra sus experiencias en Santiago de los Caballeros y, específicamente (en el apartado tercero de la entrada), su visita a la sociedad de jóvenes del Centro de Recreo de la ciudad:

En el centro fue mucha y amable la conversación: de los libros nuevos, del país,- del cuarto libre de leer, que quisiera yo que abriese la sociedad, para los muchachos pobres,- de los maestros ambulantes, los maestros de la gente del campo, que en un artículo ideé, hace muchos años, y puso por ley, con aplauso y arraigo, el gobierno dominicano, cuando José Joaquín Pérez, en la presidencia de Billini (*De Montecristi*: 26).

⁴⁸ En ambos *Diarios* sólo hay 12 casos del yo explícito (10 en el primero y 2 en el segundo).

⁴⁹ Según mi fichado –que procuró ser exhaustivo, pero tampoco fue corroborado– en el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* hay 37 casos de yo conjugado, mientras que en el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* hay 31, que suman un total de 68 casos.

El fragmento anterior da cuenta de un *yo* que interactúa y dialoga con esta sociedad de jóvenes y, al tiempo que escucha (sobre libros nuevos, sobre el país), también propone la apertura de un “cuarto libre de leer” y la existencia de maestros ambulantes. La fortaleza del *yo* enunciado explícitamente se afianza y se corresponde con la fuerza de sus ideas y de su propuesta, que además no es nueva, sino que se ancla en lo que ya había planteado en el artículo “Maestros ambulantes”, publicado en 1884.

Poco más de dos semanas después de la entrada citada previamente, el 2 de marzo, el lector se enfrenta –como ya se señaló en un apartado anterior– con cinco entradas continuas, agrupadas (y separadas al mismo tiempo) bajo la misma fecha, en las que destaca la enunciación explícita del *yo* por su frecuencia: solamente en esta fecha se concentran 5 de los 10 casos de todo el diario.⁵⁰

En éstos, Martí –mediante el uso del pronombre de la primera persona del singular– recuerda, desde una posición sintácticamente subordinada, cuando estuvo en el presidio: “Allí tengo a Montesinos, el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni favor ni calor acepta de mano española” (*De Montecristi*: 32). Lo que le interesa destacar al narrador es que, desde que “el canario volcánico” estuvo en el presidio, no acepta favor alguno de parte de los españoles, a pesar de él mismo serlo. El *yo* se refleja en esa experiencia ajena y al mismo tiempo compartida, la del presidio que Martí vivió –o sufrió– en su juventud.⁵¹

En la tercera entrada fechada el 2 de marzo, el narrador intenta reproducir el habla popular de Corona en una larga serie de diálogos, representando en la escritura sus singularidades

⁵⁰ Me parece que el hecho de que escribiera varias entradas para describir y narrar un solo día se suma al hecho de que en éstas el *yo* se expresara tan abiertamente: nos habla de que fue un día con cierta importancia para su autor (que se sitúa constantemente en el lugar, en momento, en la acción), pero también de un momento de escritura que permite la recreación, el recuerdo detallado.

⁵¹ Martí ingresó a la Cárcel Nacional en octubre de 1869, cuando contaba con sólo dieciséis años, luego de haber sido calificado como “enemigo declarado de España”. Tales sucesos se derivaron de una carta con contenido claramente separatista escrita por el entonces joven poeta para Carlos de Castro y de Castro y encontrada por una escuadra de Voluntarios en la casa de la familia de Fermín Valdés Domínguez (de quien se habló ya en el capítulo pasado). Después de más de cuatro meses en prisión, José Martí fue trasladado al Presidio, donde fue destinado a trabajar en la cantera, conocida como de San Lázaro hasta que fue indultado en septiembre de 1870, en atención a su corta edad (cf. Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí 1853-1895*, pp. 19-21).

fonéticas. Seguido de esto, el narrador vuelve a sí mismo de manera radical: “Yo me buscaré un guía haitiano en aquella casita del alto donde se ve luz. Yo tengo que llegar esta noche a Fort Liberté. Corona vuelve, penoso por mí. –«Vd. no va a jallá ei hombre que buca.» Les habla él, y no van. Lo hallé” (*De Montecristi*: 37). La necesidad de llegar esa misma noche a Fort Liberté lo fuerza a encontrar un guía haitiano, pese a que Corona duda del éxito de su empresa. En el yo explícito se manifiesta no ya un deseo o un recuerdo que se corresponde con la identidad del autor empírico, sino una voluntad.

Así, el yo explícito parece dar cuenta en ocasiones de momentos en los que el narrador se encuentra solo –“Ya después de las diez entro en Fort Liberté, solo” dirá Martí al inicio de la quinta entrada del 2 de marzo– y se ve obligado a valerse por sí mismo, como ocurre más adelante en esa quinta entrada: “Del cuarto de al lado salen risas,-y la moza luego, la hija de la casa, a arreglar hacia el medio las sillas de Viena,-y luego sale el colchón: que echo yo por tierra, y las sillas a un lado” (*De Montecristi*: 38).

Que el yo se manifieste de la manera más explícita posible –con su enunciación– cuando Martí se encuentra solo y realizando acciones por su cuenta pareciera obvio, pero permite un contraste con ese otro yo escondido en la conjugación verbal y, todavía más, con el yo que se refugia en el *nosotros* de la acción colectiva que implica la batalla por la libertad de la patria cubana.

En el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano*, los casos de un yo explícito manifiestan dónde se ubica el yo, su postura, alguna propuesta, un recuerdo, una voluntad o un acto solitario. Sin embargo, también hace manifiesto un rasgo fundamental de la identidad del autor empírico, el de lector:

Hallo, en un montón de libros olvidados bajo una consola, uno que yo no conocía: "*Les Meres Chrétiennes des Contemporains Illustres*". Lo hojeo, y le descubro el espíritu: con la maña de la biografía, es un libro escrito por el autor de "*L'Académie Francaise au XIX Siécle*", para fomentar, dándola como virtud suprema y creatriz [*sic*], la devoción práctica en las casas: la confesión, el "buen cura", el "Santo abad", el rezo. Y el libro es rico, de página mayor, con los cantos dorados, y la cubierta roja y oro. El índice, más que del libro, lo es de la sociedad, ya hueca, que se acaba (*De Montecristi*: 44).

En la enunciación explícita del *yo* presente en este fragmento de la entrada del 3 de marzo hay un tono de sorpresa: el autor encuentra un libro que no conocía y que merece no sólo su atención en el momento, sino también en la descripción que de él haría posteriormente en su diario. De forma indirecta –no estamos aquí ante una auto-definición–, Martí se revela en su escritura como alguien atraído por “un montón de libros” que a nadie más parecían interesar, como un conocedor fluido de obras francesas y como un lector atento y reflexivo.⁵² Según Sylvia Molloy, “poner de relieve el acto mismo de leer es una estrategia frecuente del autobiógrafo hispanoamericano”⁵³ y, en ese sentido, Martí no se queda fuera.

Por último, quisiera destacar el único caso de *yo* explícito en el segundo diario, el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, que se presenta en la entrada del día 28 de abril, en el que el sujeto, nuevamente, recuerda:

Vino Luis Bonne, a quien Gómez buscaba, por sagaz y benévolo, para crearme una escolta. Y de Ayudante trae a Ramón Garriga y Cuevas, a quien de niño solía yo agasajar cuando lo veía travieso o desamado en Nueva York, y es manso, afectuoso, lúcido, y valiente (*De Cabo Haitiano*: 82).

En medio de una gran cantidad de combatientes, Martí encuentra un rostro conocido y reconoce en él, en Ramón Garriga, a un niño travieso al que agasajaba en Nueva York. Como en el caso de Montesinos, el canario volcánico, en la cita anterior el *yo* no busca destacar su voluntad, sus deseos o sus acciones, sino ponerse en relación con los otros: ese joven del que escribe es parte de su vida, de su historia, pues lo conocía de antes. El *yo* es también esas relaciones, esos encuentros gratos en tiempos difíciles, esas historias que se entrelazan hacia ese camino común por la independencia de Cuba.

⁵² Después del corte que hago de la cita, Martí comienza una relativamente larga reflexión en torno a la relación entre el esfuerzo y el bienestar, entre otros muchos asuntos.

⁵³ S. Molloy, *Acto de presencia*, p. 28

2.1.2 LA ACCIÓN DEL YO

Considerando que en ambos diarios los casos de verbos conjugados en primera persona del singular son más frecuentes que los de un yo explícito, se torna todavía más importante prestar atención a la semántica de los verbos en los que se conjuga. En este sentido, destaca que, tanto en el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* como en el de *Cabo Haitiano a Dos Ríos*, la conjugación de la primera persona del singular con verbos de percepción sensorial – con los que difícilmente se puede hablar desde un nosotros– es una constante.

En el primer diario, el yo presente en el verbo, escucha y reproduce en la escritura cantos de amor en tiempos de guerra⁵⁴ y olas que navegan por calles llenas de sol;⁵⁵ y plasma lo que observa: “la calma elocuente de la noche encendida”,⁵⁶ detalles del fronterizo poblado de Ouanaminthe⁵⁷ y los rincones del pueblo de Gran Inagua.⁵⁸ Esta expresión de lo percibido sensorialmente por el yo es relevante para la configuración del yo en tanto va conformando un marco visual, así como un filtro auditivo: de todos los estímulos, el yo centra su atención, consciente o inconscientemente, en unos cuantos.

Por otro lado, en este diario el yo también se configura desde una visión hacia dentro por medio de la expresión de algo que suele considerarse, si no siempre íntimo, sí personal: un sueño. Este fenómeno, único en ambos diarios, se presenta al inicio de la segunda entrada fechada el 15 de febrero: “Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida” (*De Montecristi*: 28).

Aunque en otros momentos de los diarios se menciona la palabra sueño, es en su acepción de acto o deseo de dormir o descansar y no así en el de “sucesos o imágenes que se

⁵⁴ Por ejemplo, en la entrada fechada el 15 de febrero: “Oigo este cantar: «El soldado que no bebe // Y no sabe enamorar, // ¿Qué se puede esperar de él // Si lo mandan avanzar?»” (*Diarios de campaña*, p. 27).

⁵⁵ En la entrada fechada el 6 de marzo, se lee: “Oigo un ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es” (*ibid.*, p. 49)

⁵⁶ Leemos en la segunda entrada fechada el 15 de febrero: “Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos” (*ibid.*, p. 28)

⁵⁷ Segunda entrada fechada el 2 de marzo (*ibid.*, p. 35).

⁵⁸ Entrada fechada el 4 de abril (*ibid.*, p. 55).

representan en la fantasía de algún mientras duerme”,⁵⁹ es decir, la que correspondería al verbo soñar. Así, esta mención y descripción de un sueño –aunque alegórico– parece reforzar la idea de que el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* transita entre varios subgéneros, incluyendo el personal.

Otra operación de autofiguración importante que empieza a proyectarse incluso desde este primer diario –aunque se torna principal en el segundo– es la de un *yo* en relación con la guerra por venir, lo que se corresponde, por supuesto, a que el sujeto histórico se encontraba viajando para lograr la obtención de más fondos y de medios para llevar a cabo de manera exitosa la contienda bélica libertaria.

El 2 de marzo, por ejemplo, escribió: “Les dije de guerra, y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño. Y al fin exclamó una esta frase tristísima: «¡Ah! gardez-çá: blanc, soldat aussi!»” (*De Montecristi*: 35).⁶⁰ El narrador recuerda su anterior estancia en Ouanaminthe, en 1892, en la que tuvo la oportunidad de hablar de la guerra de los cubanos con los hombres presentes en el Cuarto de Guardia del Comandante de Armas de dicho poblado, quienes, a juzgar por la reproducción del diálogo de uno de ellos, negros haitianos, se sorprendieron de encontrar en un blanco, un soldado como ellos. Así, no sólo se autofigura, desde el recuerdo, como un portavoz –efectivo– de los objetivos y la necesidad de la guerra por la libertad en Cuba, sino también –ya desde entonces– como un soldado y un igual (sin importar el color de la piel).

Pese a que en el último año de vida de Martí pareciera que los actos predominan sobre los versos, la literatura sigue presente en su cotidianeidad: a las reflexiones sobre la guerra se suman los descubrimientos de libros y las consideraciones que surgían de sus lecturas. Para ejemplo, la décima entrada fechada el 2 de marzo,⁶¹ que reproduzco íntegra:

Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Hojeo libros viejos: *Origins des Découverts attribuées aux Modernes*, de Dutens, en Londres, en 1776,

⁵⁹ Según el Diccionario de la Real Academia Española (consultado en línea el 26 de mayo de 2018).

⁶⁰ “¡Ah! Mire eso: blanco también es soldado”.

⁶¹ Para Mayra Beatriz Martínez, esta entrada correspondería más bien al día 4 de marzo (*vid.* nota 130, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 42).

cuando a los franceses picaba la fama de Franklin, y Dutens dice que «una persona fidedigna le ha asegurado que se halló recientemente una medalla latina, con la inscripción "*Jupiter Elicius*", o Eléctrico, representando a Júpiter en lo alto, rayo en mano, y abajo un hombre que empuja una cometa, por cuya manera se puede electrizar una nube, y sacar fuego de ella»,— a lo que pudiese yo juntar lo que me dijo en Belize la mujer de Le Plongeon, del que se quiso llevar de Yucatán las ruinas de los Mayas, donde se ve, en una de las piedras pintadas de un friso, a un hombre sentado, de cuya boca india sale un rayo, y otro hombre frente a él, a quien da el rayo en la boca. —Otro libro es un Goethe en francés. En Goethe, y mucho más lejos, en la Antología Griega,— y en la poesía oceánica, como los pantunes, se encuentran los ritornelos, refranes y estrambotes que tiene la gente novelera, y de cultura de alfiler, como cosa muy contemporánea: la profecía y censura de las minimeces de hoy, y huecas elegancias, se encuentran, enteras, en los versos sobre *Un chino en Roma* (*De Montecristi*: 42-44).

El inicio de la entrada plasma de forma indirecta las emociones de un hombre inquieto por medio de la imagen de un mal sueño que el narrador percibe como injusto y culposo dado todo lo que falta por hacer. En sólo dos oraciones se da a conocer el estado anímico del yo y se reafirma con ello su sentido de compromiso y deber ético con la liberación de su patria.

Después de esta diminuta ventana al interior del narrador, éste se muestra hojeando libros viejos en la casa de Ulpiano Dellundé,⁶² volviendo así a configurarse como un lector y dando un espacio privilegiado a la literatura, contrario a lo señalado por Mesa Gancedo, para quien “si no hay demasiado espacio para los sentimientos en el diario, tampoco lo hay para la literatura”.⁶³

Atento a los detalles editoriales (Londres, 1776) y conocedor de la historia (“cuando a los franceses...”), el diarista se revela como un lector que hace nexos y que se involucra desde su experiencia (“a lo que pudiese yo juntar...”). Incluso se configura como un crítico versado en formas de composiciones poéticas, que además califica despectivamente ciertas formas de escritura como propias de “la gente novelera” y de “la cultura de alfiler”.

Poco más de un mes después, en la última entrada de este primer diario (8 de abril), reflejaría un interés más vívido en la lectura centrada en temas de Nuestra América:

⁶² En algunas ediciones se ha colocado esta entrada después de la correspondiente a la salida de Dajabón, pero para Mayra Beatriz Martínez “la noche narrada por el texto que aquí se inicia, no se corresponde con la pasada en casa de Nephtalí -Fort Liberté-”. Da la siguiente explicación: “Sobre aquella ha dicho: “duermo tendido bajo el techo amable”. Esta es, sin embargo, noche inquieta, de desvelo. El estado anímico que revelan es diferente, además de estimar que en casa de Ulpiano Dellundé existían mayores posibilidades de hallar los libros a los cuales aquí se refiere Martí” (nota 130, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 142).

⁶³ D. Mesa Gancedo, “La escritura diarística en Cuba durante el siglo XIX”, *Casa de las Américas*, núm. 277 (octubre-diciembre 2014), p. 38

Del flaco Moctezuma acababa de leer, y de la inutilidad de la timidez y de la intriga. Con mucho amor leí de Cacama, y de Cuitlahuac, que a cadáveres heroicos le tupían los cañones a Cortés. Leí con ira de la infame o infortunada Tecuichpo, que con Cuauhtémoc en la piragua real, defendió el águila, y a pecho de pluma se echó sobre el arcabuz, y luego, –la que había dormido bajo los besos indios del mártir, –se acostó a dormir, de mujer de español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Calleja, y de Juan Cano (*De Montecristi*: 60-61).

En esta ocasión, el autor participa amorosa e iracundamente en la lectura –cuya referencia no brinda– de la historia de los tlatoanis mexicas y su encuentro con los conquistadores españoles. Ésta es, además, una de las dos únicas ocasiones en ambos diarios en las que el narrador expresa un sentimiento: en este caso, lee con amor; meses antes, el 15 de febrero, admira “con amor de hijo, la calma elocuente de la noche estrellada” (*De Montecristi*: 28), como ya se vio antes.

Justo después de terminada la cita anterior, en la misma entrada, se suma a la autofiguración como lector, la de escritor o poeta: “El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, –ni de patria, ni de mujer. A la patria ¡más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio” (*De Montecristi*: 61-62). El verso desborda al poeta, ocupado mayoritariamente en asuntos más prácticos que poéticos, en la acción más que en la palabra –impulso natural a su personalidad que intenta refrenar.

En la cita anterior, concentrada de significado, menciona también dos tópicos de gran importancia en la obra martiana: patria y mujer, temas de los que “no quiere hablar”, en el caso de la primera, porque merece más que palabras y en el de la segunda, porque no tiene nada que alabarle.⁶⁴ Así, pareciera que la lectura lo incita a la escritura, despierta en él “el verso caliente” y lo desborda todo, al grado de que lo que más le preocupa es de lo que menos quiere hablar.

Como se ha visto hasta ahora, en el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* el yo se detiene con frecuencia en descripciones, en las que el uso de verbos de percepción sensorial –sobre todo “ver” y “oír”– y deja entrever el ámbito de lo personal mediante la descripción de la

⁶⁴ Es probable que Martí se encontrara pensando en su esposa, Carmen Zayas Bazán, con quien había roto relaciones en agosto de 1891.

manera en la que se involucra con sus lecturas y su deseo de escritura. La percepción sensorial, como se verá a continuación, adquiere una dimensión todavía más profunda en el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*.

El verbo de percepción sensorial más empleado en este segundo diario es el visual (“ver”) y en este caso me gustaría detenerme un poco más en algunos ejemplos por la significación profunda en la configuración del yo que pueden tener. El 23 de abril, Martí, que se encuentra en Cuba desde el 10 del mismo mes, describe la naturaleza del camino que ha seguido con la campaña:

De pronto bajamos a un bosque alto y alegre, los árboles caídos sirven de puente a la primera poza, por sobre hojas mullidas y frescas pedreras, vamos, a grata sombra, al lugar de descanso: el agua corre, las hojas de la yagruma blanquean el suelo, traen de la cañada a rastras, para el chubasco, pencas enormes, me acerco al rumor y *veo* entre piedras y helechos, por remansos de piedras finas y alegres cascadas, correr el agua limpia (*De Cabo Haitiano: 77*).⁶⁵

En la cita anterior, el narrador pasa de una primera persona del plural a la del singular: bajan a un “bosque alto” –imagen que baja y sube– y van al lugar de descanso, mientras la naturaleza cubana fluye y late con un rumor que invita a que se acerque no ya toda la campaña, sino sólo el poeta, ese yo cautivo del redescubrimiento de lo propio, de lo más sencillo y cotidiano de ese ambiente cubano –piedras, helechos, cascadas, agua limpia–. El narrador centra el relato en su experiencia, individualiza la experiencia por medio del pronombre yo (aunque conjugado) en medio del relato de un camino común a varios hombres, a varios soldados. Al sujeto no le basta nombrar lo visto y pone en el texto también sus otros sentidos, como el tacto (“*frescas pedreras*”) y el oído (“rumor”).

Días después, el 9 de mayo, el yo vuelve a generar un marco textual para su experiencia, para todo lo percibido por su vista:

Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes: el cajueirán, «el palo más fuerte de Cuba», el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, «vuelven raso al tabaco», la caoba, de corteza brusca, la

⁶⁵ El subrayado es mío.

quiebrahacha de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de las raíces (el caimitillo y el cupey y la picapica) y la yamagua, que estanca la sangre (*De Cabo Haitiano*: 96).⁶⁶

La exuberante y detallada descripción anterior es de difícil lectura para los no-cubanos sin un diccionario de cubanismos. Sin embargo, no hace falta ser un experto en el léxico de la isla para entender que se trata de una descripción detallada de los árboles y la flora de la región. En su conocimiento casi preciso de las palabras que designan las plantas que observa, el *yo* expresa un profundo interés no sólo por la naturaleza –tema que defendió tenazmente, a pesar de que vivió tantos años en la ciudad de Nueva York–, sino también por todo detalle sobre su tierra, hacía tantos años lejana. Ya en el diario anterior había manifestado interés en los modos de hablar de las personas con las que se iba encontrando como un elemento fundamental de la cultura tanto de Haití como de Santo Domingo: aquí, al manejar con tanta (aparente) soltura el léxico regional, el *yo* revela su celo por identificarse con la naturaleza cubana y, así, reforzar su autofiguración como cubano.

Al día siguiente, el 10 de mayo, el *yo* vuelve a enmarcar la narración con la mirada: “Allí volví a ver de pronto, a la llegada, el Cauto, que ya venía crecido, con su curso ancho en lo hondo, y a los lados, en vasto declive; los barrancos. Y pensé de pronto, ante aquella hermosura, en las pasiones bajas y feroces, del hombre” (*De Cabo Haitiano*: 100). El Cauto es uno de los “Dos Ríos”, una de las “aguas que escoltaron su último tránsito”,⁶⁷ con cuyo cauce se habían encontrado por primera vez apenas dos días antes, el 8 de mayo.⁶⁸

Este río y su hermosura motivan una abrupta reflexión del *yo* sobre las pasiones del hombre, aunque no profundiza en ella. La relación del sujeto con la naturaleza en este diario es no sólo constante, sino también incitante. Así como sus conversaciones con otros

⁶⁶ Donde dice “cajueirán” debe entenderse “caguairán” (M. B. Martínez, nota 268, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 97).

⁶⁷ M. B. Martínez, “El camino de las aguas”, en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 7.

⁶⁸ A propósito escribió Martí: “De los llanos de la protesta, salimos al borde alto, del rancho abandonado, de donde se ve el brazo del río, aún seco ahora, con todo el cauce de yerbal, y los troncos caídos cubiertos de bejuco, con flores azules y amarillas, y luego de un recodo, la súbita bajada: –¡Ah, Cauto –dice Gómez– ¡cuánto tiempo hacía que no te veía!»” (*Diarios de campaña*, p. 97).

individuos y sus lecturas, su encuentro con la naturaleza despierta esa parte de Martí que los asuntos prácticos y las exigencias físicas van acallando.

No es para menos: desde la llegada de Martí y Gómez a la isla, el desplazamiento y las exigencias físicas fueron una constante. A pesar de que no participó en ninguna batalla propiamente –aunque estuvo muy cerca de una el 25 de abril, fecha de la victoria de José Maceo y sus hombres sobre los españoles que esperaban emboscar a los Generales independentistas–, en el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, la representación como independentista se fortalece.

Así lo podemos ver en las últimas entradas de abril y en las primeras de mayo, en las que la acción de “trabajar” es una constante. El 28 de abril, por ejemplo, la entrada se inicia de la siguiente manera:

Amanezco al trabajo. A las 9 forman, y Gómez, sincero y conciso, arenga: Yo hablo, al sol. Y al trabajo. A que quede ligada esta fuerza en el espíritu unido: a fijar, y dejar ordenada, la guerra enérgica y magnánima: a abrir vías con el Norte, y servicio de parque: a reprimir cualquier intontona de perturbar la guerra con promesas (*De Cabo Haitiano*: 82).

El *yo* se manifiesta con fuerza desde el inicio de la entrada, que a su vez refiere al inicio del día. Desde el amanecer, al trabajo –planeación de la Asamblea de Representantes, escritura de circulares y cartas–, al que se suma la arenga, al sol, ante la tropa formada. Luego, parece informar de manera indirecta cuál es el propósito de ese trabajo: fijar y dejar ordenada la guerra, abrir vías con el norte, reprimir cualquier promesa que intente perturbar la guerra.

Quizá con estas ideas en mente vivió –y escribió– su trabajo de los siguientes días. La entrada del 29 comienza con un “Trabajo” (*De Cabo Haitiano*: 83). Lo mismo ocurre con la entrada del día siguiente y, para el 2 de mayo, escribiría: “Con él [George Eugene Bryson] trabajo hasta las 3 de la mañana” (*De Cabo Haitiano*: 85-86), refiriéndose a una carta manifiesto que sería publicada posteriormente en el periódico estadounidense *The New York Herald*, en la que seguiría trabajando al día siguiente:

Trabajo el día entero, en el manifiesto al *Herald*, y más para Bryson. A la 1, al buscar mi hamaca, veo a muchos por el suelo, y creo que se han olvidado de colgarla. Del sombrero hago

almohada: me tiendo en un banco: el frío me echa a la cocina encendida: me dan la hamaca vacía: un soldado me echa encima un mantón viejo: a las 4, diana (*De Cabo Haitiano*: 86).

El ritmo apresurado y conciso del anterior fragmento refleja no sólo la prisa que se vivió ese día –claramente escrito, al menos, el día siguiente, por la mención del toque de diana–, sino también la prisa propia del momento de escritura, prisa que parece responder a la necesidad de dejar constancia de lo ocurrido: del trabajo constante y del deambular en busca de un lugar de descanso, del frío y del consuelo de la cocina encendida, de la rapidez con que transcurre la noche antes del toque de diana. Por un lado, el *yo* se configura desde su trabajo específico, el de la escritura de cartas, manifiestos y circulares; por el otro, se autofigura como un soldado más.

Pero esta configuración del *yo* como independentista en la conjugación verbal no se da solamente en estos dos aspectos. El diarista no sólo arenga y escribe, sino que también siembra en la población un espíritu de lucha, como refleja en la entrada del 9 de mayo:

El espíritu que sembré, es el que ha cundido, y el de la Isla, y con él, y guía conforme a él, triunfaríamos brevemente, y con mejor victoria, y para paz mejor. Preveo que, por cierto tiempo al menos, se divorciará a la fuerza a la revolución de este espíritu, -se le privará del encanto y gusto, y poder de vencer de este consorcio natural, -se le robará el beneficio de esta conjunción entre la actividad de estas fuerzas revolucionarias y el espíritu que las anima (*De Cabo Haitiano*: 99-100).

Al señalarse como “sembrador” del espíritu que cundía en la Isla y que llevaría al triunfo y a la victoria para una “paz mejor”, el *yo* se adjudica un papel fundacional en el movimiento independentista –aunque no me parece que sea su intención demeritar a los que lo precedieron. En el verbo conjugado hay una carga de autofiguración muy grande y, al encontrarse éste conjugado en pretérito simple, es una acción que ya se está dando por sentada y que genera en Martí reflexiones que, más que previsiones, parecen presentimientos (o preocupaciones): la lucha física de la revolución será separada del encanto de este espíritu que la anima.

Inmediatamente después de terminado este fragmento, inicia el que ya fue citado al inicio de este capítulo, “Un detalle: Presidente me han llamado, desde mi entrada al campo, las

fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa...” El flujo de las ideas no es gratuito: quizá éste es uno de los episodios de los diarios más significativo para entender cómo se configura el yo en éstos: un yo que más que ideas siembra un espíritu de lucha, un yo que se enfrenta a la oposición de que espíritu y lucha se conjunten (de que se forme la Asamblea de Representantes para discutir la forma del gobierno de la Cuba libre), un yo reconocido socialmente como un personaje cuyo liderazgo va más allá de la guerra y, sobre todo, un ser individualizado que no busca abarcar a otros en sí mismo, que no busca representar el *todo-mambí* con su figura.

2.1.3 UN YO QUE POSEE, RECIBE, EXPERIMENTA

Otras formas en las que el yo puede manifestarse a nivel sintáctico es mediante el uso del pronombre posesivo (“mi”), el pronombre personal de complemento directo (“me”) y como parte del sintagma prepositivo (“para mí / de mí”). En las anteriores marcas textuales, el yo expresa y brinda una imagen de sí a partir de sus posesiones, aquello a lo que se siente cercano, las acciones de las que es objeto, lo que los otros le brindan.

Estas formas también aclaran la configuración del yo pese a que su enunciación no sea tan directa. Por medio del pronombre posesivo de primera persona singular, el lector atento puede mapear aquellos objetos que son significativos para el diarista —en tanto que enfatiza su posesión—. En el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano*, algunas de las posesiones importantes manifestadas por el narrador son el “saltón y espantadizo” caballo en el que se transportó por Haití, su revólver Colt,⁶⁹ su ropa —capote, saco—⁷⁰ y su “cuarto escondido” en la casa de Dellundé en Cabo Haitiano.⁷¹

⁶⁹ Fragmento de una entrada del 2 de marzo: “La noche está velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltón y espantadizo. En un claro, al salir, le enseñé al hombre mi revólver Colt, que reluce a la luna” (*Diarios de campaña*, p. 37). En otras entradas bajo la misma fecha seguiría refiriéndose al caballo como suyo.

⁷⁰ En la entrada del 3 de marzo: “Me detengo a remendar las amarras de mi capote, que son de cordel rabón [...] Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert” (*ibid.*, p. 41).

⁷¹ Martí escribió, en la entrada del 7 de abril: “Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo” (*ibid.*, p. 59).

En el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* este tipo de posesiones siguen siendo las más importantes. En la entrada del 14 de abril, menciona el armamento que llevaba consigo: “Cargamos. Envuelven la jutía en yagua. Nos disputan la carga. Sigo con mi rifle y mis 100 cápsulas, loma abajo, tibisial abajo. Una guardia. Otra” (*De Cabo Haitiano*: 68).⁷² Ya no tiene en su posesión sólo un revólver, sino un rifle y 100 disparos. El arma pasa de ser una prevención a una auténtica necesidad y herramienta y, con ésta, el *yo* pasa de autor intelectual de la independencia a soldado de la misma.

Ahora bien, en la expresión de su vestimenta, el diarista delinea su figura: un corte de prenda (capote, saco, chamarreta, capa), el color (“Me lavan mi ropa azul”),⁷³ el material (“mi capa de hule”)⁷⁴ o el estado de la misma (“los pantalones deshechos”)⁷⁵ son datos que, aunque escasos, permiten que el lector tenga una vaga imagen de ese Martí que avanza por República Dominicana y Haití hacia el campo insurgente cubano.

Además de las posesiones, marcadas por el “mi”, otro elemento sintáctico a considerar en la configuración del *yo* es el pronombre personal “me”, que lo pone en situación de objeto directo o indirecto de la oración. Para los objetivos de este trabajo, me enfocaré brevemente en aquellos casos en los que el “me” designe a un sujeto que recibe algo de los demás. Lo anterior debido a que un porcentaje significativo de los casos fichados responde a esta alto, como espero demostrar con las citas a continuación.

En el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano*, el *yo* manifiesta con ternura y afecto cómo diversos personajes le brindan sus objetos preciados. El 2 de marzo, un caballo melado:

Allí vive «Toño» Calderón, de gran fama de guapo, que cuando pasé la primer vez, en su tiempo de Comandante de armas [...] me dio su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, «el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer» (*De Montecristi*: 32).

⁷² La jutía, como ya se aclaró en la nota 124 del Capítulo II, es un roedor antillano (Martí debe referirse a su carne, que es comestible). La yagua, por su parte, es definida por el Diccionario de la Real Academia Española como un “tejido fibroso que rodea la parte superior y más tierna del tronco de la palma real, del cual se desprende naturalmente todas las lunaciones, y sirve para varios usos y especialmente para envolver tabaco en rama” (consultado en línea el 1 de junio de 2018).

⁷³ *Ibid.*, p. 75.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 80.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 32.

El narrador sólo da cuenta del obsequio y de un diálogo –de irritante cariz machista– que dimensiona el valor del mismo. Situaciones como ésta son constantes en ambos diarios, como se ve más adelante, en la misma entrada:

Salcedo, sin queja ni lisonja,– porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos,– me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslíe con su mano, largamente, una dosis de antipirina: y al abrazarme, se pega a mi corazón (*De Montecristi*: 32-33).

Aunque el narrador nuevamente no expresa de forma literal su sentir en esta situación, el hecho de que la incluya en el marco de su narración ya es una muestra de que tuvo en él un impacto y una importancia tal que necesitaba dejar constancia, no olvidar ese maravilloso gesto de generosidad que se repetiría después, cuando Pancho y Adolfo le regalan una capa y unos calzones en un maletín improvisado, además de ron, pan, vino y dos cocos (*De Montecristi*: 33); cuando alguien desconocido le brinda su colchón en la casa de Nephtalí en Fort Liberté;⁷⁶ o cuando el mismo Nephtalí –quien lo llamaría hermano– se despide de él, poniéndole para el camino “queso bueno, y empanadilla y panetela” (*De Montecristi*: 39).

En el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, por otra parte, se diversifica la significación detrás del *yo* como objeto directo o indirecto. Hay tres variantes que me interesa resaltar: 1) cuando le brindan algo al narrador, 2) cuando le hablan, dicen o cuentan algo y 3) cuando éste expresa sus emociones. Pese a que de la primera variante ya se ha hablado a propósito del primer diario, me gustaría destacar tres fragmentos más.

Los dos primeros, correspondientes al 14 y al 16 de abril, visibilizan –aunque a grandes rasgos– un elemento importante y poco estudiado de este segundo diario: la relación entre Máximo Gómez y José Martí en este periodo, desde la óptica del segundo. El 14 de abril, por ejemplo, Martí escribe: “Cae la noche, velas de cera, Lima cuece la jutía y asa plátanos, disputa sobre guardias, me cuelga el General mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas de Tavera” (*De Cabo Haitiano*: 69).

⁷⁶ Quinta entrada el 2 de marzo (*ibid.*, p. 39).

En medio de una narración apresurada, casi enumerativa,⁷⁷ el narrador se configura como objeto del cuidado del otro y, específicamente, del General, un superior suyo a nivel militar, una de las autoridades máximas entre los insurrectos cubanos. La atención y el cuidado que dedica Gómez a Martí, sobre todo antes del encuentro de La Mejorana, es casi paternal. Así se ve también en la entrada del 16 de abril, en la que se lee: “Antes, en el primer paradero, en la casa de la madre e hijona espantada, el General me dio a beber miel, para que probara que luego de tomarla se calma la sed” (*De Cabo Haitiano*: 70).

Gómez, quien días antes había colgado su hamaca, le da ahora a probar cómo la miel calma la sed –aprendizaje potencialmente útil para la vida en campaña–. Aunque se trata de un fragmento breve, cabe destacar la manera en la que el narrador nombra a Gómez no por su nombre, sino como General en ambos casos, siendo que en otros contextos sí lo menciona por su nombre. Llamarlo simplemente General no sólo es un reconocimiento a su grado militar, sino también a su autoridad: el *yo* se reconoce un subordinado más en el campo de batalla, al mismo tiempo que con la narración de estas acciones deja en claro que no lo es del todo: es aquel a quien el General cuida, atiende, enseña.

Pero no sólo Gómez brinda a Martí su cariñosa atención, como se puede ver en el siguiente fragmento de la entrada del 17 de mayo:

Gómez sale, con los 40 caballos, a molestar el convoy de Bayamo. Me quedo, escribiendo, con Garriga y Feria, que copian las Instrucciones Generales a los Jefes y Oficiales: –conmigo doce hombres, bajo el Teniente Chacón, con tres guardias, a los tres caminos; y junto a mí, Graciano Pérez. Rosalío, en su arrenquín, con el fango a la rodilla, me trae, en su jaba de casa, el almuerzo cariñoso: «por Ud. doy mi vida» (*De Cabo Haitiano*: 107).

El anterior fragmento es el inicio de la última entrada del diario –uno de los pocos en los que el autor registra datos de índole militar–. La narración se centra en la experiencia personal de *yo*, dada la calma aparente en la que queda, mientras el general Gómez parte a hostilizar a un convoy enemigo. Martí permanece en el campamento, haciendo lo que sabe hacer, escribir.

⁷⁷ La investigadora cubana Carmen Suárez de León, señala que en Martí “la enumeración, donde cada oración es un cuadro vivo, tiene también de apunte nervioso, de rápido boceto de lo que se ve al paso y se anota entre las decenas de acciones que tienen lugar” (*Indagación de universos*, p. 56).

Con él y junto a él, hombres. Le llevan el almuerzo cariñoso y, con éste, una frase tan cargada de afecto, admiración y entrega absoluta: “por Ud. doy mi vida”.

En pocas líneas –algunas de las últimas que escribiría–, el narrador pinta un retrato de la calma posible en la vida de campaña. Se autfigura escribiendo, rodeado de soldados –con él y junto a él– y siendo objeto de la generosidad de quienes lo rodean –en este caso, de Rosalío– y que, con cariño, le brindan alimentos –y, de ser necesario, la vida. Esto último, sin embargo, no es un obsequio cualquiera y, por ello, en la reproducción de un diálogo de tal intensidad, Martí se autfigura como un personaje que despierta en otros una especie de devoción, aparentemente patriótica, con la que el que el poeta casi se convierte en un símbolo de la Patria por la cual los mambises estaban dispuestos a dar la vida.

Aunque en el fragmento anterior se omitió la marca de diálogo (“me dice” o similar), se trata de una marca bastante frecuente en otros momentos previos de este diario. Sin embargo, me interesa resaltar sólo aquellos fragmentos en los que se destaca, tanto el papel histórico del yo, como aquellos que introducen en la narración del diario recuerdos de la Guerra de Diez Años.

En cuanto al primer caso, nuevamente regreso al relato del encuentro de La Mejorana, de la entrada del 5 de mayo:

Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: «¿pero U. se queda conmigo o se va con Gómez?» Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido –«lo quiero –me dice– menos de lo que lo quería»– por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros (*De Cabo Haitiano*: 88).

Como se aclaró en el segundo capítulo, en esta reunión entre Maceo, Gómez y Martí, el primero mantuvo una posición distinta a la del Delegado en cuanto a la forma de gobierno. En la cita anterior, la hostilidad se hace evidente en la forma en que Maceo le habla al narrador y en las palabras (citadas y no parafraseadas) que le dirige a éste. Las negociaciones que dieron fin a la Guerra de Diez Años siguen presentes en la memoria del dirigente que más arduamente se opuso a ellas y, de alguna manera, Martí es el receptor de una hostilidad

proveniente del miedo a que se cayera, con la conformación temprana de un gobierno, en los peligros de la guerra anterior.

En este caso, el *yo* sí hace expresa una interpretación: el malestar de Maceo se debe a que lo considera “la continuación del gobierno leguleyo, y su representante”. Es capaz de ver al otro, sentirlo “herido” y, además, darle voz propia en la narración con una frase de una carga emocional intensa: “lo quiero [...] menos de lo que lo quería”. El narrador se encuentra ante un cariño mermado, una animadversión profunda y decide dejar constancia de esto en el diario. La selección de lo narrado nuevamente es significativa, en tanto nos permite una aproximación a lo que consciente o inconscientemente fue relevante para el sujeto empírico en el momento de la escritura.

Sin embargo, no sólo en Maceo se encontraba viva la memoria de la Guerra del 68. Desde su llegada a Cuba, Martí incluye en su diario algunos relatos de la anterior contienda independentista que otros le cuentan. El 7 de mayo, por ejemplo, reproduce un relato de Gómez:

«Aquí, me dijo Gómez, nació el cólera, cuando yo vine con doscientas armas y 4000 libertos, para que no se los llevasen los españoles, y estaba esto cerrado de reses, y mataron tantas que del hedor se empezó a morir la gente, y fui regando la marcha con cadáveres: 500 cadáveres dejé en el camino a Tacajó.» Y entonces me cuenta lo de Tacajó, el acuerdo entre Céspedes y Donato Mármol. Céspedes, después de la toma de Bayamo, desapareció. Eduardo Mármol, culto y funesto, aconsejó a Donato la Dictadura. Félix Figueredo pidió a Gómez que apoyase a Donato, y entrase en lo de la Dictadura, a lo que Gómez le dijo que ya lo había pensado hacer y lo haría, no por el consejo de él, sino para estar dentro, y de adentro impedirlo mejor: «Sí, decía Félix, porque a la revolución le ha nacido una víbora.» «Y lo mismo era él», me dijo Gómez (*De Cabo Haitiano*: 91-92).

Al recorrer Gómez de nuevo las tierras por las que había ya pasado como Mayor General en la Guerra de Diez Años, también conocida como la Guerra Grande, los recuerdos afloran y Martí toma nota, quizá por la consciencia tanto del valor histórico del relato y del recuerdo como de la profunda relación entre aquella guerra pasada y fallida y la —en aquel momento— presente, que buscaba ser definitiva. El lazo que unía ambas guerras era tangible para aquellos que habían participado en éstas y, para los que no, quedaba la memoria hecha relato.

Los personajes que participaron y sobrevivieron en las guerras anteriores son memoria viva, historia viva –y así lo plasma Martí:

Victoriano Garzón, el negro juicioso de bigote y perilla, y ojos fogosos, me cuenta, humilde y ferviente, desde su hamaca, su asalto triunfante a Ramón de las Yaguas: su palabra es revuelta e intensa, su alma bondadosa, y su autoridad natural: mima, con verdad, a sus ayudantes blancos, a Mariano Sánchez y a Rafael Portuondo; y si yerran en un punto de disciplina, les levanta el yerro (*De Cabo Haitiano*: 81).

Ese “negro juicioso de bigote y perilla” que describe Martí en la entrada del 26 de abril no es menos que un Coronel que combatió en las tres guerras independentistas: la Guerra Grande (1868), la Guerra Chiquita (1879) y la Guerra de 1895. El *yo* recibe, quizá con la misma humildad y fervor con que describe a Garzón, el relato del asalto; y pinta en su escritura el retrato de un hombre admirable, ejemplar y disciplinado, pero también fogoso y humilde, de palabra intensa y alma bondadosa. En todos estos casos, el sujeto se configura como interlocutor, como escucha atento e interesado, como receptor del discurso del otro.

Pero en el “me”, el narrador también expresa sus emociones, reacciones y sentimientos, elementos todos importantísimos para visualizar la configuración del *yo* a un nivel más personal. En la entrada del 15 de abril, este fenómeno se da a modo de reacción a una pregunta:

Al caer la tarde, en fila la gente, sale a la cañada el General, con Paquito, Guerra y Ruenes. «¿Nos permite a los 3 solos?» Me resigno mohíno: ¿Será algún peligro? Sube Ángel Guerra, llamándome, y al Capitán Cardoso. Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecido, que, aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su jefe electo en consejo de jefes, me nombra Mayor General. Lo abrazo. Me abrazan todos. –A la noche, carne de puerco con aceite de coco, y es buena (*De Cabo Haitiano*: 69).

El *yo* se presenta resignado y triste o disgustado al ser dejado de lado de la conversación. De inmediato piensa que podría tratarse de algún peligro que compete resolver más bien a los militares y, cuando lo llaman por fin, ocurre una de las escenas más conmovedoras de este segundo diario: Gómez, “bello y enternecido”, lo nombra Mayor General, nombramiento al que siguen abrazos y un modesto festín de carne de puerco.

Pese a que el narrador expresa su reacción (emocional e interna) ante el primer suceso, no llega a hacerlo con el segundo, el suceso feliz de su nombramiento, del cariño recibido, de la comida compartida a modo de celebración. A partir de esta última cita y de otras que se han presentado en este capítulo, podría decirse que el *yo* manifiesta en sus diarios más explícitamente emociones adversas que de júbilo, no porque estas últimas no se encuentren en el texto, sino que se manifiestan de manera indirecta, sobre todo por medio de descripciones y adjetivación favorecedora, un poco más extensa y positiva.

Lo anterior se hace evidente también en la entrada del 17 de abril:

Al fondo de la casa, la vertiente cara al río, cargada de casas y plátanos, de algodón y tabaco silvestre: al fondo, por el río, el cuajo de palmas; por los claros, naranjos: alrededor los montes, redondos y verdes: y el cielo azul arriba, con sus nubes blancas, y una palma, mitad en la nube, –mitad en lo azul. –Me entristece la impaciencia. –Saldremos mañana (*De Cabo Haitiano*: 70).

La frase que me interesa resaltar es “Me entristece la impaciencia”, pero incluí su contexto inmediato para demostrar que en éste no hay ningún indicador que permita que el lector reconstruya a qué situación específica se refiere. Se trata de una afirmación aislada, un breve apunte probablemente catártico en el que no profundiza más, al que no dedica la más mínima descripción.

Otro es el caso del siguiente apunte de la entrada del 25 de abril, que a su vez es la reproducción de una carta a Carmen Miyares (fecha el 28 del mismo mes):

En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo, los caballos que han tomado a la guardia civil: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo y nos calzan la espuela. ¿Cómo no me inspira horror, la mancha de sangre que vi en el camino? ¿ni la sangre a medio-secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro? (*De Cabo Haitiano*: 79).

Se refiere al combate de Arroyo Hondo, ocurrido el día 24, en el que salieron victoriosos los mambises, liderados por José Maceo. A los abrazos y vítores festivos, le sigue el horror de contemplar los vestigios de la batalla que, aunque son los propios de cualquier enfrentamiento armado, para Martí eran una cruda y sangrienta novedad.

En este caso, la descripción de aquello que inspira horror no sólo se hace necesaria, sino que parece ser tan relevante para Martí, que éste la transcribe en el diario desde otro tipo de escritura personal independiente, una carta personal.⁷⁸ Esta presencia intertextual concreta no sólo prueba que hay una escritura paralela entre los *Diarios* y las cartas correspondientes al mismo periodo, sino que también evidencia el alcance de la lectura conjunta de ambas escrituras del yo: gracias a que reproduce un fragmento de una carta fechada otro día, el lector atento puede concluir que, pese a que describe lo ocurrido el día 25 de abril, lo hace desde otro momento (el 28 o después), con suficiente tiempo de por medio como para realizar un proceso de selección de lo que desea narrar o describir sobre el hecho –después de todo, “la mirada «desde lejos» afecta la actitud del autobiógrafo: el yo escribe desde otro lugar”, en palabras de S. Molloy.⁷⁹

Así, casi podemos imaginar al autor preparándose para describir el encuentro con los mambises victoriosos, recordando que ya había descrito satisfactoriamente esa situación en otro espacio textual y decidiendo finalmente transcribir (o reescribir, ya que cambia algunos signos de puntuación) un fragmento de la carta a Miyares de Mantilla: nos acercamos un poco más al momento de escritura.

Más adelante, en la misma transcripción de la carta a Carmen, el narrador esboza elementos de un autorretrato:

Hamacas, candelas, calderadas, el campamento ya duerme: al pie de un árbol grande iré luego a dormir junto al machete y el revólver y de almohada mi capa de hule: ahora hurgo el jolongo, y saco de él la medicina para los heridos. Cariñosas las estrellas, a las 3 de la madrugada. A las 5, abiertos los ojos, Colt al costado, machete al cinto, espuela a la alpargata, y a caballo (*De Cabo Haitiano*: 80).

Señalarse durmiendo junto al machete y el revólver no es suficiente: luego lo reafirma al señalar que a las 5 de la mañana, una vez abiertos los ojos, parte en su caballo con el Colt (revólver) y el machete. En toda la cita anterior la autfiguración como mambí, como soldado independentista, es mucho más directa y explícita que en otros momentos del diario y no

⁷⁸ Cf. J. Martí, “Cerca de Guantánamo, 28 de abril de 1895”, en *Obras completas*, t. 20, p. 228.

⁷⁹ S. Molloy, *Acto de presencia*, p. 119.

parece ser una casualidad: en realidad lo que estamos leyendo en el diario es un texto ajeno al mismo, que fue escrito bajo otras especificidades comunicativas y que, por lo tanto, muy probablemente presente otras formas de configuración del yo.

2.2 COMO NOSOTROS

... un modo de ser más allá del olvido, un modo de reconocerse en la memoria compartida de los hombres.
J. M. Pozuelo Yvancos

No sólo en el análisis de la primera persona del singular se visibiliza la configuración del yo: también en la primera del plural, en el *nosotros*, se va conformando un yo que se identifica como parte de un grupo o una comunidad y que actúa y percibe como parte de un colectivo.

En el caso de los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, contemplar la presencia del *nosotros* resulta fundamental, debido a que se trata de textos escritos en un periodo de intenso trabajo colaborativo. En este apartado se procurará hacer, primero, una distinción de la manera en la que se presenta este fenómeno en cada uno de los diarios, con el objetivo de observar variaciones significativas entre ambos; y, en segundo lugar, un contraste entre el uso del *yo* y del *nosotros*, con el fin de dilucidar cómo y cuándo se presenta la dualidad individual / colectivo en la autofiguración de Martí en los diarios.

Pese a que el *nosotros* se menciona de forma explícita sólo en 2 ocasiones (ambas en entradas del segundo diario)⁸⁰ y a que rara vez –sólo en 3 ocasiones– se aclara a quién hace referencia ese nosotros, la presencia de esta primera persona del plural es una constante en la conjugación verbal, que, como resulta obvio, convive con la primera persona del singular en prácticamente todas las entradas.

⁸⁰ En la entrada del 22 de abril, se lee: “Luis duerme con nosotros” (J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 76). En la del 9 de mayo: “Adiós, a Bandera, –a Moncada, –al fino Carvajal, que quisiera irse con nosotros, a los ranchos donde asoma la gente, saludando con los yareyes: «¡Dios los lleve con bien, mis hermanos!»” (*ibid.*, p. 95).

Para la ensayista argentina Sylvia Molloy, la combinación de lo personal y lo comunitario “capta la tensión entre el yo y el otro, fomenta la reflexión sobre el lugar fluctuante del sujeto dentro de su comunidad, permite que otras voces, además de la del yo, se oigan en el texto”.⁸¹ Ya se vio en el apartado anterior, a propósito de la configuración del yo como individuo, cómo el narrador capta la tensión con los otros, próximos o lejanos, y cómo permite que otras voces se escuchen en el texto. El análisis del *nosotros* permitirá ahondar en la reflexión del lugar del *yo* en sus comunidades y su sentido de pertenencia a las mismas.

2.2.1 EL YO EN EL NOSOTROS

Como ya adelanté, en ambos diarios no hay más que dos menciones explícitas de un *nosotros*, ambas presentes en el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*. En contraste con las otras formas sintácticas que denotan una primera persona del plural, estas menciones explícitas representan apenas un 1.5% aproximado⁸² y, a mi parecer, ninguna aporta algo al análisis de la configuración del yo.

Por ello, pasaré en este apartado directamente al análisis del *nosotros* conjugado, comenzando con los cuatro casos en los que el narrador aclara quiénes son los que realizan la acción conjunta, es decir, quiénes constituyen ese *nosotros*. El primero aparece en la entrada del 14 de febrero del diario *De Montecristi*: “Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Montecristi el General, Collazo y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507” (*De Montecristi*: 19).

La estructura de la oración anterior se repite con frecuencia en ambos diarios (quizá más en el segundo que en el primero), sobre todo cuando el narrador habla desde el *nosotros*: se brinda una ubicación temporal (normalmente una hora), se explicita un movimiento mediante

⁸¹ S. Molloy, *op. cit.*, p. 20.

⁸² El fichado que realicé se despliega de la siguiente manera: 2 casos de *nosotros* explícito, 86 casos de un *nosotros* conjugado (18 del primer diario y 68 del segundo), 8 casos de pronombre posesivo *nuestro* y 31 casos del pronombre personal *nos*.

el verbo⁸³ y se especifica un punto espacial de salida o de destino (o ambos). Sin embargo, la cita anterior destaca de todos los demás ejemplos porque en ésta se especifica que quienes salen de Montecristi son el general Máximo Gómez, el general Enrique Collazo –que también había participado en la Guerra de los Diez Años– y el narrador, quien exactamente un mes después sería nombrado Mayor General.

En la entrada del día siguiente, se puede leer: “Gómez y yo aguardamos la balsa, que ya viene, y se llama –La Progresista–. Remontamos la cuesta, y entramos por el batey limpio de Manuel Boitel” (*De Montecristi*: 25). En este caso vuelve a explicitar el sujeto del verbo: Gómez y él son quienes aguardan la balsa, remontan la cuesta, entran por el batey.⁸⁴ Ellos mismos serán los que realizan la acción del siguiente fragmento de la entrada del 8 de mayo, ya del diario *De Cabo Haitiano*:

Nos limpian un árbol y escribimos al pie-Cartas a Miró-de Gómez, como a Coronel, seguro de que ayudará "al Brigadier Ángel Guerra, nombrado Jefe de Operaciones", - mía, con el fin de que, sin desnudarle el pensamiento, vea la conveniencia y justicia de aceptar y ayudar a Guerra (*De Cabo Haitiano*: 94).

Pese a que Gómez y Martí no tienen el papel de sujetos en la estructura sintáctica del fragmento anterior, sí son los que realizan la acción, en tanto que las cartas a Miró fueron escritas por ellos, dos de los personajes más relevantes de la Guerra –relevancia que se puede notar en el gesto de que sus acompañantes limpiaran un árbol para que ellos pudieran escribir, aunque fuera de pie–.

En las tres citas previas –que son las únicas de todo el corpus en las que se aclara a quién se refiere el narrador cuando conjuga en primera persona del plural–, el narrador se configura como parte activa de un grupo reducido de personas relevantes histórica y, sobre todo, militarmente (Máximo Gómez y Enrique Collazo). El hecho de que el *yo* se incluyera en las acciones de estos personajes no implica necesariamente que buscara ser considerado (al

⁸³ Algunos de los verbos de movimiento más usados son: salimos, seguimos, vamos, pasamos, cruzamos, recorremos, llegamos y entramos.

⁸⁴ Según el Diccionario de la Real Academia Española: “En los ingenios y demás fincas de campo en las Antillas, lugar ocupado por las casas de vivienda, calderas, trapiche, barracones, almacenes, etc.” (consultado en línea el 26 de mayo de 2018).

menos de forma consciente) como un par de éstos, pero tampoco puede ser tomado a la ligera: muchas personas aparecen en ambos diarios, dialogan con el narrador, éste les da voz, recibe sus objetos más preciados, sus palabras de mayor aprecio, los describe e incluso actúa con ellos; pero, al momento de describir una acción colectiva, no destaca sus nombres.

El 2 de marzo, por ejemplo, pese a que aclara quiénes son los sujetos de las acciones colectivas (nuevamente un verbo de movimiento), no evidencia el nombre propio de quien lo acompaña: “Sin ver, de la mucha agua, y de la oscuridad del anochecer, entramos aquella vez en Ouanaminthe con los caballos escurridos, yo a la lluvia, y mi mozo bajo el quitasol de Dellundé” (*De Montecristi*: 35).

Se trata del mozo haitiano que –se podría suponer– lo guió hacia Ouanaminthe en su viaje de septiembre 1892 por Haití, el mismo en el que visitó el cuarto de guardia en el que habló de la guerra cubana con los soldados ahí presentes. Podría pensarse que por la distancia del recuerdo no menciona el nombre de aquel mozo haitiano que había conocido tres años antes, pero después, en otra de las entradas fechadas el 2 de marzo, busca un nuevo mozo haitiano que lo guíe hacia Fort Liberté y se refiere a él solamente como “mi negro haitiano” y, aunque lo describe –su edad, su complexión física, su vestimenta y su armamento–, tampoco indica su nombre propio.

Este gesto, el de nombrar al otro con el que actúa como parte de un todo, únicamente se hace presente de manera consistente con Gómez: un hombre no sólo de una importancia política y militar incuestionable, sino también un hombre cercano e importante para Martí y para su proyecto vital, el de la Independencia.

2.2.2 LA ACCIÓN COLECTIVA

En los verbos conjugados en primera persona del plural, el narrador expresa una acción colectiva en la que se inscribe –de ahí la importancia del análisis de este fenómeno, de la mano del de la acción individual del yo–. Comparando las frecuencias de esta acción

colectiva en ambos diarios, siendo la suma de ambos un 100%, podemos ver que en el *De Montecristi a Cabo Haitiano* hay un 19% de incidencias, mientras que en el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* se presenta el 81% de los casos.

Los datos anteriores, pese a que son numéricos aproximados, nos hablan de una diferencia significativa en el uso del nosotros conjugado en ambos textos y piden prestar especial atención al segundo, en el que se concentran los casos, para empezar a dilucidar ¿qué ocurre en el diario *De Cabo Haitiano* para que la expresión de una acción colectiva tenga tanta fuerza? y, desde luego, ¿cómo ocurre?, ¿qué tipo de acciones se manifiestan?, ¿son éstas distintas a las del diario *De Montecristi*?

Para comenzar a esclarecer estas cuestiones y, al mismo tiempo, respetar el orden cronológico de los diarios, es imperioso empezar con el primero y la manera en la que se expresa en éste la acción colectiva en la que participa el narrador. El 14 de febrero, por ejemplo, el narrador participa de una conversación significativa: “En el peso del día conversamos, de la guerra y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez” (*De Montecristi*: 22).

A pesar de que no aclara quiénes conforman ese *nosotros* que conversa de la guerra y de los hombres, se puede rastrear en el texto, al inicio de esa entrada –que tiene subdivisiones marcadas por cambio de párrafo– que podría estarse refiriendo a Gómez, Collazo y, desde luego, a él mismo. Sin embargo, esta claridad en el sujeto de la acción colectiva se va diluyendo con las fechas, hasta que, en la entrada del 15 de febrero, el sujeto cambia:

Hablamos de la poquedad, y renovación regional, del pensamiento español: de la belleza y fuerza de las obras locales: del libro en que se pudieran pintar las costumbres y juntar las leyendas, de Santiago, trabajadora y épica. Hablamos de las casas nuevas de la ciudad, y de su construcción apropiada, de aire y luz (*De Montecristi*: 26).

El narrador se autofigura hablando con la sociedad de jóvenes del Centro de Recreo de Santiago de los Caballeros.⁸⁵ Antes ya había mencionado algunos de los temas de

⁸⁵ El fragmento inmediatamente anterior al texto citado aquí lo reproduce en este mismo capítulo, en la página 141.

conversación, pero hasta la cita anterior emplea un verbo conjugado en primera persona del plural: pasa a agruparse con los jóvenes, a estar con ellos en una situación igual de ser dialogante –y no de cualquier tema–: del pensamiento español, de las obras locales, de la necesidad de plasmar las costumbres y leyendas de la ciudad en un libro, de la arquitectura regional.

Pero no todas las conversaciones que entabla el sujeto desde un *nosotros* son tan “trascendentes”. Al inicio de la primera entrada fechada el 18 de febrero, se lee: “Y vamos conversando, de la miel de limón, que es el zumo, muy hervido, que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció, de estancarse la herida con puñados de tierra” (*De Montecristi*: 30).

En esa misma entrada no hay ninguna pista que indique quiénes son los que van conversando de modos naturales de curación –tema, aunque aparentemente no tan trascendente como otros, de gran importancia práctica para guerra. Lo que el narrador destaca es aquello de lo que se habla y el acto compartido de ir conversando, del avanzar en el trayecto compartido como un espacio natural para el diálogo.

Aunque podría parecer obvio que los verbos de comunicación, al implicar normalmente a más de un sujeto, se prestan para una conjugación en plural, hay que recordar que, en el apartado anterior (referente al yo conjugado), se abordaron casos en los que el narrador se autofiguraba como receptor del discurso y no tanto como partícipe del diálogo, mientras que es muy probable que, cuando le decían o contaban algo, éste respondiera de alguna forma. Así, aunque lo más factible es que se tratara de una decisión no consciente, el narrador se construye, por un lado, como receptor de un discurso y, por el otro, como partícipe de una conversación.⁸⁶

Por otra parte, la conjugación en primera persona del plural de los verbos de movimiento es, como ya se ha adelantado, frecuente. En el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano*, el acto

⁸⁶ Habría que analizar la relación existente entre esta dicotomía y los interlocutores de cada una de las opciones.

del desplazamiento tiende a manifestarse con un sujeto indeterminado –que desconocemos– y algunos ejemplos son “Salimos de Dajabón, del triste Dabajón”, “Venimos de la playa, de ver haces de campeche y mangle espeso: venimos por entre la tuna y el aroma” y “A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos, a la media noche oscura, la marisma y la arena” (*De Montecristi*: 32, 51, 52).

Los tres fragmentos anteriores son una selección que responde su valor “poético” individualizante. En el ejemplo de la entrada del 2 de marzo, el narrador adjetiva la ciudad dominicana de Dajabón como “triste” y en esa marca carga, como explica Mayra Beatriz Martínez, toda la decepción que le provocó no haber hallado en la ciudad fronteriza las recaudaciones monetarias y de armamento que tanto él como Gómez esperaban.⁸⁷

En el fragmento del 29 de marzo, el narrador repite el verbo “venimos” a modo de anáfora: no es suficiente decir de dónde se viene, por lo que añade, “por entre la tuna y el aroma”, aportando mayor sonoridad a la breve entrada, que concluye casi inmediatamente, con la reproducción de una trova que “viene cantando desde lejos” un viejo descalzo, “con voz rajada y larga” (*De Montecristi*: 51).

Por último, en el fragmento de la entrada del 1 de abril, un par de sintagmas generan un extrañamiento por la forma en la que están contruidos: “A paso *de ansia*”, “clavándonos *de* espinas”; mientras que la adjetivación de la noche “oscura” va generando una atmósfera visual y las comas van marcando un ritmo, una cadencia que al mismo tiempo pausa y arrebatada. El espacio por el cual cruzan, además, no es ya un lugar definido –una ciudad, un río específico, la casa de alguien–, sino simplemente “la marisma y la arena”.

La narración de un desplazamiento como acto colectivo –que ha sido prácticamente omitido en los ejemplos citados del primer diario– es el elemento que más destaca en el *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*: la ubicación espacial, que puede ser geográfica o sólo aludir al espacio natural por el que se transita. Este elemento tiene, en el segundo diario, una particular

⁸⁷ Vid. M. B. Martínez, nota 72 en J. Martí, *Diarios de campaña*, p. 32.

importancia, ya que refiere tanto a sitios cubanos como al entorno natural propio de la región.⁸⁸

Se ha dicho ya que la naturaleza cubana tiene un protagonismo especial en este diario⁸⁹ y, aunque no es éste el lugar para corroborarlo, es imposible estudiar el texto sin hacer mención de este fenómeno: los ríos y sus cauces, así como los montes y el mar, permiten al narrador ir marcando la ruta del recorrido compartido con los patriotas mambises. Por ejemplo, en la entrada del 12 de abril, Martí escribe: “Seguimos por el cauce del Tacre. –Decide el General escribir a Fernando Leyva, y va Silvestre. Nos metemos en la cueva, campamento antiguo, bajo un farallón a la derecha del río. Dormimos: hojas secas” (*De Cabo Haitiano*: 66-67).

En la cita anterior, el río Tacre y su cauce marcan un recorrido constante, señalado por el verbo de movimiento “seguimos”, que tiene una carga semántica de continuidad. Además, pese a que el lector no tiene la información suficiente para determinar quiénes son los partícipes de esa caminata, el narrador facilita dos nombres: van con él (o él con ellos) el general Gómez y Silvestre [Martínez], entre –muy probablemente– otros más. El conjunto de sujetos comprendido en el nosotros conjugado, decide descansar sobre hojas secas en una cueva que, en la anterior guerra, había fungido como un campamento, presumiblemente mambí. Así, el *yo* en el *nosotros* se autofigura en esos sacrificios y en las incomodidades propias de la guerra y, en particular quizá, de una guerra en contra del orden político imperante.

Tres días después, en la entrada del 15 de abril, la expresión de la experiencia desde un *nosotros* cobra fuerza en la narración:

Jornada de guerra.–A monte puro vamos acercándonos, ya en las garras de Guantánamo, hostil en la primer guerra, hacia Arroyo Hondo. Perdíamos el rumbo. Las espinas nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban. Pasamos por un bosque de jigüeras, verdes, pegadas al tronco desnudo, o al ramo ralo (*De Cabo Haitiano*: 78).

⁸⁸ Vale la pena recordar en este punto las contradictorias palabras que Martí escribió a Carmen Miyares en una carta fechada el 10 de abril del año en cuestión, en las que el cubano señala que “ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido” (“A Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos”, en *Obras completas*, t. 20, p. 224).

⁸⁹ Cf. Samuel Feijóo, “Martí encuentra su paisaje”, en *Azar de lecturas. Crítica*, pp. 328-333.

En la cita anterior, no sólo los verbos marcan una acción colectiva de movimiento (irse acercando a Arroyo Hondo, perder el rumbo, pasar por un bosque de jigüeras), sino que además el pronombre personal “nos” puntualiza una serie de situaciones que afectan a todos los involucrados en la campaña: las espinas los tajan, los bejucos los ahorcan y azotan, a todos por igual –y el *yo* se afirma con fuerza como parte de ese grupo de combatientes apegados a las durezas del camino.

Las ubicaciones geográficas, además, siguen cobrando importancia, pero en este caso no se trata solamente de un apunte para la memoria (personal o histórica) sobre el espacio recorrido, sino que también se trata de un reconocimiento histórico de este espacio a partir de la primer gran guerra de 10 años, tan presente –como ya se ha visto– en el recuerdo y en el imaginario de los contendientes de la guerra en ese momento vigente. Además, el narrador regresa a la descripción del entorno natural y no le basta mencionar que pasan por un bosque de jigüeras (o árboles de totumo), sino que presta atención y describe su verdor, su tronco desnudo y la raleza de sus ramas.

Posteriormente, el 18 de abril, el grupo pasaría “6 veces el río Jobo”, para después subir “la recia loma de Pavana”. Martí escribe, después de narrar ese desplazamiento: “Por la cresta subimos, y a un lado y otro flotaba el aire leve veteado de manaca” (*De Cabo Haitiano*: 71). Nuevamente, se intercala con la narración neutral del trayecto la voz del *yo*, marcada por aquello que sólo éste percibe, desde su sensibilidad poética: el aire “leve” de la palma manaca, es decir, su olor.

2.2.2.1 LA VIVENCIA COMPARTIDA DE LO COTIDIANO

A pesar de que el desplazamiento colectivo es la acción que con mayor frecuencia expresa el narrador desde una primera persona del plural, en el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, la narración de la vivencia compartida de lo “cotidiano” en la vida de campaña también ocupa un lugar destacado en cuanto a la autfiguración del *yo* como parte del grupo al que pertenece.

En el primer capítulo ya se habló de la escritura diarística como práctica de lo cotidiano, pero, ¿qué se puede entender como “lo cotidiano” en un contexto bélico (entorno extraordinario por excelencia) como el del diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*? En lo personal considero –a partir de lo leído en los *Diarios* (1895) martianos– que, incluso en medio de la guerra se presentan situaciones “ordinarias” y que, además, la dinámica de un conflicto armado genera su cotidianeidad particular.

Dentro de lo mucho que se podría analizar a este respecto en los *Diarios*, quisiera centrarme a continuación en tres temas: la comida, el descanso y la conversación compartida. Sobre el primero se puede decir que los alimentos son sujeto del interés del narrador incluso desde el primer diario. Le interesan en sí mismos, en tanto expresiones culturales de los espacios que transita, pero también como obsequios que se transforman en expresión de cariño y aprecio.

En este segundo diario, la comida ya no es algo que se le brinda u otorga al *yo*, sino algo de lo que participa activamente, en comunidad, como se puede ver en las dos citas siguientes, correspondientes la primera a la entrada del 21 de abril y la segunda a la del 24 del mismo mes: “Almorzábamos buniato y puerco asado cuando llegó Luis: ponen por tierra, en un mantel blanco, el casabe de su casa” y “Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel, y chocolate de «La Imperial» de Santiago de Cuba” (*De Cabo Haitiano*: 74, 78-79).

En ambas citas, la expresión de aquello que se come no es tan importante como el hecho de que todos almuerzan, juntos y lo mismo, sea buniato (camote blanco) y puerco o huevos crudos y chocolate santiaguero. El espacio físico en el que los que constituyen el *nosotros* se alimentan se convierte en un espacio social compartido por el *yo*, espacio social que se resignifica en tanto espacio móvil de encuentro en lo cotidiano.

Lo mismo ocurre cuando el narrador refleja los momentos de descanso, como sucede en los siguientes fragmentos de las entradas del 26 de abril y del 9 de mayo: “Descansamos, a eso de las 10, a un lado y otro del camino” y “Dormimos, apiñados, entre cortinas de lluvia.

–Los perros, ahítos de la matazón, vomitan la res.–Así dormimos en Altagracia” (*De Cabo Haitiano*: 81, 100).

En las citas previas, nuevamente el verbo conjugado en primera persona del plural tiene un papel principal: todos descansan y duermen, pero es el narrador quien retoma estos actos compartidos –también por el *yo*– de lo cotidiano, para insertarlos en la narración del día a día. Los retoma para moldearlos, para recuperar de ellos los detalles de lo ordinario: la hora, el espacio, la forma, el lugar y hasta el clima, como se puede ver también en el siguiente fragmento de la entrada del 22 de abril:

Dormimos donde estábamos, divisando el camino:– Hablamos hoy de Céspedes y cuenta Gómez la casa de portal en que lo halló, en las Tunas, cuando fue, en mala ropa, con quince rifles a decirle cómo subía, peligrosa, la guerra desde Oriente (*De Cabo Haitiano*: 75-76).

Después de ese dormitar colectivo en el que se puede leer cierta preocupación, ya que se quedaron “divisando el camino”, el narrador describe desde un “hablamos” (y no desde un “me dicen / me cuentan”, contraste que ya se abordó a propósito del primer diario) una conversación sobre Céspedes, con quien Gómez luchó en la primera guerra. Pese a que es Gómez quien relata cuando fue a buscar a Céspedes a las Tunas para expresarle la situación de la guerra en Oriente, el *yo* se configura como partícipe de esa conversación y no sólo como receptor.

Que la nueva campaña independentista se peleara en 1895 en el mismo espacio geográfico –la isla– que las guerras anteriores es un hecho que, aunque obvio, detona charlas sobre lo que habita históricamente el espacio y que toca tan de cerca, tanto al narrador como a sus acompañantes: “Por el camino de Barajagua- «aquí se peleó mucho» «todo esto llegó a ser nuestro»- vamos hablando de la guerra vieja” (*De Cabo Haitiano*: 90).

El narrador reproduce breves frases anónimas, escuchadas por el camino de Barajagua. Sin embargo, con la conjugación del verbo marca que no se trata de oraciones aisladas que el *yo* escucha desde lejos, sino que son retazos de una conversación de la que es partícipe. La distancia entre aquellos que lucharon en guerras anteriores y los recién incorporados –como,

podría decirse, es el caso de Martí— se reduce en el momento en que los primeros comparten su memoria y ésta se hace extensiva a todos los presentes.

Pero no sólo aflora naturalmente la conversación sobre la Gran Guerra, sino que se hace imperiosa la conversación sobre la Guerra Necesaria:

Mucho vamos hablando de la necesidad de picar al enemigo aturdido, y sacarlo sin descanso a la pelea, —de cuajar con la pelea el ejército revolucionario desocupado, —de mudar campos como este, de 400 hombres, que cada día aumentan, y comen en paz y guardan 300 caballos, en fuerza más ordenada y activa (*De Cabo Haitiano*: 95).

En el fragmento anterior, el individuo que participa de la conversación sobre la necesidad de atacar al enemigo se configura no ya como un *yo* poeta sensible a la naturaleza o como un *yo* cronista del viaje y sus descubrimientos; se configura y se asume como lo que también es: un Mayor General del Ejército Libertador, un militar con capacidad de mando y decisión, con responsabilidad sobre los actos de guerra subsecuentes.

Tanto esa forma de autfiguración como la preocupación sobre las acciones próximas siguen presentes en la entrada del día siguiente, el 9 de mayo, cuando Martí escribe: “hablamos de la necesidad de una persecución activa, de sacar al enemigo de las ciudades, de picarlo por el campo, de cortarle todas las proveedurías, de seguirle los convoyes” (*De Cabo Haitiano*: 100). Su interés por las operaciones futuras es natural: de alguna forma — como ya se vio—, se considera y se le considera el autor intelectual de esa guerra por la Independencia definitiva y su éxito fue largamente planeado y, desde luego, era la única posibilidad que interesaba a los involucrados.

Pero no sólo la guerra le preocupaba: un tema que está presente en ambos diarios (aunque quizá más en el primero que en segundo) es el de la familia. En la entrada correspondiente al día 12 de mayo, Martí escribe:

Hablamos de hijos: Con los tres suyos está Teodosio Rodríguez, de Holguín: Artigas trae el suyo: con los dos suyos de 21 y 18 años, viene Bellito. Una vaca pasa rápida, mugiendo dolorosa, y salta el cercado: despacio viene a ella, como viendo poco, el ternero perdido, y de pronto, como si la reconociera, se enarca y arrima a ella, con la cola al aire, y se pone a la ubre: aún muge la madre (*De Cabo Haitiano*: 102).

En esta ocasión, la charla de la que es partícipe el diarista apela de forma más directa a un asunto que le es doloroso. Hablan de hijos y de cómo éstos acompañan a sus padres en la lucha mambí. Incluso brinda la información de las edades de los dos hijos de Bellito: 18 y 21. Aunque su hijo, José Francisco –a quien no menciona– tenía para esa fecha apenas 16 años, en la narración lo que queda es la ausencia del hijo del narrador.

Para entender la fuerza de lo que no dice el narrador en el fragmento anterior –ese profundo silencio–, hay que tener en cuenta que Martí había escrito apenas unos meses antes desde Montecristi, en la que sería la última carta para su hijo, lo siguiente: “Hijo: Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo. Tu José Martí”.⁹⁰

Desde luego, la forma en la que se refleja el interés de Martí por la familia en los *Diarios* (1895) es un tema que da para un análisis individual más detallado –y lo requiere–, pero las citas anteriores son quizá suficiente para apuntar de manera explícita lo que probablemente sólo un conocedor de los acontecimientos y las relaciones personales del autor puede saber: que se encontraba distanciado desde hacía años de su esposa, Carmen, y que con ésta permaneció siempre su hijo, cuya presencia (o, al menos, cercanía) Martí echa de menos.

2.2.3 LO INDIVIDUAL EN LO COLECTIVO

Para cerrar el apartado del capítulo dedicado a la configuración del yo como parte de un *nosotros*, quisiera exponer un último fenómeno que abarca las formas en las que el *yo* se hace presente en una narración en primera persona del plural. Esta focalización puede ser muy evidente, como ocurre en la entrada del 11 de abril: “Pasamos rozando a Maisí, y vemos la farola. Yo en el puente. A las 7 ½ oscuridad” (*De Cabo Haitiano*: 65).

⁹⁰ J. Martí, "Carta a su Hijo. [Montecristi] 25 marzo 1895", en *Obras completas*, t. 5, p. 142.

La narración en plural se ve interrumpida por un *yo* explícito, en mayúscula, al inicio de una frase en la que se ubica espacialmente, generando una distinción con el resto de los que van “rozando a Maisí”. La frase “Yo en el puente” no marca una acción que individualice al narrador, pero lo sitúa y lo muestra, por un breve momento –tan breve como la frase– en un espacio de tránsito, en soledad, antes del anochecer.

Sin embargo, no siempre tiene que explicitarse el *yo* de manera textual; basta cualquier marca de primera persona singular para percibir un cambio en el foco de la narración, como ocurre en el siguiente fragmento de la entrada del 23 de abril:

De pronto bajamos a un bosque alto y alegre, los árboles caídos sirven de puente a la primer poza, por sobre hojas mullidas y frescas pedreras, vamos, a grata sombra, al lugar de descanso: el agua corre, las hojas de la yagruma blanquean el suelo, traen de la cañada a rastras, para el chubasco, pencas enormes, me acerco al rumor y veo entre piedras y helechos, por remansos de piedras finas y alegres cascadas, correr el agua limpia (*De Cabo Haitiano: 77*).

El movimiento marcado por los verbos en primera persona del plural (bajamos, vamos) en realidad no es tan central como la naturaleza misma, que el narrador describe a detalle, pasando de lo general, de lo más amplio, a lo más específico: bosque, árboles, hojas. Así mismo focaliza la narración, desde la acción compartida (“bajamos”, “vamos”) hacia la voluntad del individuo, quien busca “acercarse al rumor” del agua limpia que corre y observarla, “entre piedras y helechos”. El *yo* se separa por un momento del *nosotros* y da cuenta de una experiencia personal en medio de una cotidianeidad inmersa en lo colectivo.

Como se puede observar en la cita anterior, el *yo* no sólo se inserta en la narración de lo colectivo por medio de los verbos: también se puede percibir a través de su ritmo poético y de la selección de lo narrado, cuando ésta tiende a los temas que le preocupan al poeta –la naturaleza, lo visual y sensorial, los retratos, los paisajes–. La memoria individual detona la necesidad de escribir y describir esos detalles que, aunque “objetivamente” se podría decir que todos los incluidos en el *nosotros* experimentan, sólo el *yo* atesora y que, al escribirlos, los “llena de otra luz y otra resonancia”, transfigurando la realidad en experiencia y resignificándola.

A propósito de este fenómeno, José María Pozuelo Yvancos expone que:

El modo de reclamar la presencia de la experiencia, que es el fundamento de la escritura autobiográfica, es convocar constantemente la sensación como modo de anclar esa memoria y recuperarla de la abstracción. Así se entiende, como también veremos, la mucha importancia que en el estilo de las autobiografías suelen tener los pequeños detalles y la acumulación de menudencias en fechas, en circunstancias.⁹¹

Así, en la mayor o menor presencia y ausencia del estilo propio del autor y de la manifestación de la experiencia sensorial personal se puede ver también la dualidad yo/nosotros en los *Diarios* (1895), que incorpora a su vez la dualidad entre la memoria plural y la individual, es decir, los “sucesos compartidos” por un grupo y los “detalles selectos de la vida personal”.⁹² Otro excelente ejemplo de lo anterior se presenta en la entrada del 14 de abril:

Dormimos, envueltos en las capas de goma. ¡Ah! antes de dormir, viene, con una vela en la mano, José, cargado de dos catauros, uno de carne fresca, otro de miel. Y nos pusimos a la miel ansiosos. Rica miel, en panal. –Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! Miro del rancho afuera, y veo, en lo alto de la cresta atrás, una palma y una estrella (*De Cabo Haitiano*: 69).

Nuevamente el descanso y el alimento son momentos cotidianos que unen a todo el grupo mambí –incluido el yo– en una actividad común. Sin embargo, el tono marcado por las exclamaciones es algo que proviene exclusivamente del narrador: el “¡Ah!” como una marca de que el momento de escritura coincide con el momento en que el sujeto recuerda; y la expresión gozosa del día, de su luz y su aire, de la sensación de un pecho rebosante y la levedad del cuerpo –estos últimos, pecho y cuerpo, evidentemente del autor. Así, incluso antes del verbo en primera persona del singular (“Miro”), el lector ya se ha enfrentado con la descripción de una realidad enmarcada no sólo por la visión del narrador, sino también por su sensibilidad, su experiencia corporal e incluso sus emociones.

Como señala Pozuelo, la acumulación de este tipo de detalles no es superflua, ya que tiene

la función de remitir lo escrito a una experiencia propia, individual y en cierta forma irrepetible, de quien lo ha vivido y de quien de esa vida se ofrece como testigo. Las sensaciones, la

⁹¹ J. M. Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, p. 85.

⁹² S. Molloy, *Acto de presencia*, p. 220.

importancia de los sentidos primarios de percepción (lo visto, lo oído, lo olido) y los detalles que se acumulan responden a este sentido presencial, de actualidad en el cual el saber se liga a la experiencia: la fuente del saber es la experiencia directa.⁹³

Al insertar el *yo* en narraciones que apuntan en un sentido más general hacia lo colectivo, el narrador destaca su experiencia, la presencia histórica del sujeto empírico detrás de la pluma; nos recuerda que en su texto no trata tan sólo de dejar en claro qué es lo que pasó, sino también que él estuvo ahí, que él lo vivió de primera mano. Al mismo tiempo que participa del descanso y la comida en comunidad como un mambí más –aunque desde su posición de poder–, deja fluir por momentos su voz y su experiencia. Después de todo, como señala Víctor Casaus, la exposición de hechos en el diario “no carece de intención: ella revela a través de diversos recursos, la posición de Martí ante lo narrado”.⁹⁴ Su posición y su presencia.

3. CONCLUSIONES. POETA EN ACTOS Y POETA EN VERSOS

Como se ha visto a lo largo de este capítulo, la escritura de los *Diarios* (1895) es la operación inicial de la configuración del yo. Como señala Manuel Pedro González,

En medio del trajín, la fatiga y los peligros de las jornadas cotidianas; a pesar de dolorosas experiencias y graves desengaños y angustias patrióticas; a despecho de la ingente tarea de encauzar la revolución por rumbos democráticos y dotarla de base y almas populares, frente al caudillismo militarista que Gómez y Maceo propugnaban, Martí encuentra tiempo y atención para contemplar la naturaleza y el paisaje.⁹⁵

Pero no sólo encuentra tiempo para la contemplación de la naturaleza, sino también para la escritura, para dejar constancia de sus experiencias, tanto de acción y movimiento como de contemplación y calma. Aunque no se trate de una estricta escritura de cada día –como ocurre en el diario *De Montecristi*– o de una escritura diaria rigurosa –como ocurre en el *De Cabo*

⁹³ J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, p. 85.

⁹⁴ V. Casaus, “El *Diario* de José Martí: rescate y vigencia de nuestra literatura de campaña”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*. Vol. 1 (1978), p. 199.

⁹⁵ M. P. González, *Indagaciones martianas*, p. 29

Haitiano–, lo que sí hay es una voluntad de escribir la vida, los días y las experiencias que los habitan.

Pese a que no se puede saber a qué respondía esa voluntad (o necesidad) de escritura diarística en Martí, particularmente en este último periodo de su vida –ya que él no lo menciona explícitamente, ni en los *Diarios* (1895) ni en las cartas de la época–, en este capítulo intenté explorar distintas formas en las que el yo se configura y se proyecta en el texto, partiendo de contrastes para explorar sus matices: los elementos constitutivos del texto y el texto mismo, la dedicatoria y la firma, el presente de escritura y el ritmo de escritura, lo individual y lo colectivo.

Para cerrar este capítulo, quisiera centrarme en el contraste entre la configuración del yo como hombre de letras y como hombre de armas, que comprende de alguna forma la oposición entre la autfiguración como individuo y como parte de un grupo históricamente relevante, que era lo que correspondía al hombre público de la época.

Tomar conciencia sobre el “encuentro del ser humano consigo mismo y con su responsabilidad en el acontecer histórico”,⁹⁶ en palabras de Pozuelo Yvancos, permite a su vez complejizar hacia qué espacio se proyecta el yo configurado consciente e inconscientemente en los *Diarios*: ¿hacia el espacio de lo íntimo, lo secreto; el de lo privado, para lectura personal; o hacia el de lo público, mezclando la revelación de la vida propia con el testimonio histórico?

Para Sylvia Molloy, a propósito de las autobiografías, es fundamental tener presente que “no se recuerda en público, para la historia, del mismo modo que se recuerda en privado”.⁹⁷ En el caso de los diarios, por tratarse de un pasado mucho más cercano –si no prácticamente inmediato–, más que lo que se recuerda importa lo que el narrador, consciente o inconscientemente, selecciona, encuadra y proyecta. En esta selección entra, desde luego, lo que se dice de sí mismo, es decir, la configuración del yo.

⁹⁶ J. M. Pozuelo Yvancos, *op. cit.*, p. 89

⁹⁷ S. Molloy, *op. cit.*, p. 187.

En este sentido vuelve a ser necesario recordar que ambos diarios, el *De Montecristi* y el *De Cabo Haitiano*, tienen un contexto distinto y, por ello, conforman un ejercicio distinto de escritura, de rememoración y autofiguración. El yo-individuo tiene una gran presencia en el primero, mientras que el nosotros se resignifica y adquiere una importancia nueva en el segundo, un reconocimiento al pasado común que se preserva en la memoria del diario.

Esta relación de lo individual y lo colectivo termina entretejiéndose a medida que avanza la narración cronológica (punto en el que ambos diarios coinciden en su continuidad) con dos de los ejes principales de la autofiguración en este corpus: el hombre de letras, que enmarca lo vivido en su sensibilidad poética, que va prestando atención a libros, que refleja sus lecturas y que incluso da cuenta de lo que escribe; y el hombre de armas, el independentista, el testigo y partícipe de la contienda mambí, de los detalles de su cotidianeidad y de los momentos más difíciles y crueles.

Así, la memoria del recorrido del hombre, de aquellos con quienes se encuentra y habla, de los espacios que descubre y transita, tiene un mayor peso en el diario *De Montecristi a Cabo Haitiano*, mientras que la memoria como deber cívico se fortalece en el diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* y, sin embargo, ya desde el inicio del primero el yo se agrupa en un nosotros con figuras relevantes como Gómez y hasta el final del segundo se mantiene la voz, el foco y el estilo del yo.

Esta consolidación de la memoria como histórica en el segundo diario no responde necesariamente a que el autor empírico se convirtiera hasta entonces (después del 9 de abril) en una figura de suma relevancia para la Guerra de 1895 (pese a que se le brinda un grado militar, su trascendencia histórica no se centra en ello), sino en que hasta que pisa Cuba encuentra la forma de ir más allá de la conjunción entre pensamiento y acción: logra ser partícipe, se encuentra todo lo inmerso que hubiera podido estar en la revolución por la Independencia de la isla.

Así, aunque este segundo diario parece conformado por apuntes para la memoria personal, en el gesto de la escritura a veces desarticulada de acontecimientos, datos, toponimias,

nombres y situaciones puede encontrarse la semilla de una conciencia del valor documental y testimonial del texto. Esta noción de una conciencia de la importancia del diario como documento de alguna forma se reafirma con el gesto de incluir en éste la transcripción de una carta (texto que se podía perder con mayor facilidad) que da cuenta de lo sucedido en batalla.

Dada la situación en la que el sujeto empírico se vio inmerso, casi por accidente, en los últimos días de su vida, esta postura testimonial no es una sorpresa. Como señala Molloy, “el autobiógrafo hispanoamericano se caracteriza por su fuerte vocación testimonial”.⁹⁸ La escritura del yo en espacios de conflicto es todo un tema en la historia de la literatura de Nuestra América en el XIX, a la cual se suman, desde luego, los *Diarios* (1895) martianos.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 216.

CONSIDERACIONES FINALES

Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas. Confirmar es crear.

José Martí

I

Quizá porque se da por sentado que los diarios personales, así como otras *escrituras del yo*, se sostienen y tienen su base en la narración de la experiencia de vida de su autor y, por lo tanto, en la imagen que éste proyecta de sí, es que había hasta ahora un hueco en este sentido en el estudio de los *Diarios* (1895) martianos. Sin embargo, nada más peligroso que dar algo por sentado y nada más enriquecedor que volver a cuestionarnos qué hay detrás de aquello que, a simple vista, parece tan elemental.

Sin necesidad de caer en el sobre pensar o sobre analizar un problema, buscar nuevas maneras de observarlo permite visualizar cómo, retomando las palabras de Martí, incluso confirmar implica crear y el hecho de que parezca que “todo está dicho ya” no excluye que nuevas consideraciones puedan surgir de nuevas formas de cuestionar y de aproximarse al texto.

En ese sentido, considero necesaria una autoevaluación del trabajo realizado que culminó en el presente estudio. Dicha autoevaluación tendría que comenzar con un repaso del método empleado y con la manera en la que se plasmó en el resultado final y, por lo tanto, en todas las lecturas que se vieron reflejadas en éste y las que no.

Retomar nuevamente tanto la historicidad como las especificidades del diario como género podría parecer innecesario para un estudioso experto en el tema, pero detrás de lo que

permaneció, quedaron muchos otros borradores en los que repasé, por ejemplo, la manera en la que se puede estudiar las categorías de lo público y lo privado, desde la perspectiva sociológica y desde la histórica, en particular la de la historia de la vida privada o cotidiana; así como bocetos que buscaban integrar no sólo las características de los diarios, sino también de otras escrituras del yo más estudiadas, con la intención de buscar en éstas elementos que permitieran problematizar el diario a partir de contrastes.

Entre mayor sea el conocimiento del marco teórico y de las propuestas de análisis en torno a un género –sobre todo si se trata de uno como éste, cuyo enfoque desde la perspectiva literaria es relativamente reciente–, el estudio de unos diarios como los martianos podrá arrojar más luz sobre sus particularidades –así éstas sean peculiares o entren perfectamente en el cajón de las expectativas previas– y, con ello, se enriquece.

Por otra parte, al considerar que los procesos históricos por los que atravesó Cuba en el siglo XIX no son en absoluto de conocimiento general en México, situar los *Diarios* (1895) en su contexto y buscar profundizar en las relaciones que se establecen entre ambos se convierte en una necesidad: la de procurar que el lector posea también una base en común que le permita comprender mejor tanto los *Diarios* como la propuesta de lectura que hago de éstos.

Dicha propuesta se termina de materializar en el último capítulo, en el que propuse una nueva forma de mirar los *Diarios* a partir de un método que, pese a que surge de ellos mismos y sus especificidades, quizá permita, con sus matices, análisis similares en otros textos del mismo género, ya sea del mismo autor o de otros. Así, sugerí centrar la atención en tres niveles: el de los elementos paratextuales, que da cuenta de las intenciones y el dialogismo en el que se inserta el diario; el del momento de escritura, que permite un grado, aunque sea mínimo, de transparencia en el que el yo del texto responde con mayor claridad a la experiencia del autor empírico; y el de la enunciación del yo, con sus variantes –para el cual

podrían resultar de utilidad los fichados precisos que permitan visibilizar contrastes de usos.¹

La identificación de estos niveles hubiera sido imposible sin el panorama planteado en los dos primeros capítulos de este trabajo: son éstos los que permitieron una lectura de los paratextos centrada en el contexto personal e histórico de su autor; los que dieron un fundamento teórico y contextual al concepto de momento de escritura que propuse; y, en fin, los que brindaron las herramientas de estudio que sostienen el análisis de la enunciación del yo.

II

Para comenzar el recuento de los resultados que arrojó mi investigación, quisiera partir del gesto inaugural de la escritura de los *Diarios* (1895) por parte de su autor, de Martí –quien, como se planteó en el segundo capítulo, no fue asiduo de este tipo de escritura de forma sostenida a lo largo de su vida–. En ese momento específico de su vida –y de la historia–, este gesto representa una necesidad vital de escritura hasta cierto punto extraordinaria.

José María Pozuelo Yvancos, refiriéndose a la obra autobiográfica de Carlos Castilla del Pino (que temporalmente coincide con la Guerra Civil Española), señala algo que me parece que puede ser aplicable también a estos textos martianos: “esa necesidad de la que hablo, siendo suya, supera el ámbito del sujeto como individuo para inscribir su designio en un espacio superior a él: el de ofrecer un testimonio”.²

En el caso martiano, la necesidad de escritura en los *Diarios* no se encuentra explicitada en el texto, sino que se percibe por medio del gesto de su existencia misma. Por ello, estos diarios deben ser leídos a la luz no tanto de su valor testimonial, sino de una noción de deber

¹ A estos tres niveles podrían sumarse dos más: el de los temas o tópicos recurrentes en cada uno de los *Diarios*, que, con fundamento en la importancia de la selección de lo narrado, también construyen el yo del texto; y el de la escritura material y física del manuscrito (o borrador, para incluir otras formas de escritura más modernas), con el cual se enriquecería el estudio del momento de escritura y del que podrían surgir otras categorías de análisis.

² J. M. Pozuelo Yvancos, *De la autobiografía*, p. 130.

que se corresponde con el proyecto de vida de su autor, por un lado, y con el de un modelo ético de intelectual de su tiempo, por otro.

Pero, entonces, ¿cuál es la construcción autofigurativa de José Martí en sus *Diarios*? Y, ¿es ésta consciente? Pese a que, en palabras de Luz América Viveros Anaya, “no hay escritura ingenua” y que “una buena pluma seleccionará los rasgos y el ángulo más *ad hoc* a la imagen deseada; cuál sea ésta es también una elección que termina hablando por sí misma”,³ considero importante reconocer que la configuración del yo, pese a que no es ingenua en los *Diarios*, tampoco es necesaria y consistentemente consciente o inconsciente, sino que es en distintos momentos y en diferentes niveles una u otra cosa. Por eso mi análisis es una aportación a este tipo de estudios, porque permite visualizar esa gradación.

En la enunciación desde un nosotros, en la presencia de la dedicatoria y en aquellos fragmentos y entradas en los que el soldado y el estratega independentista pasa la voz al poeta, la configuración tiende a ser más transparente –y, por ello, podríamos suponer que un tanto más consciente, es decir, cargada de una intención autofigurativa más específica–; mientras que en la datación, la longitud de las entradas y la presencia de apuntes breves que marcan una ruptura con un estilo más elaborado, esta configuración del yo es más sutil y escapa más fácilmente a una intención autofigurativa concreta, en tanto responde en mayor medida al contexto situacional del autor y a su momento de escritura.

En un punto intermedio se encontraría la selección de lo narrado, que puede responder tanto a un impulso inconsciente como a una noción consciente de lo que es relevante en diferentes entradas de cada uno de los *Diarios* (1895).

En suma, sea consciente o inconsciente, la configuración del yo en los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* parte de la operación de la escritura –dentro del cual se debería considerar lo que queda “fuera” de los manuscritos, como ocurre con los apuntes-borradores previos de algunas entradas del segundo diario–; se enmarca en los paratextos y en la estructura que da la división por entradas datadas; y se

³ L. A. Viveros Anaya, *El surgimiento del espacio autobiográfico en México*, p. 37.

refleja de forma explícita cuando el narrador enuncia un *yo* (o conjuga en primera persona un verbo) y de forma implícita por medio de la selección de lo narrado de los temas que le preocupan.

El *yo* en los *Diarios* (1895) se construye dentro de la experiencia y desde ésta revela sus preocupaciones afectivas (en la dedicatoria del primer diario y en el contraste entre la constante alusión a familias ajenas y la omisión de la suya propia), sociales (recordar la propuesta de los maestros ambulantes) y políticas (como resulta evidente en lo que queda de la narración de su experiencia en el encuentro de La Mejorana). Revela también sus intereses: en el primer diario son el habla, los sujetos anónimos que lo rodean afectuosa y generosamente, la comida, las tradiciones, los espacios y las lecturas; en el segundo, los sujetos históricos, los acontecimientos destacados y la vida cotidiana en campaña, la naturaleza, la comida y los remedios propios de su tierra, el porvenir.

Aquí entra justamente la importancia de la distinción entre la configuración enunciativa de un *yo* singular y de un *nosotros*: es en esta enunciación desde lo colectivo donde se hace más evidente una autofiguración histórica y testimonial, que proyecta (con particular júbilo al principio y con un tono de mayor pesar después de la reunión en La Mejorana) la presencia corporal, espacial y simbólica del sujeto en el lugar que siente que le corresponde, en tanto que se apropia del objetivo histórico de una Patria liberada.

En los *Diarios* ocurren dos fenómenos en cuanto a la construcción de una imagen del *yo*. Por un lado, se trata de un *yo* que no termina de pulirse: al ser interrumpida la escritura con la muerte de su autor, no hubo mayor oportunidad de eliminar, agregar o cambiar lo escrito que la que le brindaron los días mismos en los que fue escribiendo. Por el otro, en cambio, podría decirse que se trata de un *yo* terminado, en el sentido de que, escrituralmente, se sabe que ninguna entrada pudo haber sido modificada después de que Martí puso el último punto.

Ahora bien, si, en palabras del crítico literario argentino Nicolás Rosa, toda “auto-objetivación incluye simultáneamente al otro”,⁴ los *Diarios* sólo dan cuenta de tres tipos de

⁴ N. Rosa, *El arte del olvido*, p. 37.

relación con el otro: el otro a quien dedico (las Mantilla, según el inicio del primer diario), el otro que me acompaña o rodea (todo aquel que es mencionado por nombre o simplemente descrito) y el otro con quien me identifico o busco identificarme (por medio del uso de un nosotros).

Sin embargo, el otro con el que se establece el diálogo textual, al igual que la imagen del yo, no termina de construirse en el discurso. Existe una distancia –aunque sutil– entre la escritura cargada de una consciencia de la relevancia histórica de lo narrado (escribir para la historia), y que el texto fuera pensado para el espacio de lo público (escribir para un público lector): por un lado está la voluntad de dejar constancia, de no olvidar los datos importantes (lugares, personas, recorridos, espacios) y por el otro está una noción de obra.

Según lo aquí analizado, ésta es una de las más marcadas diferencias entre ambos *Diarios* (1895): el acto o el gesto autobiográfico del diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* está atravesado por una intención de dejar constancia de la intervención histórica, política y, por lo tanto, pública del yo; sin embargo, esta escritura vindicativa, social y pública es más difícil de rastrear en el *De Montecristi a Cabo Haitiano*, tanto por el paratexto inicial de la dedicatoria, que lo enmarca en una escritura personal y afectiva, como por el contenido del mismo.

III

El estudio de las propuestas teóricas y metodológicas, por un lado, y de las investigaciones en torno al marco histórico, personal y discursivo de los *Diarios*, por el otro –que tanto enriquecieron el análisis final– brindaron a su vez, a medida que avanzaba el proceso de esta tesis, una serie de líneas de investigación que, por las dimensiones de la misma, quedan abiertas.

La primera es considerar los temas recurrentes que preocupan al narrador como un nivel más de análisis posible para la configuración del yo en el texto, partiendo de la relevancia de

la selección de lo narrado para la conformación de una imagen personal del autor que se abordó, aunque de manera muy general y breve, en el presente trabajo.

La segunda es contemplar en la lectura y el análisis del mismo diario aquellos otros documentos que le sean contemporáneos –en este caso, cartas, entrevistas, proclamas y órdenes–, para así considerar en todo su significado las tendencias autofigurativas de su autor en distintos contextos discursivos. En particular, para la obra martiana, sería de utilidad una lectura conjunta de los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* (1895) con las cartas correspondientes al espectro temporal de los mismos.

Por último, la tercera es partir del espacio que ocupan los *Diarios* en su serie tanto histórica como genérica con el objetivo de visibilizar los puntos de encuentro y desencuentro en las estrategias de configuración del yo de cada texto, lo que a su vez permitiría delimitar la individualidad de cada uno, enriquecida con sus respectivas especificidades textuales.

En conclusión, con sus reservas y sus oportunidades de mayor profundización, en este trabajo busqué implantar un modo de mirar la configuración del yo en los diarios *De Montecristi a Cabo Haitiano* y *De Cabo Haitiano a Dos Ríos* de José Martí que mostró no sólo su capacidad de alcanzar ciertas respuestas, sino además la de generar nuevas preguntas que sigan enriqueciendo los estudios en torno a las escrituras autorreferenciales y de los diarios, así como los estudios martianos y el lugar que ocupan tanto la escritura diaria como de diarios en la obra de Martí.

APÉNDICE

EDICIONES DE LOS *DIARIOS* (1895) EN ORDEN CRONOLÓGICO

DEL DE MONTECRISTIA A CABO HAITIANO

MARTÍ, José, *Páginas de un diario*. Editado por Manuel Sanguily Aristi. La Habana, Molina, 1932.

-----, *Apuntes de viaje*. La Habana, Publicaciones de la Secretaría de Educación y Dirección de Cultura, 1938.

-----, *Apuntes de un viaje. Mi estadía en Santo Domingo*. Santo Domingo, Ediciones Renovación, 1972.

-----, *Apuntes de un viaje. Mi estadía en Santo Domingo*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1992.

DEL DE CABO HAITIANO A DOS RÍOS

MARTÍ, José, “Diario de José Martí”, en Máximo Gómez, *Diario de campaña de Máximo Gómez*. La Habana, Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua, 1940, pp. 287-325.

-----, *Diario de José Martí. De Cabo Haitiano a Dos Ríos (9 de abril a mayo 17 de 1895)*. Ceiba del Agua, Imprenta del Instituto Cívico Militar, 1941.

-----, “Diario”, en *Obras completas*. Vol. 56. Viajes. Dirigidas por Gonzalo de Quesada y Miranda. Prólogo de Emeterio Santovenia. La Habana, Editorial Trópico, 1944, pp. 99-150.

- , “De Cabo Haitiano a Dos Ríos. Diario”, en *Obras completas*. Vol. 1. Prólogo y síntesis biográfica de M. Isidro Méndez. La Habana, Editorial Lex, 1946, pp. 274-298.
- , *Último diario*. Prólogo, notas y glosario de Salvador Bueno. La Habana, Editorial La Tertulia, 1962. 73 pp.
- , “De Cabo Haitiano a Dos Ríos”, en *Obras completas*. Vol. 19. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964, pp. 213-243.
- , *Páginas escogidas*. Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar. Tomo 2. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965.
- , “Diario”, en *Diario de campaña de Máximo Gómez*. La Habana, Instituto del Libro, 1968, pp. 373-409.
- , “Diario”, en *Diario de campaña de Máximo Gómez*. La Habana, Instituto del Libro, Editorial Huracán, 1968, pp. 483-533.
- , *Diario de campaña (De Cabo Haitiano a Dos Ríos)*. Primera edición facsimilar, con introducción, correcciones a las ediciones anteriores y notas por Nuria Gregori. La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, 1972.
- , *Diario de campaña: de Cabo Haitiano a Dos Ríos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.
- , *Diario de campaña*. Texto revisado y corregido por Nuria Gregori. La Habana, Letras Cubanas, 1994.
- , *Diario de guerra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

DE AMBOS

- MARTÍ, José, *Diarios*. La Habana, Libro Cubano, 1956.
- , *El presidio político en Cuba. Último diario y otros textos*. Edición y estudio preliminar de Celina Manzoni. Buenos Aires, Editorial Biblos, 1995.

-----, *Diarios de campaña*. Edición crítica cotejada según originales. Presentación y notas por Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar. La Habana, Casa Editora Abril, 1996.

-----, *Diarios de campaña. Edición crítica*. Investigación, prólogo y anexos de Mayra Beatriz Martínez. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2007.

-----, *Diarios de campaña*. Edición anotada por Mayra Beatriz Martínez. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2014.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- AMICIS, Edmondo de, “Corazón. Diario de un niño”, *La Familia* [México. Año VI, núm. 14 (8 de noviembre de 1888)], p. 1
- ANÓNIMO, *Martí, novela histórica por un patriota*. La Habana, La Moderna Poesía, 1901. 173 pp.
- ARISTIZÁBAL, Catherine, *Autodocumentos hispanoamericanos del siglo XIX: fuentes personales y análisis histórico*. Berlin, Lit Verlag, 2012. 193 pp.
- BEJEL, Emilio, “Martí, los Estados Unidos y el «hombre afeminado»”. *Confluencia. Revista Hispánica de Cultura y Literatura* [Greeley, Colorado]. Vol. 27, núm. 1 (octubre de 2011), pp. 45-50.
- BELTRÁN ALMERÍA, Luis, “Novela y diario”, en *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo*. Ed. Luisa Paz Rodríguez Suárez y David Pérez Chico. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 9-19.
- BENVENISTE, Émile, “El lenguaje y la experiencia humana”, en *Problemas de lingüística general II*. México, Siglo XXI Editores, 1999, pp. 70-91.
- BOCHET-HURÉ, Claude, “Las últimas notas de viaje de José Martí”. *Anuario Martiano* [La Habana]. La Habana. Vol. 1 (1969), pp. 9-32.
- BOURDIEU, Pierre, “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”. *Criterios* [La Habana]. Núm. 25-28 (enero 1989-diciembre 1990), pp. 20-42.
- BUFFON, George Louis Leclerc, conde de, *Discurso sobre el estilo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003. 31 pp.

- CASAUS, Víctor, “El *Diario* de José Martí: rescate y vigencia de nuestra literatura de campaña”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos* [La Habana]. Vol. 1 (1978), pp. 189-206.
- CATELLI, Nora, *El espacio autobiográfico*. Barcelona, Lumen, 1991. 168 pp.
- COLOMBI, Beatriz, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario, Argentina, Beatriz Viterbo, 2004. 270 pp.
- CORÍN, Alain, “El secreto del individuo”, en Georges Duby y Philippe Ariès, *Historia de la vida privada. 4. De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial. V. 4*. Traducción de Francisco Pérez Gutiérrez y Beatriz García. Madrid, Grupo Santillana, 2001, pp. 397-470.
- DEPETRIS, Carolina, *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*. Mérida, Yucatán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2007. 104 pp.
- DILTHEY, Wilhelm, *El mundo histórico*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944. 430 pp.
- ESPINOSA, Mariola, “Reseña. Myth of José Martí: Conflicting Nationalisms in Early 20th-Century Cuba”. *Nations & Nationalism* [New Jersey]. Vol. 13, núm. 1 (enero 2007), pp. 175-177.
- ESTEBAN DEL CAMPO, Ángel, *Literatura cubana: entre el viejo y el mar*. Sevilla, Editorial Renacimiento, 2006. 344 pp.
- FEIJÓO, Samuel, “Martí encuentra su paisaje”, en *Azar de lecturas. Crítica*. Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 1961, pp. 328-333.
- FORNET, Ambrosio, *La coartada perpetua*. México, Siglo XXI, 2002. 153 pp.
- FORNET, Jorge, “La literatura cubana del 98: paisaje después de la batalla”. *Cuadernos de literatura* [Bogotá]. Vol. 4, núm. 7-8 (enero-diciembre 1998), pp. 79-90.
- FOUCAULT, Michel, *¿Qué es un autor?* Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala, La Letra Editores, 1990. 73 pp.

- GARCÍA BERRIO, Antonio y Javier Huerta Calvo, *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid, Cátedra, 1992. 174 pp.
- GARCÍA RONDA, Denia, “Diario de campaña de José Martí: pensamiento y forma”. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* [La Habana]. Núm. 2 (1987), pp. 155-175.
- GENETTE, Gérard, *Narrative Discourse*. Oxford, Basil Blackwell, 1980. 285 pp.
- GÓMEZ, Máximo, *Diario de campaña del mayor general Máximo Gómez*. Edición homenaje al cumplirse el 104 aniversario del natalicio del general Máximo Gómez. La Habana, Ceiba del Agua, 1940. 623 pp.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro, *Indagaciones martianas*. Santa Clara, Universidad Central de las Villas, 1961. 273 pp.
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro, “Prontuario de temas martianos que reclaman dilucidación”. *Anuario Martiano* [La Habana]. Vol. 1 (1969), p. 103-115.
- GONZÁLEZ DELGADO, Maydelín de la C., “«La huella de una voz de voces»: los *Diarios de campaña* de José Martí”. *Anuario del Centro de Estudios Martianos* [La Habana]. Vol. 20 (1997), p. 264-268.
- GRANELL, Manuel, “El diario íntimo”, en M. Granell y Antonio Dorta, *Antología de diarios íntimos*. Barcelona, Editorial Labor, 1963. 1172 pp.
- GREGORI, Nuria, “Apéndice”, en J. Martí, *Diario de campaña (De Cabo Haitiano a Dos Ríos)*. La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, 1972, pp. 95-98.
- GREGORI, Nuria, “Correcciones a las ediciones del *Diario de campaña* de José Martí. Introducción”, en J. Martí, *Diario de campaña (De Cabo Haitiano a Dos Ríos)*. La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, 1972, pp. 3-9.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, Ramiro. *En el camino de la independencia: estudio histórico sobre la rivalidad de los Estados Unidos y Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia*

- de Cuba, con apéndice titulado de Monroe a Platt*. La Habana, Ciencias Sociales, 1974. 226 pp.
- GUERRERO, José G., “José Martí: aportes antropológicos de un viaje a Santo Domingo en el siglo XIX”. *Ciencia y Sociedad*. [Santo Domingo]. Vol. 29, núm. 4 (octubre-diciembre 2004), pp. 631-647.
- GUILLÉN, Claudio, *Entre lo uno y lo diverso: introducción a la literatura comparada, ayer y hoy*. Barcelona, Tusquets, 2005. 499 pp.
- GUSDORF, Georges, “Condiciones y límites de la autobiografía”, *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Ángel G. Loureiro, coord. Barcelona, Suplementos Anthropos, núm. 29 (1991), pp. 9-17.
- HIDALGO PAZ, Ibrahim, *José Martí 1853-1895. Cronología*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003. 169 pp.
- HIERRO, Manuel, “La comunicación callada de la literatura: reflexión teórica sobre el diario íntimo”. *Mediatika* [Donostia]. Núm. 7 (1999), pp. 103-127.
- HUNT, Lynn, “La vida privada durante la Revolución Francesa”, en Georges Duby y Philippe Ariès, *Historia de la vida privada. 4. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. V. 4. Traducción de Francisco Pérez Gutiérrez y Beatriz García. Madrid, Grupo Santillana, 2001, pp. 23-51.
- JOEL, James, “Aproximación al *Diario de campaña* de José Martí”. *Anuario del Centro de Estudios Martianos* [La Habana]. Vol. 4 (1981), pp. 181-207.
- KOESTINGER CHAPELA, Gabriela, “*Un puñado de arena en una mano angustiada*”. *El diario íntimo en el sistema literario y su carácter de auto-figuración*. Tesis para obtener el título de Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas. Ciudad de México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017. 99 pp.
- LANDES, David S., *Revolution in time: clocks and the making of the modern world*. Cambridge, Harvard University, 1983. 482 pp.
- LAPESA, Rafael, *Introducción a los estudios literarios*. Madrid, Editorial Cátedra, 2008. 201

pp.

LAPLANCHE, Jean y J. B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, Paidós, 1996.

535 pp.

LEJEUNE, Philippe, “Da autobiografia ao diário, da Universidade à associação: itinerários de uma pesquisa” (De l’autobiographie au journal, de l’Université à l’association: itinéraires d’une recherche), *Letras de Hoje* [Porto Alegre]. Vol. 48, núm. 4 (octubre-diciembre 2013), pp. 537-544.

LEJEUNE, Philippe, “El pacto autobiográfico”, *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Ángel G. Loureiro, coord. Barcelona, Suplementos Anthropos, núm. 29 (1991), pp. 47-51.

LEJEUNE, Philippe, “El pacto autobiográfico, veinticinco años después”, en *Autobiografía en España, un balance: actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001*. Córdoba, Facultad de Filosofía y Letras, 2004, pp. 159-172.

LEJEUNE, Philippe, *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid, Megazul-Endymion, 1994. 441 pp.

LEJEUNE, Philippe, *On Autobiography*. Ed. Paul John Eakin. Minneapolis, University of Minnesota, 1989. 289 pp.

LEJEUNE, Philippe, *On Diary*. Ed. Jeremy D. Popkin y Julie Rak. Honolulu, University of Hawaii Press, 2009. 251 pp.

MAN, Paul, de “La autobiografía como desfiguración”, *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental. Suplemento Anthropos*, núm. 29 (1991), pp. 113-118.

MARINELLO, Juan, “Martí: poesía”. *Anuario Martiano* [La Habana]. Vol. 1 (1969), pp. 117-165.

- MARTÍ, José, *Diario de campaña (De Cabo Haitiano a Dos Ríos)*. Primera edición facsimilar, con introducción, correcciones a las ediciones anteriores y notas por Nuria Gregori. La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, 1972.
- MARTÍ, José, *Diario de campaña: de Cabo Haitiano a Dos Ríos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.
- MARTÍ, José, *Diarios de campaña*. Edición crítica cotejada según originales. Presentación y notas por Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar. La Habana, Casa Editora Abril, 1996.
- MARTÍ, José, *Discursos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974. 265 pp.
- MARTÍ, José, *Epistolario de José Martí*. Arreglado cronológicamente con introducción y notas de Félix Lizaso. Tomo I (1862-1891). La Habana, Talleres de Cultural, 1930. 300 pp.
- MARTÍ, José, *Epistolario de José Martí*. Arreglado cronológicamente con introducción y notas de Félix Lizaso. Tomo II (1892-1894). La Habana, Talleres de Cultural, 1930. 364 pp.
- MARTÍ, José, *Nuestra América*. Edición crítica. Investigación, presentación y notas de Cintio Vitier. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, Centro de Estudios Martianos, 2002. 29 pp.
- MARTÍ, José. *Obras completas*. Tomo 4. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 491 pp.
- MARTÍ, José, *Obras completas*. Tomo 5. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 477 pp.
- MARTÍ, José, *Obras completas*. Tomo 19. Viajes, Diarios, Crónicas, Juicios. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 457 pp.
- MARTÍ, José, *Obras completas*. Tomo 20. Epistolario. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 537 pp.

- MARTÍ, José, *Obras completas*. Tomo 21. Cuadernos de apuntes. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 472 pp.
- MARTÍ, José, *Obras completas. Edición crítica*. Tomo 1. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2009. 352 pp.
- MARTÍ, José, *Obras completas. Edición crítica*. Tomo 5. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001. 405 pp.
- MARTÍNEZ, Mayra Beatriz, “El camino de las aguas”, en José Martí, *Diarios de campaña*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2014, pp. 7-10.
- MARTÍNEZ, Mayra Beatriz, “Nota editorial”, en José Martí, *Diarios de campaña*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2014, pp. 11-12.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, “El diario de campaña de Martí como documento caracterológico”. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* [La Habana]. Año 3, núms. 1-4 (1963), pp. 5-49.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Martí revolucionario*. La Habana, Casa de las Américas, 1967. 618 pp.
- MÉNDEZ, Manuel Isidro, *Martí. Estudio crítico-biográfico*. La Habana, Imprenta de P. Fernández, 1941. 310 pp.
- MESA GANCEDO, Daniel, “La escritura diarística en Cuba durante el siglo XIX”. *Casa de las Américas* [La Habana]. Núm. 277 (octubre-diciembre 2014), pp. 26-42.
- MICHAUD-MASTORAS, Danaé, “En las fronteras del pensamiento individual y colectivo: una lectura del diario íntimo y de la revista *La Mujer* de Soledad Acosta de Samper”, en *Memorias del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana 2014*. México, El Colegio de México, 2016. Disco compacto.
- MIRANDA, Luis Rodolfo, *Diario de campaña del comandante Luis Rodolfo Miranda*. Prólogo y notas por Manuel I. Mesa Rodríguez. La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1954. 120 pp.

- MOLLOY, Sylvia, *Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1996. 301 pp.
- MORALES, Carlos Javier, “Los diarios de José Martí como fragmentos de un todo inabarcable”, en *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo*. Eds. Luisa Paz Rodríguez Suárez y David Pérez Chico. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 175-186.
- OCHANDO AYMERICH, Carmen, “La literatura de campaña”, en *La memoria en el espejo. Aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona, Anthropos Editorial, 1998, pp. 57-59.
- OCHANDO AYMERICH, Carmen, “El último silencio. (En torno a la Literatura de campaña)”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos* [La Habana]. Vol. 18 (1995), pp. 67-81.
- ORTIZ, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Prólogo y cronología de Julio le Riverend. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987. 465 pp.
- PACHECO, José Emilio, “Mi diario (1892-1939), Federico Gamboa y el desfile salvaje”, *Letras Libres* [México]. Febrero de 1999, pp. 16-21.
- PÉREZ GUZMÁN, Francisco, *Bolívar y la independencia en Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010. 161 pp.
- PICARD, Hans Rudolf, “El diario como género entre lo íntimo y lo público”. *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* [Salamanca]. Vol. IV (1981), pp. 115-122.
- POZUELO YVANCOS, José María, *De la autobiografía: teoría y estilos*. Barcelona, Crítica, 2006. 258 pp.
- PUERTAS MOYA, Francisco Ernesto, “Identidad y alteridad en los textos autobiográficos de José Martí”. *Anuario del Centro de Estudios Martianos* [La Habana]. Vol. 22 (1999), pp. 265-276.
- RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984. 176 pp.
- Revista de la Biblioteca Nacional. Escrituras del yo* [Uruguay]. Época 3, año 3, núms. 4-5

- (2011). 319 pp.
- RICOEUR, Paul, *Sí mismo como otro*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1996. 415 pp.
- RICOEUR, Paul, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México, Siglo XXI Editores, 2009. 1074 pp.
- RODRÍGUEZ, Rolando, *Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente*. Santa Clara, Editorial Capiro, 2013. 178 pp.
- RODRÍGUEZ, Rolando, *Martí: los documentos de Dos Ríos*. Santa Clara, Sed de Belleza, 2001. 57 pp.
- ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio, *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*. La Habana, La Tertulia, 1960. 155 pp.
- ROSA, Nicolás, *El arte del olvido*. Buenos Aires, Puntosur Editores, 1990. 170 pp.
- SÁNCHEZ AGUILERA, Osmar, “Martí correspondido”. *Anuario del Centro de Estudios Martianos* [La Habana]. Vol. 22 (1999), pp. 346-349.
- SCARANO, Laura, “El sujeto autobiográfico y su diáspora: protocolos de lectura”. *Orbis Tertius* [La Plata, Buenos Aires] Vol. 2, núm. 4 (1997). 10 pp. Consultado en <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv02n04a11/4008>
- SILVA BARCELLOS, Sergio da, *Escritas do eu, refugio do outro. Identidade e alteridade na escrita diarística*. Tesis para obtener el grado de Doctor en Letras. Rio de Janeiro, Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro, 2009. 263 pp.
- SMITH, Sidonie, *A Poetics of Women's Autobiography: Marginality and the Fictions of Self-Representation*. Bloomington, Indiana University, 1987. 211 pp.
- STAROBINSKI, Jean, *La relación crítica (psicoanálisis y literatura)*. Madrid, Taurus Ediciones, 1974. 268 pp.
- SUÁREZ DE LEÓN, Carmen, *Indagación de universos. Los Cuadernos de apuntes de José Martí*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2015. 198 pp.
- TEJA, Ada María, “El *Diario de campaña* de José Martí como discurso descolonizador y canto de vida”. *Anuario del Centro de Estudios Martianos* [La Habana]. Vol. 16 (1993),

- pp. 199-221.
- TINIANOV, Jury, “Sobre la evolución literaria”, en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Antología preparada y presentada por Tzvetan Todorov. México, Siglo XXI, 1987, pp. 89-101.
- TODOROV, Tzvetan, *Teoría de los géneros literarios*. Madrid, Arco Libros, 1988. 385 pp.
- UNAMUNO, Miguel de, *Alrededor del estilo*. Introducción, edición y notas de Laureano Robles. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998. 192 pp.
- VALDÉS-DOMÍNGUEZ, Fermín, *Diario de soldado*. Transcripción y revisión de Hiram Dupotey Fideaux. La Habana, Universidad de La Habana, 1972. 4 volúmenes.
- VITIER, Cintio, *Lo cubano en la poesía*. 3ª ed. Prólogo de Abel E. Prieto. La Habana, Letras Cubanas, 2002. 406 pp.
- VITIER, Cintio y Fina García Marruz, *Temas martianos*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011. 460 pp.
- VIVEROS ANAYA, Luz América, “Dimensiones autobiográficas del episodio huertista”, en *Los hados de febrero: visiones artísticas de la Decena Trágica*. México, El Colegio de México, 2015, pp. 199-224.
- VIVEROS ANAYA, Luz América, *El surgimiento del espacio autobiográfico en México. Impresiones y recuerdos (1893) de Federico Gamboa*. México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Seminario de Edición Crítica de Textos, 2015. 307 pp.
- WEINTRAUB, Karl Joadrim, “Autobiografía y conciencia histórica”, *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Ángel G. Loureiro, coord. Barcelona, Suplementos Anthropos, núm. 29 (1991), pp. 18-33.
- WEINTRAUB, Karl Joadrim, *La formación de la individualidad*. Madrid, Megazul-Endymion, 1993. 674 pp.
- WELLEK, René y Austin Warren, *Teoría literaria*. 4ª ed.. Prólogo de Dámaso Alonso. Madrid, Gredos, 1985. 430 pp.
- ZANETTI, Óscar, *Historia mínima de Cuba*. México, El Colegio de México, 2013. 340 pp.

ZÉNDEGUI, Guillermo de, *Ámbito de Martí*. Edición homenaje de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del monumento de Martí. La Habana, Sociedad Colombista Panamericana, 1953. 222 pp.